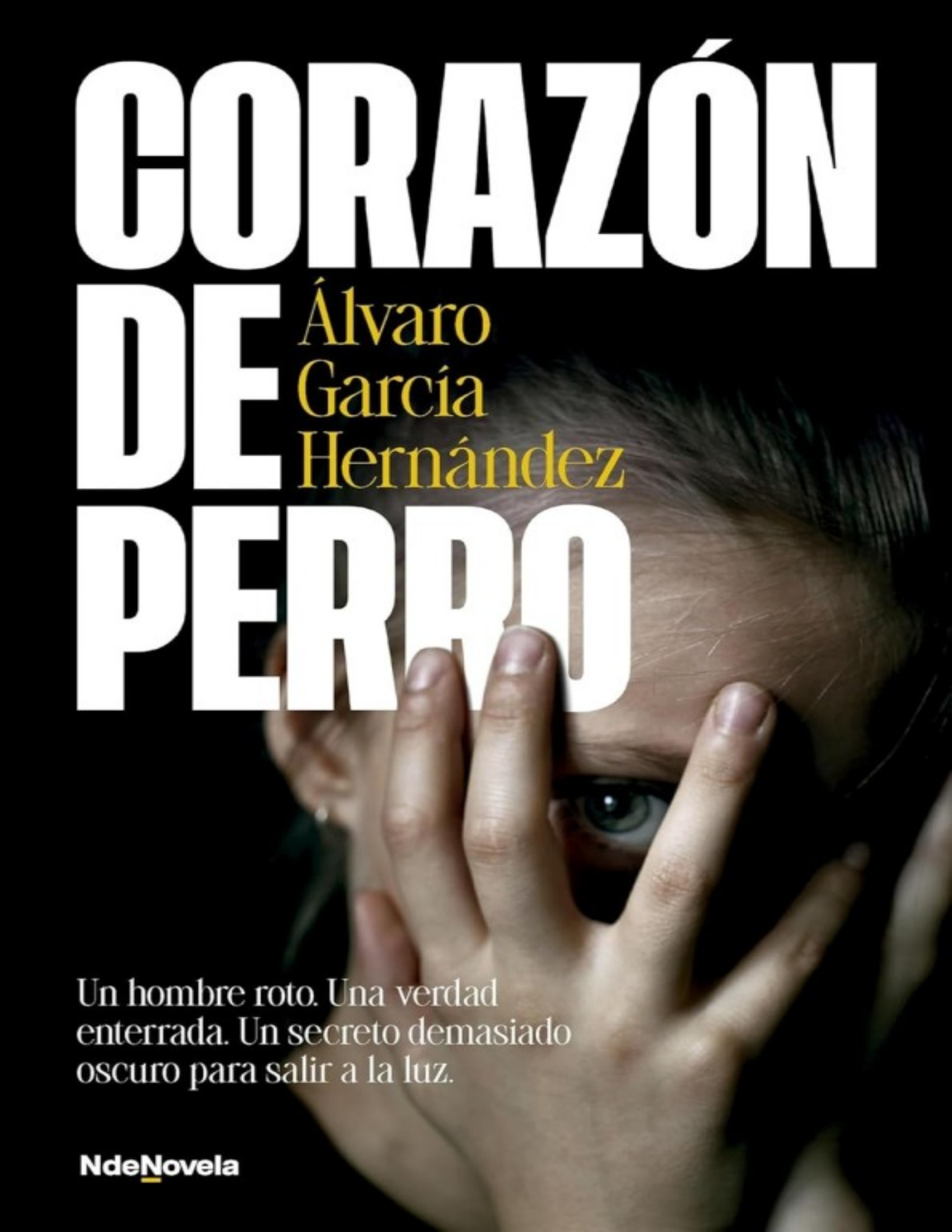
CORAZÓN DE PERRO

Álvaro García Hernández



Un hombre roto. Una verdad enterrada. Un secreto demasiado oscuro para salir a la luz.

NdeNovela

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

ESCENA 1

ESCENA 2

ESCENA 3

ESCENA 4

ESCENA 5

ESCENA 6

ESCENA 7

ESCENA 8

ESCENA 9

ESCENA 10

ESCENA 11

ESCENA 12

ESCENA 13

ESCENA 14

ESCENA 15

ESCENA 16

ESCENA 17

ESCENA 18

ESCENA 19

ESCENA 20

ESCENA 21

ESCENA 22

ESCENA 23

ESCENA 24

ESCENA 25

ESCENA 26

ESCENA 27

ESCENA 28

ESCENA 29

ESCENA 30

ESCENA 31

ESCENA 32

ESCENA 33

ESCENA 34

ESCENA 35

ESCENA 36

ESCENA 37

ESCENA 38

ESCENA 39

ESCENA 40

ESCENA 41

ESCENA 42

ESCENA 43

ESCENA 44

ESCENA 45

ESCENA 46

ESCENA 47

ESCENA 48

ESCENA 49

ESCENA 50

ESCENA 51

ESCENA 52

ESCENA 53

ESCENA 54

ESCENA 55

ESCENA 56

ESCENA 57

ESCENA 58

ESCENA 59

ESCENA 60

ESCENA 61

ESCENA 62

ESCENA 63

ESCENA 64

Agradecimientos

Notas

Créditos

Corazón de perro

Álvaro García Hernández

NdeNovela

A Robe, que se lo ha llevado el aire

Todas las citas de este libro han sido extraídas del recopilatorio *Ensayo de una despedida. Poesía completa*, de Francisco Brines, de quien he aprendido a sentir de nuevo las palabras.

ESCENA 1

«[...] hay demasiada vida para una despedida»

Julio, 2022
(Primer día de la desaparición de Aitana)

Una comandancia de la Guardia Civil a medianoche: ruido, murmullos, periodistas en la calle con sus cámaras y *flashes*, voces saliendo del ascensor, teléfonos sonando, barullo. Sin embargo, en ese despacho feo están aislados del sonido, silencio, como en un escenario antes de que todo empiece. Son tres guardias civiles sentados de frente, hablan los agentes gemelos mientras su sargento observa con detenimiento la pantalla del ordenador.

—Si la chiquilla subió a ese coche, no la van a encontrar viva, jefe —afirma uno.

—Ni muerta —confirma el otro.

—¿Quieren bajar la voz? ¡Los padres están en la sala de al lado! —les susurra su sargento.

Acto seguido, le vibra el móvil sobre la mesa, lo coge, apenas habla, tan solo contesta «a sus órdenes». Y cuelga ante la expectación de sus hombres:

—¿Qué le han dicho, jefe?

—Eso, ¿qué han dicho?

El sargento asiente con calma:

—Tenían ustedes razón. Nos la han asignado a nosotros.

Un Pardo se golpea los muslos y se contiene:

—¡Lo ves!

El otro Pardo señala con el dedo, indignado:

—Nos la quitaron hace trece años y ahora nos la vuelven a dar.

El sargento aguanta con estoicismo mientras ellos continúan:

—Que reincorporen también a Verdugo, mi sargento.

—Él era nuestro jefe.

El sargento les corrige el ímpetu con calma:

—Déjense del pasado. Y mucho menos ahora. De todos modos, Verdugo poco nos podría ayudar conforme está.

—Pero fue Verdugo el que encontró a las otras niñas.

—Y esa carretera solo lleva a aldeas abandonadas —continúan ellos.

—Nadie sabrá buscar allí arriba, jefe.

—Solo Verdugo.

—Él se crio en esas montañas...

—Como nosotros.

—Y las encontró a todas. —Los gemelos también acostumbran a finalizar las frases del otro.

Son hombres algo rudos, algo calvos, algo gordos, algo de pueblo.

—Aunque estaban muertas, jefe.

—Menos la última.

—Elena.

—Esa todavía tenía que estar viva cuando la sacaron de la casa.

—Y se la tuvo que llevar Oriol.

Su sargento intenta no escucharlos mientras escudriña la pantalla, pero esta vez levanta la cabeza:

—Dejen ya el tema. Aquella investigación se agotó.

—Pero Verdugo era la hostia, jefe.

—El mejor de todos.

—No se merecía lo que le hicieron.

—Ni nosotros.

—Porque dijimos que allí había habido más gente.

—Que esas huellas se iban para el coto.

—Que el Patrol lo tenía que conducir Oriol.

—Nos quitaron el caso.

—Y se lo llevaron a Madrid.

—Sin escucharnos.

—Y no encontraron más pistas ni de Oriol ni de la niña.

—Ni de quién le pegó el tiro por la espalda a Verdugo.

—¿No encontraron o no quisieron buscar?

Alonso Gracia esta vez les contesta sin levantar la mirada:

—Déjense ya de darle vueltas a lo mismo. Nosotros hicimos nuestro trabajo. Y obedecer también fue parte.

—Pero es que todo el mundo sigue pensando como nosotros, jefe.

—Que allí pasó algo raro.

Mueve la rueda del ratón ampliando la imagen mientras les contesta:

—Lo sé. Pero no estamos aquí para seguir discutiendo qué le pasó a Elena o dónde se escondió Oriol, sino para evitar que a esta nueva niña le pase lo mismo.

—Pero...

—Ya basta, Pardos —intenta zanjar el tema su sargento—. Llevan toda la vida dándole vueltas a esa noche. Ya está bien. Nos han encargado una investigación próxima a la que hicimos hace trece años, pero deben entender que no es la misma.

Sin embargo, los Pardos...

—Pues se parece mucho, jefe.

—Tanto que solo falta que vuelva Verdugo.

—Él sí que encontraría a esta muchacha.

Su jefe, sargento de la Guardia Civil licenciado en Matemáticas, todavía no ha dormido; su mujer murió hace cinco meses, en realidad no duerme desde entonces. Hace maletas con su ropa y por las mañanas las deshace. Mete sus cosas en cajas y por las mañanas las saca. Tira sus cremas a la basura y por las mañanas las busca. Esa noche, cuando le han llamado desde la comandancia para que se presentara inmediatamente, estaba cerrando la maleta de ropa de verano. Mañana le tocará deshacerla. Se llamaba Maica y él se llama Alonso. Se dieron infinitos besos. A veces los cuenta, matemáticamente, estableciendo una media, plantea el problema de cuántos besos se dieron en cinco años. Pero nunca le parece un resultado correcto. Vuelve a la realidad de los Pardos hablando.

Mientras los contiene, repasa otra vez la secuencia de imágenes de un coche blanco, al menos el color sí que se distingue, que han podido capturar las cámaras de tráfico. Y se vuelve a detener en esa última toma que ellos le han señalado insistentemente. En ella se aprecia cómo el vehículo se adentra en la famosa carretera de las aldeas, cómo sube hacia las montañas.

—Qué pesadilla para los padres.

—Alguien tendrá la culpa —sugiere un Pardo señalando hacia arriba.

—Les prohíbo que hablen en esos términos fuera de este despacho —les advierte levantando el índice y dejando de buscar un detalle que se les haya escapado a todos—. Ustedes responderán, siempre, insisto, siempre, de acuerdo con el último informe de la investigación: confirmando que Verdugo apareció herido de bala en la cabeza y el Patrol volcado a su lado. Nada más. Nadie más. Y aceptando que fue imposible determinar la secuencia de los acontecimientos.

—Usted sabe que todo eso fueron mentiras, jefe.

—Que nos apartaron de la investigación porque querían cerrarla ellos.

—Pero en ese Patrol iba Oriol con la niña, seguro.

—Y Verdugo los paró, se veían las huellas.

—Y alguien le pegó un tiro.

—Pero no nos dejaron investigarlo.

—Y ahora resulta que ha vuelto a desaparecer otra niña y el mismo Patrol.

—Y nos ordenan que lo investiguemos.

—Los mismos de arriba que dieron a Oriol por desaparecido y muerto.

—Y a Elena.

—Ahora nos dicen que busquemos a esta.

—Que se lo digan a Verdugo, jefe.

—Y así volveremos a estar todos.

—No digan tonterías —los calla sin mirarlos—. Mandaremos una patrulla a cada aldea, a cada casa, a cada acequia hasta que aparezca esa niña. Esta vez haremos las cosas bien.

—Eso ya se hizo en el 2009, jefe...

—Y quedamos mal delante de todos —termina el otro.

—Les pido por favor que paren ya —se queda mirándolos—. Escúchenme, es imposible que lo que pasó entonces tenga nada que ver con esto. Sobre todo, porque el asesino de aquellas niñas se suicidó instantes antes de que llegáramos. Punto.

Los Pardos parecen callar, pero...

—Se suicidó el que dijeron que había sido, jefe.

—El delegado del Gobierno.

—O dijeron que se había suicidado...

—Eso.

—Pero el que había matado a las niñas, usted lo sabe, fue Oriol. Y ese nunca apareció.

—Eso, jefe.

—Y la última niña tampoco. Elena.

—Y ahora es el mismo coche, jefe.

—Lo sé —admite.

—Trece años después, jefe.

—Lo sé.

—El que las mataba ha vuelto, jefe.

—¡No digan tonterías! —alza la voz.

Pero, en su fuero interno, el sargento también piensa que alguien del pasado ha vuelto. Y teme que sea ese horrible bulto oscuro que conduce el coche blanco de la foto.

En ese momento zumba de nuevo su teléfono móvil. Los dos agentes gemelos, algo cargaditos de peso para tener poco más de treinta años, callan por fin, mientras su jefe contesta a la llamada. Con monosílabos, mirándolos, afirmando, negando en un par de ocasiones, volviendo a mirar la pantalla del ordenador, afirmando, acatando y despidiéndose. Al terminar, los Pardos lo observan atentos, como dos perros de caza a la espera. Su sargento se ha quedado preocupado:

—Eran los de arriba —les confirma Alonso—. El desgraciado de Raúl Bru ya está saliendo en la tele, poniéndonos verdes. Quieren que mandemos patrullas y efectivos a las montañas inmediatamente. Que averigüemos quién robó el coche. Que salgamos en todos los telediarios rastreando las acequias. Que vayamos al camping. Que volvamos a la casa. Incluso que se preparen los del helicóptero.

—Pero es de noche.

—Es de noche, jefe —protestan los Pardos.

—¡Ya sé que es de noche, joder! —les susurra alto—. ¡También es de noche para esa niña!

ESCENA 2

«El desolado instante me hace daño;
y al caminar, de nuevo,
siento adversa la vida y alejada»

Verdugo recuerda recorrer de niño aquellas montañas, él solo, los senderos marcados, las mañanas de invierno, la libertad, el dolor del frío en la cara, la escarcha en el suelo, los ruidos entre la maleza, el olor del bosque, la felicidad de ser el único niño de su aldea, el único alumno que tenía deberes en su mochila, una sola libreta donde la maestra le apuntaba todo tipo de tareas, y seguir corriendo senda abajo, queriendo frenar con los brazos el aire, pero corriendo cada vez más deprisa, siempre seguido de su perro, Muerde, su inseparable pastor alemán, hasta que se lo reventaron de un escopetazo.

Las mismas montañas de pinos que ahora ve en la sucia televisión de su casa, cruzadas por luces azules y blancas, un helicóptero, coches patrulla, ambulancias, voluntarios, bomberos, linternas que buscan a la muchacha, otra vez una niña raptada. Recibe una hostia en la boca.

—¡Que no te embobes con la tele! Que te lo tengo dicho, que se me enfría la cuchara.

Otra hostia. Esta de regalo.

—¿Y tú sabes lo que te pasa si a mí se me enfría la cuchara? ¿Eh, lo recuerdas? ¿No te olvidas?

Verdugo no olvida nada de ese enfermero. Cuando todo pasó, cuando le pegaron el tiro por la espalda, cuando le condecoraron y le dieron la baja, se lo regalaron. El propio ministro del Interior se agachó hasta su silla de ruedas, le impuso la medalla y le prometió que un auxiliar estaría día y noche con él.

Otra hostia.

—¡Que comas!

Pero lo que parecía un premio era en realidad una condena inhumana.

El enfermero se apellida Dobón, origen y titulación desconocidos. Y, desde el primer momento, se dedicó a triplicar la medicación prescrita a Verdugo. Y a tratarlo a palos hasta para ducharlo. El resultado es una casa inhabitable, un enfermero que ha engordado, un cuarto de baño insalubre, un sofá lleno de lamparones, un paciente delgado, cubierto de arañazos y moratones, un suelo pegajoso, cucarachas por la cocina, un olor agrio, fuerte, dos camas con las sábanas amarillas, un calentador roto, golpes en las puertas, la silla de ruedas llena de goterones de papilla.

Otra hostia.

Pero Dobón también se fija en la tele:

—¿Qué estás mirando? ¿Qué es eso? ¿Otra niña? ¡No jodas! ¿El coche? Pero ¿esas imágenes son de ahora? —pregunta nervioso.

E inmediatamente coge su teléfono roto y marca un número:

—Soy Dobón. ¿Qué es eso de la tele? Lo de la niña y el coche. ¿Cómo que no lo sabe? Pero ¿es su coche? ¿Es Oriol? ¿Son imágenes de ahora? Pero ¿él está vivo? ¡No sé, no sé, no sé...! ¡Y una mierda! ¡El que no lo sabe soy yo!

Dobón mira el teléfono, le han colgado. Se enfada, parece asustado. Tira el plato de papilla contra la tele sucia. Se encara con Verdugo sujetándole la silla de ruedas, mirándolo a los ojos,

esperando ver alguna reacción en ellos, algo que le diga qué está pasando, si le han engañado todos... pero nada, pequeños espasmos. Lo insulta, lo golpea, lo humilla... pero su paciente apenas reacciona. Al final lo deja tirado, la tele rota, y sale a la calle.

Lo que Dobón tampoco sabe es que esas contracciones musculares, que durante horas se producen en el cuerpo de Verdugo, volviéndolo duro como un pan olvidado, son voluntarias. Ese guiñapo del hombre que fue se ha pasado esos trece años haciendo pesas con su cuerpo muerto. Y pensando, principalmente, en quién se llevó a esas muchachas, en quién mató a su perro.

ESCENA 3

«Hay momentos del hombre en que le duele [...]
sentirse vivo»

Es una nave abandonada, tapiada, muerta, donde dejaron las máquinas y los instrumentos quietos, cubiertos de polvo, telarañas en los cristales rotos. Ambos se sientan en un despacho repleto de papeles amarillos, pero no se quitan las chaquetas. Son dos hombres diferentes, el viejo se toca a veces el pelo blanco, mientras que el joven disimula su estupidez haciendo preguntas con eco.

—¿Qué es esto?

—Era mi taller de rectificado de motores, el más antiguo de Valencia, tenía treinta empleados y hasta turno de noche. —Los dos hombres se quedan mirando ese espacio desolado—. Ahora escribo versos. Los escribo donde sea. Aquí mismo. Hoy he escrito: «Más lenta que la vida, días de pena, ya que eran mis días, me persiguen las nubes de otoño, tu voz sonaba a plato nuevo».

Se produce un silencio incómodo, con sabor a vergüenza ajena:

—No son versos juntos, son solo versos sueltos que escribo. Me vengo aquí, como cuando mi hija estaba viva, y escribo. Así sobrevivo —se explica el del pelo blanco.

—¿Quién le ha dado mi teléfono? —le pregunta el hombre joven.

—El primer periodista al que usted llamó.

—¿Y qué quiere de mí?

—Lo mismo que usted, la juventud que me habitó —le revela mirándolo a los ojos.

Pero el joven baja la mirada:

—No estoy para adivinanzas.

—Yo tampoco lo estaba.

El hombre joven, que no entiende nada, hace amago de levantarse:

—Tengo que irme.

Pero el del pelo blanco le sujeta por la mano y le vuelve a clavar los ojos:

—¿No le suena mi cara? ¿No sabe quién soy?

El hombre viejo, con su pelo blanco cortado a máquina, se deja mirar con la seguridad de un mago anciano. Pero su espectador no entiende y quiere irse. Quizás la desgracia no elija siempre a los más listos.

—Tengo un taxi esperando en la puerta.

—Yo se lo pago, no se preocupe.

—Déjeme —se deshace de la mano y se levanta—, no tengo...

—Usted, ahora mismo, no tiene nada. Igual que yo desde hace trece años.

El hombre invitado duda de pie, aprieta los ojos rojos de secarlos con papel. Y de golpe, como un puñetazo, lo ve todo claro.

—¡Usted es... el padre de aquella niña!

—De Elena.

—¡Exacto, usted es el padre de Elena, la niña desaparecida!

Le tiende la mano.

—Y de su hermana viva. Puede llamarme...

—¡Soler, lo recuerdo! ¡Claro! ¡Usted era Soler!

—Lo sigo siendo.

Ahora el tono del invitado ha cambiado, le sujeta la mano dada como si de una tabla en medio de la marea se tratara. No se la suelta.

Soler le ordena:

—Debe pedir a la prensa que incorporen a Verdugo a la búsqueda de su hija.

—¿Perdón?

—Debe pedir a la prensa que incorporen al agente que dirigió la búsqueda de mi hija Elena. Debe pedirles que Verdugo busque a la suya —le repite para que lo comprenda.

—¿Por qué? ¿Él sabe dónde está Aitana? —duda el padre joven.

—Aunque le digan que se volvió loco —insiste el viejo.

—¿Por qué?

—Porque fue el único que se atrevió a encontrar a mi hija. —Soler le aprieta la mano.

—Ya, ya. Entiendo. Debo pedirlo. ¿Y... cómo ha dicho que se llama?

—Verdugo.

Hace amago de coger un boli para apuntárselo en la mano.

ESCENA 4

«Bien sé que ya no es cierto:
perdí la eternidad, y tú la vida»

Raúl Bru era de aquellos periodistas que dibujaban cuadrados, cubos, rombos, trapecios y círculos en un papel mientras hablaban por teléfono. Su padre también lo hacía en la mercería, en ella pasó su infancia. Allí aprendió a escuchar a las mujeres, ese fue su gran acierto; también por ellas se especializó en cotilleos y sucesos, aunque suene misógino, como todo en él.

Ahora participa en una entrevista de televisión por videoconferencia, en realidad, está parado dentro del coche en una gasolinera abandonada de la carretera que va a las aldeas. Incómodo. Le cuesta adaptarse a las nuevas tecnologías, odia a esas niñatas aficionadas que siguen mirando el móvil mientras les contesta el entrevistado:

—Usted sería una mocosa entonces, señorita, pero la desaparición de aquellas muchachas fue un goteo constante de desgracias. Cuando por fin aparecía un cuerpo, al poco tiempo desaparecía otra, como jugando con el duelo de todo un país. Hubo manifestaciones, huelgas de hambre, videntes, cartas al rey..., pero nadie podía hacer nada. Aparecía un cuerpo, desaparecía otra niña. Este país dejó de confiar en sus vecinos, en la policía, en los políticos... porque había un monstruo entre nosotros. Hasta que el asesino apareció ahorcado y pudimos dormir tranquilos de nuevo. —Bru ha repetido ese resumen de los crímenes en cientos de radios.

—Y le vuelvo a preguntar, señor Bru. ¿Qué similitudes ve usted, como periodista, entre aquellas muchachas y el caso de Aitana?

—Similitudes imaginarias hay muchas, querida. Pero similitudes reales solo hay una, y es que Aitana parece haber sido secuestrada por el mismo coche. Sin embargo, creo que lo que me quiere preguntar es si pienso que los crímenes podrían tener relación. Después de trece años, la respuesta es no. No hay cabeza humana que deje de matar así durante tanto tiempo y luego pueda volver a hacerlo.

—Entonces, ¿usted piensa que Aitana podría estar muerta?

—¡No! Yo he seguido su hipótesis. Pero antes le he contestado que no creo que los casos tengan relación. Yo he dicho eso, que no tienen relación los casos después de trece años, es más, le he dicho que sería imposible.

—Entonces, ¿usted piensa que Aitana está viva?

—¡Por supuesto! Por supuesto. Es la hipótesis con la que jugamos todos y con la que juega la Guardia Civil.

—¿A qué se dedica ahora, señor Bru?

—¿Por qué me hace esa pregunta? Es una pregunta capciosa.

—Le aseguro que no era mi intención, créame. Pero sí que es cierto que de los tres grandes nombres que protagonizaron el caso hace trece años, nada se sabe. Soler, el padre de la última niña, desapareció de los medios de comunicación. Verdugo, el agente que encontró los cuerpos de las otras dos niñas, fue dado de baja por una depresión postraumática y jamás se le ha vuelto a ver. Y usted, el principal periodista que investigó los casos, publicó varios libros, vendió los derechos a la serie de televisión y... tampoco se volvió a saber de usted.

—¿Me está acusando de haberme hecho rico gracias a las muertes de esas muchachas?

—No, en absoluto. Pero sí que es cierto que abandonó el periodismo y se fue a vivir a Andorra.

—Mire, Begoña, lo que usted está intentando hacer, que es sacarme de quicio, ya lo intentaron otras más listas y no lo consiguieron. Yo hice mi trabajo y, gracias a él, el público de 2009 tuvo toda la información que necesitaba sobre aquellos casos. Pero yo ya estoy jubilado, por tanto, son ustedes los que tienen que lidiar con esta nueva desaparición, son ustedes los que tienen que ejercer por primera vez de periodistas, dejarse de sus gilipolleces habituales, de preguntar si tal se ha acostado con cual o de si aquella le ha sido desleal... y empezar a hacer periodismo de verdad, de ese que no sabéis, del que te obliga a levantarte de la cama a las tres de la madrugada porque han encontrado otro cadáver en una acequia, del que te obliga a entrevistar no a una tonta que se ha operado las tetas o a una zorra que se la ha chupado a un futbolista, sino a un padre al que le van a llevar en un coche el cadáver de su hija muerta. Ese es vuestro problema ahora, que os ha tocado ejercer de periodistas y no sabéis, porque en lugar de preguntar a los implicados por la investigación solo se os ha ocurrido llamarme a mí para remover mi mierda. Lo siento, bonita, os ha llegado el momento de hacer periodismo con la cabeza y no con las tetas.

ESCENA 5

«La juventud que os habitó»

En 2009, Balma Dalmau cursaba la ESO en un colegio privado de monjas. Era tan inocente que siguió las tres desapariciones escondida tras la puerta del comedor, porque no le dejaban ver las noticias, hasta apagaban la tele si la descubrían espiando. Y la mandaban a la cama. Pero tuvo tiempo de ver cosas.

Ahí se crearon sus últimos traumas infantiles, cuando la televisión no tenía filtros: las descripciones detalladas de cómo torturaron a Mónica y, días después, a Sara. La representación gráfica de cómo las asfixiaron. La vergonzosa recreación de cómo se llevaron a Elena en aquel coche, con una periodista pataleando y el cámara grabando un todoterreno blanco, en el mismo sitio donde la habían secuestrado, y la periodista mirando por el cristal hacia atrás como en una película mala. Las fotos de los cadáveres mutilados en las acequias que luego la perseguirían flotando en pesadillas durante años. Decenas de imágenes atroces hasta que aquella Balma adolescente supo que quería ser periodista por aquellas niñas.

Luego, la vocación se torció un poco cuando su propio padre apareció en fotos con la tercera, Elena, antes de ahorcarse.

Antes. En misa, su madre le hacía rezar de rodillas por ellas, para que, a esa última, a Elena, pobrecita, ángel de Dios, la encontraran viva. Pero después de las manos juntas, doña Carmen la dejaba sola en el banco e iba a confesarse con sus medias gruesas y el abrigo marrón. Seguramente le explicase a don Ramiro que sabía que su

marido tenía a otras, queridas, amantes..., que a su esposo lo habían visto con una más joven saliendo de un restaurante, vestida ella de verde y él cogiéndola del brazo, abriéndole la puerta del coche. Y que ¿cómo debía seguir perdonándolo, padre? ¿Cómo?

Ahora, mientras recuerda ese desagradable olor a cirio de su adolescencia, Balma solo tiene la intención de seguir oliendo naranjos toda la mañana, desde el ventanal de su masía en Dénia, herencia de sus bisabuelos, observa sus campos de naranjos junto al mar, donde jugaba de niña con su abuela, andando descalza por la acequia llena de agua, escondiéndose en las cañas para ver a los mirlos picotear el barro, cazando ranas con las manos, bañándose y dando gritos en la playa... Volvió a ella para seguir viva entre recuerdos buenos, para estar tranquila, para no ser vista y no coger el teléfono.

Pero el nombre que aparece en su móvil es ineludible para una periodista estos días.

—Dígame, Javier, ¿en qué puedo ayudarle? —Se echa el pelo a un lado.

Javier es el padre de la niña secuestrada, Aitana, un vendedor de ventanas con corbata y cara de pobre. Aunque en el informe indica que fue multado por Hacienda con un cuarto de millón por fraude continuado. Pero tiene una de esas voces que parecen que no han roto un plato, que en el colegio nunca gritaron, con su pelo peinado para un lado y ese final de tatuaje chino que le asoma por el cuello.

Siguen investigando su círculo de amistades, sus negocios. La principal línea de investigación está lejos de los asesinatos de 2009, ya que la desaparición de Aitana no puede ni debe tener nada que ver con la de aquellas niñas.

Aunque es cierto que las tres subieron al mismo coche. Y ahora una cuarta, trece años después.

—Hola, ¿es usted Balma, del periódico *Las Provincias*? Soy Javier, el padre de Aitana, la niña...

—Sé quién es, Javier, hablamos ayer —le corta Balma con cierta condescendencia.

—Es cierto, es cierto, perdone. La llamaba porque necesito que el agente Verdugo busque a mi hija. Necesito que usted lo diga en su periódico —habla nervioso, como repitiendo lo que se sabe en un examen.

—¿Perdone? —vuelve a cortarle—. ¿Quién le ha hablado a usted de Verdugo?

La primera vez que Balma vio a Verdugo, estaba medio desnudo en una acequia, sujetando un cuerpo mojado, madrugada del mes de enero, ola de frío polar, temperaturas bajo cero, y él sin ayuda de nadie había sacado del agua el cadáver de la primera niña, de Mónica, atascado, rígido e hinchado, en un canal de riego. No cabía abrigado por el tubo sumergido, se desvistió para bucear y meter la cabeza de noche en el agua helada, hasta desatrancar con sus manos a una muerta bocabajo. A Balma le estremeció su dureza de espartano, sus músculos contraídos, sus ojos duros, aquellas imágenes no pudieron tapárselas sus padres con la puerta del comedor. Todo el país las estaba viendo, era el final de las Navidades, ellos tenían el árbol puesto y en los telediarios no dejaban de repetir que acababan de encontrar el cuerpo sin vida de la primera niña. Y lo enseñaron, con sus cortes, sus laceraciones, sus moratones... en una tele con guirnaldas de espumillón dorado.

—Me lo ha dicho el padre de Elena, la última niña que se llevaron —le confiesa Javier, convencido de que habrá impresionado a la periodista.

—¿Se lo ha dicho Soler? —duda ella.

A Balma le vienen a la cabeza las imágenes de Soler en televisión, mostrando las fotos de su padre, Arturo Dalmau, delegado del Gobierno en Valencia, justo antes de ahorcarse. Esas Polaroid pixeladas que hicieron a Balma huir de España, vivir en el extranjero, perder casi todas sus casas, arruinarse y pasarse la vida yendo al psiquiatra, porque su padre, en lugar de explicarse, se ahorcó después de hacérselas. Y Soler yendo por las televisiones, con la misma corbata, preguntando con esas fotos en las manos: «Arturo Dalmau, ¿qué le pasó a mi hija?».

Respira mientras le tiembla el móvil y su silencio le confirma a Javier que, efectivamente, está impresionada. Por lo que continúa con ese tono:

—Sí, ese Soler, el que salía en la tele hace años. Ese me dijo que el único agente que puede encontrar a Aitana es Verdugo —le consigue explicar Javier, vendedor de ventanas, que preferiría hablarle en valenciano.

Balma sale al balcón cogiéndose una coleta para recomponerse y ponerse seria. Recibe el aire del mar un domingo de julio.

—No haga caso a todo el mundo, Javier. Se lo dije ayer. No piense que le hace ningún bien a su hija. Deje que los investigadores hagan su trabajo. No repita los errores del pasado —le habla con pausas, como si fuera un dictado.

Pero a Javier no le sienta bien:

—¿Usted no va a pedir eso en su periódico? —Se le oye respirar fuerte.

—Javier, aunque nos llame a todos los periodistas de este país, es imposible que Verdugo vuelva a ser guardia civil. Ya no lo es, está enfermo, hasta lo dieron de baja.

—Me parece muy bien, pero ¿puede usted decirme a mí, que soy el padre de la desaparecida, por qué no quiere usted poner eso en

su periódico? —habla como un alumno suspendido de la ESO pidiendo un empleo.

—En primer lugar, porque ese hombre ya no es guardia civil. En segundo lugar, porque padece una enfermedad que le inhabilita para cualquier actividad. Y, en tercer lugar, porque hay mejores agentes buscando a su hija.

—¡Pero él sí que encontró a las otras! ¿O eso no me lo va a reconocer? —la interrumpe, enfadado.

—Verdugo encontró a las dos primeras chicas, eso es cierto, sí. Pero a la tercera, a Elena, la perdió —puntualiza Balma con el dolor de esas fotografías de su padre en pelotas.

—¡Pero las encontró! ¡Y salió en la tele sacando a una de una acequia! ¡Que yo me acuerdo! ¡Y le dieron una medalla! ¡Yo quiero a ese hombre buscando a mi hija! —protesta el padre, airado como un energúmeno.

—Lo siento, Javier, pero las cosas no funcionan así. Esto no es un equipo de fútbol. Como periodista, yo no...

—¡Me está comparando a mi hija con una pachanga!

—¡No! No estoy diciendo eso.

—¡Pues yo he entendido eso y que sepa que lo estoy grabando todo!

—¿Que está grabando qué?

—¡La conversación, que la estoy grabando, y si usted no pide en su periódico que pongan al Verdugo ese...!

—Javier, no se equivoque...

—¡No se equivoque usted, hija de puta! ¡Me ha oído!

Balma cuelga el teléfono, la han llamado hija de puta demasiadas veces en su vida.

ESCENA 6

«Ya todo es feliz vida:
y ante el verdor del pino,
los geranios. La casa,
la blanca y silenciosa,
tiene abiertos los balcones»

Braulio Bou siempre fue un amante de la tierra, sin llegar a esposo; tan solo un hombre de campo con corbata, que diría su mujer, cansada tras tantos años de mandar al chófer a buscarlo porque se le había vuelto a hacer de noche entre los tomates. El huerto, el consabido huerto había sido siempre su bendita obsesión. Ubicado entre dos arroyos, en un pequeño valle de la Serra Calderona, en el pliegue de las montañas. Al que llegar andando, como diría Brines, para sentir el barro pisando con los pies descalzos.

Braulio siempre leía a Brines, comenzaba cualquier libro, pero al final acababa sentado, bajo la parra, leyendo a Brines; esa era la imagen con la que siempre lo recordaba su mujer cuando llegaba el verano: como un hombre bueno sentado en el suelo, sucias las manos de tierra seca. También así lo recordaba Balma cada vez que lo llamaba o visitaba. Pues cuando volvió, sola, a España, tanto él como su mujer se convirtieron en la única familia que le quedaba, los únicos amigos de sus padres que no le dieron la espalda.

Y es que don Braulio siempre fue el mejor compañero de su padre, desde el instituto Lluís Vives, cuando conocieron a sus novias, Angelita y Carmen, respectivamente, antes de entrar los dos en

Derecho. Ellas sí eran amigas de toda la vida, pues habían ido desde niñas al colegio San Vicent Ferrer, cerca de su calle del Conde de Altea. Y luego, los veranos, también vecinas en sus chalés de Náquera, adonde ellos iban a visitarlas montados en aquella vespa azul, para dar paseos y saludar a otras parejas de herederas de la burguesía valenciana. Así eran antes los tiempos y los noviazgos.

—¡Balma, qué alegría oírte! Precisamente me estaba acordando de ti. Estoy bien, estoy bien, algo achacoso, pero encantado de oírte. Dime, ¿cómo estás tú?

—Mal. Quiero irme, don Braulio, no me siento con fuerzas, quiero cerrar esta casa, el piso, alejarme de esto, volverme a Berlín y...

—Balma, Balma, Balma... ¿De qué me estás hablando? ¿Qué me he perdido estos días? ¿No habrás dejado de ir al psiquiatra que te busqué?

Balma se llena un vaso de agua del grifo para la pastilla mientras habla:

—¿No ha leído los periódicos? Lo estamos sacando todos en primera plana. El coche ha vuelto a aparecer.

—¿Qué coche? —se extraña don Braulio.

—El coche blanco que secuestró a las niñas hace trece años. Lo han vuelto a ver.

El propio don Braulio se sorprende mientras una avispa le roza la calva.

—Eso es imposible. ¿Quién lo ha visto? —Da un manotazo.

—Lo han grabado unas cámaras. Lo han comprobado. Es el mismo Nissan Patrol blanco.

Don Braulio permanece unos segundos callado mientras asimila la noticia:

—No entiendo, ¿te quieres ir porque han visto un coche parecido?

Balma piensa, mientras traga el ansiolítico, que ese anciano no está al tanto de nada. Le tiembla la voz.

—Que ha secuestrado a otra niña, don Braulio, lo ha vuelto a hacer, el mismo coche, el mismo Patrol, en el mismo camping, se ha llevado a otra niña trece años después.

Un silencio retrasa la siguiente pregunta de don Braulio. Un silencio muy largo:

—¿Y ha aparecido como las otras? ¿Muerta?

—No, no la han encontrado. Pero todo se repite. Yo no quiero vivir esto. Me trae demasiados recuerdos. —A Balma se le está rompiendo la voz.

—Entiendo, entiendo. —Braulio Bou tiene la voz dulce, como un abuelo que anuncia turrón.

—Además, me acaba de llamar el padre de esa niña. Me ha llamado a mí. Está llamando a todos los periodistas porque Soler le ha dicho que pida que vuelva Verdugo.

Braulio responde molesto:

—¿Cómo? Más despacio, Balma. ¿Dices que Soler ha pedido qué...?

—Soler, el padre de Elena, la niña que no encontraron.

—Sé perfectamente quién era Soler.

—Pues Soler se ha puesto en contacto con el padre de esta nueva niña. Aitana se llama. Y le ha dicho que nos pida a todos los periodistas que incorporen a Verdugo a la búsqueda de su hija.

Braulio carraspea, como un médico con un mal diagnóstico.

—Pero le habréis dicho que Verdugo no está en el cuerpo ya, que eso es absolutamente imposible, ¿no?

—Sí, claro que se lo he dicho, pero estaba muy nervioso.

—Es comprensible. Es la peor pesadilla que puede vivir un padre —se compadece don Braulio.

—Y al final me ha dicho de todo y le he colgado. —Balma traga saliva con sabor a pastilla—. Imagino que ahora seguirá llamando al resto de los medios.

Don Braulio parece pensar al otro lado del teléfono, como si tuviera la respuesta.

—¿Cómo se llama ese hombre, el padre de la niña?

—Javier Domingo.

—¿Es alguien importante?

—No, qué va, es un vendedor de ventanas.

—¿Y la hija, qué edad tiene?

—¿Aitana? Quince.

—¿Igual que Elena?

—Igual.

Don Braulio parece reflexionar para sí mismo:

—¿Y dices que ha sido el mismo coche, el Patrol?

—Sí, parece ser que hay una cámara que lo grabó cerca de la playa, en el mismo camping donde desapareció Elena.

—¿Solo una cámara?

—No, luego otras le siguieron el rastro hasta perderse por la carretera de las aldeas.

Don Braulio por fin parece sorprenderse por las casualidades:

—¿La misma carretera de las aldeas?

—La misma carretera por la que desapareció Elena, sí. Y también una noche de julio. —Balma se nota más relajada, la pastilla está actuando—. Se podría decir que han calcado el secuestro de hace trece años.

Braulio deja un silencio incómodo mientras piensa.

—Pero ese coche, ¿no debía estar custodiado en el depósito, como una prueba de los otros asesinatos?

—Exacto. Debería. Pero desapareció.

En este momento se indigna, la famosa indignación de don Braulio que lo hizo conocido como abogado:

—¡Que desapareció un vehículo del depósito! ¡Esto es increíble! ¿Y no han detenido ya a todos los vigilantes?

—Todavía no. Pero se espera alguna medida en breve e incluso alguna dimisión.

Un silencio.

—¿Y Raúl Bru no ha aparecido otra vez por la tele con sus teorías de la conspiración?

—Por supuesto, le ha faltado tiempo.

—Valiente canalla. Ese hombre se enriqueció con la muerte de esas muchachas. Cuando me dijiste que querías ser periodista, lo único que te dije fue...

—Que no me pareciera nunca a Raúl Bru, que no viviera de la carroña —le interrumpe Balma—. Eso me dijo exactamente. No lo olvido.

Braulio Bou mira el barro de su huerto antes de cambiarse el teléfono de oreja y continuar preguntando:

—¿Y tú quieres dejarlo todo y marcharte?

—Sí, a mí esto me supera. —El tono de Balma ya es más tranquilo, la medicación la hace arrastrar las palabras.

—Pues siento decirte que tu huida se podría malinterpretar. Que alguien podría ver algo sospechoso.

—¿Cómo? —Balma contesta como cuando te pisan.

—Mi querida Balma, ¿no has pensado que quizás esta novedad te sirva para demostrar que tu padre, que en paz descanse, no fue el culpable de los anteriores crímenes? ¿De verdad no lo habías pensado? —Deja unos segundos para escuchar a Balma dudar al otro lado del teléfono—. Pues te digo yo que tienes tantos motivos para quedarte que, si yo siguiera siendo letrado, te informaría de

que la principal sospechosa de esa copia de crimen eres precisamente tú.

—¿Perdón? —Balma reacciona como cuando te vuelven a pisar.

—Es una manera de decirlo, Balma, una manera de decirte que te has pasado media vida intentando reabrir el caso de tu padre desde el periódico. Hasta que te dieron un ultimátum y amenazaron con despedirte, por eso paraste. Y ahora que parecía que te habías rendido y volvías a tener una vida, alguien aparece e imita exactamente el secuestro de aquella niña, Elena. —Don Braulio se da un segundo de pausa—. Alguien imita aquel secuestro y hasta te piden que vuelva Verdugo a buscarlas... Piénsalo, piénsalo bien, porque te lo han puesto en bandeja para reabrir la investigación sobre tu padre.

—Pero yo... —duda Balma con la amargura de un limón en la garganta.

—No puedes irte, Balma. Puedes tener miedo, eso te lo consiento porque debe de ser muy duro para ti sufrir todo esto. Tanto dolor..., pero no puedes irte.

—Pero... ¿por qué? —lamenta, ya con las lágrimas derramadas.

—Porque es lo más cerca que vas a estar de tener razón.

Tras colgar el teléfono. Tras abrigarse aunque sea verano. Tras meterse en la cama porque está temblando, Balma busca en su mesilla de noche otro blíster de pastillas, todavía tiene el sabor de la última en la campanilla, traga dos, como siempre, para poder soportar su vida de hija de violador.

ESCENA 7

«Se toca, a veces, con el dedo el cieno»

Las playas del Mediterráneo son aparcamientos en estío, carreteras atascadas, largas colas de motores encendidos y niños protestando por llegar a la arena, clavar las sombrillas junto a los gritos de otras familias, sombrillas de colores, toallas pegadas, flotadores inflables, los hijos molestando al correr, comida en neveras azules, sillas plegables, cuerpos feos y crema solar por la espalda.

Pero hay pequeños paraísos escondidos, playas remotas, calas entre acantilados, sin acceso por tierra: solo se llega por mar, solo en kayaks, en tablas de pádel, en colchonetas o buceando. En ellas, en sus aguas azules, transparentes, se exhiben los jóvenes, los músculos morenos, los pechos blancos, los culos perfectos, las sonrisas de anuncio y los cabellos mojados; los minúsculos bikinis, los besos bajo el agua, los posados, las posturas: cuerpos perfectos en su entorno natural.

Por desgracia, en la mayoría de esas calas entre Altea y Moraira, incluso en las más salvajes, remotas e inaccesibles, de aguas azules e imponentes acantilados, siempre suelen aparecer a media mañana yates.

—Escúchame, Antonio. Los que saben cuánto dinero tienen en el banco, los que pueden contarlo, son los primeros pobres —habla Ortiz, promotor inmobiliario en concurso de acreedores, tiene una barriga de embarazada de once meses y come jamón de un envase

de plástico. La última vez que se vio el pene sin espejo, gobernaba Felipe González.

Quien le escucha sin derecho a réplica es un viejo amigo de Letur, su pueblo de la infancia, su mano derecha y hasta su brazo si hace falta.

—¡Qué asco que dan los pobres, Antonio! Te lo digo de verdad. Míralos... ¡Gilipollas! Se creen algo porque son jóvenes y guapos. ¡Desgraciados! Lo único que sirve en esta vida es tener dinero. Todo lo demás es morirse de asco. Míralos, posando como si tuvieran todo el verano de vacaciones. ¡Es mentira! Solo tienen días. Mañana esas rubias se irán a trabajar limpiando mierda por las casas y esos tres a lamer culos vendiendo a puerta fría. ¡Muertos de hambre! A veces me dan ganas de coger a uno de esos y que pase un día conmigo, dejarle que vea lo que es ser rico, dejarle un día mi vida para luego quitársela y joderle la suya, que vea que es una mierda.

De repente se para, huele el aire, mira hacia la proa del yate, donde un cocinero de uniforme blanco y dos pinches se tuestan bajo una sombrilla atada a la borda, alrededor de un paellero y una bombona naranja de butano. Ortiz está molesto porque se puede oír el aceite de oliva virgen extra crepitando. Grita sin girarse para mirarlos.

—¡Me podéis decir por qué cojones huelo a aceite y no huelo a ajo!

Pero nadie le responde.

—Antonio, ve tú y explícale a ese de la estrella Michelin que, en mi casa, mi madre, que solo tenía una mano, tú lo sabes, hacía la paella con ajo. ¡Y que en mi barco también! —le añade mientras se aleja.

Enseguida vuelve el esbirro y, pronto, obedeciendo a su orden, los jóvenes que exhiben sus cuerpos perfectos en esa cala del Racó del

Corb empezarán a oler a ajo frito. Satisfecho, Ortiz sigue con sus lecciones de vida:

—Los valencianos hablan de la paella como de su madre, la suya siempre es la mejor. Y si no, se ofenden hasta levantarse de la mesa y retirarte la palabra. Te lo juro, a mí me lo hizo uno que luego se fue a Madrid y llegó a ministro. Luego también lo pillaron, como a todos, a todos los acaban pillando, dimiten diciendo que han sido víctimas de una persecución, pero en realidad es que ya tienen bastante dinero. Todos los políticos se meten para robar, todos lo sabemos. Todos, Antonio. Créeme, no hay ningún político bueno.

—Alguno habrá, digo yo —interviene Antonio con la lata de cerveza entre las manos.

—¡Ni uno, todos los políticos se meten por lo mismo! —insiste Ortiz.

—¿Y si uno empieza siendo bueno? —Su lata de cerveza hace tiempo que está vacía.

—Si algún tonto se mete a político siendo bueno, no te preocupes que a los cuatro días ya lo espabilarán. Que es lo que le pasó a este... ¿cómo se llamaba? ¿Uno que era así guapetón...?

En ese momento suena el teléfono móvil que lleva en el bañador. Le está llamando DEUDA. Ortiz mira a Antonio mientras se lleva el móvil a la oreja. Antonio entiende que tiene que irse con su palillo en la boca a la otra punta del yate.

—¿Sí? —Ortiz contesta deseando que se hayan equivocado.

—¿Has visto lo de la niña esa que han secuestrado, que piden que vuelva Verdugo?

—Lo he oído por la radio mientras estaba cagando. ¿Y qué? ¿A ti qué te importa eso?

—A mí me importa lo que me importe. Pero tú vas a llamar ahora mismo a quien haga falta en Conselleria y le vas a decir que emitan

un dictamen negativo, un análisis psiquiátrico pésimo, lo que sea, pero que diga claramente que Verdugo no puede reincorporarse al cuerpo.

—Vamos, no me jodas, ¿y tiene que ser hoy? Que estoy en Altea con el barco. Además, ¿a ti qué más te da? Si el tío se quedó medio lelo.

—¡A mí me da lo que me dé!

—Pero, hombre, ahora en serio, no me jodas, esas cosas ya no se pueden decir por teléfono. Para hacer eso tendría que volver a puerto, coger el coche, irme a Valencia... Estas cosas ya no se pueden decir por teléfono... Y tengo todo preparado para hacer una paella en el barco. Si hasta me he subido a cubierta un paellero y una bombona de butano.

—¿Recuerdas los trescientos euros?

—Sí... —responde Ortiz bajito, con desgana.

—¡Recuerdas los trescientos euros!

—Sí —responde algo más firme.

—¡Recuerdas los trescientos euros!

—¡Sí! ¡Recuerdo esos putos trescientos euros todas las noches!

—¡Te lo advertí! Te pregunté si estabas seguro. Te lo pregunté tres veces. Te dije que no te cobraba nada, pero que me deberías una llamada. ¡Y que seguramente sería más cara de lo que quisieras! ¿Lo recuerdas?

—¡Sí, sí, lo recuerdo! ¡Ya te he dicho que lo recuerdo!

—¡Pues ahora te estoy haciendo esa llamada! Y escúchame, si no consigues lo que te estoy diciendo, si no lo consigues, ya puedes ir pegándole fuego a ese yate porque no vas a tener mar donde esconderte...

Enseguida el cocinero tendrá que tirar por la borda el arreglo de la paella, el pinche recoger la bombona, la tripulación el ancla y

acelerar tan deprisa que la sombrilla saldrá volando hasta caer al mar de ese paraíso de pobres, guapas y guapos.

ESCENA 8

«Miré fuera del coche, y alcé los ojos a la luz,
y estaba ya en su muerte»

Depósito judicial de vehículos en Cheste, un infierno de calor tan cerca del circuito de carreras que se pueden oír los motores de las motos entrenando bajo el sol, acelerando al salir de curva, petardeando al bajar marchas, subiendo revoluciones en las rectas hasta el estruendo. Cuando paran, se oyen las chicharras.

Este enorme aparcamiento tiene casi dos hectáreas de coches requisados y abandonados a la intemperie: con todos los cristales sucios, las ruedas deshinchadas, el polvo y los precintos de la Guardia Civil. Solo los vehículos implicados en delitos graves se custodian en una nave metálica, en el centro, rodeada por el resto; desde el cielo se vería como una guardería de coches con su patio.

—Nueve cámaras, veinte mil metros cuadrados, ochocientos cincuenta y cuatro vehículos, un margen de ochenta y tres días, tres vigilantes, turnos de ocho horas, veintitrés incidencias, dos discos duros de quinientos *gigabytes* y mil novecientas noventa y dos horas de grabación, el porcentaje de pérdida es de cero coma once y la probabilidad de encontrarlo sería, *grosso modo*, superior al millón. —Quien habla es un funcionario con una enorme mata de pelo negro. Parecido a esos cantantes de los años setenta que llevaban el pelo cardado y unas patillas gruesas.

—Le he preguntado si usted sabe algo sobre el coche desaparecido —insiste Alonso Gracia en un alarde de infinita

paciencia.

—Y yo le acabo de contestar que no. —Se nota que responde lo que quiere, que se había preparado esa respuesta. No parece preocupado ni por la investigación ni por encender el aire acondicionado. Los Pardos sudan. Todos están sudando.

Hay un equipo de televisión en la acera, asándose al sol, como urracas que aguardan el cadáver de un conejo atropellado en la carretera. Incluso ellos estarán más frescos. Todos sudan a chorros en ese despacho de aluminio blanco.

Pero el sargento Alonso Gracia insiste, con su impertérrita paciencia, mirando su libreta de notas.

—En los turnos que han adjuntado en el informe, se habla de usted...

—Sandokán. —Hace un gesto de presentación con las manos, luce una cadena de oro al cuello y un cristo.

—De Ignacio Sales... —continúa el sargento.

—Eso fue una sustitución, a ese Ignacio lo despidieron enseguida —puntualiza el vigilante.

—Y de José García para el turno de noche —termina el sargento.

El trabajador del depósito, Sandokán, afirma mientras trastea con el mando del aire acondicionado apagado sobre su mesa. Por su culpa, los gemelos ya están notando que les gotea el sudor por la línea vertical donde les termina la espalda.

—Exacto —le confirma Sandokán—. Tres éramos. Dos de día y José de noche, pero no nos hablábamos ninguno.

—¿No se hablaban? ¿Por qué? —Alonso anota en su libreta.

—Eran malos —afirma Sandokán, provocando que levanten las cabezas de todos.

Silencio. Los deja así.

—De acuerdo, eran malos —prosigue Alonso Gracia—. Pero, con este José, el del turno de noche, ¿podríamos hablar nosotros? ¿Se encuentra en el depósito?

—En el de cadáveres. Murió en marzo, para Fallas, lo cremaron. Desde entonces estoy yo solo.

A los Pardos casi se les escapa una sonrisa. Les pierden las bromas sobre la muerte. Pero Alonso Gracia se pone más serio. Aquello no tiene sentido. Ese hombre de pelo afro se ha preparado el interrogatorio para reírse de ellos.

—Un poco de respeto, ¿no? —le sugiere con tono benemérito.

—Mire, sargento. En el mundo solo hay dos tipos de personas: los malos y los buenos. Esa es la naturaleza humana, la maldad, pero la maldad no solo de hacer algo malo, sino también la maldad de no hacer nada bueno; porque ser bueno es un esfuerzo, mi sargento, incluso un sacrificio. —Lo dice tocándose el cristo—. Por eso hay que luchar contra los demonios. Esa es la misión que tenemos los buenos. Ese no merecía la vida. Porque la vida se merece, óiganme, la vida es un regalo de Dios que se merece. La prueba la tienen ante sus ojos: mis compañeros eran tan malos que uno de ellos ya está en el infierno, y al otro, si Dios me oye, no le faltará mucho para acompañarlo.

—¿Lo está usted amenazando? —logra interrumpirle Alonso. Pero la respuesta no es la esperada.

—Jamás, mi sargento. Las personas como yo no amenazamos nunca. Hacemos.

—¿Está confesando? —Alonso aprieta la mandíbula, pensando que quizás eso acabe peor de lo que imaginaban. Los Pardos también lo notan y se llevan con cuidado las manos a las pistoleras.

—Eso solo en la iglesia, mi sargento.

Les sonríe mientras deja que el silencio y el sudor los agobien.

—¿Y usted qué es, bueno o malo? —le pregunta Alonso Gracia, todavía tenso.

Sandokán sonríe feliz.

—Eso les tocará a ustedes valorarlo —los reta, dejando como una carta el mando en la mesa. Así acaba ese interrogatorio sudado, cuando el testigo lo ha decidido.

De vuelta al aire acondicionado del coche blanco y verde, el sargento insomne permanece callado, pensativo, pero los dos guardias civiles gemelos no, ellos comentan el calor, el sudor, la cara dura del testigo y la ausencia de pistas sobre quién se llevó el puto Patrol del depósito. No han sacado nada en claro y esperan órdenes para ponerse en movimiento.

—Este tío nos ha dicho lo que él ha querido, jefe —reflexiona un gemelo.

—Menudo rollo. Que si buenos y malos —continúa su hermano.

—El caso es que no tenemos nada, jefe —insiste el otro.

—Porque entre los vigilantes, o no se hablaban o se han muerto... —añade uno.

—Y las grabaciones de las cámaras ya se borraron... —sigue el otro.

Alonso Gracia no les dice nada, ni que arranquen el coche ni lo que está pensando, revisa las últimas llamadas recibidas antes de contestar, también tiene que estar pendiente de cualquier instrucción que llegue desde arriba.

—El caso es que a mí el Sandokán este me suena de algo... —Duda con la mirada puesta en los periodistas que los fotografían—. No sé. En fin. Vámonos. Tendremos que pedir un extracto de sus cuentas al juez para saber si recibieron algún tipo de pago o soborno por el coche.

—Este Sandokán —le informa el Pardo que va detrás— ya ha adjuntado un extracto de la suya y no hay nada, jefe. Se lo gasta todo en una residencia para su madre.

—Y en el peluquero —añade el Pardo que conduce.

Los dos hermanos gemelos se ríen con su broma. Luego ven que no, que deben seguir hablando en serio.

—Pero igual les pagaron en mano, jefe.

—Seguro, jefe. Estas cosas no se hacen por el banco.

Alonso Gracia sigue pensando mientras lo llevan de vuelta por las rotondas:

—Lo que está claro, irrefutablemente claro, es que para sacar el Patrol de este depósito necesitaron la connivencia de esos funcionarios. —De vez en cuando, a Alonso le gusta recrearse con tecnicismos.

—¿Quiere que los citemos a declarar de nuevo, jefe? Aunque no se hablen —añade el Pardo de detrás.

—Sobre todo, el muerto... —añade el que va conduciendo. Se ríen, pueden pasarse el día entero haciendo chistes negros.

Pero su sargento sigue dándole vueltas a la cabeza mientras repasa llamadas perdidas en el teléfono.

—Sí, tendremos que hacerlo. Citad a los dos. A este y a ese Ignacio Sales. Pero citadlos a declarar al mismo tiempo. De hecho, que no se hablen es perfecto, nos facilitan ellos el dilema del prisionero... —reflexiona su sargento mientras apunta números en su libreta.

—¡Jefe! —El Pardo que va detrás está mirando su móvil—. Que dicen de la comandancia que se ha presentado el segundo vigilante, el que despidieron, Ignacio Sales, en el cuartel de Tavernes Blanques, porque dice que un tipo le ofreció treinta mil euros a cambio del coche.

—¿Y cómo se los ofreció? —se interesa el sargento.

—Espere, que me están llamando —le informa el Pardo. Luego se dirige al teléfono—. Te pongo en manos libres, Ojeda.

Se oye una voz metálica de altavoz malo:

—Nos indica que, al poco de comenzar a trabajar en el depósito, a la semana o así, recibió una llamada con número oculto, ofreciéndole el dinero, pero él dijo que no. Luego, empezaron a seguirle por la noche y a llamarlo con número oculto. Las llamadas pasaron a ser cada vez más amenazantes. Al final, dice que, como era conocedor de la historia de ese vehículo, se asustó y decidió despedirse él mismo del trabajo —los informa Ojeda por el móvil.

Todos se quedan pensando un instante mientras salen a la A-3:

—Ojeda, soy Alonso Gracia, pregúntele si sabe si sus compañeros también recibieron esas llamadas —ordena el sargento girándose hacia atrás.

Hay unos segundos de retraso, pero al fin:

—Dice que seguramente sí, mi sargento, que él cree que sí —le responde el teléfono.

—De acuerdo, pregúntele si piensa que sus compañeros pudieron acceder al soborno, si considera...

Esta vez no hay retardo en la respuesta:

—Dice que eran los mayores hijos de puta que había conocido, mi sargento. Sobre todo, Sandokán. Que seguro que fueron ellos.

—De acuerdo, dígale al testigo que mañana lo llamaremos a declarar, que esté localizable...

—Dice que tiene miedo, mi sargento, que si puede quedarse detenido ya —le pregunta el teléfono.

Alonso Gracia reflexiona unos segundos, pero enseguida da con la respuesta más sensata:

—Dígale al testigo Ignacio Sales que no podemos detenerle por tener miedo, que no se preocupe, que no le va a pasar nada.

ESCENA 9

«Sobre ti y sobre mí, vuelan ahora
las alas lentas de los mismos cuervos»

Es una de esas tardes de calor africano en Valencia, viento ardiendo de poniente, apenas coches ni taxis, periferia, calles vacías, semáforos verdes, un autobús parado en su fin de línea, aceras desiertas, bares cerrados, carteles de vacaciones pegados en las persianas bajadas, terrazas vacías y un piso humilde en un barrio pobre con las ventanas abiertas. No deben de tener ni aire, setos de tierra seca, menudo calor debe de hacer ahí dentro. Cuatro prendas en un tendedero, se oye llorar a un bebé desde las escaleras, el ascensor no funciona y huele mal, puede que a mierda.

Alejandro Díaz se detiene antes de llamar a esa puerta, se imagina que no irá el timbre, siempre fue un niño miedoso, no se atrevía a columpiarse alto, no quería subir a nada en la feria, le asustaban las piscinas y le entraban ganas de llorar si se quedaba solo; quizás por eso se hizo psiquiatra, para vencer sus miedos. No sabe bien lo que habrá dentro de ese piso, pero su directora le ha pedido un informe psiquiátrico actualizado, lo había ordenado el mismísimo conseller. Le han enviado allí y le han pedido que diagnostique a ese agente, Verdugo. Se ha leído por encima su historial en el taxi. Está algo impresionado.

Y sudando, huele a col hervida y basura. No quiere estar allí. Quizás debería irse a casa y asegurarse de que cerró bien la puerta de la galería. Solo pensarlo le altera el corazón bajo la camisa.

Imaginar que Bolita, su gato peludo, se pudiera escapar de casa y perderse le crea tanta angustia que casi tiembla. Llama con los nudillos. Se remete la camisa.

Le han abierto. Un tipo asqueroso. Huele peor que fuera. Está dentro.

En esa televisión sucia de papilla derramada, mientras espera a que el enfermero acabe de hablar por teléfono, Alejandro tiene que ver otra vez el mismo telediario que vio en su casa, los mismos reportajes especiales, el mismo titular con diferentes variantes: niña secuestrada en Valencia.

En directo, son las diez de la mañana, las vueltas del helicóptero sobrevolando las montañas, buscando a Aitana, la adolescente de quince años desaparecida en el camping de El Saler hace dos noches. Y el mismo coche, ese viejo todoterreno blanco, Nissan Patrol abollado por el accidente que sufrió cuando lo interceptó Verdugo hace trece años, apareciendo como con un fantasma malo, en una cámara de tráfico.

—Me llamo Alejandro Díaz, soy psiquiatra de la Conselleria de Sanitat, hemos hablado antes por teléfono, ¿puedo pasar?

Esa ha sido su presentación en el piso de Verdugo, pero quien le ha abierto ha sido Dobón, el enfermero que lo asiste desde entonces.

—Me sabe mal, pero precisamente hoy le he subido la medicación. —El enfermero pone cara de circunstancia, como esas personas que evitan sonreír cuando les dices que te has divorciado—. Como están todo el día con el tema, pues se encuentra muy nervioso.

Alejandro Díaz fue voluntario de la Cruz Roja de Cartagena desde los dieciséis años, ha visto de todo; pero, aunque solo hubiese sido el sustituto de Espinete en las escenas de riesgo, sabría lo que es eso:

—¿Esto son hematomas? —pregunta señalando con el dedo.

—¿El qué? —Pero Dobón no mira el dedo señalando, sino a los ojos del que señala.

—Esto —insiste Alejandro sobre ese despojo de hombre en silla de ruedas.

—No sé, puede. A veces se pone nervioso y se golpea él solo —se inventa Dobón.

—Ya. ¿Me podría traer un vaso de agua? —le solicita Alejandro como una rutina.

—Sí, y unas papas —le responde Dobón.

—¿Perdone? —se sorprende Alejandro.

—Lo que quiera decirle, conmigo delante.

—Está bien. Agente Verdugo —se dirige al paciente—, soy Alejandro Díaz, psiquiatra de la Conselleria de Sanitat. ¿Cómo se encuentra?

La ausencia de respuesta es apuntada en el informe.

—Agente Verdugo, ¿le gustaría que cambiara su situación?

La ausencia de respuesta es apuntada una línea más abajo.

—Agente Verdugo, ¿se ve usted capaz de reincorporarse a su antiguo trabajo?

La ausencia de respuesta es apuntada una línea más abajo mientras el enfermero teclea en su teléfono. Así continuará durante tres hojas más del formulario.

—Agente Verdugo...

—Agente Verdugo...

—Agente Verdugo...

Poco más, diez minutos preguntando, todo defrauda cuando no sucede. Se ha acabado.

Alejandro Díaz ya está en la puerta, invitado a irse, debería hacerlo, debería hacer un informe oficial indicando lo que

objetivamente ha visto: que ese paciente no responde por exceso de medicación y que las condiciones de vida en ese piso son absolutamente insalubres. Y también debería callarse, no decirle nada a ese enfermero. Pero... no puede tolerar ningún maltrato, desde pequeño. Y le echa valor:

—¿Usted sabe quién fue este hombre?

—Llevo trece años limpiándole el culo, usted me dirá si lo sé —le responde Dobón sujetándole la puerta.

Alejandro Díaz no aguanta eso, del mismo modo que no aguantaba quieto en su casa mientras las pateras llegaban, y por eso se hizo voluntario de la Cruz Roja, exactamente del mismo modo no aguanta el abuso a un paciente:

—Usted sabe que, si algún día despierta, ese hombre lo podría estrujar con sus propias manos. —Le ha quedado un poco exagerada la frase, ha debido de ver demasiados vídeos sobre Verdugo.

—Para eso tendría que despertarse —le responde Dobón con una sonrisa.

—O que yo indique que ya no necesita medicación —se atreve a amenazarle Alejandro.

—O que yo llame a los que me contrataron y tú mañana estés en la puta calle —le amenaza Dobón con mala hostia.

—¿Tan seguro estás? —le planta cara Alejandro.

Dobón respira un momento, sin soltar la puerta, calculando sus palabras:

—Yo, ahora mismo, podría coger, pegarte un tiro a ti, darle por culo a él y dejarme la casa sin limpiar. Y de las tres cosas, la que más me preocuparía sería la última. Porque, en cuanto me detuvieran, a la media hora, ya me estarían soltando —le suelta como un eructo.

—Nadie puede hacer eso. Este es un Estado de derecho.

—¡Derecho mis cojones! —empuja Dobón a Alejandro hacia el pasillo—. No tienes ni puta idea de quiénes mandan en este país, y lo que es peor, de la clase de personas que son. ¡Ni puta idea! Así que, coge el informe ese tan bonito que has hecho, y pon que todo está bien.

—¿Me estás amenazando?

—¡Pues claro que sí, joder! ¡Coge el puto informe y pon que todo está bien o, escúchame, antes de que salgas de aquí ya habrá alguien en tu casa buscando debajo del sofá a tu gato!

La cara de Alejandro cambia, se pone rojo de ira:

—¡Cómo te atreves! ¿Quién te lo ha dicho?

Y Dobón solo sonríe:

—Ahora ya no eres tan valiente, ¿eh? —Dobón se ríe con sus dientes amarillos—. ¿Qué te creías, que eras el primero que venía aquí a rescatar a este? Llevo años abriéndoles la puerta a médicos, psiquiatras, policías, ministros y jueces interesados por verle, por sacarle de aquí, llenos de admiración por el héroe, el que encontró a las niñas. —Dobón gesticula ridiculizándolos—. Se emocionan al verle, le cogen de la mano, le piden que les conteste, luego me miran, observan el piso, el váter, la cocina, las cucarachas, se indignan, se enfadan, me amenazan con abrirme un expediente, una investigación... ¡Mierdas! Cuando llegan a su casa, reciben una llamada de mis jefes y nada, no vuelven por aquí. Igual que harás tú, bonito de cara, si no quieres que los llame ahora mismo y alguien reviente a martillazos a tu gato.

La sensación de impotencia, rabia, miedo e injusticia es tal en Alejandro Díaz cuando vuelve a salir a la calle que tiene que vomitar el muesli en un seto de tierra seca.

ESCENA 10

«Y asisten los olores del sótano,
de la infancia escondida en el desván»

Todavía quedan casas en el centro urbano de Valencia. Son pequeños chalés o adosados con jardín, rodeados de oficinas, torres de pisos, balcones, ventanas, contenedores, gente, edificios altos. En comparación con el resto de las viviendas, son como de juguete y tienen algo de cuento, pero vivir en ellas, heredarlas en la mayoría de los casos es un proceso largo en el que muchas familias dejan de hablarse. Es cierto que son más oscuras, que tienen humedades, olores, más frío en invierno y más calor en verano, sin embargo, tus propias escaleras, tu buhardilla, tu jardín en primavera, tu propio árbol, podar la hiedra ante la mirada de los turistas desde el autobús rojo..., eso es un lujo heredado.

El comedor es tan grande como toda la primera planta, diáfano, cocina y salón con una enorme mesa antigua, gruesa, de madera maciza en el centro, donde una madre guapa escribe en un ordenador color plata mientras su hija adolescente mira el móvil, sentada en un sillón blanco del jardín, bajo una sombrilla.

—Mamá. —Tiene la voz dulce.

—¿Qué? —La madre guapa contesta sin levantar la cabeza.

—¿Qué pasó con el asesino ese de hace trece años?

—¿Qué asesino? —Lo sabe de sobra, pero quiere ganar tiempo.

—El de las noticias, el que dicen que se ha llevado a una chica en el camping de El Saler.

—Ah, ese. No creo que sea el mismo. Aquel se llamaba Oriol, no recuerdo el apellido, pero asesinó a dos niñas y secuestró a una tercera que no apareció nunca.

—¿Y la Guardia Civil no lo cogió?

—No. A Oriol no. Cogieron a su cómplice. Un político que se suicidó. Pero Oriol logró escaparse, desapareció con la tercera niña. Elena, se llamaba Elena —recuerda la madre en su afanado esmero de dar siempre el mejor resumen. Porque sabe que eso lo hace bien, tiene ambiciones políticas y sabe que todo el mundo la ensalza por lo bien que se explica tras sus ruedas de prensa en la Conselleria.

—Pero casi no hablan de las otras chicas, solo hablan de Elena —insiste la hija.

—Pues porque las otras chicas fueron eclipsadas por la última. Mónica, la primera, era una niña normal y corriente, de una familia humilde que nunca quiso hablar con la prensa. Mientras que la segunda, Sara, era una cría gitana, y su familia amenazó a los periodistas para que no contaran lo que le habían hecho a la niña.

—¿Tenían miedo?

—¿Los periodistas? Mucho. Solo hubo uno, uno que se llamaba Raúl Bru, que sí que se atrevió a contar cosas porque fue él quien la encontró. A Sara. Encontró el cadáver en una balsa. Y los gitanos lo amenazaron de muerte. Tenía que ir... Se hizo famoso, claro, pero tenía que ir a la televisión escoltado.

—Pero en internet apenas dan datos de las primeras —insiste la hija en su morbosa curiosidad—. Me salen muchos vídeos vetados.

—Pues porque los habrán ido quitando, seguro. Ya te digo yo que en su momento sí que se dieron datos de ellas. Demasiados. Pero entonces llegó el secuestro de Elena, que encima era una niña preciosa, no sé si tenía catorce o quince, pero era una niña guapísima. Elena dio una lástima tremenda, quizás por eso las dos

primeras quedaron un poco olvidadas, porque a todos se nos rompió el corazón con Elena. El país entero salió a las calles pidiendo la liberación.

—¿Era esta? —Le enseña el móvil de lejos, la madre fija la vista.

—Sí, esa. Era guapísima. Fue una pena.

—¿Yo entonces no había nacido? Porque sale todo como muy antiguo en las imágenes.

—Tú entonces tenías un añito, aquello sucedió hace trece, tú tienes catorce... Un añito.

—¿Y ese asesino que se escapó es el mismo que se ha llevado a esta niña de ahora?

—No lo saben. Pero puede ser...

—Qué fuerte. ¿Y yo por qué nunca había oído hablar de esto?

—Porque intentamos olvidarlo, lo pasamos tan mal que intentamos olvidarlo. Ya te digo que, sobre todo Elena, nos rompió el corazón, era una niña de anuncio. Salió todo el país a la calle. Pero no sirvió de nada.

—Pues ahora dicen en YouTube que el asesino, el que las secuestraba...

—Oriol —consiente la madre guapa en pronunciar su odioso nombre.

—Ese, Oriol, que ha vuelto. Que es el que se ha llevado a Aitana. —La hija le enseña el móvil para demostrarle que es cierto.

—Ya, lo estaba viendo también —coincide la madre mientras siente nacer una angustia, luego un temor pequeño, que conforme mira a su hija se va convirtiendo en miedo, un miedo nuevo que le crece por dentro y le hace la misma pregunta que le está haciendo su hija.

—¿Y vas a hacer algo?

La madre guapa, Sandra Saura, directora general de Asistencia Sanitaria de la Conselleria de Sanitat, mira a su hija: lo bonito que tiene el pelo ahora en verano, cómo se le hacen las mechas rubias, lo alta que está, lo guapa que es cuando se arregla para quedar con las amigas y dar una vuelta por la Malvarrosa, con cuidado de no volver nunca sola... Y teme, como toda madre teme, al pensar que a su niña le pudieran hacer algo, su niña llorando sola y ese monstruo de la foto.

—Hago lo que puedo. He mandado a un psiquiatra a evaluar al guardia civil que las encontró, a Verdugo.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me acaba de mandar un correo. Dice «catatónico».

—¿Qué es catatónico, mamá?

En ese momento suena su móvil, cambia el gesto al ver el número:

—Espera, tengo que cogerlo. Buenos días, conseller. Sí, estoy al tanto, claro. Ya lo he enviado esta mañana, conseller. Envié a un psiquiatra nuestro a que realizara un informe sobre el estado del agente Verdugo. Lo acabo de recibir. Se lo estaba reenviando. Totalmente desfavorable. De acuerdo, conseller. Perdone, perdone, conseller. ¿Qué es lo que quería? ¿Por qué me ha llamado? Ah.

Finaliza la conversación.

—¿Qué es lo que quería el conseller, mamá?

Para llegar a esa respuesta, la madre había debido pasar por años en la Facultad de Derecho, un máster y, por encima de todo eso, un hermano heroinómano que le enseñó a mentir cuando en La 2 se veía el telediario.

—Creo que quería algo. —Sandra Saura frunce el ceño mientras piensa.

—¿El qué, mamá?

—Algo que ha obtenido, al parecer. Me ha colgado cuando ha sabido que el informe era negativo. Me ha llamado porque no lo sabía. Por tanto, lo que el conseller quería era un informe negativo del estado mental de Verdugo... —Mira hacia abajo, a un lado.

—¿Y por qué, mamá? En YouTube dicen que ese Verdugo era bueno, que fue el que las encontró a todas.

—Pues eso es lo que me mosquea, ¿por qué el conseller tenía la duda? Porque... si tenía la duda es porque existía la posibilidad de que Verdugo estuviera bien. No solo eso, sino que al conseller le constaba y le angustiaba esa posibilidad. ¿Por qué al conseller le preocupaba que Verdugo estuviera bien? ¿Qué sucedería si Verdugo estuviera bien? ¿Cómo puede ser que un psiquiatra emita un diagnóstico absolutamente incapacitante de un paciente que temían que estuviera bien? ¿El psiquiatra ha mentido? No. Yo misma lo escogí, es inocente. Entonces... ¿por qué quería el conseller que Verdugo estuviera mal? ¿Qué pasaría si en realidad Verdugo estuviera bien? ¿Si hubiera estado bien estos trece años? ¿Qué pasaría? Sería un escándalo. El conseller de Sanitat tendría que dimitir, claro está. Pero... ¿qué más pasaría si Verdugo estuviera bien? —duda Sandra Saura rascándose una mano.

—¿Qué, mamá?

—No lo sé. —Despierta de su ensimismamiento Sandra Saura, se levanta enfocada en averiguarlo—. Vístete, no estés todo el día en pijama. Y deja de mirar cosas de esas.

—¿Por qué? —protesta la hija.

—Pues porque no tienes que creerte todo lo que digan en internet. Verdugo no encontró a todas las niñas y es imposible que Oriol haya vuelto a secuestrar a una.

—Pero...

—Ya vale. Hazme caso. Yo voy a salir, no abras a nadie, echa la llave. Yo vendré después de comer, hazte algo.

ESCENA 11

«Con el pecho latiendo,
miraba con los ojos encendidos
la inquieta cercanía de los otros»

Cuando era pequeño, Javier se cortó la pierna con un cristal, tuvo que ser en verano porque llevaba unos pantalones cortos que se los había arreglado su madre de unos largos que ya se le habían quedado pequeños de abajo. Siempre tenía que ayudar a su padre en la tienda, cargando ventanas en la C15, poniéndose guantes para cortar cristales, tirando los botes de silicona al contenedor, barriendo el almacén, el olor del disolvente, de la masilla...

Y se cortó, se le cayó un cristal no sabe cómo y le cortó el muslo como si fuera un pollo, recuerda la sangre brillante en charcos sobre el polvo del suelo, su padre corriendo, la C15 chillando rueda hacia el ambulatorio, la llegada a urgencias, los treinta y ocho puntos, pero sobre todo el dolor, el afilado escozor que sintió cuando el cristal cortó su carne ante los ojos de su padre.

Ese dolor le siguió toda la vida. Y ahora lo tiene otra vez delante, su mujer, encogida en un sofá, llorando en batín, dándole la espalda a la tele.

Javier mira a su mujer, Cristina, su pequeñita mujer de pelo sucio, y se le tuerce la mandíbula, se le pone la piel de gallina, se le mojan los ojos mientras aprieta los dientes. Lo que sea, cualquier cosa, morirse él ahora mismo por ver entrar a su Aitana por esa puerta. Abraza a su mujer, de rodillas en el sofá, lloran a sacudidas. Lo que

sea. Ha llamado hasta a los periódicos deportivos suplicándoles que pidan que ese Verdugo busque a su hija. Ya se sabe su vida de mirarla en páginas web, pero le dicen que no, se lo repite a su mujer, que le han dicho que no, que ese hombre no está bien, y los periodistas vigilan su calle, a veces llaman al timbre y la sacan de ese estado sonámbulo en el que se encuentra. Pues ve tú, Javi. ¿Adónde voy a ir? Ve tú a casa de ese Verdugo, dile que busque a nuestra hija. Pero yo no sé dónde vive. Pregúntale a Fernando, él trabaja en Hacienda, seguro que lo sabe. Pero eso es ilegal, cariño. ¡También lo es llevarse a mi hija! Rompe a llorar con la boca abierta contra el sofá.

Javier se esconde en la cocina, busca en el móvil mientras se seca los ojos, lo encuentra y llama.

—¿Fernando? Soy Javi. Gracias, gracias. No, no sabemos nada. Ya, por eso te llamaba. Necesito que me digas dónde vive una persona. Ya, ya lo sé. Lo sé, lo sé. Fernando... Por favor... Por favor... Muchísimas gracias. Es el guardia civil ese, Verdugo, sí, el de la tele. Pues la necesito para ir a verle. Pues porque quiero pedírselo yo. Me da igual lo que me digan. Ya. Ya. Ya. Entonces, ¿me llamas tú? Gracias, Fernando, muchísimas gracias, de verdad.

ESCENA 12

> «Y adviertes que el Olvido tiene una metafísica precisa:
> ese sabor que es nada, y quieres recobrar desventurado,
> sin conseguirlo nunca»

Dársena interior del puerto deportivo de Port Saplatja, cerca de Valencia. Después de media hora de atasco con una furgoneta blanca delante, pegada, tráfico lento para todos, incluso para la Guardia Civil, ni con las sirenas y las luces puestas, pues son las tres de la tarde de un mes de julio y están colapsados todos los accesos al mar. Hasta los arcenes. Quizás habrá sido un golpe, quizás habrá alguien discutiendo sin atreverse a bajar del coche, quizás habrá sido en una rotonda, el típico que intenta colarse, ese gesto común de salir levantando los brazos al ver los daños en el parachoques. O quizás, simplemente, habrá sido esa necesidad antropológica de hacer cola que tienen todos los valencianos.

Pero por fin llegan, bajan del vehículo, el sopapo de calor al abrir la puerta y salir del aire acondicionado.

Port Saplatja es una especie de pueblo marinero falso, para turistas y jubilados pijos, con sus canales, sus casitas de colores y sus balcones abiertos hacia los barcos varados en un agua queda, infestada de peces pequeños alrededor de las cuerdas, cabos, maromas..., pero no redes. Tan solo una botella de cristal en el fondo.

—Jefe, ¿cómo puede un vigilante de un depósito permitirse vivir aquí en un barco? —pregunta uno de los gemelos a su sargento.

—Eso, jefe. Además, sustituto —añade su hermano.

—Pues eso es lo que hemos venido a averiguar. ¿Por qué Ignacio Sales nos dio anoche una dirección de sus padres donde no vive nadie, cuando en realidad él se acababa de comprar aquí un barco? —les repite su sargento.

—A lo mejor es verdad que tiene miedo, jefe.

—Por eso se ha escondido aquí, jefe.

—Como no le dejamos quedarse en el calabozo...

—Se escondió aquí en el barco.

—Ese tipo no era trigo limpio, jefe.

—Ya se lo hemos dicho en el coche.

—Si tanto miedo tenía...

—Es que algo malo había hecho.

—El Ignacio Sales...

—Y el otro, el Sandokán.

—Los dos juntos seguro que se llevaron el Patrol.

—¿Os podéis callar de una vez, que os va a oír todo el mundo? Tenemos que encontrar a alguien responsable del puerto —les ordena dirigiéndose hacia unas oficinas cerradas.

Los hermanos se callan, le siguen bajo el sol e intentan abrir la puerta de aluminio gris, primero uno, luego el otro, hasta pegan sus caras a los cristales tapándose con las manos.

—Lo siento, jefe. No hay nadie. Está todo cerrado —le informa un Pardo.

—Y al teléfono que pone no contestan tampoco —le confirma el otro con el móvil pegado a la oreja.

—Hablad un poco más bajo, aquí hay mucho eco, es la hora de la siesta —les susurra su sargento haciendo ese gesto de bajar la voz

con las manos.

Pocos lugares podrá haber más silenciosos que la dársena interior de un puerto deportivo a la hora de la siesta en julio.

—¿Y qué hacemos, jefe?

—Buscad el amarre —les ordena su sargento—, es el 127.

—Es ese, jefe —señala un Pardo.

—No puede ser —niega el sargento con la cabeza.

—Tiene razón mi hermano, jefe.

—Lo pone aquí.

—No puede ser —duda el sargento—. Buscamos un velero de ocho metros de eslora. Esto —les señala el pequeño objeto— es una barca de pescar de palmo y medio.

—Nos la están dando con queso, jefe.

—Eso, con queso, jefe.

—¿Seguro que está bien el número? —les insta a repasar el sargento.

—Sí, seguro, lo han mandado de Autoridad Portuaria, el número está bien.

—A ver si se ha cambiado el amarre por este de al lado, jefe. Este sí parece el barco —sugiere uno de los Pardos.

—Eso, a ver si se lo ha cambiado por este —apoya el otro, tocando la proa—. ¿Quiere que llamemos otra vez a los del puerto?

—No, ellos no nos pueden facilitar el nombre del propietario de un amarre cualquiera si no es por una investigación. Además, callad, se os oye todo —les insiste su sargento con las manos.

—Pues llámele a él, jefe —propone un Pardo.

—Eso, llame a Ignacio Sales, a ver si ahora se lo coge, jefe. —A los Pardos les gustan las bromas.

Pero Alonso Gracia, sargento de la Guardia Civil, licenciado en Matemáticas, se queda pensando. Puede que no sea tan mala idea

esa broma de los Pardos...

Les ordena en voz baja, disimulando:

—Con cuidado, avanzad y colocaos estratégicamente, tú allí, frente a ese velero blanco, y tú da toda la vuelta y ponte allí, donde aquel catamarán. A mi orden, llamaré al investigado, estad atentos por si oís su teléfono.

—¿Qué catamarán, jefe, ese? —señala un Pardo.

—No, hombre. Eso es una timonera. Ese de ahí —le aclara señalando.

—Ah, vale, jefe.

Pero hay habitantes no durmientes, con estas camisetas de tirantes que solo usan para echar la siesta, mirando desde sus balcones alquilados a esos tres agentes andando a paso rápido pero delicado, todos callados, se hacen gestos, uno de ellos saca su móvil y llama.

Nada. Silencio. Esperan. Se acaba la llamada. Siguen esperando.

Ya andan con menos cuidado, se alejan como cazadores desilusionados. Vuelve a llamar. Nada. ¿O sí?

Quizás uno, el que está más lejos, se ha quedado quieto, como escuchando, sí, oye algo, echa a andar más deprisa, los otros van a buscarlo corriendo, llegan al amarre de un velero de unos ocho metros de eslora.

—¡Se oye aquí, jefe!

—Lo sé, lo sé, lo estoy oyendo —le contesta su sargento guardándose el móvil en el bolsillo y echando mano a la pistolera—. Esperad, igual la niña está dentro.

Pero los hermanos gemelos no reciben a tiempo la orden.

—¡Guardia Civil, salgan inmediatamente del barco!

Sin embargo, no sucede. Al contrario, adonde salen es a los balcones, los vecinos, como pájaros aburridos en sus jaulas de

verano.

—¡Guardia Civil, salgan inmediatamente del barco!

Tampoco sucede. Incluso ya se asoman desde las puertas abiertas y aparece algún crío grabando.

—Subo yo también, jefe —le pide permiso el segundo Pardo.

Su sargento asiente mientras sigue apuntando con la pistola.

—¡Guardia Civil! ¡Vamos a entrar! —Salta a bordo como un toro.

—Moscas, jefe, hay muchas moscas en este barco —le informa el segundo Pardo.

—Eso no es bueno, jefe.

Efectivamente, arma en mano, al abrir la bodega del velero, lo que descubren es un cuerpo mal muerto en el suelo, formando un escorzo sobre su propio charco de sangre. Las moscas, en ese horno al sol, se están dando un festín.

—¡Buscad a la niña, buscad a la niña! —les ordena.

—Aquí no hay nadie vivo, jefe —le resume un Pardo.

—Aquí tampoco —le informa el otro.

Pero Alonso Gracia, su sargento, sabe que han encontrado algo tan gordo que antes de que se den cuenta ya estarán en todos los periódicos y telediarios:

—¡Tú, llama a central! ¡Tú, asegura el barco! ¡Traed cinta y limitad el perímetro! —les ordena rápido a los Pardos, que, sin embargo, no tienen prisa por abandonar semejante escenario. Alguien diría que les gusta cuando mueren los malos.

—¿Cómo cree que ha muerto, jefe? —sonríe un Pardo.

—Eso, jefe. ¿Causa de la muerte? —sonríe su hermano.

Los hermanos Pardo tienen un humor especial. Porque el cadáver tiene la garganta abierta en carne viva, esófago, laringe, tráquea seccionados y cubiertos de moscas sobre la sangre seca en la que el cuerpo parece que flota.

ESCENA 13

«He de entrar en la luz que está ciega,
en donde la ignorancia borrará el conocer»

El psiquiatra de Balma tiene la consulta en el centro, barrio de Cánovas, en la avenida Marqués del Turia, edificio neoclásico del ensanche, un mar de árboles bajo su ventana y música tenue de *jazz* francés. Es profesor en la Universidad de Valencia, luce pulseras playeras bajo la americana gris y el pelo blanco de quien fue guapo en la Ibiza de los ochenta. Balma nunca le habla a la cara, sino de espaldas, mirando por la ventana esa avenida de ficus y semáforos. Hay una pequeña mosca que intenta escapar por el cristal.

—Al principio, mi madre no quería que nos fuéramos de España. Me dijo que no podía cambiarme de instituto así, a mitad de curso, que debía acabarlo. Yo tenía catorce años cuando mi padre se suicidó. ¿Sabe lo duro que es para una niña de catorce años que, de golpe, todo el mundo te odie? Conocidos y desconocidos. Todo el mundo. A mí me escupían, se puso de moda escupirme. Y mi madre me mentía, me decía que estaba preparando todo para irnos pronto a Alemania. Pero en realidad se pasaba el día en la cama, se metía vestida, con zapatos y todo. Y no cogía el teléfono.

—¿Quieres decir que ella no quería irse? ¿O quizás se vio superada por la cantidad de papeleo que debía realizar sola, por primera vez? Tramitar una herencia, cambiar de país, buscarte un instituto... No son cosas que se hagan en un día. Y menos para una

mujer que quizás no estaba acostumbrada a llevar a cabo tareas burocráticas.

—Mi madre no hacía nada. Se casó y se llevó a la criada. Ella jamás fregó un plato, en la vida se hizo la cama, ni mucho menos me cambió un pañal. Pedirle de golpe que hiciera todo eso fue como pedirle a un inválido que escalara el Aneto. El papeleo lo hice yo todo.

—¿Ella no hizo nada?

—Meterse vestida en la cama y salir solo para ir a misa.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta que se me llevaron del instituto en ambulancia.

—¿Por qué?

El psiquiatra de Balma nunca anota, graba el audio de todas las sesiones en un portátil que tiene encima de la mesa, es lo primero que advierte a cualquier paciente; eso le da un aire desinteresado, como de señor al que has pillado en tu habitación para contarle tu vida. En pocas ocasiones se interesa. Esta es una.

—Los niños pueden ser muy crueles. Eso se lo dijo la monja directora gerente del colegio a mi madre. Porque a mí, a su hija, me estaban metiendo en una ambulancia con un ataque de ansiedad gigante. ¿Sabe lo que le contestó mi madre? Mi madre no expresaba sus sentimientos, siempre iba con la espalda recta y fumando sus Ducados. Mi madre, sin mirarla a la cara, le contestó: «Han esperado a que mi hija fuera al baño, han salido no menos de cinco alumnas de la clase, la han seguido, la han apresado contra el retrete, la han sujetado de brazos y piernas, le han tapado la boca con el rollo de papel del váter y le han escrito en la cara MI PADRE ES UN VIOLADOR, con rotulador permanente. Eso no es ser cruel, monja». Le dijo eso, *monja.* «Eso es de ser hijos de puta. Usted la primera».

—¿Y qué sucedió?

—Le escupió.

—¿Le escupió? ¿Tu madre le escupió a la directora?

—Exacto. A la cara, quitándose el Ducados de la boca, delante de todo el mundo. Como si lo hubiera estado planeando metida dentro de la cama, rascó la garganta y le soltó un salivazo en toda la cara. Sin pensar en las terribles consecuencias que eso tendría para mí.

El psiquiatra calla impresionado. Balma lo nota y, por primera vez, no le importa continuar:

—Le insistí llorando, con la documentación en la mano, desesperada, que firmara esos papeles, solo tenía que firmarlos, yo misma los había rellenado, pero que nos fuéramos de España, a cualquier lado, que hiciera algo y saliera de la cama, que hiciera algo, cualquier cosa menos nada, cualquiera menos volver a mandarme al instituto.

—¿Lo hizo?

—Nada.

—¿Y tuviste que volver al instituto?

Balma asiente mirando por la ventana:

—En cuanto se supo lo que le había hecho a la monja directora, en cuanto crucé las puertas del instituto, en cuanto me vieron entrar en clase, todos pusieron de moda escupirme a mí gracias a mi madre.

El psiquiatra, acostumbrado a ser él quien dirige sus sesiones, piensa que es mérito suyo, que ha hecho algo diferente para estar consiguiendo por vez primera que Balma hable de esos días. Y por ello insiste:

—¿Nunca hubo nadie que te defendiera?

—¿A mí? ¿Quién iba a defenderme? Defenderme suponía defender a mi padre. Y mi padre era el hombre que se había suicidado

desnudo en una habitación con la última niña, con Elena. Y yo casi vi esas fotos. Yo casi las vi...

—¿Por qué casi las viste?

—Me las tiró mi madre. Las tenía en la mesilla de noche. Me las tiró a la cara después de gritarle yo. Como para decirme que ella no era la culpable de todos esos escupitajos en mi pelo, que era mi padre.

El psiquiatra entiende que no puede perder esa oportunidad, que debe seguir sacando mierda, como diría cualquier colega:

—Pero ¿tú no lo aceptabas? De hecho, en la investigación sobre las niñas, por lo que leí, quedaron muchas dudas por resolver en torno a los culpables, sobre todo por el tema del ADN, porque en realidad...

—En realidad, en ninguno de los cuerpos de las dos niñas anteriores encontraron ADN de mi padre. Ni en Mónica ni en Sara. En ninguna.

—¿Tú sigues pensando que tu padre era inocente?

—Al contrario, sigo pensando que nadie es inocente, pero que mi padre no era culpable.

—Explícame eso, por favor.

—Por ejemplo, lo que le acabo de contar: la directora de mi instituto, diciéndole a mi madre que eran cosas de niños, no era inocente; mi madre, escupiéndole a la cara delante de todo el mundo, no era inocente; yo, comiendo tierra de las macetas para ponerme mala, no era inocente... ¿Qué hacía mi padre en aquella casa? No lo sé, pero no era inocente.

—¿Alguna vez tu padre había mostrado indicios de tendencia autolítica?

—¿Si se había intentado suicidar antes? No. Usted no conocía a mi padre.

—¿Por qué lo afirmas tan categóricamente?

—Mi padre era la mejor persona del mundo.

Se oye a Balma romperse por dentro, tarda en recuperarse el tiempo de un semáforo en rojo.

—Mi padre era la mejor persona del mundo. Mi padre era delegado del Gobierno aquí en Valencia y se sabía los nombres de todos los trabajadores de la sede, de la delegación, los llamaba por su nombre, les preguntaba por sus familias... Mi padre no pudo matar a nadie.

Se oye a Balma respirar.

—Pero, pese a todo, tenía sus asuntillos, ¿no? Tú misma me dijiste que le era infiel a tu madre con otras mujeres.

—No querer a mi madre no implica ser un criminal. Mi padre era un hombre guapísimo, apuesto, parecía un actor italiano, y mi madre era una beata de mantilla y misa. Ya le he dicho que nadie es inocente, pero que eso no nos vuelve culpables.

—Entiendo que sigues sin estar de acuerdo con la investigación que están volviendo a publicar los periódicos.

—Claro que no. En esa investigación se dice que, la última noche, mi padre llamó a su abogado, Braulio Bou, su mejor amigo, para confesarle que era el asesino y dónde tenía secuestrada a la última niña, a Elena, porque iba a suicidarse allí. Se dice que Verdugo pudo llegar antes que el resto de los agentes porque estaba vigilando precisamente esa carretera por la que pasó mi padre, ya que sospechaban que la niña podía estar en esas montañas. Pero que cuando llegó se encontró a mi padre en una casa vacía, ahorcado en una habitación, rodeado de fotos de Elena.

Balma respira con la garganta llena de lágrimas:

—Y que entonces Oriol, el cómplice de mi padre —respira—, escapó con la niña en el Patrol blanco hasta que Verdugo los

interceptó. Pero que alguien, no se sabe quién, le pegó un tiro por la espalda a Verdugo y desapareció para siempre con Elena. Esa es la versión oficial, que mi padre fue el asesino de aquellas niñas y Oriol solo su cómplice.

Se oye a Balma respirar.

—Jamás habías verbalizado esa tesis. Es la primera vez que hablas de ello, al menos delante de mí. Que usas esos términos.

—Supongo que las cosas han cambiado.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien, supongo. A peor no pueden ir. Mi padre está muerto y han secuestrado a otra niña. Alguien deberá caer en la cuenta de que mi padre no ha sido ahora ni fue entonces. Por eso siento que ha llegado el momento de que las cosas cambien por fin para bien.

—¿Y si no es así?

—¿El qué?

—¿Y si no cambian las cosas, Balma? ¿Y si después de lo de esta niña nada cambia y tu padre sigue siendo culpable?

Balma aprieta los labios, su teléfono tampoco deja de temblar en el bolso.

—Lo que está claro es que mi padre no ha secuestrado a esta última niña. —Se gira, quiere dejar patente su enfado. Le da mucha rabia ese psiquiatra porque siempre parece querer convencerla de lo contrario.

—Según tengo entendido, la teoría más probable que está señalando todo el mundo es que en la actualidad se trate de un imitador de tu padre, de alguien que, como todos, siguió este caso hace trece años y sienta fascinación por todo aquello, por ser Oriol, por ser tu padre.

—¿Por qué me dice eso?

El psiquiatra comprende que se ha pasado de frenada, como dirían sus colegas, e intenta recomponerse como profesional de la ciencia médica.

—No quisiera que albergases vanas esperanzas en que este nuevo episodio vaya a beneficiar o incluso a redimir la figura de tu padre. No por nada, sino por tu terapia, pues una vez habíamos avanzado en asumir aquel pasado, que habíamos luchado contra la tergiversación de los hechos que tenías, una vez cercanos a tu cura, si volvemos atrás, si volvemos a tergiversar la realidad y a seguir pensando que tu padre no hizo todo aquello, nada de lo que hemos avanzado estos años se conservará, todos los avances se habrán perdido y volverás a ser la paciente cero de esta enfermedad que padeces.

—¿Qué enfermedad padezco?

—Ya sabes, de un modo coloquial te podría diagnosticar que sigues recordando las cosas como tú necesitas, para defender la figura de tu padre. Sigues sin asumir lo que tu padre hizo, y en última instancia, sigues culpándote por no haberlo defendido. Cuando tú, en realidad, por aquella época eras una niña de catorce años, la edad de las niñas que él mató. No podías intervenir, no tuviste culpa alguna, incluso deberíamos abordar algún día el tema de si alguna vez tú estuviste en peligro y lo has ocultado tan profundamente que...

Pero Balma se gira como un portazo:

—No. Nunca. Mi padre era la mejor persona del mundo.

—Entiendo.

—¿Qué entiende? —alza un poco la voz—. No es una afirmación comprensible, discutible o aceptable. Son datos objetivos. Mi padre era la mejor persona del mundo —insiste.

El psiquiatra deja pasar unos segundos para intentar que la paciente se calme. Luego, vuelve a intentarlo:

—Balma, objetivamente, tu padre se suicidó en la habitación donde había estado con una niña secuestrada, y, a juzgar por las fotos, drogada. Objetivamente, tu padre estaba a punto de ser detenido por malversación de fondos. Objetivamente, te digo. De ahí, de esos términos, a lo que tú acabas de afirmar de él, hay un espacio de tergiversación de la realidad que tú estás recorriendo a pasos acelerados por culpa de este nuevo acontecimiento.

—Mi padre no fue condenado por malversación de fondos públicos, yo misma lo investigué desde mi periódico. Mi padre fue investigado, como otros muchos más, dentro de una trama de corrupción política. Pero mi padre nunca fue condenado.

—¿Ves? Ya lo estás haciendo otra vez. Tergiversas, tergiversas todo para seguir defendiendo a un hombre que ya ha sido condenado. ¿No lo entiendes, Balma? La ley no es opinable. Y la ley dijo que tu padre era culpable. No puedes volver atrás, no puedes seguir opinando lo contrario que el resto del mundo porque seguramente el resto tenga razón y tú estés equivocada.

—¿Quiere decirme que sigo viniendo aquí para que me convenza de que sigo equivocada?

—De que sigues viendo una realidad tergiversada, en la que tu padre era una especie de santo.

—¿Y por qué cree que lo hago?

—Porque piensas que, si admites su culpabilidad, tú también serás culpable.

—¿Y de qué sería culpable yo?

—De haberlo defendido. De haberlo defendido frente a esas niñas muertas que no te dejan dormir. No duermes porque sabes, en tu fuero interno, que esas niñas eran como tú.

—Es mi padre, es lógico que lo defienda.

—¿Si lo hubieras visto cometer aquellos crímenes, también lo defenderías?

Balma calla.

—No, evidentemente. —Y con la respuesta vuelve a darle la espalda, a mirar por la ventana.

El psiquiatra hace ruido de cajón y se levanta para colocarse tras ella. No lleva nada en la mano.

—Aquí tienes una de las fotos que se filtraron a la prensa, ¿quieres verla? Si quieres verla, solo tienes que girarte y aceptar la realidad. ¿Lo seguirás defendiendo si te giras?

Balma aprieta los dientes, lleva toda su vida adulta huyendo de esas fotos, pero sabe que el psiquiatra tiene razón, que si las viera... podría rendirse. El corazón se le va a salir por la boca:

—No. No lo defendería. —Hace amago de girarse y ver la foto.

Pero el psiquiatra ha vuelto a su asiento y hace como que cierra el cajón:

—Lo que está claro es que necesitas aumentar la medicación mientras dure este episodio de reminiscencia. Y, por favor, no vuelvas a automedicarte sin consultarme, Balma. Te doblo yo las dosis de todas las pastillas y así mantenemos un control. ¿De acuerdo?

Balma no quiere ni despedirse, no ha sido ni de lejos la sesión más dura a la que la ha sometido, pero tenerlo ahora todo tan presente de nuevo la ha pillado con la guardia baja. Prácticamente huye de la consulta con el bolso en la mano.

—Debo coger el teléfono —se excusa mientras lo hace—. ¿Sí? —contesta mientras sale.

—Balma, ¿dónde estabas? Llevo una hora llamándote. Han encontrado muerto a uno de los vigilantes del depósito. —Es una voz

femenina.

—¿Dónde?

—En un barco, en Port Saplatja, le habían cortado el cuello. Está aquí toda la prensa, tú eres la única que falta.

—¿Y la niña, la tenía él? —Balma baja rápido por las escaleras.

—No, han registrado el barco, pero no. Ahora está la Científica buscando rastros.

—O sea, que podría haber sido el vigilante del depósito el que se llevó el coche y secuestró a la niña para imitar al asesino. —Balma llega al vestíbulo del edificio. Empuja la puerta.

—¿Imitar a qué asesino?

—A mi padre. —Sale a la calle.

ESCENA 14

«Tú estás donde las cosas lo parecen»

Hay un helicóptero sobrevolando Port Saplatja, la autovía hacia ese puerto deportivo está cortada en ambos sentidos. Y atascada con controles policiales. Los agentes van armados con escopetas y chalecos. Parece que buscan a un asesino suelto.

En Twitter corre el rumor de que han visto el coche. Ahora todos han visto el coche. El Patrol blanco. Por las carreteras secundarias de la zona. Pueblos de la periferia de Valencia en los que pasar de uno a otro es cuestión de cruzar una acera. Y que podría llevar a la niña, a Aitana, dentro. Quizás todavía viva.

Mientras, en Facebook ya dan por sentado que Oriol ha vuelto y ha asesinado a ese vigilante del depósito para recuperar su coche. Como es habitual, amplían los reportajes con las mismas fotos antiguas de los crímenes, con textos conspiratorios plagados de faltas de ortografía, con comentarios rezando al niño Jesús, ofreciéndose para sanaciones del karma, recolectando donaciones...

Balma entiende que hay un infinito de coches ardiendo desde el suyo, su pequeño MINI Cooper descapotable, hasta ese barco acordonado en Port Saplatja, como para que pueda llegar pronto o incluso a tiempo, atascada con la capota rota y el móvil cargando en el mechero.

En un pueblo cercano, cuenta la Cadena SER, como última hora, unos jóvenes han echado a la cuneta un Patrol blanco. Pero cuando la Policía Local ha llegado, han comprobado que solamente se

trataba de un anciano agricultor que hasta fue secretario de la Cooperativa de Agricultores en su tiempo, con tal susto en el cuerpo que ha tenido que ser trasladado a urgencias.

En una gasolinera de la A-7, un camionero ha estado bloqueando la salida con su camión cruzado, hasta hace unos minutos, al ver que estaba repostando un Patrol blanco a su lado con una niña amordazada en el asiento trasero. Sin embargo, tras la llegada de la Guardia Civil de Tráfico, se ha podido comprobar que ni siquiera se correspondía con esa marca de coche y que la supuesta niña era una simple mochila.

En un pueblo del interior de Castellón, el alcalde había encañonado con su escopeta a unos ingleses porque conducían un vehículo blanco y él había notado como que llevaban secuestrada a una de las chicas. Pero, en realidad, el SEPRONA acababa de certificar que se trataba de una furgoneta Camper de Volkswagen y de un varón de treinta y cuatro años, de origen holandés, con el pelo largo.

—La gente se está volviendo loca —se dice a sí misma Balma mientras se pasa la mano por la nuca sudada.

A su lado aparece un motorista en bañador y sandalias, intenta colarse con la moto entre los coches y la mediana. Balma recuerda otra lección de su padre, que nunca dejara pasar un pensamiento. Y reacciona rápido:

—¡Perdona! ¡Perdona! ¿Me puedes llevar hasta Port Saplatja?

El motorista se levanta la visera del casco como un astronauta al que le preguntasen por Cuenca:

—¿Y con tu coche qué vas a hacer?

—Ah, no te preocupes, lo dejo aquí. No creo que se mueva mucho. Ya se encargará alguien de moverlo. Lo dejo con las llaves puestas —le asegura Balma abriendo ya la puerta.

Para hacer eso, para subirse a una moto mientras los conductores de alrededor observan y comienzan a pitar como locos, hay que haber tenido dinero, bastante dinero, tanto dinero como para que te dé igual el dinero. Balma ya lo hizo con aquella bicicleta pinchada en Náquera, el verano que pasó en el chalé de sus abuelos, con la maleta perdida en Mallorca tras la vuelta de su viaje de fin de curso o cuando...

—¿Haces esto muchas veces? —El motorista, padre de familia con una niña de cinco meses, está en modo porno por motivos lógicos. Son esos días, horas o minutos en los que un hombre piensa que está dentro de una película X y que cualquier cosa que le suceda con una mujer, o dos o tres, acabará con ellas desnudas y él empalmado.

—¡Solo cuando es necesario!

—¡Me llamo Salva! ¿Y tú? —Se gira con el casco puesto para volver a mirarla y comprobar que es una de las mujeres más guapas que ha visto nunca.

—¡Yo me llamo Elvira! —Siempre miente cuando nota que intentan ligar. Balma no quiere ligar, de hecho, no ha ligado desde los catorce, cuando aquel chico de Madrid le acarició torpemente por debajo de la falda en Semana Santa. Pocas semanas después se suicidó su padre y Balma desarrolló tal asco hacia el sexo que, a sus veintiocho años, ya no ha vuelto a estar con otro.

—¡Ten cuidado, no te des con los retrovisores! —El motorista aprovecha la recomendación para apretarle la pierna contra la moto, más lejos del muslo que del culo.

Por suerte para Balma y para desgracia del motorista, por el manos libres del casco, le llama su mujer para pedirle que traiga crema para el culo de la nena y toallitas de aloe vera para ella. Su película X se interrumpe a lo precoz. Y también está el control de

tráfico, y Balma va sin casco, ella le pide bajar, saltará la mediana, cruzará corriendo entre los coches, no importa, que no se preocupe, muchas gracias. Y el pobre hombre entiende, cuando la ve alejarse corriendo, que este mes tampoco tendrá sexo.

Al llegar, la recibe su amiga, redactora del periódico rival, levantando la mano como en una manifestación de estudiantes, pero alrededor de un barco.

—Ve con ojo, no te tiren al agua, aquí no cabemos todos y uno de la COPE ya se ha caído. Ha sido la hostia... —Lola es de esas personas que siempre están sonriendo.

—Ponme al día, ¿qué se sabe?

—En realidad, nada. Estamos aburridos mirando redes sociales y escuchando la radio. Todavía está la Científica buscando rastros. Pero parece que hay diferentes restos de sangre por todo el barco, que sí, que podrían ser de la niña o no, pero... —termina el resumen.

—Pero ¿el cuerpo no ha aparecido?

—No, no hay nada que diga que la niña ha estado ahí —les aclara un compañero de Radio Nacional mientras también se pone de puntillas para mirar por encima de los agentes que acordonan el barco.

—Parece ser que al vigilante del depósito, Ignacio Sales, cuando empezó a trabajar allí ya le hablaron del coche de las niñas, del Patrol. Es posible que lo robara y que lo vendiera a cambio del dinero que necesitó para comprarse este barco —teoriza el compañero de la radio.

—¿Y quién le dio ese dinero? ¿Y cómo saben que el barco es recién comprado? —se gira Balma preguntando como si él debiera saberlo.

—Pues porque parece ser que este no es su amarre —recoge el hilo de la conversación Lola—, que el suyo es el de la barca de allí. Y que, supuestamente, el dinero se lo debió de dar Oriol. Lo cual sería muy fuerte, tanto porque siga vivo como porque esté volviendo a secuestrar niñas.

—O a lo mejor —interviene un periodista de *El Mundo*, conocido de la facultad—, ha sido un imitador que ha decidido seguir los pasos de Oriol usando el mismo Patrol.

—No tiene mucho sentido, ¿por qué iba a traer Oriol a la niña a este barco? Oriol nunca hizo eso —protesta Lola.

—En realidad, nunca se supo dónde escondió a las niñas. Porque en la casa del pueblo no hallaron ADN de las otras —interviene el de la radio.

—Es verdad, podemos estar ante el barco donde Oriol siempre escondió al resto de las niñas —le apoya el de *El Mundo*.

—Yo no lo creo, este es un lugar con demasiadas ventanas para eso —reflexiona Balma.

—A lo mejor se las llevaba a alta mar... —insiste el de *El Mundo*.

—¿Entonces? ¿Cuál es tu teoría? —le pregunta otra periodista, sabedora de quién es hija Balma y de que casi es más noticia que ella esté aquí que lo que registra la Guardia Civil.

—Mi teoría es que Oriol sigue muerto, que también lo mataron aquella noche hace trece años, y que este vigilante, de tanto ver el coche, se convirtió en un imitador.

—¿Y el barco? ¿Cómo se iba a comprar un barco así sin nadie que le diera dinero? ¿Y por qué no lo llevó a su amarre? ¿Y por qué lo han matado? —ametralla a preguntas la otra.

Pero Lola se lleva del brazo a Balma:

—Ve con ojo con lo que dices, esta es una chivata de Raúl Bru, no te está preguntando por casualidad. Vamos a alejarnos un poco.

En ese momento, Balma recuerda otra lección de su padre: que siempre mirase un poco más lejos que el resto de la gente. Para descubrir a una señora medio escondida tras la ventana de ese adosado, el segundo detrás de ellos. Balma se aparta y le hace señales.

—¿Qué haces? —le pregunta Lola.

—Tengo que ir al baño. Le voy a preguntar a la señora que nos mira desde esa ventana si me deja pasar —le indica Balma con sutileza.

—¿A la del adosado? —se asegura Lola mientras la tapa para que los demás no la vean.

Tras una segunda petición con amplia sonrisa, la anciana se levanta y el cierre a distancia salta para abrirle. Balma entra deprisa hasta la puerta mientras Lola se queda en la cancela.

—Muchas gracias, señora. Me llamo Balma, de *Las Provincias*, ¿me dejaría utilizar su baño? —le pide con su sonrisa de adolescente consentida. Curiosamente, la misma sonrisa que todavía conserva la anciana.

—Pasa, reina, pasa. Esa puerta. —Y cierra como si la conociera.

Es el don de Balma, la gente siente que es simpática por naturaleza, que su sonrisa es sincera, que no sabe estar enfadada, que es buena, que es casi tan guapa como buena. Quizás sean de una especie distinta, ese tipo de mujeres que siempre parecen adolescentes, que brillan entre la gente, que parecen no darle importancia a la extraordinaria suerte de ser tan guapas, porque ellas solo sonríen, son ligeras al abrazarte, al dar dos besos y flotar entre la gente.

Es una viuda, seguro, y fue muy guapa, porque la casa está repleta de figuritas de Lladró y fotos suyas de joven, desde las

repisas de las ventanas hasta el lavabo, desde fallera mayor a casada con collar de oro.

—Muchísimas gracias, de verdad. —Se comporta como la sobrina preferida.

Mientras mea, Balma no cierra la conversación:

—Y ya que ha sido tan amable, ¿usted podría decirme algo sobre ese barco que están investigando?

Sonrisa de dentadura postiza y pintalabios rojo. ¡Bingo! Esa anciana enjoyada estaba esperando a ser entrevistada:

—Ese barco lleva años ahí, era de un extranjero que siempre iba hablando por teléfono, uno así gordo con esas sandalias de goma que se llevan ahora.

—¿Y nunca le oyó el nombre? —sale por fin del baño Balma, con el ruido de la cisterna tras ella.

—No, desde aquí no se oye bien —le explica como un defecto de construcción del adosado—. Pero se lo vendió hace unos días a otro, uno así flaco que tenía el amarre de una zódiac allí. Uno que siempre andaba enfadado. Yo sí que los oí cómo negociaban para comprarlo.

—O sea, ¿que el flaco de la zódiac...?

—Al que le han cortado el cuello, sí —le revela sin remilgos sus datos la viuda de arrugas bronceadas.

—¿Ese le compró el barco al extranjero? —tira del hilo Balma.

—Exacto, pero lo que no hicieron fue cambiar los amarres.

—¿Y eso por qué? —pregunta Balma con mucha curiosidad, entendiendo que en esa anomalía se encuentra la clave del crimen.

—Pues eso también te lo puedo decir porque me lo dijo el chico que trabaja en las oficinas. No lo movieron porque ninguno de los dos tenía el título de patrón, es decir, que esos dos zopencos no podían mover el barco, ni el extranjero lo había movido nunca ni el

enfadado lo iba a poder mover porque ninguno tenía carné —le explica la viuda levantando un dedo repleto de sortijas.

—Entiendo, el barco nunca se ha movido. ¿Y vio subir usted a alguien más a ese barco? ¿A alguna chica? —anota Balma en su pequeña libreta.

—¿Si vi subir a la niña que han secuestrado? ¿A la Aitana? —le repite con marcado acento valenciano—. No, a ese barco no ha subido ninguna muchacha. Solo subió un hombre anoche, a eso de las...

Pero llaman al timbre y las interrumpen.

—¿Quién es? —pregunta la viuda de pelo rubio teñido.

—Policía Nacional, señora, ¿puede abrir?

—¡Es que ahora me están entrevistando de un periódico! —guiñándole un ojo a Balma—. ¿Puede esperar un poco?

—¡Señora, Policía Nacional, abra! ¡Por favor!

Balma se da prisa:

—¿A qué hora subió el hombre? ¿Cómo era?

—¡Señora!

—No lo sé —le responde casi al oído, mientras se van acercando a la puerta—, a eso de las cuatro, no lo sé, un hombre como mi marido, a mí me recordó a mi marido. Parecía un cantante.

—¡Señora! ¡No puede hablar con la prensa!

—Ah, ¿no? —Les abre la puerta con su sonrisa de fallera viuda.

—Señorita, si es tan amable, salga inmediatamente.

—Ya me voy, ya me voy —se despide Balma, colándose entre los policías, con un guiño de ojos y una sonrisa hacia la anciana.

Afuera, bajo un paraguas rojo que le ha dejado el de Radio Nacional, su amiga Lola sigue esperando, como todos los periodistas y curiosos, la inspección ocular de la Científica dentro de ese barco acordonado.

—¿Le has sacado algo a la abuela? —le pregunta Lola al oído.

—Dice que a ese barco no ha subido ninguna niña. Pero que subió un hombre anoche que se parecía a su marido —le contesta Balma al oído.

—¿Y cómo era su marido?

—No lo sé. He visto una foto y se parecía al cantante ese, al Puma —le contesta Balma al oído.

—¿El Puma? No lo he oído en mi vida —intenta recordar Lola, pero se rinde—. ¿Y te la crees?

—Yo, sí —le confirma Balma, asintiendo y entornando los ojos porque se ha dejado las gafas de sol.

—¿Y qué hacemos? —le plantea Lola mientras escucha su teléfono por un auricular que le cuelga.

La respuesta está implícita porque son mejores amigas, siempre están juntas, pero también periodistas; tanto de ambas que solamente preguntando eso ya saben las dos que van a tener que hacer lo que menos les apetece, dividirse para cubrir por separado una noticia.

—Yo me voy al camping de El Saler —decide Balma—, quiero preguntar si alguien vio cómo secuestraban a la niña.

—¡Espera! —la sujeta por el brazo Lola—. Me están diciendo desde la redacción que han detenido a Javier, el padre de Aitana, en casa de Verdugo, que está herido con lesiones en el hospital.

—¿Al padre de Aitana? —le susurra Balma, asombrada.

—Sí.

—Pues vete tú al hospital y yo voy al camping de El Saler. Y luego hablamos, ¿vale? —le propone Balma.

—Vale —acepta Lola, dándose ya la vuelta.

—¡No! Espera, tienes que acercarme tú a mi coche —se acuerda Balma frenando a Lola.

—Claro. ¿Dónde lo has aparcado?

—¡En medio de la autovía! —se echa a reír Balma con la confianza de que lo encontrará intacto en el arcén con las llaves puestas y una grúa a punto de llevárselo que al final accederá a bajarlo porque la periodista le caerá simpática y se lo pagará en el momento sin protestar nada.

ESCENA 15

«Débil calor, pues donde fui feliz
mora una sombra ardiente,
un humo que penetro con gran daño:
una mirada otorga, entre la nada,
todavía piedad, amor, desdicha»

El motivo por el cual han trasladado a Javier, padre de Aitana, al viejo Hospital General es porque la policía de Valencia debe llevar allí a los delincuentes heridos, estén presos o no. La explicación puede ser lógica desde un punto de vista administrativo, porque él ha sido arrestado tras una pelea en un domicilio, pero desde un punto de vista humano es la decisión más cruel. Porque es Javier, es el padre de Aitana, porque las otras tres niñas desaparecidas ya nunca aparecieron vivas, porque dos de ellas aparecieron muertas, porque es muy humillante bajar esposado de otro coche de la Guardia Civil viendo que en esa puerta de urgencias están custodiados, sentados, hablando, esperando por delante, los malos, desde pervertidos a asesinos o violadores. Y cualquiera de ellos pasará primero.

Y además de eso, es un hospital viejo, pintado y vuelto a pintar, con los cables de la luz en superficie por las paredes, con las puertas arañadas y las ventanas pintadas de blanco por todas partes, dando esa sensación de que puede que, en realidad, tras puertas y cristales, ya no quede nadie.

—¡Aquí es donde traen a los delincuentes! ¡Aquí lo tienen que traer a él! ¡Yo soy el agredido! —El padre de Aitana, Javi para los

amigos, está fuerte, no es muy alto, pero tiene los brazos trabajados en el gimnasio y un tatuaje chino en el cuello. Tiene el aspecto de haber sido festero, de haber empalmado para las *despertás* tirando petardos, de haber ido detrás de la charanga, de haber corrido los *bous al carrer*, de haber vivido una juventud que ni siquiera se terminó al quedarse su novia embarazada.

Sin embargo, ha sido la pelea más sucia de su vida, porque al principio no ha sabido reaccionar, porque el puto enfermero de mierda ese, cuando ha tirado a Javier al suelo de un empujón, ha salido corriendo hasta la cocina y él ha pensado que iba a por un cuchillo, pero no, iba a por el teléfono, y a Javier le ha dado tiempo a girarse y ver a Verdugo, una piltrafa humana en una silla de ruedas guarra. Pero él se ha levantado como un toro, ha tirado la puerta abajo de la cocina, ha placado al puto enfermero que se había reído de su hija nada más abrirle la puerta y explicarle quién era, Javier, el padre de Aitana, la chica desaparecida, pero el puto enfermero de mierda le ha clavado en la espalda un tenedor con todas sus ganas, una vez o doscientas, hasta que Javier lo ha soltado, le ha metido un puñetazo directo al estómago, y el otro se ha encogido de dolor y ha tenido tiempo para meterle un mataconejos en la nuca que lo ha dejado tirado en el suelo. Pero entonces el enfermero le ha mordido en el gemelo con tanta fuerza que le ha arrancado un bocado de carne, entonces Javier le ha intentado dar una patada, pero el otro le ha cogido la pierna levantada y lo ha tirado al suelo, que estaba negro de roña y grasa, allí ha empezado a golpearle con una olla en la cabeza y Javier se ha defendido metiéndole una batidora sucia contra la entrepierna y lo ha tirado al suelo, y estaba enchufada pero no funcionaba, pese a que le estaba dando al botón para triturarle a ese cabrón los huevos y la polla, pero le ha metido tal golpetazo con la olla en la cabeza

que Javier ha estado a punto de perder el conocimiento, entonces ha soltado la batidora y ha conseguido sacar la bandeja del horno, que estaba tan sucia que la grasa se le ha pegado en los dedos, pero se ha defendido con ella como un escudo contra la olla, y ha acertado a devolverle un golpe, a pegarle con ella en la cabeza y volver a darle patadas al puto enfermero que le había hecho sangre en la pierna y lo estaba acorralando contra la pila a golpetazos de bandeja de horno hasta que el otro ha encontrado con la mano izquierda una sandwichera puerca, llena de queso pegado de años, y le ha pegado con ella abierta en toda la mandíbula, Javier se ha caído al suelo, ha intentado defenderse, pero se le ha escapado la bandeja del horno de las manos, el puto enfermero de mierda lo estaba pateando con esos zuecos blancos con la suela negra, pegajosos, Javier se ha apartado, ha retrocedido, le ha abierto la puerta del congelador, también la de la nevera, se han caído cosas, restos de comida enmohecida, líquidos apestosos caducados, se ha pringado de todo en el suelo, se ha levantado usando la puerta de la cocina de escudo, ha encontrado un... ¡puta mierda! ¡Es que en esa casa no hay cuchillos! Pues no, eso él no lo sabía, pero es cierto que no había nada que cortara, porque el enfermero no se fiaba de Verdugo... Cucharón de sopa, con eso se ha defendido hasta que se le ha roto en las manos y entonces el puto enfermero, que había cogido el cazo de la leche, le ha golpeado con pocas fuerzas ya en la cabeza, llenándole la cara de puré de verduras frío hasta que alguien ha abierto la puerta de fuera: un vecino vigilante de seguridad y dos más en el paro, han sido ellos los que los han separado sin saber por dónde cogerlos para no ensuciarse y levantarlos, explicarles que han llamado a la Guardia Civil y sujetarlos, pues los dos estaban como toros empujando y resoplando en esa cocina de batalla.

De una moto aparcada deprisa baja Lola, apagándola y metiendo debajo del asiento el casco, mientras ve que ingresan al padre de Aitana por la puerta de urgencias. Detrás de él va ella. No es la primera vez que hace lo que está fingiendo cuando entra y se dirige dolorida a la enfermera del mostrador.

—Hola, buenas tardes.

—Buenas tardes, ¿qué le ocurre? —el tono de voz de la enfermera es robótico.

—Tengo un dolor horrible de regla, pero no me baja y llevo dos noches sin dormir. Es insoportable —el tono de voz de Lola es patético.

—¿Ha tomado algún tipo de medicación? —tono robótico.

—No, me dan miedo las pastillas.

—Muy bien, deme su número de SIP, siéntese ahí y le atenderán cuando puedan. Puede llevar tiempo —tono robótico.

—Gracias.

La periodista se sienta junto a Javier, como despistada y dolorida, para poder enseñarle con disimulo su carné de prensa en la palma oculta de la mano. Por fortuna, Javier entiende con su cabeza llena de golpes que no puede delatarla, no hablar con ella al oído, no charlar, aunque tarda unos incómodos segundos en pensar y planear cómo puede contarle, exactamente, lo que le ha pasado, sin delatarla:

—¡Me ha agredido! —comienza a gritar en esa sala de urgencias, mirando a todos y a nadie en concreto—. ¡Yo he ido a casa del agente Verdugo! ¡El único agente que podía encontrar a mi hija! —Ahí Javier ya no puede reprimir las lágrimas de rabia y miedo—. Y el enfermero que me ha abierto... ¡El enfermero me ha insultado, se ha reído de mí, me ha empujado! ¡Me ha impedido que me acercara a Verdugo! ¡Me ha empujado delante de su cara! ¡A traición! ¡El muy

cabrón se ha reído de mi hija, el muy hijo de puta se ha reído de mi hija! ¡Me ha dicho que mi hija está muerta! ¡Que él me lo garantizaba! —No puede evitar golpearse contra la silla, contra la pared, contra lo que puede, como muestra de esa bestial impotencia, termina hablando en su propia lengua—: *Que el Verdugo no podria ni trobar-se la polla! El molt fill de puta s'ha rigut de mi! Però el Verdugo ni s'ha menejat! M'heu enganyat! Eixe home ni es mou! Ni es mou!*[1]

—¡Ya está bien! —Ha aparecido un médico, enfadado, iracundo—. ¡Hagan el favor de comportarse! ¡Y ustedes, acompañen a ese paciente a algún lugar para que se tranquilice y nos deje trabajar!

A la misma hora de esa tarde de verano, pero en distinto lugar, Balma se pasea por el camping buscando adolescentes con móvil que hubieran podido grabarse aquella noche en que secuestraron a Aitana. Su idea es que entre alguno de esos vídeos se pueda ver una imagen lejana del todoterreno blanco o de la propia Aitana. Se acerca, les pregunta, pero ya todos están sobre aviso y en cuanto la ven deambular por esas calles de tierra, bajo la sombra de los eucaliptos, la huyen. Nadie quiere hablar con la prensa, simplemente, nadie quiere que la foto de sus hijos con un móvil en la mano salga en los periódicos. Balma se desespera, hasta nota que la miran mal y que algunos padres han avisado a seguridad del recinto, pues la están siguiendo. Imposible, es inútil seguir, Balma sale por la puerta de acceso con valla roja y blanca, tendrá que volver andando a El Saler para buscar otro taxi que la lleve de vuelta a Valencia, pues su MINI Cooper había desaparecido de la carretera, quizás le esté volviendo la mala suerte, piensa.

Frente a ella está la parada del autobús, antes ha visto pasar uno amarillo, quizás podría esperar en la marquesina bajo los pinos, aunque le genera bastante rechazo el mendigo que hay tumbado

bajo el banco. Cruza. Se acerca a la parada con temor. Ni se sienta. Por Dios. Balma prefiere quedarse de pie, mirando los coches de autoescuela que cruzan lentamente la carretera.

—*Könnten Sie mir vielleicht eine Zigarrette geben?*[2] —Su voz está rota, quizás por la bebida, la edad o la intemperie. Además, acaba de caer, se lo ha dicho en alemán. Quizás lo diga siempre y nadie lo entienda. «Mira que lo sabía, mira que sabía que me iba a pedir algo en cuanto me pusiera a su lado —piensa Balma enfadada—. Ha sido sacar el paquete y oírlo. Otra señal de mala suerte».

—Tenga —intenta darle el cigarro sin mirarlo.

—*Danke schön*[3] —le responde con una voz sin lavar.

El mendigo parece un perro de pelo sucio con una mochila de excursionista de los años setenta, se queda absorto mirando al camping de enfrente con el cigarro en la boca. Pero cuando Balma le acerca el mechero a la cara después de haberse encendido el suyo, al ver la llama, el mendigo se vuelve histérico y empieza a lanzar manotazos y gritos bajo el banco de la parada de bus, que es donde parece ser que duerme.

Justo en ese instante, el autobús amarillo frena ante ellos, suelta ese resoplido propio, les hace sombra y la puerta se abre. El conductor le grita desde su asiento, parece que lo conoce y se preocupa por él:

—¿Está bien, Stephan? ¿Qué ha pasado?

Pero el anciano mendigo sigue dando patadas y reculando en ese rincón bajo el banco y la marquesina donde se ha refugiado. El conductor de autobús alza todavía más la voz y se levanta de su asiento para verlo:

—¡Stephan, soy Antonio, el del autobús! ¿Está bien? ¿Qué le ha pasado?

Es en ese momento cuando el mendigo parece reaccionar a la voz durante un instante para mirarlo y hablarle:

—¡Fuego! ¡Fuego!

—¡Hola! —Balma reacciona a la mirada inquisidora del conductor con uno de sus saludos más bordes—. ¡Perdona! No sé de qué va esto ni entiendo nada. Él me ha pedido un cigarro y cuando le he dado fuego se ha vuelto loco.

—Claro, hombre. ¿No sabes quién es?

—No —duda Balma, enfadada—, ¿debería saberlo?

—Es Stephan, vive ahí, no hace mal a nadie pero intentaron quemarlo, ¿por qué le has molestado?

—No entiendo nada de lo que me estás contando, yo no he molestado a nadie. Y el que se está pasando conmigo, que no me conoces de nada, me parece que eres tú —le acusa Balma pasando al ataque.

Pero el conductor no puede quedarse discutiendo con ella, debe seguir conduciendo y se vuelve a sentar en su asiento con el placer de tener la última palabra:

—Déjalo en paz. Yo debo seguir con la ruta, es un pobre hombre, no hace mal a nadie, déjalo, nunca se mueve de ahí —le reprocha.

Pero...

—¡Oiga! ¿Qué pasa? ¿Por qué no arranca? —empiezan a protestar los diez pasajeros que lleva.

Y todavía peor...

—¡Eh! ¡Yo sé quién es esa! —grita uno refiriéndose a Balma—. ¡Tú eres la hija del que mató a las niñas! ¡Eh! ¡Mirad! ¡Es la hija de puta del que mató a las niñas!

—¿Y qué hace aquí? —pregunta uno.

—¡Seguro que ha venido a ver el camping donde su padre ha secuestrado a la última! —le responde el otro. Demostrando que la

estupidez de la gente no tiene límite, incluso acusar a un muerto de más crímenes.

—¡Eso! ¡Seguro! —le apoyan.

—¡A lo mejor ha sido ella! —se corrige.

Lo peor es que el conductor, con su pendiente brillante en la oreja de cuando era DJ en Puzzle, no cierra la puerta, permite que los pasajeros se levanten, se amontonen en la entrada del bus para insultar a Balma, que aguanta esperando a que se vayan, mirándolos mal o dándoles la espalda, hasta que los oye, hasta que oye ese sonido de su adolescencia: le escupen, lo nota en su moño recogido. Se jalean, le vuelven a escupir y se lo toca con la mano mientras le cae por la nuca. El conductor de autobús cierra la puerta; no es bueno, sonríe.

Balma queda acuclillada en la parada de autobús, mientras los bañistas vuelven de la playa al restaurante para la cena, mientras pasan los coches de autoescuela, mientras chirrían las cigarras en los pinos, mientras todo el mundo parece ser feliz ignorándola en verano. En ese momento, los ojos del mendigo encuentran los suyos llorosos, se miran, acuclillada y escondido. En ese momento un taxi para, es el mismo que la ha traído, que se ha quedado un rato tomando algo en el chiringuito con un amigo. Al verla así, rota, decide subir a Balma a su taxi sin hacerle muchas preguntas.

—No. Él también viene —le señala Balma.

—¿Quién? ¿El mendigo?

—Sí, por favor.

Balma lo mira, le extiende la mano, como cuando intentas rescatar a un gato bajo un coche, espera, se siguen mirando, y el milagro se produce: el mendigo apesta el coche hasta tal punto que deben ir con las cuatro ventanillas bajadas hasta el piso de Ciudad de las Ciencias donde vive Balma.

Dos horas después, alguien llama al timbre de abajo, es Lola, su amiga del periódico rival. Balma le abre al verla por el videoportero, como siempre, está pegada al móvil. Tardará un par de minutos en entrar al piso tecleando con los dos dedos gordos hasta notar el olor pestilente:

—Tía, no te creerías en tu puta vida lo que me está pasando. ¡Joder! ¡Qué mal huele aquí! ¿No limpias? ¿Tienes Diógenes? ¿Se te ha muerto una rata?

—Calla —le indica Balma—, ayúdame.

Conforme la sigue, el olor es más intenso hasta llegar al principio amargo en la garganta que antecede al vómito.

—¡Hostia puta! ¿Qué es esto? ¡Te has vuelto una puta loca! —exclama Lola cuando, además de oler, también ve a Stephan.

—No —le pide Balma con las palmas de las manos abiertas—, cálmate. Es un...

—¡Es un puto mendigo desnudo en tu bañera con el agua más negra del mundo! —describe Lola con fidelidad periodística.

—Es cierto, pero no grites, yo te lo explico. Primero ayúdame a terminar de lavarlo —le pide Balma ofreciéndole una esponja.

—¡Qué! ¡Se te ha ido la pinza! ¡Que lo toque! ¡Que le frote la espalda con la esponja esa del agua negra! ¡Y una mierda! —rechaza Lola la propuesta.

—Por favor, Lola, te lo pido por favor —le ruega Balma.

—¡Y una mierda! ¡Como mucho, escúchame, como mucho y entendiendo que estás loca, te voy a abrir todas las ventanas y me voy a poner en una silla a mirarte cómo lo haces! ¡Pero solo para que no te pase nada! ¡Pero a ti se te ha ido la pinza, pero de verdad! ¡Qué asco! Con respeto, caballero. Pero qué asco.

Cinco minutos después, Balma sigue bañando al mendigo. Bajo la roña había un hombre mayor, de unos setenta años, de pelo largo y

blanco por la vejez que se muestra en toda su piel, curtida, pegada a unos huesos que serán largos, de alguien alto, los indicios bajo el agua negra, tras rasparle los pies con su cepillo de la espalda regalo de Navidad de su madre, tras vaciarle encima dos botellas de gel y una de champú, indican claramente que ese hombre fue extranjero en otra vida.

—Estás loca, Balma —opina Lola desde la silla, tapándose la nariz con unas bragas limpias.

—Te juro que no —se defiende Balma enjuagando al mendigo con la ducha.

—Estás como una puta cabra. ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Meterlo en tu cama?

Balma se gira y Lola se echa las manos a la cara:

—¡No me lo puedo creer! ¿De verdad? ¡Como una puta cabra! —se levanta indignada Lola.

—Tiene algo, Lola, de verdad, te lo juro.

—¡Qué va a tener! ¡Tres capas de roña! ¿No ves cómo ha dejado la bañera? —Cambiando el tono—: Con respeto, caballero.

—Además, estoy segura de que fue testigo de los secuestros —le anuncia Balma como un misterio.

—¿Qué secuestros? ¿El de Aitana y cuál más? —sospecha Lola.

—Y el de Elena hace trece años —le revela Balma mientras tantea buscando el tapón en el agua negra.

—¡Trece años llevaba este mendigo cogiendo mierda frente al camping de El Saler!

—En realidad, creo que lleva toda la vida. No lo sé. Tengo que investigar, pero creo que le pasó algo.

—Sí, la vida por encima —sentencia Lola.

Ambas se callan mientras se oye el sonido del agua yéndose por el sumidero. Curiosamente, es un sonido que relaja. Aunque deje

desnudo a un anciano al que enseguida Balma tapa con una toalla. Aprovecha para preguntar a Lola, que ha vuelto a sentarse en la silla tras abrir el ventanuco del cuarto de baño.

—¿Y tú? —señala Balma a Lola con la barbilla mientras seca al mendigo—. No me has contado, ¿qué has descubierto?

—Ah, es verdad. Es que con lo tuyo de lavar a un mendigo en tu bañera me has dejado en fuera de juego. Pues te cuento: es todo alucinante, parece ser que el enfermero ese que cuida a Verdugo es un hijo de puta y le ha pegado una paliza al padre de Aitana y hasta se ha reído de él. Entonces, yo me he ido al Hospital General y más o menos me ha explicado lo que ha pasado. A continuación, llamo al jefe de sección y se lo cuento porque entiendo que es una noticia de primera plana en estos momentos. Así que el jefe de sección me pide una redacción rápida y un resumen para redes. Pero, después de hacerlo todo... ¡qué sorpresa la mía! Cuando llego al periódico, me llama el director, me cierra en su despacho...

—¿Te llama el director? —se sorprende Balma.

—Me llama el director, me encierra en su despacho y me dice que no podemos sacar la noticia de la paliza del enfermero al padre de Aitana.

—¡Perdona! —se indigna Balma.

—Lo que te estoy contando.

Balma pone de pie al mendigo y lo seca sin sacarlo de la bañera. Sigue preguntando:

—Pero ¿te ha dicho por qué? ¿Te ha dado alguna explicación?

—No, la explicación que le ha dado a él la gana, que esa noticia, por respeto a la familia, no podíamos darla.

—¿Por respeto a la familia? —duda Balma.

—Y una mierda respeto —le enseña el dedo Lola a Balma—. El padre, Javier, estaba loco por que la contáramos.

—Es decir... ¿Te han censurado?

—Me han censurado. Y lo que es más fuerte, he llamado a Ximo de *El Mundo* y a Gemma de la COPE y a todos les han dicho lo mismo, que por respeto a la familia no podíamos contar nada —le anuncia Lola con un gesto del brazo.

—Me estás dejando muerta —le confiesa Balma mientras ayuda al mendigo a salir seco de la bañera.

Lola sigue sentada en la silla, no piensa ayudarla:

—Luego dicen que nos inventamos los periodistas las teorías conspiratorias. Estoy por llamar a Iker Jiménez y a Raúl Bru a la vez para contárselo y que nos saquen por la tele: última noticia, en el caso de la niña desaparecida en Valencia, importantes personajes de arriba han conseguido detener la publicación de una noticia.

—Pero que no te lo tomes a broma, Lola —se indigna Balma—. Que es verdad, que a mí esto no me había pasado nunca. Pero tú dime qué putos mafiosos serán los que han conseguido que todos, todos los putos medios de comunicación se hayan callado. Eso no lo consigue ni...

—Escucha, no lo han conseguido —le revela Lola con una sonrisa maliciosa.

—¿Cómo que no lo han conseguido?

Lola sonríe como cuando te encuentras un kilo menos en la báscula:

—Twitter.

—¡En serio! ¡Lo has publicado en Twitter! ¡Pero tú estás loca! ¡Te van a despedir! —se echa las manos a la cabeza Balma.

—Yo, no —le advierte Lola con una sonrisa—. He rescatado a @YosoylaLeti.

—¿En serio? —flipa Balma.

—Ni me acordaba de la contraseña —se ríe Lola.

—Pero eso es peligroso, si rastrean el correo o buscan el usuario... —sigue flipando Balma.

—Nada, es un usuario de Twitter que me creó un tío con el que me acosté tres veces en la universidad, uno al que le olían los pies, ni siquiera yo me acuerdo de él y, aunque lo encontraran... Que no, que es imposible. —Lola lanza hacia atrás la mano para indicar que no le importa nada—. @YosoylaLeti ha vuelto y... —Lola mira el móvil por enésima vez—. ¡Ya lleva 254 retuits y casi mil me gusta! ¡Lo estoy petando, tía!

—Me da miedo —le confiesa Balma mientras arrastra con el agua los restos de mugre de la bañera.

—¡Qué va! —Lola deja el móvil en la silla—. Yo no te digo que no hubiera censura, que no hubiera mafia cuando las otras niñas hace trece años, pero ahora —vuelve a coger el móvil—, con Twitter y el resto de las redes, es imposible que esos viejos puedan frenar las noticias.

—¿Por qué piensas que son viejos? —se tensa Balma.

—No sé, lo pensamos todas, ¿no?

—Ya... Supongo que por mi padre, ¿no?

—Balma...

—Nada, olvídalo. Soy idiota. Ayúdame a sacarlo. Sujétale la toalla.

—¡No! ¡Ni hablar! ¡Yo no lo toco!

—Lola... Por favor...

—No, pídeme cualquier otra cosa, pero yo no lo toco.

Minutos después, cuando Lola vuelve a subir al piso de Balma, un espectacular ático con vistas a la Ciudad de las Ciencias, pues ha tenido que bajar a tirar al contenedor dos bolsas negras de basura con la ropa roñosa y acartonada del mendigo, se lo encuentra sentado en el sofá de mimbre y cojines blancos de la terraza,

desnudo como Dios lo trajo al mundo, ido, con la mirada perdida en ese infinito estrellado que es el cielo de Valencia.

—Yo no me voy a volver a tomar un martini en ese sofá en mi vida —señala Lola.

—Te sentarás después del segundo —se ríe Balma.

—Ponle ropa, ¿no? Por lo menos, digo yo. ¿No pensarás quedarte tú sola con él esta noche? ¿No pensarás que se quede más noches? —Lola conoce tanto a Balma que puede ir leyendo las respuestas encadenadas en su cara.

—Quiero que se quede. Le voy a poner un albornoz de mi padre. Espera, que voy a por él.

—¡No te puedes quedar sola con un mendigo, Balma, no puedes! —Lola se pone seria.

—Pues quédate tú también. —Balma la mira a los ojos y calla.

Hay un silencio entre las dos. Ambas saben de lo que hablan, el episodio oscuro de Lola. Con aquellos en aquel piso aquella noche.

—Si me dejas encerrarlo en una habitación, lo pienso. —Esa respuesta implica un enorme valor para la estudiante de Periodismo que fue violada durante toda una madrugada por sus compañeros de piso.

—Haremos turnos mejor. Una vigila y la otra duerme.

Pero era mentira. Han pasado las horas y ninguna puede dormir. Lola acaba en la cama de Balma:

—¿Estás despierta?

—No.

—Te huelen las manos a vagabundo.

—Pero si me he lavado con lejía.

—Mira a mí cómo me huelen.

Silencio.

—¡Serás...! ¡Te has tirado un pedo!

—Uno pequeñito, un pedete.

—Y encima me lo pones en la cara.

—Pero si me has visto hacer caca mil veces.

—Y ya es bastante.

—Espera, espera, que me viene otro, dame la mano.

—¡Lola, por favor! Deja ya de tirarte pedos en mi cama.

—Pero si no huelen.

—Me da igual que no huelan, vienes siempre a mi cama a hacer cosas de estas, a tirarte pedos, a que te huela las orejas o a morderme el pelo.

—Es que me gusta mucho cómo te sabe el pelo. Además, en el fondo sabes lo que quiero.

—Sí, que te deje mi mano. Pero no, has dicho que me huele a mendigo.

—Me da igual, necesito relajarme, no me entra el sueño.

—Lola, tú sabes que esto es raro, ¿no?

—¿Raro? No. —Lola se lleva la mano de Balma al corazón, a su pecho izquierdo, bajo la camiseta hasta que Balma lo nota latiendo. Entonces Lola se relajará, se acurrucará contra el cuerpo de su amiga y se dejará dormir segura, como sabiendo que su corazón está a cubierto con la mano de Balma, aunque ella no pueda dormir nada, no solo porque tienen a un mendigo roncando desnudo en la terraza, sino por lo mucho que su amiga se mueve, porque se le entumecerá el brazo, porque no le dejará quitarlo, porque se descuidará y le morderá el pelo en sueños, porque le recolocará la mano y se la acabará poniendo en el sobaco peludo, porque haría por ella cualquier cosa.

La primera vez que Lola le cogió la mano a Balma en la cama, ella se la retiró al notar su teta; luego, cuando comprendió toda la necesidad de cariño que había en esa caricia, fue ella la que se la

dejó caer encima de la camiseta, sobre su teta ochentera, junto a su sobaco sin depilar, que tanta gracia le hacía cuando se desnudaba en la ducha.

—Pareces una actriz de los años setenta, Lola.

—Me gustan, son mis bigotes.

Le gustaba contestar mientras posaba como una modelo de fotografías antiguas de las revistas eróticas. Luego añadía:

—Si tú no me hubieras abierto la puerta aquella noche en Lyon, me habría cortado las venas.

Lola decía las cosas así, sin filtro, lo que le pasaba por la cabeza, desde «huéleme la mano» hasta «eres la única persona del mundo que me importa».

—Tengo sueño, me quedo aquí, ¿vale?

—Vale...

—Te quiero, Balma.

—Lola...

—¿Qué?

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por haber llamado a mi puerta esa noche.

Balma calla, piensa en lo que estaba haciendo aquella noche en Lyon cuando Lola, otra estudiante de ese mismo edificio, llamó a su puerta, cuando la invitó a pasar y su invitada no le dio importancia a que Balma justo estuviese escribiendo una carta y llenando la bañera de madrugada.

ESCENA 16

«[...] sólo la fuerza
que, aquí abajo, concilia
la carne con la sombra,
el sueño con la nada,
puede en su voluntad
hacerme eterno y árido»

Las casas en el centro de la ciudad son cómodas para una adolescente que espera a que su madre vuelva, está sola, puede subirse a su cuarto, donde internet va peor, o quedarse en la planta baja, absolutamente diáfana, para albergar una cocina presidida por una enorme mesa, de madera rústica, con sillas de diferentes modelos. Su madre adora la decoración, podría haber sido una gran interiorista, pero su abuelo siempre la dirigió hacia la política, debía mantener su legado, permanecer en los puestos técnicos, a salvo de los cambios de gobierno. Y acabó siendo Sandra Saura, directora general de Asistencia Sanitaria, tan solo dos escalones por debajo del conseller de Sanitat y un sueldo que supera los cinco mil euros al mes.

—Mamá, ¿dónde estás?

—Estoy reunida.

—No he cenado.

—Hazte una pizza del congelador, yo llegaré tarde.

—¿Puedo pedir una? Es que no me apetece hacerla.

—No. No quiero que le abras a nadie.

—Vale.

—Te quiero. Llegaré tarde.

Sandra Saura está desnuda oliendo lubricante de piña en una cama del Hotel Balneario Las Arenas, cinco estrellas en la playa de la Malvarrosa. Quien ahora mismo le está comiendo hasta lo más profundo del orgasmo es la directora técnica de Salud Pública y Adicciones, Cristina Villar.

Media hora después, ambas están mirando el mar en albornoz, la extensa playa todavía con toallas, turistas de atardecer, a través de la ventana de su *suite* de lujo.

—¿Quién puede ordenarle al mismísimo conseller que Verdugo no debe salir de su casa?

—Cualquier persona en realidad. Lo valioso es saber por qué el conseller les obedece.

—Si lo averiguamos, si descubrimos qué hay detrás de todo esto, será a nosotras a quienes obedezca ese retrasado.

—Detrás de esto tiene que haber gente peligrosa. No te metas, Sandra, de verdad. Ten miedo.

Sandra se arquea como una gata en la cama hasta hacer que sus pechos sean perfectos.

—Ya me conoces, no me voy a poder resistir.

—No te metas en jaleos, Sandra. No lo necesitas. Recuerda lo que dijo el conseller cuando le preguntaron hace unos años por qué Verdugo no podía salir por la tele en el documental que estaban grabando.

—¿Qué dijo?

—Que eran órdenes de arriba.

Sandra sonríe estirando las piernas como respuesta. Cristina sigue:

—No son tonterías, Sandra. No es una liga en la que tú puedas jugar. Estamos hablando de gente muy importante a la que Verdugo estuvo siguiendo. Él lo dijo la única vez que lo entrevistaron, que tenía la sensación de que había gente muy importante moviendo hilos para que la investigación no avanzara nunca. Y mira lo que le pasó, le pegaron un tiro por la espalda. ¡No te rías de mí! Los que secuestraban a esas niñas, los que las mataban fueron presidentes de gobierno, jugadores de fútbol, millonarios... Lo sabe todo el mundo. Y si tú te cruzas en su camino, no vas a acabar bien.

Sandra besa con lengua a Cristina antes de responderle:

—Todo eso son leyendas urbanas que la telebasura os coló. Historias del Bru aquel. Los que mataron a esas niñas fueron Oriol y el delegado del Gobierno que se suicidó. Esos ya ni existen.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué han vuelto a secuestrar a otra?

—¡No digas tonterías como una abuela! Por favor. Eso ha sido un imitador que estará escondido con ella en cualquiera de esas aldeas, esperando a que lo encuentren.

—Ah, ¿sí? Y entonces, ¿quién ha degollado al vigilante del depósito que vendió el Patrol?

—¡Pues seguramente el mismo friki que ha secuestrado a la cría! Si yo no te niego que haya un asesino suelto. ¿Me entiendes? Lo que te digo es que esta niña no tiene nada que ver con las del pasado, y mucho menos con una secta de millonarios. Y que el hecho de que yo vaya a ver quién se empeña en que Verdugo no salga de su casa tiene... ¿Me escuchas? Cero peligro. ¿Me has oído? Cero peligro —le silabea cerca del oído.

Una hora más tarde, casi a las diez, Verdugo soporta quieto la desagradable escena desde su sillón anatómico antiescaras, con un zumo de naranja de tetrabrik por cena y la televisión encendida, emitiendo un programa de preguntas de La 2.

Llamaron a la puerta cuando Dobón todavía estaba recogiendo la cocina, era una mujer alta, verdaderamente guapa, se había presentado como Sandra Saura, sin avisar, directora técnica de Sanitat. La perfecta ejecutiva con vestido elegante, Carolina Herrera, para poder salir del coche oficial enseñando solo las rodillas y los zapatos de tacón. Había entrado muy segura, despreciando a Dobón, el enfermero golpeado, dirigiéndose a Verdugo directamente. Le había hecho las mismas preguntas de siempre, Verdugo no había respondido, ni siquiera había dado muestras de oírlas, de verla. Pero ella había seguido ignorando a Dobón, desdeñándolo en sus contestaciones. Era evidente que se trataba de una mujer acostumbrada a mandar, a doblegar hombres con una mirada, con una frase lapidaria. Lo estaba humillando como a un mendigo en un semáforo.

En ese piso olía a sudor; Dobón le había dicho que se fuera, que ya había tenido bastantes líos por hoy, refiriéndose a la pelea que había protagonizado esa mañana con Javier, el padre de Aitana; luego lo habían retenido unos vecinos, había venido la policía, llevaba toda la tarde limpiando la cocina. Que, por favor, se fuera porque se estaba cansando.

A Verdugo le hubiera encantado poder decirle: «Hazle caso, corre, llega hasta la puerta, ábrela y vete corriendo. ¿No me ves a mí? ¿Qué crees que te va a pasar? Vete. ¿No lo ves? ¿No lo estás viendo? ¡Vete! ¡Sal corriendo! ¡No le hables así! ¿No ves lo que le está pasando? ¡Vete! Le está cambiando la cara, lo estás hartando, mira cómo te mira. ¡Joder, vete antes de que sea demasiado tarde!».

Pero la directora técnica de Sanitat había vuelto a humillar a Dobón, le había dicho que apestaba, que no cerrase esa puerta de la cocina porque ahí no se podía respirar, que qué hacía, que se alejase, que fuera a lavarse, que ella era la principal responsable y

que se iba a encargar no solo de que lo despidieran por mala praxis, sino de que no volviera a trabajar en su puta vida. Pero ya era demasiado tarde porque Dobón había sonreído.

—Tócamela. —Dobón le ha cogido la mano que le amenazaba con el índice y la está obligando a bajar hasta su ingle, donde le aguarda un pantalón azul de celador con una erección y rodales amarillos. La empuja, la aprieta contra la pared, Sandra se resiste a tocar eso.

»¡Tócamela! —Dobón empuja con fuerza la delicada mano de Sandra hasta que consigue el contacto.

Sandra revuelve la cara, mira suplicando a Verdugo con su zumo de naranja mientras Dobón la estruja contra la pared; pero el sillón antiescaras no se mueve, los ojos no la ven, tan solo su cuerpo se tensa, pero nada más.

—¡Tócamela! —Dobón se abre el botón del pantalón y le obliga a Sandra a tocar, con sus dedos de firmar acuerdos políticos, el pene a punto de estallar en su mano, a falta de unos pocos movimientos forzados, de unos espasmos tras los que Dobón se relaja, le suelta la muñeca manchada de semen, que huele por toda la casa. Le sonríe como un baboso.

Sandra huye de aquel piso.

A salvo en su coche oficial, mientras se limpia la mano con toallitas y le grita al chófer que se meta en sus asuntos y la lleve a su casa, mientras busca el móvil con la mano pegajosa en su bolso de dos mil euros, en apenas dos semáforos, recibe una llamada, es el conseller de Sanitat, Carles, al que ella llama «el retrasado».

Serán como tres minutos de conversación, de monólogo en realidad, en los que Sandra Saura recibe instrucciones precisas de que no vuelva a acercarse a ese piso en su puta vida, inteligentemente, sin citar, mencionar o detallar cómo se ha enterado, simplemente: «He sido informado, espero que comprenda

la gravedad de sus actos, somos una entidad al servicio público, en nuestro gabinete de trabajo no se admiten intereses individuales y espero que después de la conversación que ha tenido le haya quedado clara esa información y sepa dónde no debe meter la mano, Sandra». ¡Puta frase humillante de mierda hijo de puta retrasado de los cojones qué asco! Piensa en su coche oficial mientras sigue tirando toallitas sucias por la ventanilla y oliéndose los dedos.

Al mismo tiempo, en su piso, mientras Dobón se ducha con la puerta abierta, Verdugo se levanta y le desbloquea el teléfono con el pin que le ha visto meter mil veces, accede al registro de llamadas y memoriza ese número reciente, justo debajo hay otra llamada reciente, a quien debió de explicar lo sucedido tras dar la paliza esta mañana a Javier, pero Dobón cierra el agua, Verdugo memoriza solo dos números, le oye hablarle desde el baño, ve su pie, cierra el móvil, le ve la cara:

—Ah, digo, me parecía que hacías ruido. Seguro... Si ni siquiera te has empalmado al verme con esa zorra... Me la tenía que haber follado. ¡Joder! ¡A la próxima que venga, me la follo! ¿Me oyes? ¡A la próxima que venga, me la follo!

ESCENA 17

«Es el verano, y una música viene
que otros oídos escucharon»

Es un pueblo del interior de Valencia, entre montañas de pinos, finales de julio, media tarde, con las banderas cruzando las calles, indicando que están en fiestas, las fiestas patronales de verano en honor a la Virgen del Carmen. Tienen el escenario para la verbena de esa noche montado en la plaza de la iglesia, sobre la que vuelan las golondrinas, que van y vienen, de beber agua de la piscina a volar sobre los pinos, en los que cantan las cigarras.

—Jefe, ¿no sería mejor...?

—No sería mejor nada, Pardo —le contesta Alonso Gracia mientras observa con los prismáticos el gran número de efectivos distribuidos por las inmediaciones del embalse. Son la noticia que abre todos los telediarios.

—Pero, jefe, el coche no va a estar ahí, debajo del agua —le apoya su hermano.

—Eso, jefe. Ni Oriol estará dentro con la cría —insiste el primero.

Los hermanos Pardo son los únicos agentes que no quieren bajar a las orillas del embalse, permanecen allá arriba custodiando a su jefe y observando cómo dragan las escasas aguas del pantano, agrietado por la sequía en sus orillas, en el que los mandos y todo el país piensan que se ha podido hundir el Patrol con el que secuestraron a Aitana. Porque han aparecido unas huellas de ruedas en una curva de la carretera, y un quitamiedos había caído terraplén

abajo cuando los primeros vecinos llegaron al amanecer. Dicen que no quieren. Pero él los conoce y tiene la mosca detrás de la oreja sobre lo que esos dos llevan metido entre ceja y ceja:

—¿Por qué saben todo eso? —les pregunta mientras observa con los prismáticos.

—Porque los coches, jefe, cuando caen a un pantano, al cabo del rato, acaban tirando el aceite del cárter o el anticongelante. Y sube, se ve la mancha en el agua, flotando, justo encima de donde se ha hundido el vehículo en el fondo... —explica un Pardo.

—Se hunden abajo, jefe, llenos de cieno. Pero siempre salen líquidos y aceites del motor. Solo hay que esperar a que suban a la superficie —añade el otro.

—Y ahí no hay líquidos flotando —concluye uno.

Su sargento se quita unos segundos los prismáticos de los ojos:

—Quizás sea demasiado pronto —calcula Alonso Gracia.

—Puede ser, jefe —afirma un Pardo.

—Por eso sería mejor quedarnos aquí arriba, jefe —sugiere el otro.

—Usted mire con los prismáticos si sale alguna mancha —continúa su hermano.

—Y nosotros entramos en el coto —concluye el otro.

Dos segundos de silencio y chicharras cantando:

—No. —Es la escueta respuesta de Alonso Gracia.

Parece que los Pardos se van a callar, pero en realidad están continuando:

—O buscamos la mancha nosotros —contraataca un Pardo.

—Y usted habla con el juez —le apoya su hermano.

—A ver si nos dan por fin autorización para entrar al coto.

—No —sigue respondiendo su sargento sin imaginar que sus hombres saben más sobre eso de lo que están diciendo.

—Pero es que ya hay muchos agentes allá abajo, jefe, solamente mirando a los GEAS. Vamos a estorbar.

—Eso, jefe.

—¿Por qué tienen tanto interés en no bajar al pantano? —pregunta su sargento con los prismáticos puestos, como si no supiera adónde quieren llegar esos dos.

Los Pardos dudan unos segundos, se miran entre ellos antes de serle completamente sinceros:

—No es eso, jefe —le corrige uno.

—Lo que queremos es entrar al coto —le confiesa el otro.

—Ya estamos con lo de siempre... —suspira Alonso Gracia.

Y los Pardos insisten:

—Ahí es donde se escondió Oriol la otra vez.

—Y seguro que está escondido ahora.

Pero Alonso Gracia enseguida niega con la cabeza:

—Eso no es cierto, Pardos. Ustedes no pudieron demostrar que estuviera dentro entonces y tampoco... —les responde antes de que lo corten.

—¡Porque no nos dejaron entrar, mi sargento! —se indigna un Pardo.

—¡No nos dio autorización el juez! —se indigna el otro.

—¡No quiso! —se indigna más.

—¡No quisieron! —se indigna hasta el puñetazo en la mano.

Alonso Gracia se quita por fin los prismáticos para mirarlos y hablarles con calma:

—Ya han discutido esto conmigo mil veces en trece años. El juez hizo lo que consideró correcto porque no hubo pruebas determinantes de que Oriol se escondiese aquella noche en ese coto, salvo ustedes, que decidieron informar de ello a todo efectivo

policial que llegaba al lugar del accidente sin tener la más mínima certeza.

—¡Sí que la tuvimos, mi sargento!

—¡Fueron los perros!

—Ya estamos con los perros... —pone los ojos en blanco Alonso Gracia.

—Pero es verdad, sargento. Cuando llegaron los del Servicio Cinológico, ¿el rastro iba o no iba hacia el coto?

—Eso, jefe. ¿Iba o no iba al coto?

No le queda otra a Alonso que darles la razón un momento:

—Sí. Hubo varios rastros. Y uno de ellos iba hacia el coto.

—¿Y qué pasó cuando lo siguieron?

—Eso, jefe. ¿Qué pasó cuando llegaron al coto?

—Díganmelo ustedes porque no me lo han contado nunca —ironiza con paciencia su sargento mientras observa las lanchas de los GEAS reuniéndose en un punto exacto del embalse.

—¡Soltaron a los perros del coto, jefe! ¡Alguien desde dentro soltó a los galgos del coto para que los nuestros se volvieran locos ladrando en la valla! —añade el otro.

—¡Eso fue una trampa, jefe!

—¡Y no nos dejaron entrar!

—¡Llegaron los mandos y nos dijeron que nos fuéramos de allí!

Alonso Gracia se calla porque siempre acaban hablando de eso. Es la obsesión de los Pardos, entrar al coto. A ver si así le dejan un rato en silencio, no les contesta, parece que sí, que se han callado, por fin...

—Pero el coche no va a estar en el pantano, jefe —rompe uno el silencio.

—Cada vez que desaparece una menor, dragan un pantano, jefe. Siempre lo mismo. No saben hacer otra cosa —sigue el otro.

—Es verdad, jefe.

Alonso Gracia insiste en su silencio como respuesta.

Los coches de la Guardia Civil aparecen y se detienen por el pueblo para continuar perdiéndose luego por los caminos de tierra como extraterrestres de luces azules bajo el sol de las doce. Los dos agentes y su mando se encuentran en una especie de mirador o descansadero de la carretera que cruza el pueblo y permite ver el embalse verde entre los pinos, seco en su mayoría. También hay periodistas, televisiones en furgonetas que ocupan el único bar y prueban suerte llamando a alguna puerta que no les abrirá porque allí no vive nadie. O eso dicen.

—Y si no es en el coto, ¿podemos buscar en las aldeas de arriba, jefe? Están abandonadas, son solo corrales de ovejas. Allí no sube nadie —sugiere un Pardo.

—El mejor lugar para esconder a la niña —secunda la moción el otro.

Pero Alonso Gracia niega con la cabeza.

—Tampoco. —Sin hacerles mucho caso—. Las órdenes son que bajemos al pantano.

—Podríamos ir nosotros al coto, jefe. Por nuestra cuenta. Sin informar a los mandos. Esos sitios siempre tienen trozos de valla rotos, los rompen los furtivos —propone un Pardo.

—Nosotros nos podemos colar, jefe. Nos vestimos de paisano y echamos un ojo como civiles —sugiere el otro.

Y como su sargento no les contradice, insisten:

—¿Le parece bien, jefe?

—¿De paisano, jefe?

Porque Alonso Gracia en el fondo está de acuerdo con ellos, comparte ese dolor viejo por lo que les hicieron, sabe que esta es la oportunidad que estaban esperando para entrar al coto tras trece

años, tras un nuevo secuestro, sabe que esto era lo que estaban deseando, aunque ninguno lo diga, para volver a tener esa oportunidad que perdieron entonces porque eran unos simples novatos y los apartaron de un manotazo. Pero también es cierto que ha solicitado dos autorizaciones de entrada al juez instructor y ambas se las ha negado sin muchas explicaciones. Y los conoce, igual que sabe que no habrán dormido en toda la noche pensando en cómo acceder al coto, en cómo convencerlo, también sabe que no se van a rendir, que puede pasarse así con ellos el día entero:

—¡No digan tonterías! ¡Por menos de nada les pegarían un tiro! Las órdenes son: presencia policial, hablar con los vecinos, apoyo a los GEAS y control de carreteras y caminos. ¡Y que bajemos al pantano! —Señala allá abajo.

Dos segundos de silencio. No se mueven. Y Alonso Gracia tiene un dolor de cabeza horrible, por eso se aleja. Pero ellos lo siguen:

—Pues es lo que todos los compañeros piensan, que Oriol se esconde en el coto —le insisten yendo detrás de su sargento.

—Y que por eso el juez nos ha rechazado otra vez la solicitud de acceso —lo siguen los dos.

—¿Quién les ha dicho eso? —se para y gira Alonso Gracia.

—Jaime, el de la Judicial, que es cuñado del secretario del juzgado, nos lo dijo anoche, cuando le informamos de que veníamos. Dijo que el juez nos había rechazado las dos solicitudes de entrada —revelan por fin su secreto los Pardos.

Alonso Gracia se queda pensando, le molesta que sus hombres sepan que está fracasando en sus intentos legales y ortodoxos de entrar al coto. Y que por eso insistan en hacerlo a su modo. Pero respira, los mira, respira. Al final, les contesta desde su dolor de cabeza:

—Hemos hablado de esto mil veces. Y se lo repito una vez más. No se entró hace trece años porque se estimó imposible que Oriol hubiera recorrido toda esa distancia hasta el coto a rastras con la niña. Por eso no se autorizó la entrada ni el registro. ¿Que deberíamos haberlo peleado más, aunque solo hubiera sido para una inspección ocular? Sí. Pero nadie lo hizo porque éramos solo tres novatos. Eso sí que debería ser investigado, por qué nos apartaron de la investigación cuando Verdugo quedó inhabilitado y se remitió el caso a Madrid, donde prácticamente lo dieron por cerrado, pese a que el pobre padre de Elena salió en todas las televisiones pidiendo que siguiéramos buscando a su hija y a Oriol, y nadie le hizo caso. Eso sí que fue una injusticia, eso sí que deberíamos investigarlo.

—Eso fue una putada, jefe.

—Una putada de trece años.

—Lo sé. No estuvimos a la altura. Éramos muy jóvenes y nos dejaron solos.

—Pues eso es lo que le decimos, mi sargento.

—Que los de arriba no nos dejaron entrar entonces.

—Y que tampoco nos van a dejar entrar ahora.

—Por eso queremos ir por nuestra cuenta.

—Y ver si Oriol está en el coto con la niña.

—Como estuvo hace trece años.

—Imagínese que lo encontramos.

—O que la hubiésemos encontrado entonces.

—Y si nos pillan, diremos que estaba rota la valla.

—Que ni sabíamos que era terreno privado.

—Pero habremos entrado por fin, mi sargento.

—Llevamos trece años esperando esto.

—Otro caso que nos dé una excusa para entrar al coto.

—Y terminar lo que no nos dejaron.

Pero Alonso Gracia se aprieta la frente, levanta la vista del teléfono. Casi están a punto de convencerle:

—Cada día están más locos.

—Usted tampoco tendría que enterarse... —lo seducen los Pardos.

—Diríamos que nos ordenó ir a inspeccionar las aldeas de arriba y que nos perdimos.

Por suerte, reacciona:

—¡Pero se están oyendo! ¡No! ¡Tajantemente no! Si no quieren bajar al pantano, está bien, no lo hagan. Pero bajo ningún concepto van a entrar por su cuenta al coto.

—Y si estuviera, jefe. —Los Pardos son unos de los seres vivos más cabezotas del mundo.

—Eso, y si estuviera...

Los Pardos se quedan unos segundos callados. Parece que se han conformado y le van a dejar terminar de leer el informe en el móvil. Se oyen las chicharras en el silencio.

—¿Y las aldeas de arriba, jefe?

—Eso, jefe.

Alonso Gracia se queda mirándolos. Los conoce tanto que sabe que son tractores; una vez arrancan en una dirección, no hay nada que los detenga. Y teme que, si no los autoriza a acercarse al menos, acabarán entrando al coto ellos por su cuenta y entonces tendrá un lío más grande.

—Sí. Pueden ir a inspeccionar las aldeas de arriba, yo voy a ir al puesto de mando del Ayuntamiento. Cualquier cosa, me informan. Pero recuerden lo que les he dicho, bajo ningún concepto se acerquen a ese coto. ¿Comprendido?

—Comprendido, jefe —le responden al unísono.

Los dos hermanos Pardo se dirigen hacia el X-Trail que desean conducir por esos caminos polvorientos entre aliagas y cardos hasta

llegar al coto, cuando su jefe los llama y deben volver de mala gana porque está hablando por teléfono con esos auriculares que él se pone.

—¡Esperen! ¡Vengan!

Los dos Pardos se acercan, interesados.

—No ha sido Oriol el del Patrol.

—¿Cómo dice, mi sargento? —se sorprenden los dos Pardos como liebres ante las luces de un coche.

—Me están confirmando, ni había rastros biológicos de la niña en el barco de Port Saplatja ni tampoco de Oriol. Toda la sangre era del vigilante muerto —baja la voz— y de una segunda persona, que tampoco coincide con el antiguo propietario. Por lo que seguramente pertenezca al asesino del vigilante.

Los Pardos lo miran expectantes:

—¿Y no hay ADN de Oriol, jefe?

—Eso, jefe. ¿No ha sido Oriol?

—No.

—Pues eso tampoco nos sirve de mucho, jefe.

Es en ese momento cuando Alonso Gracia los sorprende con su rapidez de pensamiento:

—Se equivocan. Eso nos confirma solo a nosotros tres que hay un imitador que encargó el robo de ese Patrol. Pero solo a nosotros tres.

—¿Por qué, jefe?

—Eso, ¿por qué?

—Porque no es Oriol quien asesinó al vigilante, por tanto, tampoco es Oriol quien encargó el robo del Patrol a ese vigilante, por tanto, no es Oriol quien conducía ese Patrol. Por tanto, nada es Oriol y todo es un imitador.

—Pero..., jefe, a lo mejor Oriol está usando a un imitador para que le robe el coche y mate a ese vigilante.

—Eso, jefe.

—Ya, piensen bien lo que están diciendo. Seguramente seamos las tres personas después de Verdugo que mejor conocen a Oriol.

—Sí, jefe.

—Por supuesto, jefe.

—Y ahora les pregunto, ¿de verdad piensan ustedes que Oriol encargaría a alguien un asesinato?

Los Pardos ni dudan:

—No, jefe.

—Oriol mataba por gusto, jefe.

Y Alonso Gracia los sigue llevando por su deducción:

—Piénsenlo... Si ese vigilante enfadó a Oriol, nosotros sabemos que no habría dejado que nadie le ajustase las cuentas en el barco.

—Oriol odiaba a sus enemigos.

—Se sentía mal si seguían vivos.

—Lo dijo el psicólogo.

—Lo habría matado Oriol.

—Seguro, jefe.

—Tiene usted razón, jefe.

—Tiene que haber un imitador.

Le responden en cascada los Pardos.

Alonso calcula unos segundos antes de continuar:

—El resto del mundo sí piensa que ha sido Oriol.

—Todos lo piensan, jefe.

—Quieren que sea Oriol, jefe.

Y entonces les ordena:

—Debemos dejar que lo sigan pensando.

—Entendido, jefe.

Y les advierte:

—No deben decir a nadie que nuestra línea de investigación es la de un imitador.

—De acuerdo, mi sargento.

Y les puntualiza:

—Lo cual no significa que Oriol no siga vivo, siga escondido y ahora con todo esto se active de nuevo.

—Entendido, mi sargento.

Y concluye:

—Pero en estos momentos, las pruebas nos indican que no ha sido él.

—De acuerdo, pero..., entonces... Si ha sido un imitador, ¿por qué ha imitado el secuestro del 2009?

—Eso, jefe, ¿por qué?

—No lo sabemos todavía. Lo que sí sabemos son sus aciertos y sus errores, pues pese a que ha conseguido recuperar el Patrol y secuestrar a una niña prácticamente idéntica en el mismo camping, el resto de sus acciones han sido un desastre, pues ha tenido que acabar asesinando a su cómplice.

—¿Y por qué mató al vigilante, jefe?

—A lo mejor lo hizo para eliminar testigos, jefe.

—No creo, Pardos, en ese caso, para eliminar testigos, el imitador lo habría asesinado en el propio depósito y le habría robado el Patrol. No creo que la intención del imitador hubiera sido el asesinato desde el principio, no por esas llamadas, esos sobornos... No encaja en el perfil de alguien acostumbrado a obtener las cosas por la fuerza, sino por el convencimiento. Y ese no es el perfil de un asesino. Y mucho menos de Oriol, por supuesto.

—Entonces, jefe, ¿qué pasó?

—En mi opinión, el vigilante muerto y el imitador de Oriol llegaron a un acuerdo económico para sacar del depósito el Patrol. Y luego discutieron. Seguramente cuando el vigilante descubrió para qué lo habían utilizado en el 2009. En ese momento, o se arrepintió o quiso sacarle más dinero. Pero ahora ya es seguro que el vigilante muerto participó en el robo del Patrol.

—¿Cómo se sabe eso, jefe?

—Por el informe que no me dejaban leer hace un rato. Porque han investigado el historial del ordenador del vigilante muerto en el depósito y se había interesado por la mecánica, por cómo conseguir arrancar, reparar... Seguramente fue arreglando a escondidas el Patrol hasta que pudo marcharse con él del depósito, para entregárselo al imitador de Oriol, que hace unos días le cortó el cuello.

—Ese Patrol llevaba parado desde que lo volcó Oriol la noche en que se ahorcó el delegado del Gobierno.

—Lo volcó Oriol porque salió huyendo de la casa donde tenían a la niña.

—Porque Verdugo se puso en medio y disparó.

—Qué cojones tuvo.

—Fue en aquella recta, jefe.

—Saltó y se puso en medio.

—Hay que tener los cojones como el caballo de Espartero para hacer eso, jefe.

—Los cojones de Verdugo.

—Lo sé, Pardos. Lo sé.

Los Pardos se emocionan de una manera curiosa para su naturaleza ruda cuando hablan de Verdugo, por eso cambian de tema:

—La casa es aquella, jefe. La de las ventanas rotas.

—Ya lo sé, Pardo, ya lo sé.

—Ahí no ha vuelto a entrar nadie, jefe.

—Cuentan que se oyen voces por la noche, jefe.

—No digan tonterías.

Los Pardos se saben toda la investigación de memoria, discuten sobre ella como forofos de fútbol antiguo:

—Oriol salió de esa casa con la niña cuando vio que el delegado del Gobierno se había ahorcado...

—Dicen que se ahorcó para correrse, jefe.

—Que se le fue la mano.

—Y se ahorcó él solo.

Pero Alonso Gracia no comparte su gusto por la muerte ajena:

—No digan tonterías. Eso no pudo determinarse, a esa casa entraron el alcalde, el alguacil y hasta el cura del pueblo aquella noche antes de que la desalojaran los de la Judicial. Cuando la Científica llegó, habían removido todo buscando a Elena y no pudieron extraer pruebas concluyentes por contaminación directa y cruzada. Fue un desastre. Cuando llegamos, deberíamos habernos quedado uno al menos custodiando el cuerpo, impidiendo que entrara nadie del pueblo mientras los otros nos habríamos dirigido al lugar del accidente buscando a Oriol y Verdugo. Pero lo hicimos mal, éramos unos novatos.

—Hicimos lo que pudimos, jefe.

—Llegamos los primeros, jefe.

—Lo sé, lo sé. Pero ahora no haríamos eso.

—Eso está claro, jefe.

—Clarísimo, jefe.

—Lo que quedó claro es que Elena había estado en esa casa, tanto por las fotos como por el ADN. Y que Oriol se la llevó en el Patrol.

—Porque los descubrió Verdugo.

—Exacto, Verdugo salió de la casa y vio que el Patrol huía bajando esta carretera hacia el pantano.

—Le llamó por teléfono a usted mientras salía corriendo.

—Y nosotros le dijimos que estábamos llegando.

—Pero, como Verdugo conocía la zona, supo que podía ir más rápido si cruzaba las curvas barranco a través.

—Estaba loco, jefe. Se tiró por ahí como un lobo.

—Bajó corriendo todo eso hasta llegar al coche, se puso delante y lo hizo volcar.

—En esa recta, jefe.

Alonso Gracia tiene que asomarse para que vean que les hace caso:

—Lo sé, lo sé.

—Verdugo detuvo el Patrol haciéndolo volcar, se puso delante y le apuntó con su reglamentaria.

—Hay que tener huevos para hacer eso, jefe.

—Muchos huevos, jefe.

—Ponerse delante de Oriol.

—De noche.

—Apuntándole a los faros.

—Y lo volcó.

—Tuvo que dar un volantazo.

—Porque Verdugo no se apartó.

—Y Oriol no tuvo huevos a atropellarlo.

Alonso Gracia nota que la cabeza le va a estallar.

—Lo sé, lo sé, pero al final Oriol le disparó por la espalda y huyó.

—Yo eso no me lo creo, jefe.

—Nadie en el cuerpo se lo cree, jefe.

—Si solo tienes un detenido, ¿cómo vas a dejar de mirarlo?

—¿Cómo le vas a dar la espalda, jefe, sin mirar antes si va armado?

—Ese error Verdugo no lo pudo cometer.

Se frota las sienes con los dedos:

—No tiene mucho sentido, lo sé.

—Le pegaron un tiro, jefe. Ahí abajo había alguien más que sorprendió a Verdugo por la espalda.

—Eso es lo que piensa todo el mundo, jefe, que apareció otro y le pegó un tiro. Uno que no ha sido investigado nunca.

—Eso es lo que dice la periodista, Balma, en sus artículos, y Soler, el padre de la niña, que hubo alguien que le pegó un tiro a Verdugo y dejó que Oriol huyera con su hija hasta el coto.

—Un tercero, jefe.

—Lo sé, conozco perfectamente la teoría del tercero.

—Y que todo eso pasó aquí, jefe, desde esa casa de las ventanas rotas y las pintadas...

—Hasta esa recta de ahí abajo.

—Si se pudiera mirar por un agujero del tiempo, jefe, y ver lo que les pasó...

—Si el tiempo fuera como un pantano y dejara salir el aceite del motor...

Alonso Gracia y el otro Pardo se miran y niegan con la cabeza: tantos días sin descanso les están afectando.

ESCENA 18

«Con el destello de lo que sólo vive en el presente»

Balma y Lola desayunan juntas pero separadas viendo al mismo tiempo la tele frente a sus ordenadores portátiles y pasando el dedo en sus móviles, no hablan, beben té y muerden tostadas de pan con aceite. Son adictas a la actualidad y todas las noticias tratan sobre Aitana: están rastreando el pueblo, las aldeas abandonadas, dragando el pantano, buscan el vehículo, un Nissan Patrol blanco, han descartado que estuviera en el velero, pero... ¡última hora! ¡Han detenido a un segundo vigilante del depósito de vehículos de Cheste! Apodado Sandokán. Parece ser que su móvil estuvo junto al del vigilante asesinado, el del barco, la noche en que sacaron el coche de Oriol.

Es la televisión la que está dando la exclusiva, con reporteros asustados en riguroso directo desde una barriada portuaria habitada por gitanos. Pero es sorprendente, el detenido no protesta ni clama al cielo, ni siquiera agacha la cabeza, sino que mira a todos con la calma de un cristo procesionando, rodeado por sus devotos, exigiendo justicia mientras lo intentan tocar con sus manos. Pese a que el agente, cobarde, tiene ese mal gesto de empujarle la cabeza para introducirlo en el vehículo policial, no les hacen falta más efectivos para salir de esas viviendas tranquilos, porque no hay tumulto descontrolado, no hay más que gritos y lamentos contenidos. Gente creyente.

En la terraza, su mendigo, Stephan, ha dormido... Duerme todavía..., en el suelo, bajo la mesa. Encima, le han dejado una tostada y un café, pero aún ronca.

Les llegan mensajes a ambas, la noticia se está multiplicando como una epidemia de notificaciones, la historia ya está en los principales medios europeos, portadas en *The Guardian*, el *Corriere della Sera* y *Le Figaro*. Todas repiten las primeras planas con fotos antiguas del Patrol y aquellas niñas que desaparecieron hace trece años, Mónica, Sara y Elena, montadas como fondo para el selfi en primer plano de Aitana, la niña de ahora, más nítida, más guapa, más viva.

Se dan la vuelta y Stephan, con su mirada perdida, en albornoz, las observa en silencio, con su pelo blanco mal cortado, está de pie en la terraza, tiene gestos de haber sido algo, de haber leído esos periódicos en otra vida.

Ambas teclean en sus móviles mientras la noticia de la detención se multiplica en otros canales de televisión nacionales, con corresponsales retransmitiendo en directo desde el depósito de coches de Cheste, adonde acudirá en breve la Guardia Civil, desde el pueblo del pantano donde escapó Oriol, donde siguen dragando las aguas los GEAS, entrevistando a una vecina anciana de Verdugo, que dice que no lo ha visto en años, desde la puerta del domicilio de Aitana, donde aseguran estar a la espera de que salgan sus padres y desde la comandancia de la Guardia Civil, adonde están trasladando en estos momentos al vigilante detenido, apodado Sandokán.

—¡Tengo que irme! —anuncia Balma poniéndose de pie.

—¡Yo también! —la imita Lola dando su último trago de café.

Al fin y al cabo, son rivales de periódico.

ESCENA 19

> «Y en la mirada de cada uno reconocemos el bien,
> y el mal de cada uno es el que nos transmitimos con ceguedad»

Alonso Gracia odia los interrogatorios desde que su mujer murió, antes le gustaban mucho, ahora se ducha con esa duda de si debe tirar a la basura su esponja, su toalla, sus cremas para el cuerpo, sus botes de cosméticos, sus compresas y productos de higiene íntima, sus maquinillas, su neceser, su cepillo de dientes y, sobre todo, sus pelos en el sumidero o todavía debe alargar un día más su luto.

Y el resultado es que tampoco le apetece interrogar al vigilante que les mintió, ese Sandokán que le suena de algo.

Dejará que lo hagan sus hombres, a ellos les encanta apretar tuercas, se criaron en una granja de cerdos propiedad de su padre; quizás por eso son vegetarianos gordos y tan poco aprensivos hacia el dolor humano.

—Los cerdos chillan como las personas, jefe.

—Eso es verdad.

—Cuando los están matando, si te callas, los entiendes.

—¡Parad ya! —les señala con la mirada su sargento—. Lo están trayendo. ¡Y mantened la calma!

La entrevista es en su despacho, porque todavía no hay necesidad de amedrentar al detenido, aunque es cierto que el vigilante

continúa mirándolos como un Jesucristo que ya se ha leído su propio libro, como si todo lo tuviera previsto, sin darles importancia.

Enseguida comprenden que será un pulso por ver quién pierde la paciencia primero.

Los Pardos dan vueltas a su alrededor como mastines esperando a morder, mientras su jefe, Alonso Gracia, viudo y licenciado en Matemáticas, permanece sentado mirando la foto de su mujer, su pelo revuelto un día de viento, uno de esos días de playa en invierno.

—¿Por qué nos mintió? ¿Por qué nos dijo que no sabía nada del Patrol si habían sido ustedes quienes lo habían robado? —comienza un Pardo manteniendo la calma.

—No les mentí —les contesta con las manos esposadas—. Pero a veces Dios nos enseña que hay que ocultar la verdad para que triunfe la justicia.

—¡Pues te vamos a ocultar nosotros a ti con los padres de esa niña! —se altera a la primera el otro Pardo.

Interviene Alonso Gracia:

—¡Pardo! Por favor, déjenle hablar.

Y Sandokán lo hace, porque esta vez sí quiere contarles:

—Nos ofrecieron setenta y dos mil seiscientos euros por el Patrol.

—¿Quién?

—Setenta y dos mil seiscientos euros a repartir entre tres. —Mira a los Pardos para saber si están calculando. Tienen el ceño fruncido. Y él sonríe—. Los otros dos tuvieron que sacar la calculadora del móvil para dividirlo en tres partes. Eso me demostró que eran malos.

—¿Quién se los ofreció?

—Un tipo. Primero un adelanto de doce mil cien, en billetes de cincuenta, y luego el resto. Pero les supuso un problema a los otros dos. ¿Saben por qué? Porque eran doscientos cuarenta y dos billetes

de cincuenta euros. Y entre tres no cabían a número entero. Yo les di la solución, les regalaba toda mi parte. No quería ni un euro. Aceptaron y entonces se quedaron ciento veintiún billetes de cincuenta euros cada uno. —Y vuelve a observar a los hermanos calculando con los ojos apretados.

Los Pardos ya se cansan de las matemáticas. Las odiaban en el colegio.

—¡Pare ya de números! —protesta uno.

—¡Quién les ofreció el dinero! —le grita el otro.

—Un tipo, por teléfono, nunca lo vimos. —Sandokán los mira por turnos, conforme le han preguntado.

—¿Y cómo les pagó?

—Nos dijo que fuéramos a las Casitas Rosas de El Cabañal —les especifica Sandokán, muy colaborador.

—¿Allí tampoco lo vieron? —insisten los Pardos.

—Nunca lo vimos. Nunca. Lo juro por Dios. —Parece muy sincero.

—¿Y cómo les dio el dinero ese tipo?

—No nos lo dio él. Nos lo dieron en ventanilla. —Tiene ganas de hablar.

—¿Cómo en ventanilla?

—¿Ustedes no han ido nunca a comprar droga a las Casitas Rosas? —les pregunta con duda.

Y se indignan los Pardos:

—¡Evidentemente que no!

—Pues para comprarla, los adictos no entran a ninguna casa. Los adictos hablan con unos señores que están sentados en sillas en una esquina o apoyados en un coche. Se acercan, les preguntan..., y ellos les señalan una ventana con rejas. Van allí, les dicen lo que quieren... y les venden la droga.

—¿Y ustedes qué dijeron para que les dieran ese anticipo? —le interroga uno.

—Lo que nos había indicado por teléfono, que queríamos el dinero del Patrol.

—¿Y ya está? ¿Se lo dieron? ¿Así de fácil? —duda el otro.

—Sí, así de fácil. En billetes de cincuenta, en una bolsa de plástico.

—¿Y la persona que se los dio? —le suelta un Pardo, intentando encontrar una pregunta que no haya previsto.

—Una maleducada. No la vimos apenas ni podría reconocerla.

—¿Y luego qué sucedió? —sigue el otro.

—El tipo nos volvió a llamar, siempre con número oculto, y nos dijo adónde teníamos que llevar el Patrol. Y que nos pagaría igual, en ventanilla en las Casitas Rosas.

—¿Y adónde tenían que llevar el Patrol?

—A una cuadra por Llíria, nos dieron las coordenadas de GPS y se lo llevaron una noche.

—¿Una cuadra? —fingen que se sorprenden. Porque conocen esa ubicación gracias al rastreo de los móviles.

—Sí, un picadero de caballos. Llegaron sobre las once, estaba abierto y lo aparcaron en medio.

—¿Y se volvieron andando?

—Sí, la verdad es que no fueron muy listos. Se tuvieron que volver andando hasta que cayeron en llamarme al depósito para que fuera a recogerlos.

—¿Y entonces cómo cobraron el resto del dinero?

—Igual que el adelanto, fueron a las Casitas Rosas y dijeron en ventanilla que querían lo del Patrol.

Los Pardos se están desesperando:

—¿Y no tiene ningún número de teléfono? —insiste de mal humor uno.

—Siempre llamaba con número desconocido.

—¿Y sabría llevarnos de nuevo al picadero donde dejaron el Patrol? —pregunta cabreado el otro.

—Yo no fui, yo los recogí en una gasolinera.

Los Pardos ya empiezan a levantar la voz, hartos de todo:

—¿Sabe usted algo sobre la muerte de su compañero en el barco de Port Saplatja?

Pero cuanto más nerviosos se ponen ellos, más tranquilo les responde Sandokán:

—Nada, lo que han dicho por la tele. Yo ayer estuve todo el día con mi madre en la residencia de Bétera. Lo pueden ver en las cámaras.

—¿Y el dinero del muerto, de ese tal Pepe del turno de noche? —le gritan.

—Ni idea, supongo que se lo gastó en el viaje a Cancún que hizo antes de irse al cielo.

Los Pardos se desesperan con ese hombre que va de bueno.

—¿Y qué hizo usted con la parte del dinero que le tocó?

—Yo no hice nada, ya se lo he dicho. Se la di a ellos. Mis veinticuatro mil doscientos euros.

—¡Deje de decir números! —le gritan al unísono los Pardos, provocando en el detenido un sentimiento de gozo.

—Yo no quise saber nada de... ese dinero —concluye con una sonrisa que aprieta con los labios.

Y por fin Alonso Gracia interviene:

—Ya está bien, Sandokán. O como quiera que le llamemos. Tenemos todo el rastreo de su teléfono móvil, que lo sitúa dentro del Nissan Patrol desde que lo robaron hasta que lo entregaron en el

picadero. No necesitamos ninguna confesión. Usted estuvo ahí y usted... —respira— nos está mintiendo.

Pero le habla todavía con más calma que el detenido. Y así consigue ponerlo por fin nervioso:

—¡Yo no miento! ¡Noveno mandamiento! ¡Yo me negué a hacerlo! ¡Todos sabíamos para lo que había sido usado ese coche! ¡Lo de las niñas! ¡Yo no quería tener nada que ver! ¡Les dije que se quedaran mi parte del dinero! —Respira, está sudando—. Pero entonces ellos no se conformaron, no se fiaban de mí, querían implicarme. Entonces fue cuando me cogieron el móvil y se lo llevaron con ellos. Entonces me lo dijeron, que la Guardia Civil también me acusaría a mí en caso de que los delatara. ¡Por eso mi teléfono estaba en el coche! ¡Pero yo no!

No está mal la excusa. Pero los Pardos vuelven a retomar el interrogatorio mientras su jefe vuelve a observarlos:

—Ah, eso es nuevo. ¡Le robaron el móvil! ¡Le obligaron a hacerlo! ¿Y también nos va a insistir en que ayer ni estuvo en Port Saplatja ni acabó peleándose en el barco?

—¡No, no y mil veces no! Les repito que yo ayer estuve todo el día en la residencia con mi madre en Bétera.

Entonces, vuelve a intervenir Alonso Gracia, como un pulso a mantener la calma:

—El asesinato del barco se produjo alrededor de las cuatro de la mañana, cuando las residencias de ancianos ya no sirven de coartada. Y tenemos a una testigo que asegura haberle visto subiendo al barco.

Por primera vez, Sandokán parece inseguro:

—Eso no puede ser, mi sargento. Me está mintiendo. —Le cae el sudor por las sienes de pelo cardado.

—Lo que puede ser es la muestra de ADN que le vamos a tomar para cotejarla con las del barco y determinar fehacientemente si usted estuvo o no en el escenario del crimen —le informa Alonso Gracia.

Sandokán resopla y gira la cara hacia un lado, como si hubiera recibido un puñetazo.

—Le va a salir que estuve.

Los Pardos sonríen. Él les explica:

—Escúchenme, yo estuve en ese barco. Estuve varias veces. Incluso me corté con un vaso. —Les enseña un dedo.

—Sandokán, ya está bien —le habla con muchísima calma Alonso Gracia—. No nos tome por tontos: usted sí que participó, sí que estuvo en ese coche, Ignacio Sales se quedó su dinero, a él lo han matado y hemos encontrado sangre suya y una testigo que lo vio entrar al barco. ¿Y aun así usted sigue empeñado en no reconocer el asesinato?

Sandokán queda callado unos segundos, calculando, casi se le puede oír el cerebro. Por fin encuentra un resultado satisfactorio:

—¿Me puedo ir ya? —Hace amago de levantarse.

Los tres agentes se miran, hasta divertidos con la broma. Pero Sandokán se ha recompuesto:

—Se lo digo porque ustedes no tienen nada contra mí.

—Tenemos un móvil, el posicionamiento de su teléfono, su ADN y una testigo. Si eso le parece no tener nada...

—Miren, la prueba de ADN les va a decir que yo estuve en ese barco, es cierto, pero no cuándo. El móvil del dinero no les va a servir porque yo nunca lo acepté. No tienen arma del crimen. Han visto que no tengo heridas en los brazos. Y, si hay una testigo, debería reconocerme de noche, a oscuras, y a una distancia de unos veinte metros. Perdonen que insista, pero ante un juez, ustedes no

tienen nada. Es cierto que mi teléfono estuvo en ese coche, pero yo no, me lo quitaron. Ya les dije en el depósito que se equivocan conmigo, que yo soy de los buenos.

Pero Alonso Gracia sonríe:

—¿Cómo sabe usted que no tenemos el arma del crimen?

Sandokán duda:

—No lo sé. Lo habrán dicho en los periódicos, supongo.

—Falso, toda la investigación está bajo secreto de sumario. Nada se ha filtrado del arma del crimen. Quizás no se había preparado tan bien este examen, Sandokán —le explica con calma el sargento.

Sandokán calla. Está dudando.

Alonso Gracia ha ganado el pulso y le explica:

—Se va a quedar usted detenido, vamos a agotar el plazo de prisión preventiva todo lo que podamos porque las cuatro personas que estamos en este despacho sabemos que usted miente. Este es el fin del interrogatorio.

Pero Sandokán parece que no lo escucha.

—Disculpe, mi sargento. ¿Serían tan amables de dejarme hacer una llamada privada?

—Por supuesto. —Alonso indica a través del cristal a un agente que entre y le explica luego. Está contento conforme han ido las cosas. Ha sido un tipo correoso, sin meterse en gritos, pero les ha estado dando coletazos y revolviéndose todo el rato. Además..., hay algo...

Cuando los hermanos Pardo cierran la puerta, Alonso Gracia está navegando por internet en su ordenador de sobremesa.

—Muy bien, jefe.

—Asunto arreglado, jefe.

—No se equivoquen, Pardos. Este hombre nos ha estado indicando que sabía más que nosotros desde el principio del

interrogatorio. Y no entendemos todavía sus motivos.

—¿Por qué dice eso, jefe?

—Eso, ¿por qué?

Alonso Gracia los mira:

—Por sus cifras.

—¿Las cifras?

—¡Qué pesado con las cifras!

Y les explica:

—Esas cifras que nos daba y que tanto les han enfadado. ¿Por qué lo hacía? —Espera un instante—: todos los chanchullos se cierran con cifras redondas, nadie paga setenta y dos mil y pico. No hay picos en los chanchullos. Los malos no quieren calentarse la cabeza con cálculos complicados. ¿Saben qué porcentaje de sesenta mil hay que añadirle para llegar a setenta y dos mil seiscientos? El veintiuno por ciento —les explica Alonso Gracia mientras ellos lo miran con los ceños fruncidos.

—No lo seguimos, jefe.

—Para nada, jefe.

—El veintiuno por ciento de sesenta mil euros son doce mil seiscientos, y su aplicación da como resultado setenta y dos mil seiscientos euros: exactamente la cantidad que nos estaba diciendo.

El despacho queda unos segundos en silencio. Hasta que uno de los Pardos parece haberlo resuelto:

—¿Quiere decir que los vigilantes cobraron el IVA por la venta del Patrol?

Alonso Gracia asiente y sonríe:

—Quiero decir que yo fui a la facultad con este hombre. Precisamente lo estaba buscando ahora en Facebook... ¡Miren! —Les muestra la pantalla de su ordenador—. ¡Es este! Aunque no llevaba el pelo tan largo, pero era el único gitano de la Facultad de

Matemáticas. ¡Claro que es él! Y lo he podido recordar porque todavía conserva aquella manía que tenía de cobrar el IVA por todos sus trapicheos.

—¿Qué trapicheos, jefe?

—Era un prodigio matemático, era superdotado, seguro, pero, en lugar de aprovecharlo para la investigación o el estudio, se dedicaba a resolver trabajos, a presentarse por otros a exámenes, a solucionar tesis doctorales... Y a todo lo que hacía, por eso lo conocían, le aplicaba el IVA —sonríe con el recuerdo su sargento.

—¿Y cómo ha acabado semejante cerebro vigilando un depósito judicial?

—Algo hace, estoy seguro, lo conozco —asegura mientras juega con el bolígrafo entre sus dedos—. Y lo bueno es que él a mí no me ha reconocido. Yo iba a cursos inferiores, yo era uno de los cientos de estudiantes, él era famoso en la facultad, un prodigio. ¿Y ha acabado vigilando un desguace? No me lo creo.

—Nosotros tampoco, jefe.

—Tiene que haber algo más. Estoy seguro de que este Sandokán encontró algún beneficio turbio en ese trabajo de vigilante. Seguro. Este sabe más de lo que nos ha contado.

—¿Y qué hacemos, jefe?

—Volved otra vez a Cheste, patead ese depósito, abrid todos los coches, repasad todo hasta encontrar la manera en la que Sandokán sacaba dinero de ese oficio. Por suerte, mientras tanto, lo tendremos aquí encerrado.

En ese momento vuelve el agente con Sandokán esposado, llama a la puerta del despacho.

—Adelante, Robles.

—Mi sargento. Nos indica el detenido que ya ha terminado su llamada y le ruega que lo deje en libertad.

—Espere, Robles.

Alonso Gracia sonríe, valga la redundancia, le hace gracia la actitud de Sandokán, que guarda silencio de pie tras el indeciso agente. Pero en ese momento le suena uno de los teléfonos móviles encima de su mesa y, al cogerlo, ve que Sandokán ha relajado su expresión, luego, conforme se alargan las explicaciones telefónicas, es el detenido quien sonríe.

—No lo vamos a dejar libre —se indigna Alonso Gracia cuando cuelga, da dos pasos y mira a los ojos a Sandokán.

—¿Qué ha pasado, jefe?

—Se acaba de entregar un hombre en el cuartel de la Malvarrosa confesando ser el autor del crimen del barco, que él mató a Ignacio Sales y que lo hizo para robarle, pues sabía que había conseguido una gran suma de dinero. Además, su descripción coincide con la que dio la testigo y ha revelado que el cuchillo con el que le rebanaron el cuello se encuentra a pocos metros del velero, bajo el agua —relata Alonso Gracia, a punto de meterle a alguien una hostia.

—¿Me puedo ir ya? —insiste satisfecho Sandokán.

—¡No!

—¿Por qué, jefe? —se intentan aclarar los Pardos.

—¡Porque el hombre que se ha declarado culpable es un cabeza de turco de este! —grita Alonso.

Sandokán sigue relajado, sin querer sentarse, esposado todavía:

—No diga eso, mi sargento.

—No lo diga. —Los Pardos intentan que se calme.

Alonso Gracia respira como si hubiera venido corriendo:

—El yonqui que se ha entregado se ha pasado media vida en la cárcel, seguramente sea su último tercer grado porque es

seropositivo y los médicos ya lo han desahuciado. ¡Joder! ¡Es solo un puto cabeza de turco!

Los Pardos no han visto así a su jefe en la vida. Bueno, en trece años, desde la noche en que les llamaron para decirles que Verdugo no se iba a recuperar nunca de ese tiro en la espalda y Alonso se lio a patadas con el Patrol.

—¿Puedo irme ya, mi sargento? —Sandokán insiste.

—¡No! —grita Alonso Gracia dando un puñetazo en la mesa que hace que caiga el marco con la foto de su mujer—. ¡Tú participaste en el robo del puto Patrol, y hasta que no aparezca...!

Llaman por teléfono a uno de los Pardos. Silencio. Asiente. Da las gracias. Se despide.

—Jefe...

—¡Qué!

—Que han encontrado el Nissan Patrol en el pantano.

—¡Joder!

Sandokán conseguirá salir libre en apenas una hora, tranquilo entre la muchedumbre de periodistas que lo estarán esperando, andando despacio entre las cámaras, tranquilo entre los micros, sin prisas, como por encima del agua. Con el tiempo justo para que todos los periódicos den la vuelta a sus primeras planas del día. «Liberado el principal sospechoso del crimen del Patrol». «Se entrega el asesino del velero». «Un toxicómano se declara culpable del crimen del vigilante del barco». «Localizado el Nissan Patrol de Oriol en las aguas del pantano». «Buzos de la Guardia Civil buscan el cuerpo de Aitana Domingo peinando al tacto las aguas del pantano».

Alonso Gracia, esa noche, también quitará con sus dedos los restos de su mujer en el sumidero.

ESCENA 20

«Bien muerto estoy, pues ni siquiera hay llanto
después de este dolor, y no soy dueño
suyo. No tiene mar mi pobre río»

Cuando Sandra Saura volvió a su casa con la mano izquierda oliéndole a semen, tuvo que mentir a su hija, decirle que se encontraba mal, que le dolía la cabeza, que se quería dar una ducha y que se iba a acostar ya, que si podía irse a dormir a casa de la abuela hoy. Que la estaba esperando mal aparcado su coche de Conselleria, como otras veces, que se diera prisa.

Mientras, ella se lavaba las manos con el producto de limpieza para el cuarto de baño, frotándose con el cepillo de dientes las uñas rojas, salpicándose el vestido negro de Carolina Herrera, pequeñas manchitas decoloradas, salpicaduras de lejía que quedarán para siempre, como estas cosas que ves que las estás haciendo y conforme las haces te arrepientes.

Tras quedarse sola y darse una segunda ducha hirviendo, en una hora, se metió otro lingotazo de vodka a palo seco, decidió por fin cogerle el teléfono a su novia y explicarle lo que le acababa de pasar.

Tras la charla por teléfono, tras el taxi corriendo, tras el timbre repetido, tras el abrazo y los besos, ambas estaban locas de rabia, furiosas, como panteras encerradas en una cuadra. Una más que la otra.

—¡Pues lo atropellamos, joder! ¡Te lo he dicho veinte veces! ¡Yo lo hago!

—Que no se trata de eso.

—¡Que se trata de que ese tío te ha violado!

—¡Que ya lo sé, que eso lo vi! Pero lo que te estoy diciendo es que no ganamos nada atropellándolo.

—¡Qué quieres ganar de una puta violación!

—¡Algo! Siempre se tiene que ganar algo. Eso es lo que me ha convertido en lo que soy. Eso es lo que me ha subido hasta aquí.

—¡Pues lo denunciamos, joder! ¡Ese cabrón tiene todas las de perder! ¡Lo meteremos en la puta cárcel para que le estén dando por culo hasta que se muera!

—Te insisto. Con eso no ganamos nada.

—¡Qué quieres ganar, joder!

—Quiero que esa puta paja me haga consellera.

—¡Tú estás loca, joder!

—¡Escúchame! Ese tío obedece a alguien, ese tío hizo lo que hizo porque sabía que quedaría impune, tanto de la paliza que le dio al padre de la niña como de lo mío: ese tío tiene a alguien muy importante que lo protege.

—¿El conseller?

—No, ese es un retrasado. Ese, cuando me llamó para saber el resultado del informe del psiquiatra, estaba acojonado. Hay alguien muy por encima de él que protege a ese maníaco de enfermero. Y mi paja, mi puta paja me lo ha confirmado, porque yo soy alguien, él sabía quién era yo, él sabía hasta dónde llega mi poder, y se hizo una paja con mi mano sabiendo que yo no era nada en comparación con quien lo protege. Para eso me debe servir esa paja. Venga, acábate tu vodka y vámonos a dormir.

—¿Tu hija no vuelve?

—No, se queda toda la noche con su abuela.

Ahora han calmado las horas, son las seis de la mañana, ambas permanecen despiertas en la cama mirando sus móviles:

—¿Qué has pensado?

—¿Que qué he pensado? —Sandra le enseña su teléfono a Cristina —. Mira lo que ha enviado Alejandro Díaz hace un momento. Ha cambiado radicalmente el informe de Verdugo, ahora dice justamente lo contrario, que es totalmente válido para volver a su puesto de trabajo.

—¡No jodas! ¿En serio?

—Ya tenemos un hilo del que tirar. El acojonado de Alejandro Díaz. Le voy a decir que venga, que venga aquí. —Se lleva el móvil a la oreja—. ¡Joder, aún me huele la mano a semen! Escríbele tú. Dile que venga en una hora.

—¿Solo eso? —Cristina escribe con pasmosa velocidad—. ¿No le digo que queremos que nos explique por qué ha cambiado el informe en unas horas?

—No, siempre es mejor la duda. Que se asuste poniéndose en lo peor. Que venga acojonado y confiese quién se lo mandó. Y luego, cuando esté llorando, le diré que no, que me niego a cambiar de opinión, que vamos a dejar el primer informe, el que decía que Verdugo estaba catatónico. Así me intentará justificar por qué quiere que se publique el segundo. Lo voy a volver loco hasta que me lo diga todo.

—Pero no tiene sentido.

—¿El qué no tiene sentido?

—Si mantienen a ese enfermero maníaco para evitar que Verdugo salga a la calle, ¿por qué iban a querer ahora un informe que dice lo contrario? No tiene sentido —insiste Cristina.

Sandra la besa, la quiere, la necesita, la desea, la abraza y piensa:

—Porque no lo tiene, porque esto es como lavarte las manos con lejía y un vestido negro, creo que todos nos vamos a acabar arrepintiendo.

ESCENA 21

«Saliste a la terraza
pensando que la brisa de la noche
podría devolverte al que eres siempre»

Alejandro Díaz, joven psiquiatra de carácter tímido y manos pequeñas, tiene una cita a las siete y media de la mañana con su jefa, Sandra Saura, directora de Sanitat; pero no en el despacho de la Conselleria, sino en la casa de ella. Y sabe que Sandra Saura vive en un barrio de casitas cerca del centro de Valencia, heredada de familia, porque presume de reforma de diseño en cuanto puede, de que quizás sea una de las viviendas más valiosas de Valencia. En otras circunstancias, sería un privilegio poder visitarla, teniendo en cuenta que él se crio en un quinto sin ascensor alquilado en las afueras de Cartagena.

Ni siquiera le ha escrito ella para informarle de la cita, ha sido su amiga, otra de las jefas de Sanitat con la que se acuesta, o eso al menos se comenta en Conselleria porque andan siempre juntas y cada dos por tres tienen viajes de trabajo en el extranjero, el último a Croacia, una semana; ¿qué coño fueron a hacer esas dos si no follar a costa de los impuestos de todos? Aunque lo piensa, se oye y se suena a sí mismo algo machista. Es que a Alejandro no le gusta ofender a nadie.

Es su amiga quien le abre la puerta, huele a jazmín y esencias de la India por toda la casa, parece que hubieran estado haciendo yoga.

—Hola, Alejandro. Gracias por venir. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café? Siéntate, por favor.

—No, gracias. Prefiero quedarme de pie. —Decide demostrarles así su disconformidad con esa excepcional exigencia laboral a la que le están sometiendo, pero no de un modo tan evidente como para que sea razonable deducir que hay una causa concreta de su inquietud extrema.

Porque la hay, porque a las tres de la madrugada de esa noche que acaba de pasar, Alejandro Díaz estaba durmiendo en el sofá de su minúsculo estudio en Benimaclet —un pueblo anexionado a Valencia que ha logrado conservar partes de sus viejas calles peatonales, de casas blancas con iglesia y tres alturas, todavía con azulejos y vigas de madera, donde proliferan estudiantes, ancianas y bohemios—, cuando despertó en su peor pesadilla.

Alejandro Díaz solía dormir en verano con las ventanas abiertas, también la puerta de madera que daba a la pequeña terraza, intentando que entrara el fresco, padeciendo al ver que sus cortinas apenas se movían por el bochorno de aquella última ola de calor. De ese modo, su gato solía vagar la madrugada entera entre la mesa de teca de la terraza y el lavabo, buscando siempre el lugar más fresco.

Pero cuando Alejandro Díaz despertó en su peor pesadilla, le acababan de introducir una bolsa de basura en la boca y se la ataban fuerte con film transparente que le habrían cogido del mismo cajón, dándole vueltas a la cabeza. A continuación, con el mismo rollo de film, le ataron las manos y los pies mientras lo empujaban y chafaban bocabajo en el sofá. Al darse la vuelta, al incorporarse con una rodilla oprimiéndole el pecho, ese tipo le enfundó una bolsa de plástico en la cabeza, seguramente, de las que tenía colgadas detrás de la puerta. «¡Me va a matar con todo lo que tiro al contenedor amarillo!», pensó en medio del miedo.

Pero la sensación de ahogo fue horrible, buscar el aire y absorber el plástico, morir, le abría un poco la bolsa, jadeaba, se la volvía a apretar, asfixia, el tiempo ahogado en los pulmones, la fuerza con la que intentaba expulsar ese plástico baboso de la boca, dar cabezazos, encontrar aire, le abría la bolsa, volvía a respirar, se la cerraba de nuevo, cada vez menos tiempo, más asfixia, el ahogo hasta en los ojos que le estallaban porque los pulmones se comprimían contra el plástico y la adrenalina le impedía desmayarse. ¡Iba a sentir la agonía de su propia muerte! Pensó en su gato, en que estuviera escondido y no lo vieran, en que no le hicieran lo mismo.

—*Em sents? Fill de puta, em sents?*[1]

Era una voz de hombre, tenía voz de herido, de labio roto. Alejandro asintió mientras recuperaba parte del aire dentro de la bolsa que todavía llevaba enfundada en la cabeza sudada.

—En el informe ese que te han pedido, vas a poner que Verdugo se encuentra perfectamente y que deben quitarle la medicación y al hijo de puta del enfermero. ¿Me entiendes?

Alejandro asintió. Dentro de la bolsa estaba llorando. La voz de hombre siguió:

—He visto que tienes un gato. El informe ese lo vas a mandar en cuanto yo me vaya. Lo que te cueste hacerlo. ¡Escúchame! Si no lo mandas, volveré y meteré al gato en una bolsa, la ataré y te la pondré delante mientras se ahoga. *M'has entés?* —Lo sacude para que le conteste—. ¡Que si me has entendido! ¡De mí no se va a reír ni su puta madre!

Alejandro asintió, se acababa de orinar. Así acabó su peor pesadilla.

Y ahora está en casa de su jefa, negándose a sentarse.

—¿Estás bien, Alejandro?

—Sí, directora.

—No me llames directora.

—Sí, Sandra.

—¿Por qué has cambiado el informe? Primero enviaste uno diciendo que el estado de Verdugo era catatónico y esta madrugada envías otro indicando todo lo contrario, que deberíamos permitir prácticamente su reingreso en el cuerpo.

Alejandro se sube las gafas con el dedo y no se atreve a mirarla a la cara.

—Me equivoqué, en el primer informe hice más caso a lo que me dijo el enfermero que a los datos.

—¿Qué datos?

—Los datos.

—¿Qué datos, Alejandro?

—Pues los análisis de sangre..., los informes anteriores..., los chequeos médicos que le han hecho... Todos esos datos indican que no hay patología alguna que impida que Verdugo pueda volver a ser guardia civil.

—¿Y esos datos no los viste cuando enviaste el primer informe?

Interviene la amante de Sandra Saura.

—Me equivoqué, no hice bien mi trabajo, luego comprendí que debía investigar más, por eso rectifiqué. —No se dan cuenta porque las sujeta, pero le tiemblan las manitas.

—Una cosa es rectificar, Alejandro, y otra muy distinta redactar dos informes diametralmente opuestos, absolutamente contradictorios. ¿Entiendes? ¿Con cuál me debo quedar?

Alejandro agacha la cabeza hasta que casi le toca el cuello de la camisa con la barbilla.

—Con el segundo. Sin duda. El primero, en realidad, fue solo una opinión.

—¿Y te despido entonces? Porque lo que has hecho es la definición perfecta de incompetente.

Alejandro se queda parado un instante. Piensa en su gato, en lo que sufriría el pobre animal si se perdiera por las calles, él solo, llamando a su amo, asustado, bajo los coches, que alguien lo atropellase, sus ojos...

—Lo que usted considere.

—Considero... ¿Te digo lo que de verdad considero? ¿Te lo digo? Considero que me estás ocultando algo, es más, considero que alguien te ha convencido para que cambies tu informe. Yo misma fui a ver a Verdugo... —La voz de Sandra se rompe al pronunciar esa última frase..., pero traga saliva y continúa hablando—: Y ese hombre no está vivo. Y yo, como comprenderás, no voy a admitir tu segundo informe. ¿Me estás entendiendo? De manera que haremos público el primero y Verdugo seguirá vigilado como hasta ahora. ¿Está claro?

Alejandro siente que le tiemblan las piernas, piensa en su gato, en la asfixia dentro de la bolsa, en la crueldad humana.

—Lo que usted diga, Sandra.

Andando por la calle, le queda en la garganta ese olor a esencias de la India, esa amargura en el pecho de no haberse defendido, de no haber encontrado la respuesta adecuada, de no haber luchado con sus manos pequeñas, de haber perdido.

Sentado en su sofá barato, frente a la televisión, mirando las noticias con la vista perdida, no puede más que imaginar lo que le va a pasar, piensa en huir a Cartagena, coger un tren y viajar todo el día con el trasportín hasta casa de sus padres, aquel quinto sin ascensor del que no debió salir, cualquier cosa antes que ver a su gato metido en una bolsa, antes él. Está desesperado. Alejandro llama por teléfono con sus manitas pequeñas.

ESCENA 22

«Eres mezquino en el oficio, todo
lo empobreces, reduces las carrozas
a tartanas; aúñas cigarrillos,
dentaduras, y en plazas o tabernas
mudas reputación por risotada.
Eres chulo (y ladrón); mas no prestigias
oficio tan antiguo y respetable»

A la comandancia provincial de la Guardia Civil de Valencia ha llegado un paquete por correo ordinario, de esos que tienen que pasar por el arco de seguridad y el escáner. Todo correcto. No parecía haber nada sospechoso dentro. Sin embargo, ha cambiado de un plumazo todo el sentido de la investigación sobre Aitana. Ahora que el robo del Patrol está más o menos cerrado, hay que pensar en quién pagó a los vigilantes para robarlo y en quién se llevó a Aitana en ese coche.

Y este paquete señala a un único sospechoso.

El paquete, de papel de estraza y del tamaño de un sobre, ha llamado enseguida la atención de todos porque en la etiqueta indicaba: «A la atención de Raúl Bru».

Alonso Gracia lo ha llamado después de hablar largo y tendido con el juez instructor del caso; pero no se lo ha cogido, lo ha vuelto a llamar, ha sido borde al contestar, está de camino en un coche patrulla, aunque ha sido reacio y les ha hecho esperar y ha protestado y ha vuelto a pedir explicaciones y ha llamado a su

abogado todo lo que ha querido y un poco más. Como siempre, con esa actitud de millonario andando entre pobres.

Mientras tanto, lo han vuelto a escanear, seguro que no es explosivo, aunque sí «una bomba», se lo han entregado a Alonso Gracia, lo ha abierto y ha informado a los mandos, luego, las ha fotografiado y ha llamado por teléfono a los padres. Tras la conversación, Alonso Gracia está convencido de que Raúl Bru está más cerca que nunca de un calabozo.

Y se acuerda, él era un novato entonces, mientras espera y aguanta la conversación de los Pardos, los tres lo eran. Alonso Gracia se acuerda de Raúl Bru en 2009, saliendo todas las noches en televisión, filtrando imágenes del sumario, disfrazándose de juez, entrevistando a falsos guardias civiles, a los que les ocultaban la cara y la voz para que dijeran que ellos habían visto a las niñas en coches patrulla, insinuando que fueron agentes corruptos quienes se las llevaron a Arturo Dalmau, que por eso se cometieron tantos fallos en las autopsias, porque detrás de todos estaba el delegado del Gobierno, el mayor pervertido de este país, Arturo Dalmau... Que incluso Verdugo no recibió el disparo porque intentara detener a Oriol, sino porque él mismo había participado en todos los secuestros y a última hora se había arrepentido... Que Verdugo tenía un secreto que él conocía, que por eso Verdugo fue el primero en encontrarlas, porque Dalmau lo tenía a sueldo, porque también conocía su secreto, que lo iba a contar, mañana revelaremos el secreto de Verdugo, pero nunca se atrevió a hacerlo... Toda la mierda que Bru estuvo soltando contra la Guardia Civil, contra Dalmau, contra ellos: esos tres novatos de los que siempre se estaba riendo... Todo el dinero que ganó a costa del dolor de aquellas familias a las que entrevistó en su plató de televisión mostrándoles fotos de sus hijas..., simplemente para seguir saliendo en su

programa todas las noches y hacerse más rico en Andorra. Claro que se acuerda... y todo está volviendo.

—¿Usted sabía lo que había en ese paquete, jefe? —le pregunta orgulloso un Pardo.

—Claro que lo sabía —le contesta su hermano.

—Yo ayudé a redactar a Verdugo muchos de esos informes de 2009 —les explica Alonso Gracia—. Sobre todo, cuando no aparecía Elena, todos esos días que pasaron hasta que Dalmau apareció muerto. Verdugo nunca me ocultó nada de la investigación. Confiaba plenamente en mí. Por eso ahora he sabido lo que había dentro sin necesidad de abrirlo.

—A que son otras bragas, jefe —apuesta un Pardo.

—Claro que son —le responde el otro.

—Afirmativo. Pero tenéis que esperar a que traigan a Raúl Bru. —Les indica muy serio con un índice en la nariz—. No digáis nada delante de él.

—¿A que eso ya pasó antes, jefe? —afirma un Pardo.

—En 2009, jefe. Con la última niña, ¿a que enviaron las bragas? —pregunta el otro.

Alonso Gracia asiente:

—Pero nunca se filtró a la prensa este dato.

—Lo sabemos, jefe. Nos lo dijo Verdugo —le revelan orgullosos.

—Y también iban dirigidas a Bru. Como ahora —le explican.

—Pero Bru no dijo nada nunca —le detallan para que comprenda lo importante que fue para ellos también que Verdugo solo confiase en esos tres novatos.

—Y eso que se ganó la vida hablando de esas niñas —se están impacientando.

Alonso Gracia se prepara mientras los oye:

—Pero ahora es diferente, ahora Bru ha pasado a ser el principal sospechoso. —Alonso Gracia sorprende incluso a sus hombres.

—¿Por qué, jefe?

—Primero, porque ya lo fue en el 2009.

—¡Eso lo dijo Verdugo, jefe! Verdugo dijo que Bru hablaba de datos en su programa que solo podía saber si había estado presente.

—¡Es verdad, jefe! Por eso Bru fue a por Verdugo luego. Por eso Bru dijo que Verdugo, que no podía defenderse, era quien le había pasado esos datos. Bru echó mierda a espuertas encima de Verdugo porque se atrevió a acusarlo.

—Y, en segundo lugar —continúa Alonso Gracia—, porque tenemos claro que hay un imitador que encargó el robo del Patrol para secuestrar a Aitana exactamente igual que secuestraron a Elena.

—El que les pagó los setenta y pico mil euros.

—Y supo dónde se custodiaba el Patrol.

—Sí, exacto —les aprueba su sargento—. Pero lo importante que nos revela este sobre es una tercera pista.

—¿Qué pista, jefe?

—Todos los datos anteriores son públicos, el imitador los ha podido saber como todo el mundo que haya leído un periódico o visto los programas de Raúl Bru. El modelo de coche, el lugar concreto, el camping, la fecha exacta... Todos esos datos ha podido sacarlos de la prensa.

—O del sumario, jefe.

—No, hombre, el sumario permanece todavía bajo secreto —le corrige su hermano.

Los Pardos suelen enfadarse entre ellos bastante. Por eso Alonso continúa:

—Sin embargo, el dato de las bragas, no. Eso solo lo sabíamos los agentes encargados y Bru, nadie más, la familia y ya está. Nadie más sabía lo de las bragas. Se mantuvo en secreto incluso aquí. Se guardaron como un dato trampa. Siempre. Desde el principio. Se decidió que se ocultarían para que, quien las conociera, quien hablara de ellas, se delatara. De hecho, uno de los motivos para mantener el secreto de sumario ha sido siempre este, el secreto de las bragas.

—Nos hemos perdido, jefe.

—No tenemos claro adónde quiere llegar.

Alonso Gracia resume:

—Quien ha enviado las bragas sabía que eso se hizo en el 2009.

Los Pardos asienten. Alonso continúa:

—Guardia Civil, familia y Raúl Bru lo sabían. Nosotros no hemos sido, tampoco la familia...

Los Pardos están llegando a la conclusión que Alonso les confirma.

—Por descarte, la única respuesta que nos queda es que Raúl Bru se ha enviado a sí mismo estas bragas.

Los Pardos se quedan a cuadros.

—¿Para qué, jefe?

—Eso, ¿por qué?

—Pues eso es lo que vamos a preguntarle —les aclara su sargento.

—Pero, jefe, ¿eso significa también que Bru tiene secuestrada a la niña?

Alonso Gracia niega con la cabeza:

—No tiene por qué. Pero esa es una sospecha que todavía no puedo encajar. Lo importante es que ahora Bru es el principal sospechoso. La hipótesis que manejamos tras los últimos acontecimientos señala que Raúl Bru ha construido este secuestro,

él conocía todo, él lo ha hecho todo: encargó el robo del coche, lo ha usado en el secuestro de Aitana, lo ha arrojado al pantano, se ha enviado las bragas...

—¿Y por qué, jefe?

—Eso, ¿para qué?

—Pues para volver a ganar millones, ¿os parece poco? Para recuperar su programa de televisión, sus datos de audiencia, su dinero... Porque, sin estas niñas, Bru no tiene dónde caerse muerto.

Los Pardos se miran entre ellos y comprenden. Mientras, Alonso Gracia les sigue explicando:

—Pensadlo: Oriol, si Oriol siguiera vivo, no habría llamado la atención, no habría ido a por su coche. A Oriol, el Patrol le daba lo mismo. Al contrario, él lo que quería era matar, no llamar la atención. El siguiente implicado, Arturo Dalmau, no ha podido ser por motivos evidentes.

—Está muerto, jefe.

—Eso son motivos evidentes —le vuelve a corregir su hermano.

—Por lo tanto, la persona que se ha llevado a Aitana es alguien que quiere llamar la atención por encima del daño que pueda hacerle a la niña. Si fuese al contrario, si prevaleciese el daño, habría sido discreto, no habría usado el mismo coche ni mucho menos habría hecho esto de las bragas. Coche y bragas son señuelos. En consecuencia, la persona que está detrás es alguien que sabe y que quiere llamar la atención: revuelo, portadas, periodistas en la puerta, programas... ¿Me seguís? Pues esa persona es Raúl Bru. Estoy seguro. Este hombre no tiene escrúpulos, incluso es muy probable que tenga a la niña escondida en cualquier casa, pero con este detalle de las bragas se ha pasado de frenada. Y además tengo el informe de la UCO. Económicamente se encuentra arruinado, tan desesperado que...

—¡Ya está aquí, jefe!

—¡Id a por él! Que no se sienta cómodo.

El Raúl Bru actual conserva la misma ropa de hace trece años, los mismos modelos estrambóticos, pero no el pelo, se peina de lado para disimular la calvicie y sigue con esas camisas tropicales que siempre le caracterizaron, sus pantalones de colores, sus pulseras de verano, sus gafas de sol dentro del despacho.

—Buenos días, señor Bru, gracias por venir tan rápido. —No le quedan más cojones que estrecharle la mano.

—Buenos días, Alonso. No me han dejado mucha opción. Pero bueno, no es molestia si puedo ayudarlos en algo.

—Muy bien. Huelga informarle de que tiene totalmente prohibido difundir información tanto de esta conversación como del contenido de este paquete.

—Me doy por informado. Pero ¿me podría confirmar en calidad de qué estoy aquí?

—Todavía en calidad de testigo.

—¿Todavía...?

La primera hostia en la cara. Alonso aparta como si ordenara su mesa los papeles de la UCO para que Bru los vea de reojo y comprenda de dónde ha salido la información económica que le va a dar. A continuación, se lo muestra:

—Ha recibido usted otro paquete, señor Bru.

Alonso lo abre como abriría una carta de amor dirigida a otro, las extrae con un bolígrafo y le deja ver que, efectivamente, son unas bragas delante de su cara.

Pero Raúl Bru no dice nada. Espera unos segundos. Alonso cierra el paquete y comienza a hablar:

—Usted está arruinado. Hace unas semanas, intentó declararse en concurso de acreedores tras perder un largo pleito con Hacienda,

pero no lo consiguió. Ha tenido que vender su casa de Andorra y su chalé de Ibiza. Solamente le resta una última propiedad, el piso situado en Ruzafa, su domicilio actual. Pero, desgraciadamente, con toda probabilidad, le sea embargado para saldar su deuda de casi dos millones de euros con el erario público. ¿Es correcta esta información?

—En su mayor parte, sí. Pero siga, siga.

—Cuando, en 2009, usted comenzó a... investigar... las muertes de aquellas niñas, apenas tenía patrimonio, colaboraba en la radio y vivía de alquiler. Dos años después, cuando el país entero estaba sumido en su mayor crisis económica, usted declaró un incremento de ingresos y activos valorado en más de tres millones de euros. Cantidad a la que fue añadiendo beneficios durante los cinco años siguientes en los que su programa nocturno se mantuvo en antena, hasta que en 2014 lo despidieron. En ese momento se le calculó un patrimonio cercano a los nueve millones de euros. ¿Cierto?

—No. No me despidieron. Decidí tomarme unas vacaciones tras todos esos años trabajando sin descanso todas las noches. Y por tanto esfuerzo, sí, es cierto que gané dinero. Pero dudo mucho que ustedes tres puedan detenerme a mí por algo que compete a la UCO y que ya está sentenciado y resuelto.

—Le recuerdo, señor Bru, que usted no está detenido. Pero sí es cierto que estos datos le sitúan como un beneficiario económico de la muerte de aquellas niñas.

Si por algo se caracterizó siempre Bru en los debates televisivos fue por no amedrentarse, por estar seguro, por ser un chulo, por tener siempre la réplica perfecta:

—Y el dueño de la empresa que suministraba papel a los periódicos de entonces también, y el dueño de la empresa que fabricaba los carretes con los que les hicimos las fotos, y los dueños

de las bocaterías donde hacíamos guardia los periodistas delante del Instituto Médico Forense... Todos fuimos beneficiarios económicos, si lo quiere ver así.

—Yo no lo quiero ver de ninguna manera, pero la persona que más dinero obtuvo con aquellas niñas desaparecidas fue usted.

—De verdad, Alonso —se quita las gafas de sol con un gesto demasiado típico—, ya estoy cansado de lo mismo después de tantos años. Dígame que algo han aprendido. ¿Qué es lo que quiere usted de mí o qué tiene en mi contra? ¿En qué puedo ayudarlos? —dice con ese tono de superioridad, de maestro cansado hacia alumno suspendido.

Pero es que Alonso Gracia odia a Raúl Bru con toda su alma verde de guardia civil.

—Tengo unas bragas a su nombre y una situación económica tan desesperada que lo convierte en principal sospechoso de ser el imitador de Oriol. Pero lo que más nos está llamando la atención a todos no es que estuvieran dirigidas a usted, eso ya sucedió antes, sino la poca, poquísima gente que conocía ese dato.

—Quizás porque yo siempre lo mantuve en secreto, como se me pidió. —Se reclina, cruza las piernas.

—Quizás, sí. Pero quizás también usted no sepa que, fuera de un círculo muy cerrado de investigadores, fuera de la familia y el juez instructor, usted es la única persona que supo entonces que el asesino envió a esta comandancia las bragas de Elena. Ese dato, permítame que le diga, señor Bru, elimina de la ecuación de sospechosos al resto del mundo, lo deja a usted solo en la equis. Sinceramente, creo que ha montado usted una película y se ha pasado secuestrando a la actriz.

Alonso Gracia recuerda el modo cínico, extremadamente cínico, con el que Raúl Bru llevó el juicio mediático de las niñas en el 2009.

Recuerda cómo él, un periodista, acabó condenando a Arturo Dalmau y decidiendo que la Guardia Civil había ocultado pruebas para proteger al delegado del Gobierno. Ese fue su mantra, eso fue lo que acabó creyéndose la gente que veía la tele todas las noches. Esa fue la historia que quedó para el recuerdo sobre las niñas del 2009. Y eso lo decidió él, de duelo con sus gafas de sol y su camisa hawaiana.

—¿Y qué beneficio iba a obtener yo de secuestrar a esta nueva niña, volver a salir en la televisión? —Lo dice con una sonrisa sardónica.

Pero Alonso Gracia tiene muy bien preparada esa entrevista:

—Por ejemplo, obtendría nuevos contratos, incluso en América Latina. Colaboraciones, participar en debates... Ingresos, Bru, ingresos que necesita desesperadamente y que ya ha empezado a obtener.

—¿Y qué se supone que he hecho con la niña? Vamos, Alonso. Usted puede hacerlo mejor. ¿He robado un Patrol del depósito, he secuestrado a una niña en el mismo camping, la he matado y me he enviado a mí mismo sus bragas para ganar... cuánto... cuarenta mil o cincuenta mil euros? En serio, Alonso, es usted matemático, ¿de verdad le salen así las cuentas?

Bru todavía no ha entendido que ya no son aquellos tres novatos, que esta vez quieren joderle, darle de su propia medicina, y el primero, aunque no muestre ninguna expresión de odio en su cara de viudo, es ese agente con una excusa para retenerle.

—Le insisto en que, o me da una solución alternativa a la ecuación, o este paquete nos está informando de que usted es culpable. Probablemente tenga a la niña escondida y la haga aparecer como por arte de magia. Puede que ese sea su plan. Eso todavía son conjeturas a falta de una confesión suya. Pero lo cierto,

lo irrebatible es que solo usted tiene la necesidad, solo usted tiene la información y no tiene usted nadie que lo defienda.

—Verdugo.

Alonso se sorprende como un profesor interrumpido en una reprimenda:

—¿Dice que Verdugo lo defendería a usted?

Le está tocando donde más le duele. Alonso ahora va ganando. Bru se está poniendo nervioso:

Alonso se atreve a sonreír. Conoce a Bru, ahora se inventará cualquier mentira para dejarle por tonto.

—Verdugo sabía quién estaba detrás de todo en el 2009 —intenta enrocarse Bru.

—Eso es como decir que le preguntemos a un muerto.

—A lo mejor no está tan muerto como creen.

—¿Qué quiere decir? —interviene un Pardo. Lo que le permite a Bru indignarse por el simple hecho de que le pregunte un subordinado. Y se crece gritándoles:

—¡Quiero decir que no tienen ni puta idea de lo grande que es esto! ¡Ni puta idea! ¡Y que me voy! ¡A no ser que el juez encuentre indicios de que yo he tocado esas bragas, me voy o llamo a mi abogado para que les meta una demanda por el culo! ¡Ustedes deciden!

Y Bru por fin ha estallado, como una bomba de colores hawaianos. Aunque es cierto que Alonso no puede retenerlo solo por suposiciones, le tiene preparada una trampa.

Alonso Gracia y el juez están convencidos de que es muy probable que sea él el autor de toda esa imitación. Y encima de su mesa permanece abierto el paquete con las bragas de Aitana, confirmadas, porque la madre las ha identificado por una foto, las enviaron desde la misma oficina de correos, la de la plaza del

Ayuntamiento, ayer, el remitente volvió a ser uno de los mendigos que pululan por sus escaleras, como en 2009. Demasiados datos concretos. Ha tenido que ser Bru por dinero. Le va a meter un anzuelo en la boca y lo va a dejar que se vaya nadando.

—Le vamos a retirar el pasaporte, Bru. —Alonso Gracia indica a sus hombres que lo acompañen y sonríe; siente que ese personaje les estuvo engañando durante años, que se cree intocable, pero que esta vez se ha pasado de listo y le va a dar donde más le duele.

—¿Se está riendo de mí? ¿Por unas bragas? Yo tengo firmado un contrato con Televisa, me voy esta misma mañana a México. ¡No pueden retirarme el pasaporte! ¡Me marchaba a coger el vuelo! ¡No pueden joderme así! ¡Me oye! ¡No pueden! ¡Ya he cobrado ese dinero! ¿Tiene usted idea de la indemnización que me van a tener que pagar cuando les meta la denuncia por el culo? ¡Usted se está vengando! ¡Óigame lo que le digo! ¡Ándese con cuidado, Alonso...! —Pero el viejo periodista se da cuenta de que está a punto de amenazar a alguien que ya no es un novato, y calla, lleno de rabia, pero calla. Antes de irse incluso les pondrá una denuncia a todos, a toda la comandancia.

—Haga lo que crea pertinente, Bru —le responde satisfecho el sargento Alonso Gracia.

Tan solo hay unos decimales que no cuadran en las cuentas de cabeza de Alonso: son las bragas del día anterior, la madre está convencida de que Aitana no llevaba puestas esas bragas el día que la secuestraron.

ESCENA 23

«[...] Y esto somos: torpes
ensayos, en las sombras, de una argucia.
Un maltrecho final: vanas repeticiones del olvido»

Son más de las dos del mediodía. Hambre y olor a comida por todas partes. El centro de Valencia es el lugar con más bares, terrazas, cafeterías y restaurantes del mundo civilizado. Un paraíso para las bocas que se olvidan del trabajo y se han ido un momento, se sientan, beben, otra cerveza fría, va, venga, ponme a mí otra, ¿tú quieres una? Quizás seamos todos un poco alcohólicos. Por un día. Con este calor. Pídete una sin alcohol. Para eso me pido un agua. ¡Ponme a mí otra! ¡Que sean dos!

Lola no bebe alcohol.

Lola sigue en su moto al taxi que lleva dentro a Raúl Bru.

El viejo presentador no se ha detenido a hablar con el resto de la prensa al salir de su interrogatorio, iba de mala hostia, casi los ha apartado a empujones, había un taxi esperándole y prácticamente ha saltado dentro.

Lola ha olido la noticia. Mientras el resto de los periodistas han provocado el enjambre a la salida y luego han vuelto a las sillas para informar por teléfono, ella ni siquiera ha bajado de la moto y ha decidido seguirlo. Por Twitter se ha enterado de que a Bru le habían quitado el pasaporte por sospechoso y que por eso estaba loco de rabia, que no iba a hacer declaraciones porque le habían jodido varios programas en Latinoamérica.

Lola piensa que tendrá suerte, siempre lo pensaba, que irán por el centro hasta su casa de Ruzafa, que quizás ahí pueda preguntarle, hacerle alguna foto, grabarlo y saciar su hambre de noticia. Y no los perderá porque el tráfico es muy lento en ese trayecto, el centro está atascado a esas horas de la tarde.

Lola piensa que tendrá suerte haciendo eso. También lo pensó cuando aceptó compartir piso con aquellos estudiantes franceses tan guapos del equipo de rugbi, hasta que la ataron a la cama y le metieron el primer pene. A veces crees que vas a tener suerte.

Pero el taxi no se dirige a Ruzafa, sino que está dando vueltas por el centro, como si no tuviera claro a qué restaurante ir, cambiando de carril en las rotondas. Lola acelera la moto para no perderlo, no se da cuenta de que se ha cruzado por delante de un coche negro, y este tiene que esquivarla y se golpea con una furgoneta blanca. Salen dos secretas, unos hermanos gemelos maldiciendo. Pero Lola no se percata, ahora solamente ella sigue al taxi.

Suben por la calle Colón, la principal arteria del centro, y llegan a la Estación del Norte, el taxi entra a su aparcamiento, pero Bru no coge ningún tren, sino que cambia a otro taxi rápidamente, en la misma parada, al que está al lado, sin dar tiempo casi a verle. Y se ha cambiado de ropa. Aunque Lola sí que lo ha visto. Lola está intrigada, es algo que se haría para despistar a perseguidores. Ahora sí que sabe que va a tener suerte.

El nuevo taxi cambia de sentido por San Agustín y se aleja del centro, se dirige hacia las afueras por Fernando el Católico. Lola calcula la gasolina que le puede quedar en la reserva y teme que no llegue, pero debe seguir, semáforo a semáforo, cada vez más espaciados, van abandonando Valencia por su salida oeste y dirigiéndose hacia la vieja sede de Canal 9, ahora rebautizada À punt. Quizás vaya a una entrevista.

Pero allí tampoco entran, han tomado la siguiente salida, la de las urbanizaciones y Burjassot, pero no, se va hacia Godella, hacia la urbanización de los ricos junto a Valencia, Santa Bárbara. Problema: allí no van a dejarle entrar los guardias de la puerta.

Aunque Lola piensa que tiene más suerte que nunca porque, cuando llegan a la barrera, no hay nadie, están de obras unos albañiles en la garita de los guardas, nadie le impide que pase, sigue al taxi hasta que se detiene en una de esas mansiones cubiertas de viejos árboles.

La puerta de acceso de vehículos se abre, el taxi entra en el chalé, Lola espera desde una esquina a que el taxi vuelva a salir, confía en que el dueño del chalé se muestre en ese momento. Pero no, el taxi se va, la puerta se está cerrando, sí que se ve que alguien sale a recibir a Raúl Bru, tiene que hacer algo, se tiene que arriesgar, se acerca con la moto al muro de la casa, la sube a la acera, le pone el caballete, se pone de pie en el asiento, extiende el brazo con su móvil en la mano y graba un vídeo sin saber lo que está grabando.

Cuando baja de la moto, sin saber de quién, recibe un puñetazo que la deja inconsciente.

Su única suerte fue que el vídeo sí que llegó a enviarlo.

ESCENA 24

«[...] que la vida no fue, que el fervor
de cualquier despedida es un engaño»

Cuando Balma ha vuelto a su piso de avenida de Francia, al final de la tarde, se lo ha encontrado ordenado, meticulosamente limpio y ordenado, como si un ejército diminuto lo hubiera estado organizando. Pero no, ha debido de ser Stephan, que sigue sentado en ese sofá de terraza donde lo dejó esta mañana, como recargándose.

—Stephan, ¿ha recogido usted el piso?

Él le responde, sin mirarla, sin estar, en alemán, «quizás».

Balma vivió dos años de su huida en Berlín en uno de los pisos que su padre les había dejado en herencia, un edificio neoclásico con un jardín de fresnos, en un barrio residencial al que todavía llegaba un lechero y en el que los niños iban andando al colegio. Intenta recordar aquel idioma que escuchaba en una televisión pequeña durante las tardes de otoño tras volver del parque con los dedos fríos.

—¿No ha llamado nadie? ¿No ha venido Lola?

Stephan se sorprende al oír de nuevo su lengua materna tras tantos años de silencio y gritos españoles.

—No, he estado solo todo el tiempo —le contesta perdiendo la mirada de nuevo, como si en la pared de enfrente estuvieran proyectando sin receso la película de su vida.

Balma recibe algo en su móvil, ahora que está en casa y se ha conectado a la red wifi:

—¡Mira! Hablando de ella... Lola me ha enviado un vídeo. La acabo de llamar y lo tiene apagado o fuera de cobertura, pero ahora me manda un vídeo. —Balma lo descarga y visiona apoyada en la isla de la cocina—. No se ve nada, se ve un jardín de un chalé y un hombre de espaldas, aunque lo tapa una rama, que se acerca a otro hombre de frente que lo recibe. Luego se acaba. Qué raro.

Balma vuelve a visionarlo, pero sigue sin encontrar nada relevante ni entender por qué Lola se lo ha mandado. Ni lo acaba, coge el teléfono y vuelve a llamarla...

—Nada, el móvil al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura. Ahora le hago algo de cenar, Stephan.

—Oh, no, no es necesario —le responde él, levantándose en albornoz en la terraza—. Yo puedo cocinar también —entrando al piso—. ¿Estás preocupada?

—Pues sí, la verdad, no hago más que llamarla y me sale apagado o fuera de cobertura.

—¿No entiendes ese vídeo que te ha enviado? —Stephan le habla como un médico, no hay nada en él que sugiera desconfianza, sino todo lo contrario.

—Para nada, ¿quiere verlo?

—Es posible.

Pero, cuando Stephan intenta ver algo con nitidez en esa pantalla tan pequeña, se da cuenta de que ha perdido su vista de juventud, de que es alguien parecido a un anciano.

—Espere, tengo por aquí unas gafas de leer que utilizaba mi padre.

Balma encuentra en un cajón de la cocina unas gafas sin montura que le aportan a Stephan un aire moderno, de cirujano en un *spa*.

Ahora sí puede ver el vídeo, el encuentro de esos dos hombres en el jardín de un chalé a través de las hojas de los árboles.

—¿No sabes dónde es?

—No.

—¿No sabes quiénes son?

—No.

—¿No sabes por qué te lo ha enviado?

—No.

—¿Puedes ampliar la cara de este hombre que sale de la casa?

—Un poco, creo.

—Yo he visto a ese hombre.

—¿Cómo?

—Ese hombre, yo lo vi hace muchos años, no es bueno.

—¿Por qué dice eso, Stephan? Apenas se ve.

—Mira su cara, no tiene... ¿Cómo se dice en español? —Realiza el gesto de acariciarse la frente sobre los ojos para que ella lo entienda...

—¿Cejas?

—¡Eso, cejas! ¡Ese hombre no tiene cejas! ¡Yo vi a ese hombre hace muchos años...!

—Stephan... En este país, un hombre sin cejas solo se llama de una manera. —A Balma se le pone la piel de gallina.

Stephan habla, costándole larguísimas palabras alemanas que suponen una confesión terrible:

—Ese hombre se llevó a una niña frente a mí, en el camping, hace muchos años, en un coche blanco, un todoterreno, lo recuerdo, llevo mi última vida recordándolo. Ese hombre es...

Balma se espanta antes de preguntar:

—¿Oriol?

—¡Eso quería decir! ¡Ese hombre sin cejas es Oriol!

Balma deja el móvil en la isla de la cocina, blanca, mientras en la terraza luce un cielo de atardecer y el suelo de madera clara le transmite una sensación cálida de hogar. Pero todo está volviéndose negro y oliendo a cloaca delante de ella porque entiende que, en ese vídeo, lo que está viendo es a un asesino grabado por su amiga desaparecida.

—¡Guardia Civil! ¡Quiero denunciar una desaparición! Se trata de Dolores Ledesma Abril, es periodista y podría ser una nueva víctima de Oriol, el asesino de las niñas.

Después de unos momentos eternos, le atiende otra voz distinta, esta vez es de hombre:

—Hola, buenas tardes. Soy el sargento Alonso Gracia, ¿podría repetirnos la información que acaba de dar? ¿Cómo se llama usted?

—Hola, me llamo Balma Dalmau, soy periodista de *Las Provincias* y les llamo porque mi colega, Dolores Ledesma Abril, del periódico *Levante*, ha desaparecido, y antes me envió un vídeo donde aparece Oriol, el asesino de las niñas.

—¿Un vídeo actual?

—Sí, de hace un momento.

—Denos su domicilio, por favor, para que podamos enviar un coche patrulla a buscarla.

—Avenida de Francia, 2, los espero abajo. Iré acompañada.

Stephan le coge la temblorosa mano que intenta señalarle:

—En la habitación del fondo, en el armario, todavía guardo ropa de mi padre, imagino que alguna cosa le valdrá.

Cuando Stephan vuelve, están llamando abajo, es el portero del edificio, está aquí la Guardia Civil, ya bajamos. Balma se gira, se emociona al verle, siente que es un fantasma del pasado elegante, deja su tila en la pila, todavía caliente, por un intenso instante, cree reconocer al antiguo dueño de aquel traje de chaqueta.

—Está muy guapo, Stephan —acierta a elogiarle con un nudo en la garganta—. Gracias por acompañarme.

Stephan tiene los ojos rojos de quien se ha llenado de emociones al verse en el espejo.

—Llevaba décadas sin abrocharme los botones de una camisa. Casi no recordaba.

—Vamos, nos están esperando.

Distinguen perfectamente un coche negro subido a la acera con un golpe en un lado y dos agentes dentro.

Los hacen entrar a la comandancia de la Guardia Civil como vips a una discoteca, ni siquiera se detienen cuando el arco de seguridad pita, los pasan con preferencia por entre el resto de los ciudadanos, guiados en todo momento por dos agentes gemelos con pinta de haber aprendido a nadar tarde. Sin embargo, quien los recibe, su jefe, transmite calma, muestra un aspecto discreto de universitario vestido de verde.

—Buenos días, soy Alonso Gracia —les tiende la mano—. Si son tan amables de sentarse... Entiendo que usted, señorita, es Balma Dalmau, pero usted...

—Mi nombre es Stephan —acierta a pronunciar en un español torpe.

—¿Y su relación?

—¡Él es el mendigo del camping, jefe!

—Lo interrogamos el otro día.

—Pero era un mendigo.

—Y no sabía español.

—*Ich spreche lieber meine Muttersprache. Ich kenne euch, ich erinnere mich an euch, wir haben neulich gesprochen, aber ihr habt mich nicht verstanden.*[1]

—¿Qué ha dicho?

Balma les traduce. Alonso espera para continuar:

—Y usted es la hija de Arturo Dalmau, ¿me equivoco?

—No se equivoca. Mi padre era Arturo Dalmau.

—*Wer ist dein Vater?*[2] —le pregunta Stephan.

—*Mein Vater wurde beschuldigt, jene Mädchen vor dreizehn Jahren ermordet zu haben. Er ist gestorben, er hat sich das Leben genommen*[3] —le responde en su alemán ante los ojos de los agentes.

Stephan coge la mano de Balma cuando nota que todas esas palabras le afectan a la garganta.

—¿Qué le ha dicho?

—Le he explicado quién fue mi padre.

—Entiendo. Y ahora, ¿podría explicarnos con más detalle la información que ha dado por teléfono?

Balma repite, paso por paso: uno, el descubrimiento del vídeo; dos, la ausencia de respuesta de Lola, y tres, la sospecha que tiene Stephan de que ese rostro borroso que aparece dándose la vuelta sea el de Oriol.

—¿Sería tan amable de enviarme el vídeo a este número de teléfono?

—Si no lo hago, ¿me acusarán de obstrucción a la justicia?

—Posiblemente.

—De acuerdo, no estoy conforme, pero dígame el número.

Una vez visto el vídeo en su móvil, Alonso Gracia levanta la cabeza con expresión extremadamente seria.

—¿Conoce usted la ubicación de esta vivienda?

—No.

—¿Alguna ubicación? ¿Le dijo adónde iba? ¿Había ido en otras ocasiones?

—No.

—¿Conoce usted a la persona que aparece con Oriol tapada por una rama?

—No.

—¿Tiene alguna información, aparte de ser la hija de quien es, que pueda ser relevante?

—No.

—¿Podría indicarnos el número de teléfono de la desaparecida?

—Lo tiene apagado.

—Sí, ya lo ha comentado. Es para solicitar su posicionamiento en las últimas horas.

—Claro. ¿Y qué van a hacer ahora? ¿Qué más quieren que haga?

—Por ahora, queremos que vuelva a su casa y esté pendiente del móvil.

—¿Ya está? ¿Me van a llevar a mi casa y me van a dejar así? ¿Eso es todo? —Balma se indigna sin caer en la cuenta de que está delante de los hombres que realizaron la investigación de su padre, que estuvieron en la escena del crimen, y que la consideran la hija de uno de los asesinos de aquellas niñas.

—No —le contesta Alonso Gracia con tono duro.

—Ah, ¿no? —se indigna Balma.

—No la vamos a llevar a su casa. Le pedirán un taxi. Buenas noches.

El taxista que los lleva hasta la avenida de Francia no entiende nada, porque esa pareja, la muchacha guapa enfadada y el anciano que huele a alcanfor, habla todo el rato en alemán; tan solo les entiende cuando ya le hablan a él y le dicen que pare, que es ahí, que se cobre.

Una vez en el ático, Balma pone a cargar su móvil. Stephan no sabe qué más decirle, incluso duda un momento, un instante, si

contarle su secreto. Pero es que Balma es un remolino de nervios, no puede estarse quieta.

—¿Sigue sin contestar? —le pregunta Stephan.

—No, ahora no la estoy llamando a ella.

—Ah. ¿Y a quién llamas?

—Al mejor amigo de mi padre, él tiene muchos contactos, es el mejor abogado de Valencia. Él tiene que encargarse de esto. —A Balma le cambia la cara—. Don Braulio, soy yo, soy Balma. Sí, estoy bien. Bueno, no. Pues pasa que ha desaparecido mi amiga Lola. Lola, Dolores Ledesma, la que trabaja en *Levante*, les he hablado mil veces de ella. ¿En serio? Bueno, da igual. Que Lola ha desaparecido. Que la Guardia Civil no la encuentra. Que usted tiene que hacer algo. ¿Cómo que qué? Pues no sé, algo. Hable con alguien de toda esa gente importante que conoce usted y dígales que... ¡No se ha ido ella sola, don Braulio! Porque lo sé. No se lo puedo decir. Pues porque lo sé, pero no se lo puedo decir. Pues porque me ha dicho la Guardia Civil que no diga nada, pero tienen una prueba de Lola justo antes de desaparecer en una casa. ¡No lo sé! ¡No se lo puedo decir! No. No. Dígame usted a mí. Dígame que usted no va a parar hasta encontrar a Lola. Prométamelo. Gracias, don Braulio. No, no hace falta. Usted haga todo lo que pueda, yo estoy aquí en Valencia, estoy bien. Ya iré a verlos cuando aparezca Lola.

ESCENA 25

«Y después del descanso merecido, tras una eternidad,
pretendes el regreso»

Por la mañana, Alonso Gracia moja galletas en la leche mientras ve la tele. Es demasiado temprano, pero apenas ha dormido, tiene esa sensación de examen de matemáticas que le ha acompañado toda la vida mientras atiende a las noticias en su pequeño televisor de la cocina y todo gira en torno a esas dos desapariciones, la niña del camping y la periodista. Y el país está histérico, todavía ni han puesto las calles y ya en la tele, como en los programas de radio de madrugada que se quedó escuchando, siguen pidiendo que las encuentren, que esto no vuelva a ser como hace trece años. Y todo el mundo opina mientras Alonso Gracia moja galletas.

Tranquilo, tú tranquilo, Alonso, tranquilo, le repetía su padre mientras le enseñaba a pescar con lombrices y corcho en un río tan perdido que estaban ellos dos solos. Cuando su padre enviudó, todo cambió en casa, no solo la ausencia de su madre, la búsqueda de su presencia en las habitaciones que Alonso abría como esperando encontrarla escondida detrás de la puerta, sino también su padre, para bien, la muerte de mamá los unió como ella hubiera querido. Quizás lo hablaron, quizás fue ella la que se lo dijo, pero lo cierto es que su padre apareció al día siguiente con una tienda de campaña azul: la tienda de campaña, como sería conocida en casa a partir de entonces. Y todos los fines de semana, absolutamente todos los

fines de semana, su padre cargaba la tienda de campaña en el maletero, las mochilas, los sacos, la nevera portátil, el hornillo de gas y acampaban en montañas donde Cristo perdió el gorro. ¿Qué hacían? Principalmente pescaban, aunque no estuviera abierta la veda, esa fue la única ilegalidad que Alonso recuerda haber cometido, pescar truchas sin permiso. *Tranquilo, espera, Alonso, tú tranquilo*. Recuerda la voz de su padre en la oreja mientras sostenía el sedal con la caña entre sus manos, ambos mirando al río, a ese pequeño remolino donde la trucha mordisqueaba la lombriz y daba pequeños tirones al corcho blanco y rojo. *Tranquilo, Alonso, tranquilo*. Recuerda Alonso mientras bebe leche y las noticias le deberían poner histérico. Pero no es así, sabe lo que tiene que hacer, no quitar la vista del corcho.

Cuando entra en la comandancia, sus hombres todavía no han llegado, se respira un ambiente de nervios, de miradas, de llamadas de teléfono y alguna emisora de radio por lo bajo. Sus superiores lo llaman, lo habían citado mientras conducía entre un tráfico inusualmente denso para ser verano en Valencia, que debe haber resultados, se lo dicen de mil formas distintas, con más o menos palabras, más o menos alto y claro, pero todos sus superiores insisten. Cualquier otro se habría indispuesto, se habría indignado, se habría ido de esa sala de reuniones con la foto de los reyes, pero no Alonso, él está tranquilo, pese a que no hay datos. Son ese tipo de desapariciones que nadie quiere, porque no hay nada: no hay testigos, no hay huellas, no hay cámaras, en el caso de Lola, y en el de Aitana, no sirven de nada porque se pierden en la carretera de las aldeas, hay un posible rastreo de teléfono en el caso de Lola y... poco más, en realidad, la única línea de investigación que tenemos es el rastreo del móvil de Lola, que esperamos nos llegue a lo largo de la mañana. A partir de ahí, podremos localizar sus últimos

movimientos e incluso podríamos llegar a la ubicación de ese vídeo del que los informé anoche. Pero a todos les sorprende la calma de ese sargento frente a la tormenta de gritos que vive el país.

—¿No tienen nada más?

Alonso Gracia observa su móvil mientras soporta de nuevo la misma pregunta, pero esta vez puede darles una respuesta distinta:

—Sí, tenemos la moto de Dolores Ledesma, la acaban de localizar quemada en un vertedero ilegal de Burjassot.

—Lo cual supone que seguimos sin tener nada.

—Si me permite discrepar, mi coronel, tenemos un perímetro y un itinerario, con ello ya podemos trazar el área en la que se ha movido la moto.

—Explíquese.

—Abandonar una moto así implica, en la mayoría de los casos, conducirla desde el lugar en el que fue sustraída, si a ello le añadimos la autonomía del vehículo y el margen de riesgo que corrían conduciendo una moto que todos los agentes de Valencia estaban buscando, nos quedará un perímetro no mayor de unos diez kilómetros de radio.

—¿Y cómo averiguarán ese itinerario si seguramente la hayan conducido por un camino hasta ese vertedero? ¿Nos quiere decir que espera encontrar cámaras en los caminos?

—Tiene usted toda la razón, mi capitán. El itinerario no se nos mostrará a la primera, pero sí podremos averiguar los posibles accesos a ese camino en un radio de diez kilómetros y solicitar las cámaras de esos accesos en el tiempo preciso entre la desaparición de la periodista y el incendio de su moto.

—¡Pero lo que está usted diciendo llevará días! ¡Lo mejor será hacer público el vídeo de esa chica y pedir la colaboración ciudadana para localizarla!

—¡Eso! ¡O al menos localizar la casa!

—Es cierto, mi comandante, mi capitán, el proceso no va a ser tan rápido como la opinión pública nos está exigiendo, pero hacer público ese vídeo cuando ni siquiera nosotros hemos tenido tiempo de analizarlo podría poner en riesgo no solo la investigación, sino incluso la vida de la periodista. Si me permiten la analogía, en este caso, tirar del sedal demasiado pronto puede hacer que perdamos el único cebo que tenemos.

—¡Pero entonces qué demonios propone usted que filtremos a los medios, Alonso!

—Si yo estuviera en su lugar, mi comandante, informaría a los medios de que ha sido encontrado el vehículo de Dolores Ledesma y que estamos investigando. Esa es la verdad, no toda, pero es la verdad.

—¡Pero es Oriol o no es Oriol el que se ve en el vídeo! Que aquí parece que nadie se atreve a preguntarlo. Y nos vamos a ir, nos vamos a levantar y parece que nos queremos dejar lo más importante. ¿Puede contestar, sargento?

—Lo cierto es que sí parece ser Oriol el individuo que aparece de frente en el vídeo. Sin embargo, es imposible identificar al otro sujeto, el que se encuentra de espaldas, así como tampoco podemos identificar la casa.

—¡Y lo dice con ese cuajo!

—Con permiso, mi coronel, nunca tuvimos evidencia alguna de la muerte de Oriol, la investigación no fue seguida por mi equipo, nosotros fuimos apartados y el informe de Madrid concluyó que Oriol y Elena desaparecieron al mismo tiempo esa noche. Sin dejar rastro. Pero, como la investigación no dio más resultados, nunca tuvimos evidencia alguna del paradero de Elena ni de la muerte de Oriol.

—¡Sí, sí, sí! ¡Ya nos ha soltado usted el rollo que quería! ¡Ahora díganos qué piensan hacer ustedes antes de que todo el mundo se entere de que Oriol sigue vivo!

—Pues, lo primero, lo que ya les he dicho, mi capitán, hacer público el hallazgo de la moto pero no el vídeo, en segundo lugar, rastrear el perímetro y analizar el itinerario del teléfono, y, en tercer lugar, investigar la sustracción del Patrol del depósito de vehículos.

—¡Y...!

—Y, si me permiten expresarme con total franqueza, todo el tiempo que me obliguen a permanecer aquí, será una pérdida para las víctimas y una ventaja para el supuesto...

—¡Pero qué relación tenían esa periodista y la niña para que Oriol las haya secuestrado a las dos!

—Lo desconocemos, mi comandante. Es lo que pretendemos investigar conforme me permitan...

—Puede retirarse, sargento. Puede retirarse. Ah, y no dude de que confiamos plenamente en usted y su equipo para resolver por fin este caso.

Alonso Gracia abandona la reunión recordando que fueron muy parecidas las palabras con las que los apartaron de la investigación hace trece años.

Cuando regresa a su despacho, con la intención de ordenar a sus hombres que organicen las tres líneas de investigación que todo el mundo está esperando, se encuentra, para su disgusto, de buena mañana, de nuevo con la indignada Balma Dalmau y ese mendigo alemán bien vestido, apoyándola.

—¿Por qué no me han llamado para informarme de lo de la moto? ¿Por qué me he tenido que enterar por un colega del periódico?

—Buenos días, señorita Dalmau. No tenemos costumbre de informar de nuestras pesquisas al gusto del público.

—¿Se está usted riendo de mí? ¿Sabe usted quién soy? ¿Sabe quién fue mi padre? ¿Sabe qué contactos tengo?

—Señorita Dalmau...

—¡Que me diga qué saben de Lola!

Toda la planta escucha los gritos pese a que la puerta está cerrada.

—Por favor, mantenga la calma y siéntese, me gustaría repasar con usted los movimientos de su amiga antes de la desaparición. ¿Podría decirme cuál fue la última ubicación que tuvo de Lola?

—No, no puedo. Ayer nos levantamos, desayunamos juntas y cada una se fue a un sitio, ni yo le dije el mío ni ella el suyo. Somos rivales de periódico.

—¿Y eso era normal entre ustedes?

—Eso es normal un día y no es normal otro. No lo sé. Nos lo decimos todo. Yo supuse que ella haría como yo, que se iría a la redacción de su periódico igual que yo me iba a ir a la del mío pues nos habían citado a todos para una reunión.

Mientras Alonso Gracia anota al dictado esa información, uno de los agentes gemelos es llamado por teléfono y sale un momento a hablar, recibe una información impactante y vuelve, informa a su jefe sin caer en la cuenta de que todavía no ha aprendido a susurrar.

—Jefe, que han encontrado una muerta en una acequia de Godella.

Balma se tapa la cara con las manos. Stephan entiende poco, pero deduce la noticia por la reacción y la abraza. Les pregunta en español:

—¿La muerta es su amiga?

Alonso Gracia odia esos momentos que tiene su oficio, él prefiere los datos a las personas:

—No es un dato. Tengo que pedirles que se marchen.

—Jefe, ella podría identificar el cadáver —le sugiere un Pardo, y Balma lo oye.

—¿Qué le ha pasado a Lola? —les suplica.

Pero Alonso Gracia no puede responderle, le sobrepasa verla llorar. Tienen que ser los Pardos quienes intervengan.

—No se ponga nerviosa, señorita, por favor, todavía no sabemos ni siquiera si estamos hablando de su amiga. Lo mejor en este caso será que ustedes vuelvan a casa, estén pendientes del teléfono y nosotros los iremos informando.

Cuando se la están llevando, por fin reacciona Alonso:

—Y, sobre todo, por encima de todo, no difunda este vídeo, no hable de su contenido, y bajo ninguna circunstancia mencione a la persona que creen haber visto en él. Mis hombres los acompañarán adonde quieran.

—Eso, acompáñennos —los invita el otro Pardo sin tener muy claro si es correcto decirlo así.

Pero la noticia ya está en Twitter, en Facebook, en redes sociales. Y hay imágenes. Los que la encontraron en la acequia, muerta, han subido fotos y un vídeo horrible, asqueroso, que inmediatamente ha sido retirado por YouTube, pero les da igual, hay cortes, imágenes, otras plataformas de vídeo en las que seguir viéndolo sin escrúpulos.

Y tienen razón, es vomitivo, qué mala muerte, pobre muchacha, quien haya sido se ha tenido que ensañar con rabia para destrozar de ese modo a una chica que hace apenas unas horas estaba viva, sonriendo, desayunando vestida, yendo en moto, pensando que tendría más suerte que nunca.

ESCENA 26

«Con el recuerdo sólo de tu vida, porque fuiste mi vida,
qué abandonado estoy,
¿y a quién le contaré lo que ahora siento?»

Es una tormenta de verano a las siete de la tarde, fruto del cambio climático o de una dana que llegó sin avisar, el caso es que llueve torrencialmente cuando intentan salir de la comandancia de la Guardia Civil. La gente corre bajo los balcones, los autobuses salpican los charcos grises del asfalto contra las aceras mojadas, atestadas de gente que busca refugiarse del aguacero, a salvo los periodistas en las cafeterías de enfrente, enseguida la reconocen algunos subiendo a un coche negro de la Secreta, se avisan, es Balma Dalmau saliendo de la comandancia.

Pero los agentes que conducen reaccionan rápido, no se dejan rodear y escapan acelerando bajo la lluvia, dando la imagen que repetirán esa mañana todos los programas de televisión. Y la misma pregunta: ¿qué hacía la hija de Arturo Dalmau en la comandancia de la Guardia Civil? Como si el tiempo no hubiese pasado para ninguno.

Una vez en casa, en el ático más alto de la avenida de Francia, cerrada la puerta y llevada Balma, desmadejada desde el coche hasta el ascensor, del ascensor hasta el pasillo, desde el pasillo a su cama, Stephan le revisa el armario de las medicinas y le trae un ansiolítico y un vaso de agua.

—Tómate esto. Yo debo hablar por teléfono.

Balma obedece, pero sigue insistiendo con la misma pregunta:

—¿Qué le pasó, Stephan? Necesito saber qué le pasó a Lola o me moriré de culpa

Pero el pobre hombre no sabe qué contestarle. Sentado en ese sofá blanco de la terraza, lejos del aire acondicionado, Stephan mira el móvil de Balma en sus manos y respira, comprende lo trascendental de esa llamada a Núremberg, trece años después:

—Franz? Guten Morgen, ich bin Stephan, dein Bruder. Ja, ich lebe. In Spanien. Weil ich vor dreizehn Jahren etwas Schreckliches getan habe.[1]

Cuando Balma despierta, adormilada todavía, pero con los ojos abiertos y la boca seca, huele a una sopa alemana que le preparaba Greta, su asistenta en Frankfurt, cuando volvía sola de aquella piscina cubierta las tardes de invierno.

Ya son las diez, a través del ventanal de la terraza se ve la Ciudad de las Artes y las Ciencias iluminada, es una visión futurista de una ciudad que vive a treinta grados el anochecer, pero dentro hay aire acondicionado y huele a enero en Alemania. Stephan la espera arremangado en la isla de la cocina con dos cuencos de sopa y la pila limpia:

—Ich habe dir eine Kartoffelsuppe gemacht, bitte setz dich.

—Ich habe keinen Hunger, Stephan, ich möchte nur weinen.

—Genau darüber möchte ich mit dir sprechen, über den Schmerz. Lass mich dir meine Geschichte erzählen.[2]

Por desgracia para todos, llaman al timbre, se levanta y pregunta quién es. Se identifica como el chófer de don Braulio Bou, si pueden subir. Stephan no ve motivo para negarse, pero media hora después se encontrará solo en ese ático. Ha sido extraño, un hombre bueno, dulce, parecía como su abuelo, le ha acariciado el pelo, a él lo ha mirado de arriba abajo, como un padre que se lleva a su hija de casa

del novio mayor de edad. Le ha preguntado quién era mientras el chófer le ayudaba en todo lo que requería, Stephan se ha presentado, pero apenas le han hecho más caso que el necesario para llevarse a Balma, aturdida por el dolor y la pastilla, acariciándole el pelo y susurrándole dulces palabras.

—Sois lo más parecido a una familia que tengo.

—Somos tu familia, Balma.

Braulio Bou y su esposa Angelita viven los meses de estío en una villa en el paseo marítimo de Benicàssim, tan hermosamente modernista que está declarada bien de interés cultural, pues se construyó durante los felices años veinte, con ese estilo arquitectónico decadente pero elegante, propio de quien fue rico y decide seguir siéndolo muerto. Por las noches, los veraneantes pasean con sus camisas de lino por delante de sus puertas, cogidos de las manos, levantando las cabezas, intentando ver quiénes son los afortunados que conversan en mecedoras bajo esa lámpara antigua frente al mar. Antes vivieron el invierno en Valencia, en uno de los chalés de los periodistas, junto a Viveros, todavía pasan los meses fríos en la ciudad, aquellos en los que anochece antes, pero el resto del tiempo, en cuanto el sol de primavera vuelve, ellos regresan al mar.

—Lola era mi hermana, doña Angelita.

—Lo sabemos, hija mía, lo sabemos.

—¿Quién es capaz de hacerle eso a una persona viva?

—Un monstruo, Balma, no te quepa duda.

—Pero ¿por qué ella?

—Casualidad.

—¿Usted sabe que estaba espiando un chalé cuando la secuestraron?

—¿Quién te ha contado eso, Balma?

—No se lo puedo decir, me lo ha prohibido la Guardia Civil.

—Balma..., ¿qué tonterías son esas? A nosotros nos lo tienes que contar todo.

—Lola me mandó un vídeo.

Braulio aparece con otra taza de tila:

—¿Qué vídeo?

—Lo tengo en el móvil.

—Angelita, dile a alguien que traiga el móvil de Balma. Está en mi despacho.

Cuando don Braulio observa el vídeo, su rostro se oscurece como cuando una nube oculta la luna.

—No me mienta, don Braulio, usted sabe quién es ese.

—Es alguien sin cejas, solamente eso. Al otro no se le distingue, lo tapa una rama. ¿Qué te dijo la Guardia Civil cuando vio esto?

—Les impresionó también, me preguntaron si sabía dónde estaba, les dije que no, pero tampoco se sorprendieron cuando les pregunté si era Oriol.

—¿Y alguien más ha visto el vídeo?

—Solo yo y Stephan.

—¿Quién es Stephan? ¿El hombre que estaba contigo en tu casa?

—Sí.

—¿De quién habláis, Braulio? —se hace la tonta Angelita.

—Es un mendigo que encontré frente al camping de El Saler, doña Angelita.

—¡Virgen de mi vida! ¡No me digas que eso es verdad, Braulio!

—Todo es cierto, Angelita, pero no te preocupes que ya me he encargado yo de ordenarle que se marche de esa casa inmediatamente.

—Pero ¿por qué ha hecho eso, don Braulio?

—Balma, tú no estás bien, no ves las cosas como son, eres una niña frágil, enfermiza, que tiende a ver las cosas a su manera. No puedes recoger a un mendigo de la calle y meterlo en tu casa, máxime viviendo sola como vives. Objetivamente, ese es el principio de cualquier desgracia. Suerte has tenido de que estamos pendientes de ti.

—Pero Stephan es mi amigo, don Braulio.

Angelita interviene con ese tono de abuela que te regaña y te convierte en una niña:

—¿Cómo va a ser tu amigo un mendigo? Ay, Braulio, no me hagas pensar mal... ¿No me estarás ocultando que este hombre ha tenido algo que ver con lo que le ha pasado a la pobre amiguita de Balma, a esa Lola?

Braulio le discute, como dos abuelos ante su nieta:

—¡Angelita! ¿No te he dicho que no dijeras nada delante de la niña? Pero ahora que se lo has contado, no podemos descartar nada. He hablado con amigos que tengo dentro de la Guardia Civil y solo te puedo decir que no podemos descartar nada.

—No diga eso, don Braulio, por favor, no diga eso. No me diga que la culpa de lo que le ha pasado a Lola...

—No lo sé, Balma, no te martirices, pero no lo sé. De todos modos, un mendigo que vivió siempre vigilando el mismo camping donde desaparecen niñas no me da buena espina; es posible, solo posible, que ese hombre sea, en realidad, el mismo monstruo que tú estabas buscando.

—Pero eso no es posible, don Braulio, usted no lo conoce, Stephan es muy bueno...

—Balma, las personas, hazme caso, no suelen ser lo que parecen.

ESCENA 27

«Si los muertos oyeran, dirían que es verdad.
Y yo lo aprendí de ellos, y ellos no lo sabían»

Sandra Saura conserva el viejo Audi A6 que compartió con el padre de su hija hasta la separación.

Permanece sentada en los asientos de atrás, el motor encendido, el aire acondicionado, los cristales traseros tintados y ella aparcada en la esquina de la calle donde vive el retrasado de su jefe, el conseller de Sanitat. Aparece el coche oficial, le espera en la zona de carga y descarga, debe de tener prisa, estaría él aguardando en el zaguán del edificio, sube, arrancan, se incorporan al tráfico, desaparecen.

Sandra Saura entra al portal, saluda al portero, que le indica que justamente el conseller acaba de salir, ella le miente, le dice que lo sabe, que le ha llamado para que recoja unos papeles que deben presentar hoy en una auditoría externa de la norma ISO.

Llama al timbre de ese último piso, la muchacha que le abre lo hace asustada.

—¿Qué es lo que no podías contarme por teléfono, Emma? —se presenta Sandra Saura sin pedir permiso para entrar.

—Tenía miedo, señora. —Emma, nombre que se inventó cuando empezó a servir en casas con la firme convicción de que nadie se daría cuenta de su mestizo origen árabe, le responde sabiendo que ella no se ha conformado nunca con sus respuestas. Cuando limpiaba su casa, cuando la contrató como interna.

—¿Tenías miedo de mí?

—No, señora. Tenía miedo por usted.

Sandra cambia de tono.

—Explícate, Emma, por favor.

—Usted me consiguió este trabajo. Yo siempre le dije que le iba a estar toda mi vida agradecida. Yo le he contado siempre todo por teléfono, todo lo que el conseller ha hablado, todo lo que él ha dicho y jamás, se lo juro, jamás él ha sospechado de mí.

—¿Y ahora piensas que sospecha que me haces de espía?

—No, al contrario. Yo no le importo nada al conseller, no existo. Me preocupa usted.

—Por favor, Emma, ve al grano.

—Hace unos días, vino un hombre gordo, maleducado, a comer. Parece ser que no había avisado, fue este domingo, y el conseller me dijo que preparara algo para los dos.

—¿Cómo se llamaba?

—Lo llamaba Ortiz, solo eso, no lo llamaba por su nombre.

Sandra busca rápido con su móvil y le enseña una foto a Emma:

—¿Era este?

—Sí, estoy segura, ese era el gordo.

—Este estuvo implicado en una trama de corrupción, tuvo juicio, lo recuerdo, pero se libró de la cárcel. Es uno de los constructores más importantes de aquí de Valencia.

—Lo sé —asiente la asistenta.

—Sigue, por favor. Emma, estoy preocupada. ¿Qué dijeron?

—Hablaron de ti.

—¿De mí? ¿Qué dijeron de mí?

—El gordo le dijo al conseller que debía dar un informe negativo de un agente enfermo, Verdugo, yo sabía de quién estaban hablando, cambiaban de tema si yo entraba o bajaban así la voz,

pero yo luego los seguía escuchando. Le dijo eso. Y entonces el conseller le dijo que la responsable de eso eras tú, y que eras una hija de puta. Lo siento, es lo que dijo.

—Lo sé, no te preocupes, Emma. El cariño que nos tenemos es mutuo.

—Pero el gordo le dijo que eso le daba igual. Y el conseller le contestó que a él no le daba igual, que no podía mandarte nada a ti. Que le pidiera cualquier otra cosa. Pero el gordo insistió, le dijo que tenía que ser exactamente así. Pero el conseller se esperó a que yo entrara, les retirara los platos, y le repitió que le pidiera cualquier cosa. Entonces el gordo le dijo que le estaba pidiendo eso, que no se olvidara nunca de cuánto valía un hospital. Entonces el conseller se puso nervioso, le dijo que se callara porque yo estaba volviendo con el postre. Y cuando me fui, le pidió al gordo que nunca hablara de eso.

—Madre mía, Emma, ahora está todo claro, la UTE que construyó el hospital de Dénia está participada en su mayoría por Ortiz. Blanco y en botella. Qué fuerte, Emma. Me acabas de conseguir el cargo de consellera.

—No, señora Sandra, no me ha entendido. Todavía queda contarle algo. Yo esto lo oí mientras hacía una trampa que a veces hago: movía los platos como si los fregase en la cocina, pero estaba en el pasillo, los oí hablar en voz baja.

—¿Y qué dijeron? —le pregunta Sandra contenta, alegre por su nuevo futuro y ese golpe de suerte.

—Y si la hija de puta te estorba, me lo dices y yo le enviaré a un amigo que entra en las casas por la noche.

Sandra Saura se queda blanca.

—Júrame, Emma, que oíste eso.

—Se lo juro por mi vida, señora.

ESCENA 28

«Y asisten los olores del sótano,
de la infancia escondida en el desván,
del jardín y el incienso, todo el olor
es ahora el recuerdo [...]»

Hay un ventilador en el techo, todas las habitaciones de esa villa de Benicàssim tienen uno, antiguos, construidos en Inglaterra en los años veinte, apenas se oye, Balma se da otra vuelta en la cama. Hay un perro, un pomerania naranja que recorre la casa a su antojo, a veces entra en la habitación, mira a la paciente en la cama, como esperando un simple saludo, olisquea a su alrededor y desaparece. Balma se ha dejado un rollo de papel higiénico en la mesita, se acabó a medianoche la elegante caja de pañuelos que le dejaron junto al vaso de agua y dos pastillas más.

En la calle, con la ventana abierta, se oyen esos saludos de buena mañana entre veraneantes en su primer día de vacaciones.

Vuelve a buscar su teléfono móvil entre las sábanas, se incorpora un poco para ver si se lo dejaron sobre algún mueble de ese cuarto o cayó al suelo. Pero sigue sin estar, se lo habrán debido esconder.

La curiosidad es horrible, Balma quiere saber lo que le hicieron a su amiga Lola, detalle a detalle sufrir con su sufrimiento, no tiene otra obsesión que meterse en los instantes de dolor que padeció antes de morir. Necesita conocer el informe del forense. Ni siquiera se trata de entender lo que le pasó. Es la necesidad de dejar de imaginar para no sufrir ni un milímetro menos.

Lola tenía algo de gata cariñosa. A veces Lola se metía en el cuarto de baño mientras Balma lo estaba ocupando, iba al váter mientras ella se maquillaba, se metía en la ducha mientras Balma estaba sentada en la taza mirando el móvil, se lavaba los dientes mientras le hablaba. Fueron compañeras de piso y de facultad desde tercero, cuando Lola se mudó con ella, después de que sus tres compañeros de piso salieran de fiesta y la violaran, Balma vivía sola en en el mismo edificio, se habían visto en alguna clase, se conocían, todavía no eran amigas, por eso le extrañó que la primera noche se le colase en el baño como si tal cosa. Luego, cuando iba a salir para dejarla sola, le pidió si tenía algo para curarse las heridas que le estaban haciendo manchar compresas de sangre. Entonces fue, sentada en la taza con las bragas en los pies y la compresa manchada, cuando Lola se derrumbó y le explicó que sus compañeros habían llegado de fiesta, que la habían despertado, que le habían ofrecido beber entre risas, y que la habían empezado a tocar, a bromear, a jugar... Hasta que uno, no recordaba cuál, le quitó la sábana, la dejó en pijama ante los ojos de todos, ella todavía quiso enfadarse, pero otro le tapó la boca mientras todavía le sonreía, la ataron con las sábanas, dos horas después, le dejaron la cama llena de manchas de semen y sangre, se fueron a sus cuartos, a dormir. Uno volvió, Lola lo miró con terror, le pidió disculpas por encender la luz, pero no encontraba su móvil, y le preguntó si ella lo había visto.

Ahora Balma recuerda todo aquello como una mezcla de idiomas, de francés y español en el cuarto de baño, de días grises en la Facultad de Periodismo y excursiones al campo los fines de semana; Lola dejó de salir, por supuesto de beber, ambas se unieron al ir contándose las vicisitudes de sus complicadas vidas, comenzó su etapa más dulce, la de elegir cada fin de semana una ruta, una

excursión, una ciudad francesa a la que viajar en aquel primer MINI Cooper de Balma, los hoteles de cinco estrellas, los restaurantes con dos, las vueltas de noche por carreteras rurales perdidas mirando un GPS que todavía no entendían, las playas vacías de Normandía, las montañas nevadas de Grenoble, las catedrales, los lagos, los bosques bajo la lluvia, aquellos campos verdes infinitos... Y Lola dormida en el asiento de al lado con su chaqueta color burdeos, su falda y sus botas Martens.

—Soy abogado, ejerza o no, soy abogado. Y como abogado yo te puedo decir que jamás en toda mi carrera he visto dos informes psiquiátricos totalmente diferentes de un mismo especialista. ¿Me entiendes?

Balma escucha esa conversación de don Braulio incluso con la cabeza bajo las sábanas, pero luego se silencia. Sabe lo que ha hecho, ha quitado el manos libres en la planta de abajo, pero ella baja descalza con cuidado de la cama, se bebe el vaso de agua de su mesita, lo coloca con cuidado en el suelo de azulejos color crema con dibujos de líneas negras y pega su oreja al cristal. Ahora la voz de don Braulio vuelve a oírse:

—Damián, soy Braulio Bou otra vez, disculpa, me había entrado otra llamada y me he visto en la obligación de contestarla. Sí, por la periodista, resulta que era íntima amiga de mi ahijada y me gustaría conocer, ya sabes, de primera mano, qué datos manejáis sobre su asesinato. He oído que el cuerpo fue maltratado. ¿Fue violada? ¿Uno o varios individuos? Pero ¿no está claro el número? Entiendo, sí, hasta las pruebas de ADN no se puede confirmar. Pero ¿tenéis rastros de ADN? ¿Uno? ¡Solo uno! ¡Ya es mala suerte! ¿Se puede calcular el tiempo que estuvo viva? ¿Hacia las seis de la tarde? Entiendo. ¿El lugar donde la arrojaron a las acequias lo habéis podido localizar? ¿Todavía no? ¿Poco probable? Entiendo, entiendo.

No lo podéis saber. Sí, las laceraciones pueden producirse por el transporte del cuerpo, porque lo arrastraron o porque fue dando tumbos en la acequia durante horas. Exacto. No, lo decía por si podíais determinar el lugar más o menos exacto en el que fue asesinada y arrojada a la acequia. ¿No? Sí, claro, entiendo, entiendo. ¿De lo más cruel que has visto en tu vida? ¿Lesiones de boxeador? Entiendo, entiendo, como si se hubiera metido en un combate de boxeo y después de dejarla por muerta la hubiesen violado y asfixiado. ¡Qué barbaridad! ¿Quién podría hacer eso? Sí, sí, yo también lo recuerdo. Sí, se parece, quizás no había tanto sadismo en un caso de estos desde entonces. Pero ¿pensáis que los autores podrían ser los mismos? Ya, entiendo, vosotros emitís el informe forense, de lo demás ya se encargan otros. Pero así, a título personal, mientras estabais con las manos en la masa, como doctores, ¿qué pensabais? Ya, entiendo, sí, las similitudes son evidentes porque apenas han dejado pruebas.

Balma llora, desnuda sobre el suelo, con la cabeza apoyada en un vaso, y el vecino de la villa de al lado la observa por su ventana abierta del cuarto de baño, sin saber que su esposa está viendo en la televisión a Raúl Bru dando los datos de esa autopsia que le han filtrado sus fuentes.

ESCENA 29

«Alegría es la luz, el aire,
la carne es alegría,
y cuando se fatigan y se apagan
entonces son visibles.
La luz, la carne, el aire, el daño»

Alonso Gracia compró el apartamento de Gandía a través del banco, porque la constructora había quebrado, ellos siempre quisieron un pisito en la playa, algo pequeño, con su balcón de aluminio, su mampara de ducha, sus armarios de roble, su sofá-cama, su tendedero de plástico, su microondas blanco, sus tapones negros, su lámpara de pie, sus muebles baratos, su persiana grande, sus vistas a la parte de atrás de un edificio feo, para poder volver los fines de semana al lugar donde se conocieron.

Alonso Gracia conoció a su mujer una noche de julio en una discoteca de Gandía, Cocoloco, durante una despedida de soltero, él disfrazado de pitufo y ella de enfermera, acabaron desnudos detrás de unas hamacas de la playa, a oscuras, mientras a unos metros el resto del mundo seguía de juerga. Jamás se había corrido de esa manera. Jamás había seguido hasta otra vez más. Ahora ella encima. Pero es que intentaron volver a la discoteca y él le explicó que no podía con semejante erección, que se fueran a su hotel. Y así fue, se llamaba Maica y no podía dejar de excitarse, aunque se fuera a la ducha, aunque intentara vestirse, necesitaba su boca, su vagina, sus manos, no podía dejar de verla, necesitaba que su polla la estuviera

tocando constantemente, y Maica se reía mientras notaba que se corría en su boca, se reía al mirarlo mientras metía su mano entre los vellos púbicos de ambos y apretaba para hacerle estallar, le sonreía, le miraba a los ojos mientras le eyaculaba en la mano y se seguía enjabonando el pelo, mientras se colocaba encima de él y le apretaba, le movía el culo en círculos para notar justo a la entrada que su prepucio se estaba corriendo sin dejar de mirarle a los ojos y sonreír. Maica era su sonrisa.

Cuando Maica supo que se moría de verdad, le pidió, todavía sonriendo, que lanzase sus cenizas al mar en Gandía.

Son las cinco de la mañana, todavía se oyen voces jóvenes que alargan la fiesta por la avenida desierta de arena del mar, a veces pasa un taxi, a veces un coche de la Policía Local, a veces nadie durante ratos interminables. Es el primer fin de semana tras la desaparición de Aitana y tras la muerte de Dolores Ledesma, Alonso Gracia debería estar ese sábado y ese domingo dirigiendo la investigación que tiene en vilo a este país, pero no, Alonso sigue acodado en el balcón, mirando al trozo de mar que le dejan el resto de los apartamentos, con la urna de su mujer en la mesita de plástico, dudando si debe llevar chanclas o zapatillas a una playa para eso.

Cierra la puerta con una mochila de deporte a la espalda, camina por una acera que ahora le parece innecesariamente ancha, duda si meterse las manos en los bolsillos o dejar que vayan sueltas, se cruza con coches y jóvenes que vuelven de fiesta por los caminos entre cañas. Al final se ha puesto zapatillas.

Un cuarto de hora después, llega a la playa nudista donde terminaban muchas tardes, callados, dejando que el mundo los mirara mientras anochecía. Al acercarse no hay nadie, temía que hubiera gente, está empezando a amanecer por su izquierda y no

quería testigos de ese entierro en el agua sin cuerpo. Tiene dudas: quizás acercarse a la orilla y lanzarlas al viento, pero puede que no caigan al agua. No, lo mejor será meterse. Deja la mochila en la orilla, a los pies de la torre del socorrista, se descalza, se mete al agua fría con la urna en las manos, como evitando que se moje, cuando el agua le llega al pecho, la abre, mira al cielo, amanece, le da la vuelta a la urna, las cenizas del cuerpo de su mujer muerta caen al mar y le rodean, se sumerge, bucea hacia adentro, allí deja caer la urna, apenas la ve hundirse en las aguas oscuras, regresa nadando a la orilla, de reojo observa que las cenizas se van extendiendo con las olas, seguramente la gente nunca sepa que esa preciosa playa escondida entre cañas donde se bañan y bucean es ahora un pequeño cementerio.

Cuando se está secando, ya de día, enciende el móvil, las notificaciones vibran como disparos en un videojuego. El país entero lo está buscando. Las ignora. Es él quien llama a los Pardos:

—Jefe, ¿qué tal el aniversario?

—Triste, Pardos. Muy triste.

—Lo sentimos mucho, jefe.

—Eso, lo sentimos.

—Gracias, Pardos. Ahora, contadme, por favor. Supongo que el mundo se ha vuelto loco en estas doce horas que he estado desconectado.

—En parte sí, jefe.

—Pero tenemos una buena noticia.

—Hemos encontrado el picadero donde llevaron el Patrol la noche que lo robaron. No era difícil, jefe. Es uno que está ocupado y lo usan para hacer raves. Vamos a ir ahora.

—Bien. Es un gran avance. ¿Y de Dolores Ledesma? ¿Qué habéis averiguado?

—Nos han pasado el informe de la autopsia. La mataron deprisa.

—¿Qué quiere decir eso, Pardos? El forense no puede haber escrito eso.

—No, jefe.

—No, pero sí que indica que hubo un lapso de varias horas entre que la torturaron y la mataron.

—Explicaos mejor, por favor.

—El informe identifica dos episodios de agresiones temporalmente separados unas ocho horas, es decir, que nada más secuestrar a la chica.

—A la periodista.

—Sí, lo que yo he dicho, a la chica.

—Pardos, por favor.

—Pues eso, que nada más secuestrarla, la golpearon y lesionaron de diferentes maneras.

—Pero que luego, las lesiones que le provocaron la muerte no se produjeron hasta unas ocho horas después.

—¿Queréis decir que la dejaron descansar?

—Pues no lo sabemos, jefe, pero es lo que parece.

—Lo que sí opinamos todos es que estuvo en algún lugar donde el que la secuestró se sentía a salvo, jefe.

—Entiendo, entiendo.

—Lo lógico, jefe, lo que sucede en la mayoría de los casos es que las torturas acaban provocando la muerte en un mismo episodio.

—No la dejan y se van a cenar, jefe.

—Nadie hace eso.

—Ya, ya, Pardos. Os he entendido. Pero decidme, la autopsia nos ha dado muestras de tejidos, algún tipo de rastro...

—No, no hay rastros, jefe.

—Está complicado porque han hecho lo mismo que en el 2009. El cuerpo estaba totalmente lavado. Y a eso súmele la de horas que debió de pasar flotando por las acequias.

—Totalmente limpia.

—Además, jefe. Al haber tirado el cuerpo en un canal de riego, no podemos saber en qué punto concreto lo arrojaron, no podemos mirar cámaras ni huellas de rueda, ni nada. Estamos peinando el perímetro alrededor del sifón donde se atascó el cuerpo, pero son solo naranjos.

—Ahí no habrá nada, jefe.

—Ya, es lo mismo que pasó con los cuerpos de Mónica y de Sara hace trece años. ¿Y del móvil habéis obtenido algo?

—Hemos insistido a la compañía para que nos dé el rastreo de la posición hasta que lo apagaron. De ahí sí que, seguramente, saquemos algo.

—De ahí sí, jefe.

—Vale, y ahora, ¿qué estáis haciendo?

—Pues... estamos mirando fotos de chalés por la zona de la moto a ver si vemos algo.

—Y redactando el informe preliminar del picadero.

—Vale, ¿y mientras tanto?

—¿Mientras tanto? Pues... estamos aquí, esperando.

—No podéis esperar, Pardos. Moved al equipo.

—A sus órdenes, jefe.

—¿Vamos al picadero y hablamos con los okupas?

—Por supuesto, Pardos. Ya estáis tardando.

—De acuerdo, jefe.

—Una última cosa, mi sargento, lo de Raúl Bru, lo de haberle retirado el pasaporte...

—Nos está poniendo a caer de un burro en todas las teles, nos ha denunciado, dice que nos va a llevar al Tribunal Supremo.

—Los compañeros están un poco hartos del tema, no entienden que le hayamos acusado de inventarse el secuestro y al mismo tiempo no lo detengamos.

—Me parece muy bien que estén hartos. ¿Qué ha dicho el juez?

—¿El juez?

—El juez parece que no va a aguantar mucho, jefe.

—Pensamos que le va a devolver el pasaporte y nos dejará a nosotros a los pies de los caballos, que decía padre.

—Es verdad, eso lo decía padre.

—Pardos, parad. ¿Lo de Bru puede aguantar hasta mañana lunes a primera hora?

—Yo pienso que sí, jefe.

—Yo también.

—La cosa es que Bru está insoportable, sale en todas partes y el juez ya ha dicho que él, si no avanzamos en la investigación, le va a tener que devolver el pasaporte y al final acabaremos todos pidiéndole disculpas.

—Entiendo, Pardos. Pero si podemos aguantar, aguantamos. De acuerdo.

—De acuerdo, jefe.

—Usted disfrute del domingo y ya nos vemos mañana.

Alonso cuelga, vuelve a apagar el teléfono, se queda pensando, recuerda a Maica, su voz cuando volvía a la cama sin encender la luz, sus pies fríos, su pelo en la cara al volver a la almohada, recuerda a su padre, y piensa, con un escalofrío que lo sacude, si ser viudo se hereda.

ESCENA 30

«¿Y en dónde está la noche
de la noche?»

Hola, mamá:

Espero que estés bien y que la casa no se haya visto muy afectada por el huracán. Salisteis en las noticias de aquí, de España, porque comenzaba la temporada de huracanes en el Caribe. Supongo que no me cogías el teléfono porque las líneas se cortaron por la tormenta o algo de eso. La verdad es que me hubiera venido realmente bien hablar contigo. No te llamo ahora porque no encuentro mi móvil. Tengo aquí un ordenador en la habitación y he pensado en escribirte este correo, ya me llamarás, supongo, cuando lo leas.

Siempre que te escribo me lleno de supongos. Da igual, olvídalo.

Ha sucedido algo malo, ¿te acuerdas de mi amiga Lola? La conociste el año que viviste en Cuba, fuimos juntas a visitarte y le dijiste que te gustaba mucho su pelo. ¿Recuerdas que te regaló un cuadro azul que pintó y tú lo pusiste en el patio del árbol? Pues Lola ha muerto. No me veo capaz en estos momentos de darte detalles. Tan solo puedo decirte que está saliendo en todas las televisiones, de hecho, si pones allí el Canal 24 Horas, seguro que ves la noticia: «Joven periodista asesinada mientras continúa desaparecida una niña en Valencia». Todo el mundo habla de esto, mamá. Es la noticia del verano, las dos chicas de Valencia: una niña desaparecida y mi amiga Lola, muerta.

Yo estoy a salvo. Estoy en la villa de Benicàssim, esta que tanto os gustaba a papá y a ti, ¿te acuerdas de que tú decías que era como Biarritz por esas mansiones? Don Braulio y Angelita la tienen prácticamente igual que la teníamos nosotros. Vinieron a por mí ayer, con su chófer, y me trajeron casi a rastras. Pero ahora estoy mejor. Me gustaba ir al hotel Voramar con vosotros, cenar junto a la arena en su terraza, lo amables que eran todos, pasear luego cogida de vuestras manos, haciéndome saltar... Lo importante que me sentía al ver cómo nos miraba la gente al entrar en la villa, lo elegantes que íbamos, sobre todo papá y tú, parecíais actores famosos en Cannes. Aunque tú siempre digas que nada se puede comparar a tu querida Costa Azul, a tus pintores...

Mamá, no estoy bien. Solo quiero llorar. No entiendo nada de lo que me ha pasado en la vida. Siento un dolor muy profundo, entre los ojos y en el estómago, ahora tengo que llamar a la madre de mi amiga, y no sé qué decirle,

mamá. Igual que no quería que me dijeran nada en el entierro de papá, aunque tú me decías que no iba a venir nadie, que sería una ceremonia privada, y estuvimos solas, los únicos fueron don Braulio y Angelita, que tan bien se portaron. Me dio mucho asco la prensa, todos esperando a las puertas del cementerio, todo lo que nos dijeron, el olor de tu Ducados. Ahora me pasa lo mismo, no sé qué decirle a la madre de Lola. Me gustaría que me preguntara ella, mamá.

Esperaba tener más pena. Recuerdo que tú me dijiste, creo que fue en Roma, cuando me llevaste al Vaticano para que nos confesara el papa, recuerdo que me dijiste que hay un ojo de huracán de la pena, que al principio todo es desorden y el dolor te da vueltas y te marea, que hasta te cansa, pero que luego hay un momento, al poco tiempo, en que el dolor te decepciona, esperabas más, te quedas como decepcionada, pero que luego volverá, volverá como una tormenta que se te queda por dentro para siempre. Yo estoy ahora en ese ojo del huracán, no me queda dolor. Voy a llamar a la madre de Lola.

Balma busca su segundo móvil en la pequeña maleta que se hizo antes de venir, lo pone a cargar y llama mientras le indica a la chica del servicio que ha tocado a la puerta que enseguida bajará. En el fondo no quiere que se lo coja, pero:

—¿Dolores? Soy Balma. ¿Cómo está?

—Hola, Balma, *bonica*. ¿Ha vuelto ya Lola?

A Balma el huracán de dolor le vuelve a dar vueltas hasta marearla.

—Dolores, ¿usted sabe lo que le ha pasado a Lola?

—Esa de la tele no es mi Lola, te lo digo yo. Mi Lola no es esa.

—Dolores, la policía lo ha confirmado.

—¡Que te digo yo que esa no es mi Lola! ¡Que te lo digo yo! ¡Que mi Lola no puede ser ese guiñapo que me enseñaron! ¡Que no!

—Dolores...

—¡Mi Lola estará por ahí con las amigas! Lo que pasa es que se han confundido, por lo que sea, pero se han confundido y ahora me van a llamar para decirme que no, que el guiñapo ese será pues una pobre puta de esas que matan o...

—Dolores...

—Dile a alguien, a quien sea, que encuentre a mi hija. ¿Me oyes, Balma? Dile a quien sea que encuentre a mi hija y me la traiga a casa.

—Yo no...

—Diles que mi hija estaba contigo, diles que eso que me enseñaron no era mi Lola, diles que la encuentren, que hagan lo que haga falta, que se mueran todas pero que vuelva viva mi Lola. Díselo, Balma. ¿Se lo dirás?

—Pero, Dolores...

—Lola me dijo que había un agente que encontraba a las que desaparecían. Díselo a ese. ¿Se lo dirás?

—Se lo diré.

—Y dile a Lola que vuelva a casa, que me llame en cuanto pueda, que estoy preocupada. ¿Se lo dirás?

—Se lo diré.

—Gracias por llamar, Balma. Te cuelgo, que me están llamando, igual es Lola.

ESCENA 31

«Gatos indiferentes. Y un humo de tabaco
se iniciaba en el día
más hermoso y más largo del verano»

Los hermanos Pardo se criaron sin madre. La pobre mujer murió en el parto, su cuerpo no dio abasto a semejantes gemelos, ella que siempre había sido delgada como el tallo de un hinojo. Su marido, Pardo, dejó la crianza de los niños a la abuela, mientras que él se dedicó con afán a la pasión de su vida: construir su propia nave de cerdos. Cuando los niños fueron lo suficientemente mayores como para andar sueltos por la aldea sin acercarse a la carretera, la granja todavía no tenía tejado. Pasarían dos años más hasta llegar al verano de su primera comunión, cuando les regalaron sus dos primeros cerdos en la plaza del pueblo, donde se hacían los banquetes con sillas plegables de madera traídas del ayuntamiento y mesas con tableros y caballetes de la comisión de fiestas.

A partir de entonces, durante su adolescencia, los Pardos compartieron con su padre la obsesión por la granja de cerdos, y por no ir a la escuela. Eran felices, cada acontecimiento era una aventura, desde los partos a la llegada del camión para llevárselos, la granja de cerdos con su insoportable aliento de moscas en verano era el lugar más bonito del mundo para aquellos muchachos de catorce años.

Hasta que un día apareció un cerdo enfermo y a la noche murió. Por la mañana ya eran otros cuatro más. Llamaron al veterinario, le

indicaron con nombres los animales que habían enfermado. Pero la veterinaria, a la que no conocían, les explicó que era la gripe porcina, que estarían todos contagiados, que había que sacrificarlos lo antes posible.

Así terminó la explotación porcina de los Pardos. Con un precinto. Su padre se tiró al pozo ciego de los purines una noche para quitarse el insomnio. La abuela envió a los gemelos Pardo a un internado de curas en Valencia, los hermanos Salesianos, de allí no saldrían más que en días contados para ir de visita a la aldea. Sin poder evitar, al pasar por la nacional, mirar de reojo aquella granja cerrada.

Alonso Gracia observa a sus hombres de lunes, todavía con el sabor del café en la garganta y alguien que no apaga las noticias de La 1 en alguna televisión cercana:

—Cerrad la puerta. ¿Qué tal el fin de semana?

—Bien, jefe.

—Bien. Hoy es la Virgen del Carmen, la patrona de los marineros.

—Vosotros y el santoral... En fin. ¿Tenemos por fin la geolocalización del móvil de la periodista?

—No, jefe, no llega.

—Algo raro pasa, jefe.

—Ya, no entiendo. Dejadme que llame. ¿Habéis acabado el informe sobre la visita que hicisteis a los okupas?

—Casi, jefe.

—Vale, dejadme que llame y, antes del almuerzo, quiero ese informe encima de mi mesa.

—De acuerdo, jefe.

Alonso Gracia llama directamente:

—Buenos días, Aitor, soy Alonso Gracia, de la comandancia de Valencia. Oye, te llamo por una geolocalización que debíamos haber

recibido y no nos llega. Me gustaría saber si es que ha habido algún tipo de problema. Porque, sin revelarte datos, se trata de un caso muy urgente en estos momentos. ¿Cómo? ¿Corruptos? ¿Qué significa datos corruptos? Entiendo. ¿Y eso es muy habitual dentro de la localización telefónica? Raro, muy raro. Entiendo. Pero entonces, ¿va a ser imposible obtener ese posicionamiento o simplemente es que va a retrasar el resultado? ¿Imposible? Entiendo. No tenemos datos, como si la víctima hubiera ido sin teléfono. Ya, ya. Sí, sí, una vez entre un millón, pero nos ha tocado precisamente en este caso. ¿Nos vais a remitir un informe? Vale, en cuanto la compañía os lo envíe a vosotros. Claro, porque yo tengo que explicárselo al juez que autorizó la solicitud de esa localización. Claro, claro. Entiendo. Pues nada, Aitor, si por casualidad se arreglaran esos datos corruptos, te ruego que me lo hagáis saber lo antes posible. Gracias, Aitor. Tú también. Buen día, buen día.

Cuelga y coge otro teléfono distinto:

—¿Señor juez? Buenos días. Soy el sargento Alonso Gracia, de la comandancia de Valencia, por el caso de Dolores Ledesma Abril, la periodista que apareció muerta en el canal de riego. Pues le informo de que la solicitud de geolocalización por triangulación de antenas de telefonía ha dado resultados nulos al haberse descubierto que los datos enviados por el teléfono estaban corruptos. Lo cual significa que se han perdido y no parecen recuperables. De modo que la pista principal que teníamos para identificar el escenario del crimen y a los posibles autores acaba de desaparecer. Por supuesto, su señoría, seguiremos investigando y le mantendremos informado. No, señoría, todavía no tenemos nada nuevo sobre Raúl Bru. Tenemos el pleno convencimiento de... Ya, sí, entiendo su posición, claro, claro. ¿Su pasaporte? Sí, por supuesto, cuarenta y ocho horas. Entendido, señoría. Muchas gracias. ¿Señoría? ¿A usted también le resulta

extraña esta pérdida de datos del teléfono? Ya, sí, sí, disculpe, le mantendremos informado.

Alonso Gracia todavía se toca el anillo de casado, lo gira en su dedo mientras piensa en todas esas teorías de la conspiración que envolvieron este caso en 2009, cómo le advirtieron de que ya entonces se encontraron con errores en las autopsias, fallos garrafales en los alzamientos de cadáveres, pérdidas irreparables de pruebas que hacían pensar que una mano negra y poderosa estaba estorbando para que la investigación nunca identificara a los verdaderos culpables. ¿Y si ahora también les está pasando? ¿Y si hay alguien desde arriba, con el suficiente poder, que ha conseguido que la propia compañía de teléfonos elimine los datos de un terminal solicitados por un juez? Si los delincuentes, si los malos, que dice él, han llegado hasta tan arriba, significa que todo está corrupto, que los buenos han perdido, como en *El Señor de los Anillos*, su libro preferido.

—¿Se puede, jefe?

—¿Se puede?

—Sí, Pardos, ¿qué sucede?

—Nos han dicho que no han podido sacar los datos del teléfono de la periodista.

—¿Eso es verdad?

—Es cierto.

—¡Qué putada, jefe! A nosotros, la visita al picadero donde dejaron el Patrol tampoco nos dio mucho. Eso está lleno de okupas.

—Se lo hemos puesto en el informe, jefe.

—Lo leeré.

—Allí, el que manda es un tío así flaco con rastas y un tatuaje en la cara. Un tal Mariano López, nos dijo. Lo tenemos identificado, un

tipo que se arruinó en bolsa hace como diez años y desde entonces se hizo alternativo.

—Él dijo antisistema.

—Eso. El caso es que nos dijo que sí, que a él le alquilaron el picadero esa noche sin darle explicaciones, que le pagaron como doscientos euros y él se fue a dormir al monte en una tienda de campaña con dos hippies de esas que tiene.

—¿Podéis hablar con un poco de propiedad, por favor?

—Bueno, usted ya nos entiende.

—Que se fue a follar al monte.

—Pero con propiedad, jefe.

—El caso es que, cuando volvió, no notó nada raro. Había huellas de coche y alguna mancha de aceite entre el polvo donde lo debían de haber dejado aparcado. Se olvidó.

—Pero cuando le dijimos que ese era el coche con el que habían secuestrado a la niña, no pareció sorprenderse.

—Ese lo sabía, jefe.

—Y seguro que sabía también quién se lo llevó.

—Pero no quiere hablar, dice que somos esbirros sociales.

—Yo le daría una hostia a mano abierta, jefe.

—Pero con propiedad.

—Dejaos de hostias por ahora.

—¿Y usted se cree lo de la antena, jefe?

—Pues claro que me lo creo, nos lo tenemos que creer. Lo contrario es un imposible.

—Pues nosotros no nos lo creemos, jefe.

—Ni nadie en la comandancia, jefe. Todo el mundo piensa que hay alguien arriba que está estropeando la investigación.

—Les pido por favor que yo nunca oiga de su boca que apoyan semejantes ideas.

—Pues no lo oirá, jefe.

—Pero es difícil no creérselas.

—Bien, ya está, no sigan por ahí. El caso es que estamos de nuevo sin nada. ¿En el depósito de vehículos consiguieron averiguar algo?

—Nada, jefe. El Sandokán ha desaparecido, tenía orden de presentarse todos los días, pero nadie sabe dónde está. Y cada vez que encontramos a alguien nos acaban diciendo que lo busquemos en las Casitas Rosas.

—Y allí no nos quieren, jefe.

—Ya, tres vías de investigación y las tres son callejones sin salida.

—Pero nosotros tenemos una pista, jefe.

—¿Qué pista?

—El vídeo que nos enseñó, el que le mandó la periodista a su amiga.

—Sí, ¿qué han visto en ese vídeo?

—Póngalo, jefe.

—Mire, ¿ve el tejado? Tiene placas solares.

—Cierto, como miles de viviendas unifamiliares en la provincia.

—Pero mire el trozo de piscina que se ve, se ve una forma como de carta de póker, como un trébol o algo así, ¿lo ve?

—Sí, lo veo. ¿Y qué queréis hacer con esos dos indicios? ¿Rastrear todas las casas con piscinas raras y placas solares?

—No, jefe. Bueno, sí. Eso fue lo primero que pensamos.

—Y que sí, que al principio la hemos buscado con Google Maps.

—En lugar de hacer su informe, jefe.

—Muy bien, habéis buscado un chalé con piscina rara y placas solares en las inmediaciones de Valencia, ¿y me vais a decir que habéis tenido la inmensa suerte de encontrar uno?

—No, jefe. Eso era imposible. Como buscar una aguja en un pajar.

—Pero hemos preguntado en los foros de Google Maps si había alguna manera de buscar casas por forma o algo así.

—Y todos nos decían que no, que no hay una herramienta de búsqueda.

—Pero... por casualidad, leyendo sobre Valencia en esos foros de Google Maps descubrimos algo.

—En un par de foros se mencionaba como una leyenda que hay un chalé en una urbanización de Valencia que no se puede ver porque está pixelado.

—¿Cómo? ¿Eso se puede hacer?

—Teóricamente, no, jefe. Nosotros le pedimos hace años a Google que no saliera la granja de padre. Y lo único que nos hizo fue pixelar la fachada.

—Fue entonces cuando conocimos los foros estos.

—¿Por qué?

—No queríamos verla.

—Pero nos dijeron que eso era imposible.

—No dejo de sorprenderme, pero bueno, ¿han encontrado un chalé que sí que está pixelado por Google Maps? Aunque ustedes dicen que eso no se puede.

—Para nada, jefe. Solo pixelan bases militares y cosas de esas.

—El que haya conseguido que pixelen ese chalé tiene que ser un pez muy gordo, jefe.

—Entiendo.

Los Pardos ven cómo su sargento ignora su teléfono vibrando.

—A que es sospechoso, jefe.

—Mucho.

—Pues después de mucho insistir, en el foro nos han dado las coordenadas y hasta nos han conseguido una foto de antes de que lo pixelaran.

—¿Y a que no sabe qué hemos descubierto, jefe?

—Que tenía una piscina rara.

—Exacto, jefe. Pero no solo eso.

—Con las coordenadas le hemos dado la dirección a la compañía eléctrica para preguntarles si...

—¿Si tenía placas solares? —adivina Alonso Gracia.

—Exacto, jefe.

—¡Piscina rara y placas solares, jefe!

—¡Perfecto! ¡Tiene que ser ese! Traed un vehículo patrulla, yo voy llamando al juez. Hoy os habéis ganado el sueldo. ¡Y que apaguen esa televisión! ¡Estoy harto de ver a Raúl Bru en todas partes!

—Gracias, jefe.

Menos de una hora después, autorización del juez en mano, Alonso Gracia y los Pardos, acompañados de otros dos vehículos policiales y ocho agentes fuertemente armados, llegan a la puerta del chalé pixelado en la urbanización Santa Bárbara. La puerta de acceso grande está entreabierta y hay un contenedor de obra frente a ella.

Cuando la atraviesan, nerviosos, pistola en mano, descubren que sí, que ese es el chalé del vídeo que grabó la periodista antes de que la mataran. Una mansión que puede estar rondando el millón de euros en el mercado. Pero también descubren que hay como una veintena de albañiles destrozando el interior a mazazos.

—¡Guardia Civil!

Reaccionan como gatos en un corral al que acaba de entrar ladrando un perro: salen todos corriendo.

Cuando los acaben de perseguir, de detener, llegue el furgón, comprueben que no tienen papeles, que no saben el idioma, que no está la persona que los trajo esta mañana y les dijo que destrozaran

todo, absolutamente todo; entonces, solo entonces, Alonso Gracia comprenderá que sí, que hay alguien habitando Mordor de nuevo.

ESCENA 32

«He conocido el daño,
penetrar la navaja,
la incitación al miedo,
vivir insatisfecho, la negación más dura»

Dobón come con la boca abierta, desde que era pequeño, sopa de sobre, lentejas de bote, macarrones para microondas, sardinas en lata, menestra congelada... Dobón no sabe cocinar ni hacerse la cama, toda la casa huele fuerte, a esa mezcla de comida y axila. Verdugo lo observa a través del reflejo de la tele sucia, pues no le gusta que lo mire directamente, se pone nervioso y acaba metiéndole algún sopapo.

Hubo una época en que fueron puñetazos, se protegía la mano con el paño de cocina y le golpeaba la cabeza hasta que olía a sudor, Verdugo acababa por los suelos, la cara reventada, luego usaba el mismo trapo para limpiársela, con sus escupitajos. Verdugo callaba y no lo miraba a los ojos.

Dobón se pasa el día viendo la tele con el portátil en las rodillas, se duerme muchas veces así, con la cabeza torcida a las dos de la mañana. Pero tan solo ve páginas porno o se descarga películas de violencia; le encanta Tarantino. Como no puede ir al cine, como no podía abandonar esa casa, tenía que esperar a después del estreno en salas para descargarla, normalmente con una calidad muy mala, pero para él era un acontecimiento ver la última de Tarantino. Luego, una vez la había visto tres veces, interpretaba sus escenas

preferidas con Verdugo: le amenazaba con los dedos de pistola, le ponía la escoba en el cuello como una catana, le hacía el baile de *Pulp Fiction*, le repetía diálogos escupiéndole en la cara... Quizás alguna vez Dobón quiso ser actor.

El padre de Dobón sentía repulsión al verlo, cuando tenía doce años, lo descubrió durmiendo con su hermana pequeña, y lo sacó a guantazos. Después de la paliza de su vida, su padre lo echó de la planta baja que ocupaban cerca del puerto. Dobón empezó a robar y chupar pollas cerca de un semáforo, más o menos al mismo tiempo. Hasta que encontró a alguien que las chupara por él: un crío delgado y enfermizo como un gato sucio que sabes que no durará mucho. Y tenía razón, lo encontraron una mañana flotando, con una gaviota en la espalda.

Luego cambió su suerte, mientras se limpiaba el semen con un pañuelo de papel, aquel hombre sin cejas vio su talento, Dobón tenía un talento.

En los años que llevan juntos, Verdugo no recuerda haber visto tan nervioso y violento a Dobón, está descontrolado, le ha roto el recogedor en la espalda para levantarlo y le ha tirado el vaso al suelo cuando iba a bebérselo.

Ahora está hablando otra vez por teléfono. Dobón a veces mira el móvil cuando se enfada. No quiere más visitas, que no venga nadie, si viene alguien más, una puta visita más, él no se hace responsable de lo que pase. Pero parece asustado.

—¿Ha sido él?

Ha hecho la pregunta después de mirar el teléfono, como para asegurarse, se ha puesto de espaldas y luego, como si alguien lo estuviera oyendo, se ha girado hacia Verdugo, que solo mira la televisión, sentado al final del pasillo.

—Pero ¿ha sido él?

Verdugo aguarda, como cuando oyes un ruido raro por la noche.

—Yo solo le estoy preguntando si ha sido él. No me estoy yendo de la boca de nada. Usted dígame, por favor, solo sí o no. ¿Oiga? ¿Oiga?

Desde el otro lado del pasillo, como un murciélago en línea recta, el móvil se estampa contra la cara de Verdugo y una mancha de sangre salpica la tele donde sale Raúl Bru.

ESCENA 33

«La memoria es de vidrio [...]»

Una periodista vive de su teléfono móvil. Tenerlo apagado es casi un delito. Perderlo es casi peor que haber muerto. Por eso Balma está aliviada ahora que lo ha encontrado a buen recaudo en el despacho de don Braulio. Se ha permitido la aventura adolescente de registrar ese santuario de viejo abogado, lleno de cajones y armarios con llave, pero tampoco estaba tan escondido, o quizás ha tenido suerte de que se hubiera dejado ese cajón sin cerrar. Y ahora que lo ha cargado y encendido, ahora que comprueba que no era cierto, que no se había roto, que sigue funcionando, se preocupa y alegra, tiene mil llamadas perdidas, todas del trabajo, de su jefe, principalmente.

Balma come sola en la villa, don Braulio y Angelita están invitando a unos amigos en el hotel Voramar, donde toda la burguesía de Castellón quiere ser vista. Balma masca ensalada en la terraza mientras observa la playa cubierta de gente y agua azul. Piensa en Lola como en una gata querida, piensa en Australia, piensa en su jefe, piensa en Stephan, piensa en una isla de Australia a la que fue de excursión y en la manía que tenía Lola de hacer caca cuando ella entraba al cuarto de baño, su cuento preferido, *Pinocho*...

El móvil vibra encima de la mesa de azulejos y forja, Balma debe cogerlo, es su jefe, el director del periódico, le va a echar la bronca de su vida.

—Estamos en cuadro, Balma. Nos has pillado a todos en vacaciones. Nos has jodido. Estoy haciendo yo tu trabajo. Sé que lo

del dinero me vas a decir que te importa cero. Pero deberías pensar en el dinero que nos importa a los demás, en cómo afectan tus decisiones de niña rica a nuestros sueldos. Somos el único periódico que está sacando notas de prensa de la Agencia EFE en vez de noticias. Y nos preciamos de ser el primer periódico de Valencia.

—Lo siento, José Luis.

—No te llamo, no te he llamado estas últimas cien veces para que me pidas disculpas. Te llamo para que te despidas. Que al menos nos ahorres la indemnización por mandarte al paro.

—Deme diez minutos.

—No me hagas mandarte a la mierda, Balma.

—Por favor.

—Balma, de lo que tú me estás haciendo al asco no hay nada.

—Diez minutos, José Luis, por favor.

—¡No! ¡Ni diez ni uno! ¡Despídete ya! ¡No nos jodas más de lo que nos has jodido!

Balma tiene un nudo en la garganta, también porque piensa en quién habrá sustituido a Lola. De manera instintiva, como quien quita los restos de comida de un plato, limpia las llamadas perdidas. Hay una entre las muchas que le llama la atención, es Sandra Saura, directora de Sanitat, la conoció hace unos meses cuando dio la rueda de prensa de...

—Hola, ¿Sandra? Soy Balma Dalmau, del *Levante*, tenía una llamada tuya.

—Hola, Balma. Me gustaría comentarte algo, por eso te había llamado. ¿Te pillo bien?

—Pues... sí, claro.

—Vale, pues dame un minuto y te llamo con otro número.

—Okey.

De lo que recuerda que le contaron de Sandra Saura, sí que le suena que le dijeron que se acostaba con la otra directora de Sanitat, como que era una tía muy ambiciosa y que odiaba al conseller.

—¿Balma?

—Sí, Sandra.

—Este es mi número particular, si alguna vez lo necesitas, te invito a que lo uses. Bien, pues te cuento, hay algo raro en el informe psiquiátrico que mantiene a Verdugo encerrado en su piso.

—Vale. ¿Cómo de raro?

—El psiquiatra que lo evaluó primero dijo que Verdugo estaba mal, catatónico, que debía seguir medicado y atendido en su domicilio de por vida; sin embargo, un día después, sin motivo conocido, cambió su informe diciendo que Verdugo estaba bien, muy bien, tanto que debían prácticamente reincorporarlo al cuerpo.

—Vale, entiendo, un mismo psiquiatra primero dice no y luego dice sí. ¿Y tú, Sandra, tienes alguna explicación a ese cambio de opinión?

—Yo, sinceramente te lo digo, Balma, pienso lo mismo que estarás pensando tú, que alguien de arriba le dijo que cambiara su informe.

—Sí, te entiendo. Pero ¿tú has hablado con el psiquiatra?

—No, hablé cuando me informó de que cambiaba su informe, pero nada más. El psiquiatra se llama Alejandro Díaz, te puedo dar su teléfono si quieres.

—Claro, sí, sí. Pero, una cosa, Sandra. Tú, en esa conversación que tuviste con él, ¿le mostraste tu extrañeza por el cambio de criterio, le preguntaste?

—Sí, claro. Pero él me dijo, simplemente, que había analizado mejor los datos.

—Ya, entiendo. Pues sí, podría llamarle. Pero claro, por encima de él, ¿quién está?

—Pues estoy yo, por supuesto. Y por encima de mí, el conseller.

—¿Carles Roig?

—Sí, Carles.

—Entiendo.

—Balma, disculpa, me están llamando, tengo que colgarte, disculpa. Hablamos cuando quieras. Besos, besos.

En el Parador Nacional de El Saler, en una de las habitaciones que dan al campo de golf, Sandra Saura sale a la terraza cubierta solamente con la sábana, sentada a una mesa de teca, fumando un cigarrillo, la otra directora de Sanitat le pregunta qué tal ha ido la conversación.

—No es tonta, después de todo lo que pasó con su padre, habrá aprendido que nadie regala nada. Sabe perfectamente que la utilizo para acusar al conseller, el problema es si ella se da cuenta de que con esta información podría sacar a Verdugo de esa especie de arresto domiciliario al que lo tienen sometido.

—¿Cómo sabes que ella quiere ver libre a Verdugo?

—Lógica humana. Piensa en su amiga. La Guardia Civil no avanza una mierda en las investigaciones, ni por saber dónde está Aitana ni por descubrir quién asesinó a su amiga. Todos los periódicos acusan a la Guardia Civil de estar ocultando información, de que hay unos malos poderosos que nos manejan a todos y quedarán impunes. Todos los periódicos piden que se reincorpore Verdugo a la investigación, como si fuera un héroe que lo puede todo.

—¿Y Balma se va a creer ese cuento?

—La alternativa es que la Guardia Civil no encuentre nada.

—Pero sí que han encontrado el chalé donde la tuvieron retenida. Sí que han avanzado.

—Han avanzado, el sargento que lo lleva, Alonso Gracia, es de los mejores. Y es verdad que han identificado la casa en tiempo récord, pero les van por delante. El dejarles la casa vacía y a los marroquís destrozándola ha sido una muestra de que incluso dentro de la Guardia Civil les han podido informar, de que tienen chivatos en el propio cuerpo.

—No creo que esta chica se meta en eso, a investigar si hay topos dentro de la Guardia Civil.

—Yo tampoco, pero me basta con que ella quiera que reincorporen a Verdugo para que encuentre al asesino de su amiga. Si lo hace, si escribe un artículo pidiéndolo, nosotras habremos conseguido nuestro propósito, porque entonces Balma entrevistará al conseller para que le explique el lío de los informes. Y luego nosotras le podremos revelar, en plan confidencia, quién fue el hombre con quien se entrevistó Carles antes de ordenarme que mandase a un psiquiatra a casa de Verdugo para que emitiera un informe negativo.

—Pero entonces ella... si le dices que fue Ortiz... no sé. Si de verdad es periodista, buscará la relación y descubrirá lo de la UTE, lo de que algún tipo de soborno debió de pagarle Ortiz al conseller por las obras del hospital de Dénia. ¿De verdad crees que nos interesa que se destape todo eso? Piensa que nosotras somos parte del equipo del conseller.

—No, nosotras somos directoras técnicas, no somos cargos políticos. A nosotras no nos saltará la mierda, sobre todo porque no vamos a dar la cara por nadie desde el minuto cero.

—Pero tú, en realidad, ¿no sabes si hubo comisiones ilegales o sobornos de Ortiz al conseller?

—No, pero las hubo seguro. Créeme. Y lo mejor de todo es que no tenemos que hacer nada ahora, nosotras nos quedamos quietecitas, dejamos que esta Balma investigue al retrasado del conseller y, en

breve, te lo prometo, tú te estarás follando a la nueva consellera de Sanitat.

—Espera.

—¿Qué?

—¿Y qué pasará si esta Balma se emociona y va directamente al piso de Verdugo para saber por qué no quieren que salga? ¿Qué le hará Dobón?

—Pues seguramente le haga lo que no pudo hacerme a mí, y entonces habrá una denuncia, encerrarán a ese hijo de puta, yo me encargaré de que en la cárcel lo violen hasta que no se acuerde de su nombre, y al final, con todo el escándalo, filtraré a la prensa que el puto conseller no quería que Verdugo saliera de ese piso y estaré muy cerca, muy cerca, igualmente, de que dimita.

—¿Te estás oyendo? Vas a enviar a esa chica a que la violen para tú poder ser consellera de Sanitat.

—Tendremos que correr ese riesgo... —Se produce un silencio—. Paradojas de la vida.

ESCENA 34

«Cae la noche, se borra más mi vida,
y no recuerdo nada de la felicidad»

Viajar en tren es algo antiguo, del siglo pasado. Balma ve el mar desde su ventanilla. El trayecto desde Benicàssim hasta Valencia dura poco más de una hora de traqueteo, porque intercala paradas aburridas en medio de andenes abandonados y paradas concurridas, repletas de bañistas que bajan a la playa mientras ella encoge las rodillas, sonríe con esfuerzo, les deja sentarse a su lado, con los móviles en las manos, riendo, las toallas en las mochilas. Balma no se quita las gafas de sol ni el sombrero.

Una vez detenido en Valencia, tras los ruidosos andenes, sí que se atreve a llamar a don Braulio y a Angelita para decirles que, como siempre, está muy agradecida, que los quiere mucho, pero que tenía que volver a casa. ¿Excusas? Todas: que la iban a despedir del trabajo, que se había dejado la nevera llena, que tenía que superar lo de Lola, que debía resolver lo que le había pasado, que debía encontrar a Stephan... Pero no se lo cogen y sigue andando, saliendo de la Estación del Norte, respirando un aire ardiente en un intento desesperado de no perder su trabajo.

Lo peor que le puedes hacer a un puzle.

Escribe esa frase en Twitter, aunque no cree que nadie la lea, incluso que nadie la entienda. Su Twitter no es precisamente el de una periodista de investigación: no sigue a los medios, no retuitea, no da corazones... En definitiva, no lo usa, no avanza noticias como

hacía Lola, ella sí, ella para eso estaba muy al día. Balma escribe sus cosas, frases que le vienen a la cabeza, a veces hace fotos que le parecen bonitas...

Voy a sacar de la cárcel a un verdugo.

Tampoco obtiene impresiones, cero, ni corazones ni nadie que lo amplifique. Su mensaje se queda ahí, en ese limbo de internet que nadie ve mientras ella viaja en taxi por el centro de una ciudad en plena ola de calor: botellas de agua, sombra, turistas con gorras, termómetros ardiendo y niños bañándose en las fuentes.

Balma se imagina que será fácil, ahora que sabe que el conseller está implicado, que la directora está de su lado, confía en que el trabajador social que esté atendiendo a Verdugo se impresione, comprenda que, si se niega, tendrá problemas con sus jefes. Y así sea tan razonable de dejar que se lleve a su paciente por las buenas. Es lógico, nadie quiere problemas. Con esa bondad y confianza en el ser humano, Balma se planta frente a ese portal de barrio alejado y llama al timbre del piso de Verdugo a las siete de la tarde de un lunes.

—¡Te voy a follar por el culo!

Dobón sujeta a Balma contra la mesa del comedor llena de suciedad, migas y restos de comida. Ella al principio intentó correr, huir; y es que cuando llamó abajo le abrieron sin preguntar, tan solo con oír su voz. Luego, arriba, aquel enfermero desaliñado la recibió con una especie de sonrisa, con amabilidad, le dijo que pasara, que por supuesto, lo que ella quisiera, claro que podía entrevistarse con ellos, claro que sí, por supuesto, pero mientras lo decía, Dobón cerraba la puerta con doble vuelta y quitaba la llave.

Balma vio a dos hombres, uno sentado, que la observaba a través del reflejo del televisor, inerte, como muerto, seguramente drogado hasta las cejas, y otro sucio, violento, que la había intentado agarrar

del brazo a la primera. Balma se asustó enseguida, pensó en Lola, corrió por el pasillo, salió a la cocina buscando chillar por la galería, pero la puerta estaba cerrada, lo intentó, pero el enfermero le agarró la cabeza y le tapó la boca, la arrastró por el pasillo tirando de su cuello, dejándole que le mordiera la mano, le sabía a sudor de ropa interior, la llevó hasta el comedor mientras jadeaba y miraba a Verdugo inerte, quieto frente a la televisión.

—Te has traído el vestidito perfecto, perra.

Dobón se refería al vestido de verano de Balma, ligero, de falda corta y piernas morenas, chanclas blancas, algo de escote y lencería cuidada por si se muestra en un descuido. Dobón la tiró contra la mesa de las migas, Balma estaba inmovilizada por los brazos, le levantó la falda mientras se sacaba su pene empalmado, colocándose entre las piernas de ella, le explica lo que le va a hacer en esa postura tan incómoda para ella, retirándole ya la ropa interior a un lado para observar con placer el objetivo que su prepucio ya busca mientras ella no puede hablar, está bloqueada, Balma llora con la cara contra las migajas.

Dobón recibe un golpe en la cabeza, le han tirado el mando de la tele, se ríe:

—¿Qué haces tú? ¿También te la quieres tirar? ¡Espera tu turno!

Pero Verdugo le está mirando, su cara está cambiando, como un puzle que vuelve a encajarse después de años:

—¡Déjala, Dobón! ¡Suéltala ya!

Dobón sigue apuntando con su pene a las nalgas de Balma:

—¿Ahora resulta que estabas despierto? ¿Qué has hecho todos estos años, engañarme? ¡Pobre inútil, si ni siquiera puedes levantarte, te has quedado atrofiado! ¡Mírame, me la voy a follar en tu cara!

Es cierto, los intentos de Verdugo por levantarse de la silla de ruedas se quedan en nada. Dobón se ríe, Balma llora, Verdugo se cae al suelo.

—Y ahora, disfruta, preciosa.

—¡Oriol sigue vivo!

Dobón se gira con su polla en la mano, apuntando a Verdugo.

—¿Qué dices, hijo de puta?

Desde el suelo, Verdugo insiste acercándose a ellos:

—¡Te mintieron! ¡Oriol no murió! ¡Oriol sigue vivo!

—¡Eso es mentira! ¡Lo dices para que no me la folle!

Balma reacciona gritando entre lágrimas de pánico:

—¡Es verdad! ¡Ha matado a mi amiga! ¡Tengo su vídeo en mi teléfono!

Con el pene más flácido, pero todavía encima de ella, Dobón le quita el móvil de la mano temblorosa pues había estado intentando llamar al 112 mientras él le apartaba la ropa.

—Mira en fotos, es la última —solloza con las migajas clavándosele en la cara.

Dobón se guarda la polla dentro de los pantalones mientras Verdugo repta hasta su lado y se apoya en la pared para sentarse en el suelo, incorporarse a los pies de Balma, que ha perdido una chancla, sin dejar de apretarle la cabeza contra la mesa.

—¿Ves como te mintieron?

Dobón observa la pantalla del móvil con detenimiento, el rostro blanco sin cejas. Se le encoge el pene.

—Ella dice la verdad —le insiste Verdugo—, Oriol ha estado escondido, pero ahora ha vuelto, y lo primero que hará será ir a por ti, Dobón.

—¡Cállate! ¡Él no sabe que yo estoy aquí!

—¡No seas idiota, Dobón! ¡Lo sabe Oriol y lo sabe todo el mundo, le diste una paliza a ese hombre, al padre de la niña, salió en la televisión! ¡Claro que Oriol sabe que estás aquí! ¡Tú te has delatado! ¡Y te mintieron, Dobón, todos te mintieron! ¡Ahora no va a haber nadie que te proteja! —le asusta Verdugo.

—¡Cállate!

Dobón marca un número de teléfono en el móvil de Balma, espera sujetándola por los brazos, pisando a Verdugo para que no se levante.

—¡Mierda! ¡Joder!

Tira el teléfono al suelo de rabia pues no se lo han cogido.

—Vete, Dobón, vete lo antes posible.

—¡Joder!

Dobón mira a su alrededor con ira, con miedo, sin orden ni concierto.

—¡Joder! ¡Me la follo y me voy!

De nuevo empalmándose, le arranca la ropa interior a Balma, que intenta defenderse, vuelve a sacarse el pene mientras le aparta las nalgas morenas y observa el objetivo redondito que ahora su polla enfrenta para hacer fuerza y... Verdugo lo tira al suelo, sin poder incorporarse, pero lo tira al suelo, lo bloquea, se tumba encima de él, de su erección, de sus puñetazos, de su mal aliento, haciendo fuerza con todos sus músculos para que no pueda levantarse, le da cabezazos, le muerde, lo intenta golpear con unos miembros que todavía no le responden. Igual que a Dobón.

—¡Quita, joder!

A patadas se lo quita de encima mientras Balma corre a esconderse en una esquina tras el sofá, Dobón se levanta, de mala hostia se guarda la polla blanda, se abrocha la bragueta mientras

Verdugo intenta hacerle daño como un perro atropellado, pero lo para pisándole el cuello con el zueco sucio.

—¡Me voy, mentiroso de mierda! ¡Me voy para que no me encuentre Oriol! Pero no te olvides, volveré a por vosotros. —Los mira advirtiéndoles con el dedo—. ¡Y entonces lloraréis pidiendo que solo me la folle!

Llave dando vueltas. Portazo. Silencio. Ruido de personas haciendo fuerza por levantarse tras una pelea.

Esa fue la primera vez que Verdugo y Balma estuvieron a solas. Pasaron segundos hasta que ambos volvieron al presente:

—¡Balma! Balma, mírame, reacciona, por favor. Ayúdame a levantarme, por favor.

Hay algo de decepción en la mirada de Balma hacia ese gusano de hombre que se arrastra por el suelo mientras ella intenta dejar de temblar y volver a ponerse las bragas rotas bajo el vestido. Se ha equivocado, no puede pensar otra cosa, sino que se ha equivocado, que se ha vuelto a equivocar, que casi la violan por meterse donde no la llaman.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Con mucho esfuerzo, apoyando la espalda contra la pared, Verdugo se pone en pie. Es mucho más alto que ella, casi le ha cambiado hasta la voz.

—Recoge tu teléfono. Me voy a tener que apoyar en ti para salir a la calle.

Pero al hacerlo, al sentir ese pesado cuerpo sobre sus hombros, Balma se olvida del dolor. Sorprendentemente, como una medicina dulce, por primera vez en su vida no tiene dolor, pese a lo que acaba de vivir con la cara pegada a una mesa sucia de migas.

—¿Estás bien?

—Pesas.

—Llevo trece años sentado.

—Lo sé. Es posible que haya periodistas en la puerta.

—Entonces para, no podemos salir por ahí. Llévame al rellano del edificio. Hay un acceso a la rebotica de la farmacia que hay en la calle de detrás, con suerte nos abrirán y podremos salir por ahí sin que nadie se dé cuenta. Si no han cerrado.

Los farmacéuticos son amables. Quizás algunos son tan jóvenes que no lo han visto nunca, que solo han oído hablar de ese hombre que vivía arriba consumiendo medicinas. Salen a la calle de atrás, casualidades de la vida, una anciana baja de un taxi. Balma ayuda a Verdugo a subirse. Le sorprende que no haga ruido. La última vez que subió a un coche, no existían los eléctricos. Verdugo mira alucinado la calle después de trece años, como un niño al que tuvieron encerrado en una cápsula del tiempo.

—¿Adónde vamos? —pregunta el taxista.

—A Dénia —le responde Balma.

—¿Calle Dénia? ¿Qué número?

—No, no —le corrige—. A Dénia. Vuelvo a casa. Usted acérquenos a la Estación del Norte.

Y Verdugo sintió, por unas horas de verano, que el tiempo no había pasado, que los trenes eran iguales, que no había perdido trece años, sentado, mirando el mar por la ventanilla en lugar de una sucia tele.

ESCENA 35

«Después la nada es ciega, y es gorda la sordera,
sólo al principio tasta, lo que hiede,
y el tacto del vacío resume la existencia»

Los hermanos Pardo pueden estar juntos callados durante días enteros, con sus mañanas, sus noches y sus tardes. A veces, Alonso Gracia entra en su despacho y se los encuentra así, callados, con sus uniformes verdes y sus pequeñas calvas incipientes, como perros a los que olvidó darles la última orden.

—¿Qué le han dicho, jefe?

—¿Cómo saben ustedes que vengo de arriba?

—Todo se sabe, jefe.

Alonso Gracia se sienta en su mesa y deja los teléfonos móviles encima, se toca los ojos cuando piensa:

—Ya han mandado los resultados de ADN de las muestras de pelos que tomaron en el chalé de Santa Bárbara y del cuerpo de la periodista. Han tardado más por algo que no han sabido explicarme, pero al final todo ha coincidido.

—Es el ADN de Oriol, ¿no?

—Sí, es Oriol. En los dos. Sin margen de error posible. Por lo tanto, fue Oriol quien estuvo escondido en esa casa durante estos trece años y también fue Oriol quien violó y asesinó a Dolores hace dos días.

—Lo sabíamos, jefe.

—En cuanto entramos allí, se lo dijimos.

—¿Y lo saben los de arriba, jefe?

—Sí, por eso hoy tenía esa reunión con ellos. Porque ahora todo se complica y nos están metiendo presión a nosotros.

—¿Eso es bueno o malo, jefe?

—Pues lo primero que van a hacer es poner más hombres a mi cargo, que también estarán a vuestras órdenes; lo segundo es exigirnos dos informes diarios, a mediodía y a medianoche; lo tercero, nos mantienen al juez especial encargado del caso y, lo cuarto, nos informan de que lo más probable es que haya un topo informando de todo.

—¿Un topo?

—¿Informando a quién, jefe?

—Un topo. No saben más, saben que ha habido filtración de información sobre la autopsia y que solo ha podido ser filtrada desde aquí, de modo que no solo tenemos que andarnos con ojo con la información que obtenemos, sino también con la que damos, porque ahora todos somos sospechosos.

Los Pardos se quedan unos segundos callados, pensando en los posibles candidatos a topo. Pero enseguida vuelven a su particular interrogatorio:

—¿Se sabe si Oriol vivía solo en la casa, jefe?

—Evidentemente hay más pelos y muestras de ADN en la casa, pero, tras la invasión de los albañiles, identificar muestras llevará meses, o incluso años.

—Pero, jefe, que nos digan a nombre de quién estaba la casa y ya nosotros empezamos a tirar de la manta.

—Eso, habrán mirado el registro.

—Lo han mirado, sí. Y no hay nada. Esa casa no existe.

—Eso es imposible.

—Imposible, se lo decimos nosotros.

Alonso Gracia niega con la cabeza:

—No hay datos, ni en Hacienda, ni en el Ayuntamiento. Ni agua, ni luz...

—Ah, por eso tenía las placas solares.

—Pero alguien tuvo que firmar algo, jefe.

—Nadie, no hay documentación sobre ese chalé, como si hubieran cogido el archivador y lo hubieran robado. Lo más que han conseguido rascar es alguna empresa de estas fantasma en Panamá, pero nada que podamos investigar.

—Eso es que aquí hay alguien gordo, jefe.

—Eso es, jefe. Oriol solo no pudo hacer todo ese papeleo.

—No sean como el resto de la gente. No empiecen a inventar teorías de la conspiración. La realidad es mucho más cruel que todas esas mentiras que se están inventando. Un asesino, el peor asesino que ha conocido este país, sigue vivo y se nos ha escapado. Esa es la única verdad.

—Pero todos los periódicos insisten en que hay peces gordos detrás de esto.

—Dicen también que nosotros estamos amenazados.

—Lo sé. Lo he estado hablando con los mandos.

—Eso no es bueno para nosotros, jefe.

Alonso Gracia se queda un segundo pensando:

—Precisamente nosotros somos los agentes con menos familia del cuerpo, ustedes son huérfanos y yo viudo, no creo que esos peces gordos puedan hacernos mucho daño.

—No se fíe, jefe.

—No me fío, Pardos. Pero el que debe darnos miedo se llama Oriol.

Silencio.

—De todos modos, tened —les entrega una carpeta—, revisad los agentes que os han asignado y divididlos en las líneas que tenemos pendientes: Lola, Ignacio Sales, Raúl Bru, Sandokán, el Nissan Patrol y...

Alonso Gracia contesta con monosílabos a una llamada del móvil importante, el que suena poco pero siempre debe coger, mientras los Pardos se miran entre ellos como intentando adivinar qué le estarán contando los jefes. Cuelga. Los mira.

—Y ahora añadid una más: ha desaparecido Verdugo.

ESCENA 36

«Un día no serás, y nunca el mundo
sabrá que pudo ser siempre más bello
con sólo retenerte»

Dénia, esa hora de la siesta en verano, ese silencio de mar cerca, también dormido, buscando una sombra. Fue siempre una finca de naranjos, construida por aquella burguesía valenciana de principios de siglo, con su gusto por lo tradicional, las paredes blancas y las contraventanas de madera rodeando un patio con alberca, ahora lo llaman piscina de piedra, pero siempre fue la balsa donde almacenar dentro el agua del riego, donde bebían las bestias, donde refrescarse las noches de verano como hicieron nuestros padres mientras la juventud les habitó.

Balma despierta como dormida, todavía soñando, no recuerda dónde está, cómo ha llegado hasta esa cama, ese cuarto, esa casa suya en penumbra... La luz del sol entra en líneas rectas por las lamas de la mallorquina. Ahora recuerda, despertó a mediodía y volvió a dormirse. Oye algo en el patio interior, no en la pared que da al mar y a los naranjos. Se asoma a ese pequeño balcón interior, en la alberca flota un cuerpo de hombre desnudo, de bruces contra el agua, inmóvil, ella lo observa como a un herido de guerra, no le causa pudor mirar, se oye una suave brisa contra las cortinas. Verdugo saca la cabeza del agua, flota vertical en la piscina sin dejar de mover los brazos, intenta nadar, ordenar su cuerpo entumecido,

bracear, patalear, pero acaba dando vueltas como un niño musculoso.

—¿Cuánto tiempo llevas intentándolo? —le saluda desde el piso de arriba.

—El mismo que tú has dormido. Buenos días —le responde Verdugo con un tono de amabilidad sincera en sus palabras, pero sin dejar de hacer fuerza.

—Querrás decir buenas tardes —le corrige Balma.

Verdugo duda un segundo:

—Se me ha pasado el tiempo.

—¿No has comido, no has dormido, llevas todas estas horas metido en el agua? —se sorprende Balma.

—Llevo trece años sentado... Encerrado... Tumbado... Esto es lo más parecido a volver a estar vivo —le explica Verdugo tragando agua.

—Entiendo.

—No, no lo puedes entender —le contesta con un tono hosco que luego suaviza con una propuesta—. Para eso tendremos que hablar largo y tendido.

—Espera, bajo y preparo algo.

Aunque parezca una tontería, aunque todavía tenga el terror en el cuerpo, Balma se mira un instante en el espejo que hay bajando las escaleras, el de cuerpo entero; así, cuando sale al patio, se ha quitado las legañas, está un poco menos despeinada. Se sienta, con los pies metidos en el agua, mientras Verdugo sigue intentando nadar, respirar, no ahogarse buceando con ese cuerpo grande que le desobedece después de tantos años atrofiado.

—¿Cómo te llamas en realidad? Porque todo el mundo te llama por tu apellido, Verdugo, pero nadie sabe tu nombre.

—Modesto, Modesto Verdugo —le responde él sin dejar de esforzarse por flotar—. Pero nunca nadie me llamó por mi nombre, ni siquiera mi madre, que no eligió ni el uno ni el otro.

—¿Y cómo te llamaba ella?

—Corazón —pronuncia él con mucho cuidado. Y añade—: Corazón de perro.

—¿En serio? —se sorprende Balma con ese gesto de echarse un poco hacia atrás—. ¿Por qué?

—Mi madre era muy especial —Verdugo sonríe al recordarla—, mi madre decía que yo tenía corazón de perro. Un perro siempre obedece a su amo, no importa si le pegan o lo abandonan, un perro siempre es fiel a su amo. Mi madre decía eso, que yo era tan fiel como un perro. Por eso me llamaba así, Corazón, nunca Modesto.

—Qué bonito. —Balma asiente pensando en la frialdad de su propia progenitora.

—Aunque, en el fondo, los dos sabíamos que eso también significaba que desobedecíamos a mi padre. Era un gesto de rebeldía, él eligió mi nombre, mi primer apellido también era suyo, pero nosotros decidimos cambiarlo. Ella siempre me decía, me sentaba en sus rodillas frente a la lumbre, me pasaba la mano por el pelo y me decía: «Ojalá, Corazón, tú sí que encuentres a alguien que te quiera para ese corazón de perro que te he dado». Y me daba besos. Mi madre era muy especial. —Parece que Verdugo llevaba mucho tiempo sin un buen recuerdo. Sonríe flotando.

—¿Murió?

Verdugo tarda un segundo en contestar:

—No aguantó. Un día nos levantamos y había bebido lejía en la cocina.

Balma se impresiona, se lleva la mano a la boca, como notando el sabor, la quemazón por la garganta:

—¿Y tu padre?

—Mi padre era un hombre extremadamente duro, chapado a la antigua, me dijo que la tapara con el mantel de la mesa y que fuera a llamar a Basilio, el juez de paz.

—¿Cuántos años tenías?

—Once.

—Pobre...

Verdugo intenta recordar las normas de conversación más allá de su enfermero crónico gritándole. Recuerda que había que preguntar al otro también, ser empático:

—Balma, tu nombre es bonito, no lo había oído nunca.

—Gracias. —Balma tiene un gesto de cortesía con media sonrisa.

—Tú también has tenido lo tuyo, Balma. La última vez que te vi, por televisión, eras una niña, en el entierro de tu padre. Le cogías la mano a tu madre y mirabas a todo el mundo con odio. Entiendo que traerme aquí te habrá costado un gran esfuerzo. Y te lo agradezco. Pero no creo que lo hayas hecho solo por mí. ¿Te puedo preguntar por tu motivo? —Verdugo le observa los pies metidos en el agua, cómo los mueve ahora que se ha puesto nerviosa.

—No lo sé. Supongo que no me dejaste que te abandonara en ese piso. Pero en realidad no sabía dónde esconderme... Tengo miedo y aquí me siento segura. Esa es la verdad. Tengo un miedo físico. No solo por lo que me pasó en tu piso. Es por todo, por Oriol, por mi amiga... No quería quedarme sola, aunque te parecerá una tontería porque tú no puedes ni moverte. Pero tengo miedo, no quería quedarme sola, me da miedo que Oriol me haga lo mismo que a mi amiga Lola.

—¿Te refieres a esa Dolores Ledesma, la periodista? ¿La conocías?

—Sí, era mi amiga, mi mejor amiga, mi única amiga. —Balma llora secándose las lágrimas con los puños apretados de rabia.

—No sabía que era amiga tuya. Lo siento. Lo vi en las noticias. Salió en todos los telediarios. Decían que podía tener que ver con la niña desaparecida, que era una periodista siguiendo este caso. Pero no se atrevían a señalar todavía a un sospechoso. ¿Tú sabes algo más? —Verdugo es cauto.

Balma pone una cara misteriosa:

—Me dijeron que no podía contar nada...

—¿De qué? —se interesa Verdugo.

—Pero supongo que tú eres la única excepción en la que no pensaron.

—¿Quién? —Se acerca un poco para oírla mejor.

—Yo entregué un vídeo a la Guardia Civil que había grabado mi amiga Lola en un chalé justo antes de que la mataran, en ese vídeo se ve a dos personas, una de ellas es Oriol.

—¿Ese es el vídeo que vio Dobón? —la interroga Verdugo—. ¿El de tu móvil? ¿Puedo verlo?

Balma asiente. Va a la cocina con los pies mojados y vuelve. Se lo muestra agachándose:

—Uno de los guardias civiles novatos que tenías entonces ahora es sargento. Lleva él la investigación. Y me dijo que no podía enseñarle este vídeo a nadie. —Se miran a los ojos—. Aunque no creo que contara contigo.

Pero Verdugo no la escucha mientras observa con detenimiento esos segundos entre hojas de un árbol:

—Oriol... —Verdugo pronuncia su nombre hasta dejarlos a ambos en un incómodo silencio.

Balma mete las manos en el agua y se las lava con un gesto instintivo. Luego le pregunta:

—¿Cómo sabías que tu enfermero le tenía miedo?

—¿Dobón, mi enfermero? —Verdugo le contesta con sarcasmo despistado, sin dejar de pensar en ese ser vivo que ha visto. Por fin se acoda en el borde de la alberca y descansa—. Dobón tenía de enfermero lo que yo de cura. —Traga un poco de agua—. Sé que le tiene pánico a Oriol, tú también lo viste, pero no tengo claro el motivo. Lo sé porque de las mil veces que ha hablado por teléfono delante de mí estos años, novecientas noventa y nueve preguntaba si se sabía algo de Oriol. Y siempre le respondían algo que lo dejaba tranquilo.

Balma asiente para que Verdugo siga hablando.

—Pero estos días se los pasaba viendo las noticias... Habían vuelto a secuestrar a otra niña con el Nissan Patrol de Oriol, cambiaba de canal, habían matado a esa periodista, tu amiga, en una casa que Dobón decía que conocía, cambiaba de canal, se rumoreaba que había un vídeo, ese —le señala Verdugo el móvil—, en el que se veía a alguien muy parecido a Oriol... Apagaba la tele de mala hostia y al momento volvía a encenderla. —Verdugo traga agua—. Al final, Dobón empezó a entender con su corta inteligencia que le habían mentido siempre y que en realidad...

Balma le termina la frase, grave error de periodista:

—Oriol está vivo.

Pero a Verdugo no le molesta:

—Exacto. Y ahora, después de ver tu vídeo, Dobón estará más acojonado que nunca.

—¿Y sabes dónde lo pueden buscar? Te lo digo por decírselo a la Guardia Civil.

—No lo sé. Te diría que se habrá escondido hasta en una alcantarilla, pero es impredecible porque Dobón es muy miedoso. Cuando salió la primera noticia de que habían visto el Nissan Patrol y que se habían llevado a una niña del mismo camping que hacía trece

años, Dobón empezó a llamar por teléfono, empezó a ponerse tenso, se me echaba a llorar..., pero parecían calmarlo. Sin embargo, cuando ya pasó lo de tu amiga, cuando vio el nombre de Oriol en los titulares, entró en pánico, me hacía vigilar la tele a todas horas por si decían algo, salió a comprarse una pistola, no pudo, vino con un hacha y una cerradura nueva, bloqueó la puerta de la galería, no dormía... Estaba cagado de miedo.

—Ya, me sorprende por la violencia con la que me agredió. No parecía asustado, quiero decir.

—Dobón solo sabe expresarse con violencia, el desgraciado es lo único que ha recibido —le justifica Verdugo.

Balma se siente mal por el comentario, por esa defensa de quien le arrancó las bragas, aunque por suerte ella no vio nada de lo que le iba a hacer a sus espaldas, solo su mano chafándole la cara, el mantel y migajas. Pero le molesta mucho que Verdugo lo defienda. Su siguiente pregunta tiene bastante de desprecio:

—Pero... ¿por qué es tan cobarde? ¿Por qué tiene tanto miedo?

—¿Por qué? La solución es muy sencilla: tú no conociste a Oriol.

Balma se siente todavía más ofendida por esa nueva respuesta.

—No, evidentemente, yo tenía la edad de aquellas niñas cuando él las secuestró. No lo pude conocer.

—Porque tuviste más suerte que ellas. —A Verdugo le ha molestado esa frase de Balma, ese tono como de superioridad sin darse cuenta. Sobre todo, porque todavía le afecta recordar cómo tuvo que interrogar a los padres de Mónica y Sara; ellos tampoco pensaron que sus hijas pudieran conocer a Oriol.

—Supongo —le contesta Balma, tensa—. Pero tampoco mucha.

—Eras una niña rica, no te puedes quejar. Investigué a conciencia a tu familia.

Balma empieza a levantar un poco la voz, está molesta a un paso de enfadada.

—Mi padre se suicidó, mi madre me dejaba que me escupieran en el colegio y acabé viviendo en más países de los que puedo recordar a cambio de casi todo nuestro patrimonio. ¡Tal vez un poco sí que me puedo quejar!

—Hazlo.

—¡Lo acabo de hacer! —le grita.

Ambos callan durante unos segundos de respiración mirándose a los ojos. Quizás comprendiendo que ninguno de ellos tiene la culpa de los males del otro.

—¿Mejor? —le sonríe Verdugo.

—Sí, mejor —le devuelve la sonrisa—. De hecho —Balma se levanta apoyándose—, tengo hambre. ¿Tú llevas intentando nadar todas estas horas ahí dentro sin comer nada?

—Sí —responde escueto.

Balma inicia ese gesto de ir a levantarse, pero lo piensa mejor y hace una última pregunta:

—Pero ¿en realidad qué estás haciendo? Porque tienes músculos. —Se ruboriza al decirle eso a alguien completamente desnudo—. Quiero decir, si tienes fuerza, ¿por qué no la puedes controlar?

—En realidad, tengo los músculos vivos todavía porque me empeñé en ello, los contraía todos los días, pero llevo trece años sin usarlos. Creo que hay algunos que se han quedado atrofiados, mientras que otros sí que he podido mantenerlos. De manera que soy como un muñeco al que todavía no le funcionan todas las piezas.

—Entiendo. Pero te insisto en que deberías comer. —Balma se levanta—. Sal —le tiende la mano— y preparo algo.

—No. —Verdugo chapotea hasta ponerse fuera de su alcance.

—¿Por qué?

—Vi cómo me miraste en mi piso cuando estaba tirado en el suelo. No voy a salir, no me voy a volver a arrastrar delante de ti.

Balma se sorprende, pero piensa que ella haría exactamente lo mismo que él:

—Me parece bien, si tú lo ves así... Voy a preparar yo algo y lo traigo aquí.

Al cabo de media hora de sonidos y olores, ella vuelve con una bandeja que apoya en la orilla de la piscina, hay fruta y un entrecot que ha descongelado en el microondas. Verdugo engulle y sonríe al mismo tiempo.

—¿Te gusta?

—Ni te cuento. Llevo más de diez años comiendo potitos de bebé.

Balma se espanta:

—¡En serio!

—Dobón no iba a cocinarme... Me conozco todos los sabores de papillas para niños. Mi preferido era el de compota de manzana.

—¡Trece años comiendo potitos! ¿Te hago otro entrecot? ¿Quieres?

—Sí, todos los que tengas, por favor. —Verdugo le sonríe con la boca llena.

Anochece tarde, aparecen los primeros murciélagos relevando a los vencejos, algún grillo trasnochador indica que será otra noche cálida, el olor de los campos de naranjos recién regados lo inunda todo como la oscuridad que los va rodeando mientras Balma enciende los faroles diseminados por el suelo.

—¡Yo reconstruí esta casa! —le cuenta desde la otra punta del patio.

—¡Perdona! ¿Qué has dicho? —saca Verdugo la cabeza del agua para oírla mejor.

Vuelve a acercarse a la piscina donde Verdugo sigue intentando flotar como un inválido que se ha caído de un barco. Balma le señala a su alrededor, por encima de ellos:

—Esta era la casa de mis abuelos paternos, cuando nos fuimos, tras lo de mi padre, la casa y los campos quedaron abandonados durante años. Cuando volví, estaba todo roto, abandonado, lleno de hierbas, robado... Me pasé dos años aquí, yo sola, reconstruyendo la casa: le devolví la luz, volvió a correr agua por los naranjos, recuperé los pozos, reparé los tejados, lijé, barnicé, enyesé, construí... Pasé dos años sin decirle al mundo que seguía viva, que había vuelto, reconstruyendo esta casa desde sus ruinas.

—¿También reconstruiste tu vida? —Verdugo quiere demostrar que la entiende.

—Sí, también, tuve tiempo para pensar, para buscar mis raíces, para entender quién era y quién debía ser, para recuperar el orgullo de mi familia, de ser una Dalmau... Y para saber que mi padre era inocente.

Verdugo se queda en silencio flotando en el agua. Balma insiste con una pregunta de dura respuesta:

—¿Tú lo viste?

Verdugo asiente.

—¿Y no crees que fuera inocente?

—Lo que yo vi, y esto supongo que no lo vas a querer oír, fue a un hombre culpable. Todo allí, todo lo que lo rodeaba, le estaba señalando a él como culpable. Esas fotos eran incontestables.

—Vale, bien, lo sé. Pero ¿y no pudieron ponérselas adrede para tenderle una trampa? ¿Obligarle a hacérselas? —Los gestos de Balma describiendo con las manos son esquivos.

—Puede ser, pero... ¿qué necesidad tenían Oriol o Dobón de inculpar a tu padre? Y lo segundo, ¿qué coño hacía tu padre allí?

—¡Lo obligaron!

—¿Lo obligaron a todo?

—¡Sí!

Verdugo intenta no sonar demasiado condescendiente en su respuesta:

—Te entiendo. Pero... yo no lo pienso.

Pero no lo consigue. Y Balma le levanta la voz:

—¡Y no has pensado en que tuvo que haber alguien más allí para hacerle esas fotos!

—Sí, es evidente. Ese alguien era Oriol. Yo lo vi salir de la casa con la niña y subirse al Patrol.

—¿Solo Oriol? ¿No podían ser más? —Balma añade por primera vez un nuevo nombre a esa escena suya que se repite todas las noches—. ¿No podía estar también Dobón?

—Es posible.

—¿Por qué? —se sorprende Balma de su acierto.

—Pues porque es la explicación más lógica. Aunque yo no lo vi.

—¿Estás seguro de que no lo viste en ningún momento? ¿Tal vez dentro de la casa, ordenando las fotos mientras Oriol escapaba? Ten en cuenta que puede haber cosas de aquella noche que no recuerdes.

—No.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—¿Estás seguro al cien por cien de que no viste a Dobón en ningún momento?

—Sí.

—¿Un instante? ¿Una sombra? ¿Un ruido? ¿Estás seguro? —insiste en exceso Balma hasta cansar a Verdugo, que le contesta con un tono hosco.

—Si yo hubiera visto a Dobón en algún momento, no le habría dejado que me pegara un tiro por la espalda.

Pero Balma no nota esa hosquedad porque ella está investigando su daño, está preguntando al único testigo vivo de aquella escena que le jodió la vida.

—O sea, ¿tú piensas que quien te disparó por la espalda cuando estabas deteniendo a Oriol fue Dobón?

—Sí, claro, después de muchos años yo he llegado a esa conclusión.

—Pero ¿tú eso se lo dijiste a Dobón?

—No, hombre. Si yo le hubiera insinuado eso a Dobón, la paliza que me habría dado habría sido de muerte. Yo tengo a mi sospechoso, sé que ahí hubo alguien más, tu padre no pudo ser porque ya se había ahorcado, a Oriol lo estaba engrilletando yo, la niña estaba inconsciente en el asiento de atrás del Patrol, por tanto, alguien que no vi me disparó por la espalda. ¿Mi sospecha? Dobón. ¿Por qué? Porque de algún modo debió de traicionar a Oriol para tenerle el pánico que le tiene, pienso que ese algo sucedió esa noche. Yo, hasta ahora, lo que pensaba es que Dobón también le había disparado a Oriol y que por eso le interesaba tanto saber si estaba vivo. De ese modo, Dobón se quedó conmigo, no le dijeron que no había matado a Oriol y seguramente a Oriol tampoco le dijeron que Dobón seguía vivo. Todo bien entre ellos hasta que la semana pasada volvió a aparecer el Patrol y a desaparecer una niña.

Verdugo le demuestra a Balma que él tampoco ha dejado de pensar en ese caso ni una noche de estos últimos trece años. Pero Balma está obcecada, solo quiere oír una cosa, algo que no sabe, un error, un detalle que le diga que su padre era inocente:

—Entiendo. Pero tú llegaste tarde. ¿Tú no llegaste a ver a mi padre vivo ni haciendo nada?

—No. Si yo hubiera visto a tu padre así, seguramente le habría pegado un tiro.

—Entiendo. Pero ¿no lo viste?

—No. Jamás. Yo a tu padre no lo había tratado nunca.

—Pero, entonces, ¿por qué estabas investigando a mi familia?

—Me lo ordenaron.

—¿Quiénes?

—Superiores.

—¿Tus superiores te ordenaron investigar a mi padre?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque para ellos era un sospechoso.

—Pero no encontraste ninguna prueba.

—Hasta esa noche no. Cero.

ESCENA 37

«Mi memoria
te araña rigurosa.
Tú, usurpado,
me has dejado ignorado en el olvido»

La comandancia de la Guardia Civil de Valencia está asediada por periodistas de todo el mundo, a tal punto ha llegado la aglomeración informativa que la rodean vallas amarillas y guardias armados, agentes de verde frente a periodistas bajo sombrillas, micrófonos en mano, cámaras en los bancos, atentos a cualquier coche oficial, a cualquier entrada o salida que indique algo, pues ya todos los medios abren portada con las novedades sobre el caso de Aitana, de Raúl Bru, del Nissan Patrol, de Oriol... No se ponen de acuerdo con cómo bautizar al miedo.

Alonso Gracia los ignora en su SEAT blanco, los odia, odia a los periodistas de sucesos, son parásitos, buitres de una sociedad curiosa del sufrimiento, los odia con la mirada, mientras los guardias le abren paso entre cámaras, *flashes* y preguntas gritando. Frena para evitar atropellarlos, pero en ese momento... ¡le dan un golpe por detrás! ¡En serio! ¡Un enorme todoterreno BMW! ¿Precisamente ahora? ¿Delante de todos? ¡No jodas! Mira al conductor y lo ve sonriendo por el espejo retrovisor. ¡Es Raúl Bru!

Alonso Gracia respira, si sale, le va a partir la cara delante de los periodistas, que es lo que precisamente estará buscando ese fulano. Pero entrar, callarse, agachar la cabeza y tragar que ese hombre se

salga con la suya y se ría de él, de los padres, de la niña y de... le pone tan nervioso que está a punto de sacarle de quicio. Bajaría del coche, lo sacaría por el cuello y lo sacudiría hasta que cayeran de su cuerpo todas las monedas y billetes que sacó de aquellas muertes inocentes, de esta, de este dolor reciente con el que se ha pagado semejante coche. Y le sigue sonriendo.

Respira hondo. Mete primera y entra a la comandancia saludando al guardia de puertas. Respira hondo.

Una vez dentro, se lo confirman: Raúl Bru acaba de llegar y también que alguien ha filtrado lo de las bragas enviadas a esa comandancia, confirmado su ADN como el de Aitana. Ahora mismo lo están entrevistando en la radio, estará hablando con ellos por teléfono, en directo, dice que está aparcando para recoger su pasaporte, anunciando que estará esta tarde en el programa de cotilleo. Lo ve entrar por el arco de seguridad, hablando por teléfono, sonriendo, explicando que el padre de Aitana tenía una deuda de la que nadie ha hablado, que la relación de Aitana con sus padres no era tan buena, que la niña estaba yendo al psicólogo, que... Lo agarraría por el cuello... Pero tienen que devolverle ya su pasaporte, pedirle disculpas, decirle que ha ganado. Son las órdenes del juez.

Y no quiere. Ni siquiera va a salir a verle, lo está oyendo, ha venido en un BMW nuevo, grita para que todos lo oigan, que recoge su pasaporte, que les ha ganado, que deberían pedirle disculpas y Alonso Gracia el primero. Que no han avanzado nada en su investigación. Que él sí. Que sabe cosas de la familia de Aitana que nadie más ha investigado porque a Alonso Gracia esto le queda grande. Y no quiere. No va a salir de su despacho.

Ya se ha ido. Lo sabe porque se ha acabado el revuelo. Los Pardos vuelven. Lo miran sorprendidos por la rotundidad del enfado con el

que encuentran a su sargento.

—¿Se ha ido ya? —les pregunta una obviedad.

—Sí, jefe.

Y estalla:

—¡Joder! ¡Esto es intolerable, joder! ¡Ser guardia civil para tragar esta mierda! ¡Es culpable, joder! ¡Ese tío está difundiendo los datos de una autopsia y el juez no quiere hacer nada! ¡Joder! ¡Está llenando de mierda a esa pobre familia! ¡Y el juez nos dice que no podemos hacer nada! ¡Que le hagamos la ola! ¡A la mierda! ¡Agobiadlo! ¡Agobiadlo tanto que no le queden ganas de dar entrevistas! —Es una de las órdenes más raras que puede dar un guardia civil—. ¡Id a por él! ¡Le llamáis y le decís que tenemos que hacerle más preguntas! ¡Traedlo! ¡Decidle que hay nuevos datos! ¡Lo que sea! ¡Me da igual lo que proteste! ¡Que venga! ¡Que se pase aquí otra hora esperando y que se vaya! ¡Y cuando salga, que tenga una multa de aparcamiento en ese coche nuevo! ¡Y cuando vuelva a su casa! ¡Lo volvemos a traer y le volvemos a preguntar! ¡No quiero que ese individuo gane nada con todo esto!

Los Pardos entienden que más que un conjunto de órdenes es un enfado:

—Ya lo hemos hecho, jefe.

—Y nos ha mandado a la mierda, jefe.

—¿Estáis hablando en serio?

—Totalmente, jefe. Tenemos a tantos agentes a nuestro cargo que podemos hacer lo que queramos. Lo llamaron esta mañana a las siete para decirle temprano que podía venir a por el pasaporte. Pero no estaba despierto y hubo que insistir un rato largo. Nos mandó a la mierda.

—Y nos dijo también que o le presentábamos una orden del juez o que fuéramos a joder a su abogada, que para eso cobraba. Pero que

hoy, por sus cojones, iba a salir de aquí con su pasaporte y nosotros besándole el culo.

—Que tenía una entrevista esta tarde en la que iba a contar todos los problemas de la familia de Aitana que nosotros no habíamos querido investigar, que nos iba a dejar con los pantalones bajados.

Alonso Gracia está que se sube por las paredes.

—¿Dónde está Bru ahora?

—Espere...

—Lo cuelga todo en Twitter... ¡Cogiendo un AVE para Madrid! Tiene allí el programa especial que llevan anunciando toda la semana. Como al final no le dejábamos irse a América, ha traído aquí a todas las cadenas y se va a pasar cuatro horas de programa especial tirando mierda sobre la familia.

—Dicen que va a cobrar medio millón de euros solo por el programa de esta noche.

Alonso Gracia sorprende a sus hombres, incluido el oficial de la UCO que está sentado en una esquina tomando nota. Pero es que no lo aguanta, odia a ese hombre, aunque no lo pueda decir públicamente, pero ya lo odiaba hace trece años, cuando sus tías pasaban las tardes viéndolo en la tele, creyendo que intentaba resolver el caso, que sabía más que la policía, que él quería encontrar a las niñas... Cuando, en realidad, lo que estaba haciendo era forrarse con todo el daño que les habían provocado.

Da un puñetazo en la mesa. ¡No lo va a consentir! Ese hijo de puta tiene todos los detalles de la autopsia de Lola y los está enseñando en todas partes, eso ni es legal ni es periodismo ni es humano para la madre de la muchacha, esa pobre mujer con la que Alonso habló anoche para mentirle diciéndole que no sufrió, que su hija no sufrió.

—¡Qué! ¡Medio millón de ques! ¡Me niego! ¡Que no lo coja! ¡Deténganlo y me lo traen aquí!

—¡Que lo detengamos! ¿Por qué?

—Eso, jefe. ¿De qué lo acusamos?

Alonso Gracia duda un instante bajo la mirada del oficial de la UCO y se harta, ni respira hondo ni hostias. A la mierda su carrera:

—¡Atentado a la autoridad!

—Eso es grave, jefe. ¿Qué ha hecho?

—¿A qué autoridad, jefe?

—¡A mí! ¡Me ha dado un golpe con su coche! ¡Lo ha hecho a propósito! ¡Eso es un atentado a la autoridad porque él sabía que yo soy el sargento que lo investiga! ¡Me ha atacado!

Los Pardos se miran.

—¿En serio, mi sargento?

—¿En serio? ¿Le vamos a joder un programa de medio millón de euros por un golpe en el coche?

—¡Lo han visto todos los periodistas! ¡Está grabado! ¡Ha sido aquí, a la puerta de la comandancia!

—Podemos hacer un poco el ridículo, jefe.

—Nosotros se lo decimos. Pero se nos van a comer.

Alonso Gracia les señala los monitores.

—¡Pero si está saliendo en todas las televisiones, joder, filtrando la información sobre la autopsia de Lola! ¡Que me da igual el ridículo! ¡Yo ya tengo claro que no voy a salir indemne de esta investigación! ¡Pero Bru no va a ganar más dinero! ¡Salgan ya! ¡Deténganlo! ¡Atentado a la autoridad!

—Nos va a acusar de abuso de poder, jefe.

—Eso, jefe. Los periodistas se nos van a comer.

—¡Me da igual! ¡Me da igual todo ya!

Los Pardos miran al oficial de la UCO. Pero Alonso les insiste más calmado para que vean que es una orden, no un enfado.

—No me pongáis esas caras, ese tío, por nuestro prurito profesional, no va a ganar medio millón de euros a costa de una muerta y de una niña a la que, como mínimo, le han quitado las bragas.

El agente de la UCO anota algo en su cuaderno.

—Vosotros ordenad que lo detengan, no os preocupéis por las consecuencias, yo asumo toda la responsabilidad de la orden. Lo siento, pero no puedo dejar que haga eso a las familias. No nos metimos en la Guardia Civil para tolerar esto, que los malos salgan ganando. Id a por él.

—Totalmente de acuerdo, mi sargento.

—Totalmente de acuerdo.

—Y si me buscan, después de detenerlo pondré a disposición mi cargo. Pero ahora ordenad que lo detengan por atentado a la autoridad.

—De acuerdo, mi sargento.

—Totalmente de acuerdo, mi sargento —uno de los Pardos sale un momento a hablar con varios agentes que asienten sorprendidos. En toda la comandancia se crea un pequeño barullo.

Alonso Gracia se toca los ojos mientras repasa los móviles sobre su mesa, pero los Pardos, tras transmitir la orden de que detengan a Bru, vuelven y parecen no querer irse de su despacho.

—Una cosa, jefe.

—Sí, jefe. Una cosa personal.

—Muy personal, jefe.

Los Pardos miran de soslayo al agente de la UCO. Alonso Gracia se dirige con autoridad a él:

—Sánchez, ¿podría dejarnos un momento a solas, por favor? No se trata de un tema de la investigación. Así, si quiere, puede usted llamar por teléfono, por ejemplo.

Sánchez sale.

—¿Usted sabe que nos van a expedientar a los tres por lo que estamos haciendo, jefe?

—Lo sé, Pardo. Pero ya estoy cansado, me iré del cuerpo, estoy cansado de ver que los buenos acaban con un tiro en la espalda y los malos sonriendo en la tele. No os preocupéis, asumiré mañana todas las responsabilidades y os exculparé a vosotros.

—No nos importa eso, jefe.

—Nos importa una mierda.

Los Pardos sonríen, los tres entienden que les queda poco tiempo como guardias civiles.

—Lo que queríamos decirle es...

—Que hemos localizado a Verdugo —sonríen los Pardos.

A Alonso Gracia le cambia la cara. Le brillan los ojos. Hasta se le escapa una pequeña sonrisa:

—Han sido rápidos. Buen trabajo.

—Tenemos agentes, jefe.

—Si todo fuese así, resolveríamos más casos.

—¿Qué quiere que hagamos con Verdugo, jefe?

Alonso Gracia observa cómo el oficial de la UCO habla por teléfono, estará informando. Vuelve a dirigirse a los Pardos:

—¿Dónde está?

—Esto le va a hacer gracia, jefe.

—Está con Balma Dalmau, la hija de...

—¿Verdugo está con Balma Dalmau? ¿El mismo mando que investigó a su padre hasta que acabó suicidándose ahora está con la hija del culpable?

—Así es, jefe.

—Cogieron un tren a Dénia y están en la casa de campo que tenía Arturo Dalmau allí, entre naranjos.

—Eso deben investigarlo —piensa en voz alta Alonso Gracia.

—Pero ¿qué quiere que hagamos con Verdugo, jefe?

Aunque no es esa exactamente la pregunta que llevan un rato rumiando.

—Eso, jefe. Porque Verdugo no tiene causas pendientes, tiene libertad de movimientos, estaba en su casa porque le hacían el favor de tenerlo atendido.

—Como se suponía que estaba enfermo... Pero si se ha ido por su cuenta... En realidad, jefe, nadie puede decirle nada.

Alonso Gracia asiente:

—Lo sé, lo sé. La situación de Verdugo allí encerrado era anómala, ninguno la entendíamos, pero había que aceptarla porque el tratamiento impuesto restringía las visitas. Y en eso insistieron mucho. Eran órdenes. Él tampoco tenía familia. Solo le quedábamos nosotros. Y las pocas veces que me autorizaron a acercarme, constaté con tristeza lo que les dije cuando volvía: era prácticamente un vegetal.

—Los vegetales no se van en tren a Dénia, jefe.

—Se lo dijimos siempre, que lo tenían encerrado.

Alonso ya está más tranquilo:

—Soy consciente. Yo les digo lo que me informaron y les aseguro que me informé con creces. Verdugo mostraba un cuadro severo de agorafobia desde que sufrió el disparo, y ello obligaba a tenerlo constantemente sedado y restringidas las visitas. Pueden cuestionar todo lo que quieran el tratamiento. Pero el diagnóstico es indiscutible. Tengan en cuenta que le pegaron un tiro por la espalda. Todos los pacientes, y esto me encargué de investigarlo,

absolutamente todos, desarrollan miedo a salir a la calle, a que les vuelva a pasar sin previo aviso. Máxime cuando no se detuvo al autor. —Respira. Mira a sus hombres esperando—. Pero, es cierto que, en el fondo, los que lo conocimos, no entendíamos que Verdugo aceptase de ese modo permanecer allí encerrado.

—Entonces... —los Pardos no han entendido bien la orden—, ¿hacemos algo, jefe?

Insisten:

—¿Lo vigilamos?

—Ni se os ocurra, dejadlo tranquilo. Él sabe mejor que nadie cuidarse solo.

—De acuerdo, jefe.

Pero son cabezotas. Son tractores. Por fin se atreven a preguntarlo directamente:

—¿Podemos ir a saludarle, jefe?

—¿A quién? ¿A Verdugo? No. Absolutamente no. Os entiendo, yo iría. Los tres tuvimos la suerte de trabajar con él. Y yo soy el primero que necesito ir a verle para poner encima de la mesa todo lo que está volviendo a pasar. Pero no. Ha sufrido muchísimo tiempo encerrado y va a necesitar una rehabilitación que a cualquier persona normal le llevaría años, esperemos que a él solo meses. Pero por ahora vamos a dejarlo.

—Nosotros éramos su equipo, jefe.

—Fue un orgullo.

Los Pardos no quieren terminar la conversación, sobre todo porque su jefe no suele hablar de Verdugo. Regresan:

—Pero ¿a que era verdad lo de que venía a trabajar corriendo?

—Eso, lo de que venía corriendo desde las aldeas.

Alonso Gracia respira, sabe que no pueden evitarlo. Les contesta con el mismo orgullo que sienten ellos:

—Sí, yo eso sí que lo he visto. Al principio, a las siete de la mañana llegaba corriendo desde su pueblo. Luego ya, a los pocos días de asignarle el caso, le alquilaron también el piso en el que ha estado hasta ahora.

—¿Cuántos kilómetros, jefe?

—Pues yo lo calculé y eran casi cincuenta. —Alonso levanta las cejas para hacerles un inciso con el índice—. De ida y vuelta en total.

—Era un fenómeno, jefe.

—La última noche, jefe, llegó él solo al pueblo corriendo al mismo tiempo que llegábamos nosotros en coche.

—De noche por el monte.

—Y le volcó el coche a Oriol, no te olvides.

—No me olvido.

—¡Y cómo encontró a la primera niña, la de invierno, por la que se metió en la acequia!

Alonso se contagia de ese entusiasmo por el pasado:

—Esa la descubrió porque él era del SEPRONA, pidieron agentes voluntarios para hacer batidas y Verdugo la encontró enseguida porque vio que cruzaba el agua una carretera secundaria.

—Una carretera de las aldeas, ¿a que sí, jefe?

—Sí.

—De eso solo se podía dar cuenta Verdugo, porque él era del SEPRONA y sabía que esa agua no era normal sin lluvia.

—Y no había llovido nada. Ni una gota.

—Y Verdugo comunicó con el puesto de mando e informó de que había encontrado a la niña solamente viendo el agua cruzando la carretera.

—Y dejó el vehículo policial y se metió corriendo campo a través.

—Aunque era de noche ya y se estaban volviendo todos.

—Cuando llegaron el resto de los efectivos, Verdugo ya estaba metido desnudo en el sifón atascado del canal de riego.

—En pleno invierno, jefe.

—Un frío que pelaba.

—Si no hacía cero grados hacía menos.

—Y Verdugo sabía que algo grande estaba atascando abajo del todo el sifón.

—Que por eso el agua se estaba saliendo por arriba y llegando a la carretera.

—Porque estaba el cuerpo de la niña haciendo tapón.

—Y lo grabó un equipo de Televisión Española, salió en todos los telediarios y hasta en *Informe Semanal*.

—Verdugo buceando casi desnudo dentro del sifón de riego, tirando él solo del cuerpo de la pobre Mónica.

—Y hubo un periodista que le sacó fotografías mientras la bajaba en brazos.

—Y Verdugo la dejó encima de una manta térmica y enseguida la taparon.

—Pero ese periodista le hizo fotos a la cría, al cuerpo, sin pedir permiso.

—Aunque Verdugo le pidió que no lo hiciera.

—Pero el periodista no le hizo caso.

—Lo mandó a la mierda.

—Verdugo se encaró con él cuando todos estaban pendientes del cuerpo.

—¿Eso es verdad, jefe?

—¿Que el periodista se le puso chulo?

—¿Y que Verdugo le metió una hostia a mano abierta tan gorda que le saltó hasta la cámara en pedazos?

—No lo sé, Pardos. Yo no estuve esa noche. Todavía no me habían asignado.

—Seguro que era Raúl Bru.

—No lo sé y si lo fuera tampoco deberíamos sentirnos orgullosos, no es un comportamiento que honre a Verdugo ni al cuerpo.

Los Pardos se quedan un poco chafados ante la estricta respuesta. Y se atreven a hacerle otro tipo de preguntas a su sargento:

—Tampoco le preguntamos nunca por qué nos cogió a nosotros.

—¿Seguro que no lo saben? —se sorprende Alonso Gracia—. ¿No se lo dijo él?

—Seguro, mi sargento.

—Le dieron carta blanca para formar un pequeño equipo cuando le asignaron el caso. Le ofrecieron a los mejores especialistas dentro del cuerpo, pero Verdugo puso como condición que tenían que ser de reciente incorporación. Novatos. A mí me puso una prueba, ya la conocen. Y fui el único que la superó. A ustedes los escogió porque eran también de uno de esos pueblos de las montañas, pero sobre todo porque eran los únicos guardias civiles de toda la comandancia que indicaron en su expediente que donaban parte de su sueldo a asociaciones de defensa de los animales.

Los Pardos sonríen con sus caras de pan:

—Ya lo sabíamos, jefe.

—Nos lo dijo él.

Es la segunda vez que se lo hacen.

—Estaría muy bien ir a verle, jefe.

—De paisano, jefe.

Alonso Gracia concluye, los conoce, sabe que no van a cejar en su empeño, que tiene que ponerse firme:

—¡Parad ya! Si Verdugo ha decidido esconderse con la hija de Dalmau, después de todo el tiempo que ha pasado muerto, tiene

más derecho que nadie. Que haga lo que quiera. Se lo ha ganado. Dejadle descansar. Y, sobre todo, que no se entere la prensa. Raúl Bru se forraría con esa exclusiva... Y se llevaría otra hostia —sonríe por fin Alonso Gracia. Sabe que ha dado la orden correcta, que su particular guerra con Raúl Bru siempre estuvo perdida, pero es lo correcto, aunque mañana le obliguen a dimitir.

ESCENA 38

«Nos miramos los dos, y no nos vemos»

Una buhardilla en el centro es el lugar perfecto para hacer fiestas de pijama de adolescentes. Esa es su habitación preferida, su madre se la decoró como en *El libro de la selva*: las paredes pintadas con lianas verdes, los personajes escondidos entre las hojas y hasta un enorme oso de peluche alrededor del que las niñas adolescentes juegan. Son ruidosas, chillan, bajan corriendo las escaleras y suben de nuevo chillando, se hacen mil fotos, graban cien vídeos, cenan pizzas, pero ninguna está conforme con la que ha tocado, se disfrazan con sus pijamas, juegan a poner caras feas y nunca se pondrán de acuerdo sobre qué película ver todas juntas.

La madre de Sandra no está en casa, tenía un viaje de trabajo de la Conselleria de Sanitat; han cerrado todas las puertas y han conectado la alarma. Al día siguiente, por la mañana, descubrirán que alguien también rompió la alarma, que por eso pudo entrar. Sin embargo, esa noche siguen riendo, juegan a ponerse relleno de papel higiénico en los sujetadores, a pasearse con grandes tetas, a poner cojines en los culos, a reírse de las feas de la clase, a escribirles mensajes a los guapos...

De repente oyen un ruido abajo. Una de ellas les dice a las demás que se callen. Es cierto que solo son las doce y media, que todavía se oyen bares abiertos afuera, pero... el ruido ha sido como si hubiera alguien dentro de la casa. Vuelven a callarse, no se oye nada, quizás un lejano camión de la basura.

Una de ellas sugiere llamar a la madre de Sandra. Todas tienen sus teléfonos en las manos. Pero de repente se va la luz.

Gritos y teléfonos iluminados, sus caras se miran con miedo. Se oye un cristal romperse, una puerta gime, los escalones de madera comienzan a crujir mientras ellas chillan y llaman histéricas a sus madres.

—¡Mamá, hay alguien!

En breves instantes llega estridente la Policía Local; las niñas han hecho caso, están todas encerradas en el cuarto de baño. Es cierto, alguien accedió a la vivienda y golpeó la puerta de la buhardilla a patadas, provocándoles los ataques de histeria colectiva y la llegada de tres ambulancias.

Pero no ha dejado ni el más mínimo rastro.

Cuando Sandra Saura llega a su casa, rabiosa como una pantera, pese a que ve y abraza a su hija, tiene que contenerla su amiga, su pareja, su novia, su amante, para que deje de gritar delante de todos que el puto retrasado se va a enterar. Pues tiene claro, no tiene claro una mierda, pero le aterra pensar que el propio conseller, ese retrasado de Carles, en respuesta a lo que ella le ha hecho con Balma, a que ahora Verdugo esté libre, le haya podido enviar al asesino Oriol a su casa para que se lleve a su niña.

Grita como una pantera herida.

ESCENA 39

«Tu desnudez en la piscina,
y aún crecida la gracia al sonreír [...]»

Es una mañana de verano en Dénia, patio interior con piscina y huele a pan tostado, tomate y aceite de oliva. Cuando Balma aparece con la bandeja de mimbre para depositarla no en la mesa, sino en el borde de la alberca de piedra, se detiene observando a Verdugo durmiendo en el agua. Anoche ya lo hizo, desde su balcón interior abierto, al apartar las contraventanas para que el viento moviera los visillos blancos, observó que Verdugo dormía sobre el agua, flotando sus músculos mojados, ahora vuelve a detener su mirada sin pudor, pues sabe que duerme. Le gustaría tenerlo en la boca para saborearlo. Inmediatamente, se ruboriza con su propio deseo.

Desayuna haciendo ruido al masticar, esperando que pase una banda de música por el camino y lo despierte, cuando lo hace, está preocupado.

—No consigo nadar, es como si mi cuerpo se hubiera olvidado de moverse. Yo se lo ordeno, pero me obedece más tarde, o más lento, o no tiene la fuerza suficiente para hacerlo. Doy vueltas, no...

—Debes tener paciencia, no llevas ni un día —le responde Balma tapándose la boca con la mano.

—Pero no tengo tiempo.

—¿Piensas que puedes salvar a esa niña? —le pregunta mientras da un nuevo mordisco.

—No, esa niña estará muerta. —Quizás es una respuesta demasiado dura para el desayuno.

Balma se queda en silencio masticando.

Verdugo habla desde el agua:

—Yo tengo que encontrar a Oriol.

Balma sigue asimilando lo que le acaba de decir, el significado de esas palabras para su vida, su pasado, su futuro, su presente. Por eso calla, bebe algo de una taza blanca y le deja continuar:

—Antes de que me encuentre él.

Balma pierde de golpe el apetito por el miedo, la tostada le sabe a cartón, la boca le sabe a óxido.

—¿Quieres decir que estamos en peligro, que podría venir aquí?

—Por supuesto.

—Pero tú... ¿Tú no tienes tu pistola?

—No. Pero yo jamás pegué un tiro, jamás gasté una bala, solamente la vez que le disparé a él.

—¿Y qué vas a usar? ¿Qué vas a hacer?

—Mi corazón de perro. —Verdugo habla como si todo estuviera claro en su cabeza, como si llevara años planificando esa batalla en la que lo podía perder todo. Pero en sus planes no aparecía esa mirada de ojos castaños a punto de echar a correr. Siente el miedo de Balma. Aprendió de pequeño que la gente siente esa cosa, miedo —. No te preocupes. Si Oriol hubiera querido rematarme, ya lo habría hecho hace tiempo —intenta tranquilizarla con una mentira que ni Verdugo se cree. Oriol no lo remató durante estos años porque alguien no se lo permitió. La misma persona a la que llamaba Dobón preguntándole si Oriol seguía vivo. Pero ahora que Verdugo se ha escapado... los dos vuelven a cazarse—. Necesito tu teléfono, necesito saber más que Oriol, necesito llamar a alguien para que me informe.

—Ten. —Le ofrece su móvil tras activarle los datos con el miedo de que suene y se le caiga al agua—. ¿A quién vas a llamar?

—A un amigo. —Suenan los tonos de llamada en la oreja mojada de Verdugo—. ¿Alonso? Soy Verdugo, necesito hablar contigo. ¿Precisamente hablabais de mí? No me llames sargento. Ya sé que es la costumbre. Necesito verte. ¿Tú también? Genial. ¿Sabes dónde estoy? Perfecto, Alonso. Te espero.

Balma se queda incómoda en su propia casa como cuando es tarde y desea que se vayan los invitados, recibe un mensaje antes de quitarse los datos.

—Me acaban de despedir —informa, con la barbilla temblorosa, de la que será su última noticia, retirándose el pelo de la cara y esperando un ruido para derrumbarse por dentro. Mira a la buganvilla morada que recorre un muro de piedra que ella misma recompuso, siente que ha estado esperando su lugar en el mundo, pero que no le dejan sitio, que no sabe nada, que no entiende nada.

Quizás la respuesta de Verdugo no sea la más pertinente:

—Eres rica, ¿por qué trabajas?

—No soy tan rica como crees —le responde enfadada, recogiendo las cosas.

—Os investigué, sé perfectamente lo ricos que sois.

—Eso fue hace trece años. Desde entonces, mi madre se ha dedicado a vender patrimonio para seguir viviendo en cualquier parte del mundo.

—Solamente esa frase tiene más dinero que todo el que pueda ganar yo jugándome la vida.

Ambos se quedan incómodos, callados. Verdugo le roza el pie desnudo con su mano, como un gesto de paz de ese hombre pez, con unas gotas de agua sobre su piel. Espera a que ella lo mire a los ojos y le pregunta:

—¿Qué has hecho estos trece años?

—¿Yo? ¿Te interesa? —duda Balma.

—Eres una parte importante de la investigación. Por supuesto que me interesas —le responde sin soltarle el pie.

Balma se agacha:

—Tras la muerte de mi padre, permanecí aquí, en España, no porque yo quisiera, sino porque mi madre decía que debía gestionar todo el tema de la herencia. Ahora pienso que no sabía adónde ir, que ella nunca se había encargado de nada y no sabía hacerlo. Sin embargo, la creí y aguanté aquí. Y lo pasé realmente mal porque todo el mundo sabía que yo era la hija del asesino de las niñas. Luego, al finalizar el curso, por fin nos fuimos, estuvimos en Alemania, en Australia, en Japón, en la India... y finalmente me fui a estudiar Periodismo a Francia. Cuando acabé, habían pasado los años y yo no sabía ni siquiera qué había pasado con mi padre.

—¿No seguiste las noticias? ¿Todo lo que hizo Raúl Bru en su programa? —se sorprende Verdugo.

—No. En absoluto. —Balma niega con la cabeza—. Yo adoraba a mi padre. Mi padre era la mejor persona del mundo. Ya sé que tú no piensas eso, pero déjame que te lo diga.

Verdugo asiente. Balma continúa:

—Volví a España, sin decirle nada a nadie, volví con Lola, mi amiga, habíamos acabado juntas la carrera en Lyon, ella empezó a trabajar enseguida, pero yo me vine aquí, a esta casa, la casa de mis abuelos, mi padre nació aquí, mis mejores veranos los pasé aquí, luego nos íbamos a Benicàssim, pero mis veranos libres corriendo entre los naranjos hasta la playa sucedieron aquí. La casa estaba en ruinas, habían entrado en varias ocasiones, la habían expoliado, tenía pintadas, hogueras... Pasé dos años aquí escondida, con las uñas blancas por el yeso, con el pelo sucio bajo una gorra,

lavándome en esta alberca por las noches, usando ropa rota para subirme al tejado o lijar las ventanas. Me sentía bien, era una metáfora, estaba arreglando el pasado de mi familia. Cuando terminé, habían transcurrido dos años, me sentía mejor, quería restaurar también la imagen de mi padre, sabía que no era cierto lo que dijeron de él por televisión, estaba convencida de que yo podía hacer con papá lo que había hecho con esta casa. Vino Lola unas vacaciones a verme, me dijo que había un puesto de verano en *Las Provincias*, así volvió a empezar todo. —Balma se levanta para finalizar su historia—. Hasta hoy, que me han despedido.

Pero Verdugo le sigue preguntando, aunque ella quiera ir a la cocina para llevar la bandeja del desayuno:

—¿Y tu madre se dedica a viajar?

—Sí, bueno... Estando en Berlín se apuntó a un grupo de meditación.

—¿Meditación?

Balma cede, deja la bandeja sobre la mesa y se sienta en el borde de la piscina con los pies dentro del agua:

—Sí, después de lo de mi padre, mi madre dejó de creer en Dios, así, radicalmente. Ella, que había sido la más beata de su iglesia, de un día para otro se enfadó con todos y lo dejó. Cuando llegamos a Berlín, comenzó a meditar y a partir de entonces se volvió loca con eso, de hecho, todo lo que viajamos y viaja siempre fue buscando centros de meditación, peregrinaciones, gurús...

—¿Y a ti no te interesa nada de eso de la meditación?

—No, sí. Me gusta, quiero decir, dentro de la alternativa de drogas o meditación, prefiero mil veces meditar. Me gusta el yoga, sí. Pero también vivo con medicación.

—Nunca he entendido bien qué es eso del yoga, ¿es como gimnasia?

—No, esa parte de gimnasia es solo el lado físico del yoga, por así decirlo, luego está el lado espiritual, el comprender que, con esas posturas, con la relajación que te producen, con tu respiración... Encuentras tu armonía con la energía del mundo. Esa parte es la profunda. Por ejemplo, lo que estás haciendo está muy bien, pero en realidad tu cuerpo está listo, tus músculos no están atrofiados, eres tú quien ha perdido el control de su energía, no necesitas hacer ejercicio, necesitas encontrar de nuevo tu equilibrio, un motivo para levantarte, y lo harás solo cuando estés listo, no cuando estés más fuerte. En eso consiste la armonía. —Balma sorprende a Verdugo con un conocimiento tan nítido que él mismo se queda dudando y quiere saber más.

—Yo encontraba mi armonía con el mundo corriendo entre los árboles —le confiesa.

—¿Te gusta correr?

—Mi vida era correr en la montaña. Nada más. Cuando decidí quedarme encerrado en casa, supe que ya no volvería a correr. Eso fue lo más duro.

—¡Espera!

—¿Qué?

—Lo que acabas de decir.

—¿El qué?

—¿Tú decidiste quedarte encerrado en tu casa estos trece años?

—Sí, claro.

—Estoy flipando. Te aseguro que ahora mismo tengo los pelos de punta. —Le muestra el brazo—. Todos pensamos... —duda Balma—. Pensé que había sido una decisión médica, lo que se nos informó es que a causa de la lesión cerebral que la bala te había producido, te habías quedado en un estado que necesitabas asistencia médica y

que probablemente no pudieras volver a andar. Además de daños psicológicos severos por el trauma.

Verdugo asiente mientras escucha.

—Eso fue lo que se publicó en el informe oficial, lo sé. Lo conozco.

—Verdugo, hay documentales en la tele sobre ti, ¿lo sabes?

—Lo sé, lo sé. Dobón me los ponía. Curiosamente, le gustaban.

—Pero... ¿cómo pudiste? Es que es inaudito, es que son trece años. ¿Por qué lo hiciste?

—Fue la única manera que tuve de seguir con la investigación. De coger a los malos.

—Pero eso es una locura, Verdugo, nadie haría eso. Al menos yo no conozco a nadie que...

Balma se queda impresionada, mirándolo.

Verdugo le contesta con una frase que se ha repetido cientos de veces durante esos años de encierro.

—Hay más malos de los que creemos y más buenos de los que parece.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que a mí me ha ayudado mucha gente. El médico que me operó fue el primero. Mira, ven, dame tu mano.

Verdugo se eleva sobre el agua apoyado en sus poderosos brazos, le coge una mano a Balma, la tiene tan cerca que huele su piel de coco. Le lleva los dedos a su nuca.

—¿Notas la cicatriz?

—Sí.

—Esa fue la entrada. Me quisieron ejecutar. Ahora mira. —Le lleva la mano a su mejilla izquierda bajo la barba rala mojada—. Esta fue la salida. ¿Sabes lo que se siente cuando te pegan un tiro por la espalda?

Balma se aparta, vuelve a su sitio en el borde de la piscina. No sabe muy bien lo que le intenta explicar ese héroe.

—Evidentemente no.

—Te sientes amenazado, sientes que en cualquier momento puede volver a suceder, en el resto de tiempo que dure tu vida, estés haciendo lo que estés haciendo, como me sucedió a mí aquella noche. Nada te avisará de que te están apuntando y han disparado. —Verdugo deja que Balma imagine eso con calma. Luego sigue—: Por primera vez en mi vida, comprendí que podían haberme matado, que no hay honor en los malos, que lo volverían a hacer sin que yo pudiera evitarlo. Por primera vez en mi vida tuve...

—Tuviste miedo.

—No. Escúchame. No era miedo. Yo no he tenido miedo en mi vida. Era otra cosa. No una sensación, sino una certeza. ¿Me entiendes? Era... Era saber que dentro del juego había tramposos.

—Ya.

Balma se retira el pelo de la cara, no sabe qué decir, no hay palabras ante tamaño sacrificio.

Verdugo continúa:

—Yo no llegué inconsciente al hospital, agonizaba, pero estaba consciente en el helicóptero que me trasladó, el médico pudo hablarme, yo le entendía. Le pedí que no informase, tuve tiempo para pensar un plan. Yo sabía muchas más cosas que el resto, yo era un objetivo para los malos y, si salía de ese hospital andando, en cualquier momento me pegarían otro tiro por la espalda. Decidí construir mi propia trampa, decirles que me había quedado medio inválido en casa y esperarlos como un cepo. Cambié mi técnica de caza, de perseguir a las presas a ponerles una trampa, de cazador a trampero. Pero yo sería el cebo. ¿Me entiendes?

—Con claridad meridiana. —Lo mira sorprendida de que ese ser que tiene metido en su piscina haya vivido todo lo que le cuenta.

—Cuando lo hice, supe que seguramente no volvería a correr nunca más por las montañas.

Verdugo sumerge la cabeza bajo el agua tras esa explicación que a Balma no le basta.

—Pero espera, espera. ¿Convenciste al médico para que diera un informe falso sobre tu estado de salud? ¿Para que dijera que te habías quedado medio inválido y que era posible que a causa del disparo en la nuca también hubieras perdido capacidades cognitivas? Porque eso fue lo que se dijo, eso fue lo que te exoneró de presentarte como testigo en el procedimiento civil contra mi padre que las familias interpusieron para recibir las indemnizaciones. ¿Cómo conseguiste que un médico falsificara eso? —le interroga Balma.

Pero Verdugo no nota el tono de indignación en ella por haber mentido en ese juicio que la dejó a ella sin apenas patrimonio.

—Ya te lo he dicho, en este mundo hay personas malísimas, yo las persigo. Pero también hay gente muy buena, no solo ese médico me ayudó. Hubo más. Él lo hizo por dos motivos: me admiraba y tenía dos niñas gemelas de trece años. Yo le prometí que atraparía a los malos —le relata Verdugo con sentido orgullo, sin entender que Balma va por otro camino.

—Pero entonces, ¿tú pudiste presentarte como testigo en el procedimiento civil, en la investigación sobre la última noche de mi padre?

—Exacto. —Verdugo reacciona, nota el cambio de tono de voz, la rigidez de su cuerpo, cómo Balma ha sacado los pies del agua. Y se equivoca más al intentar justificarse—. Pero escucha, si yo hubiera

testificado, todo lo que habría dicho sobre tu padre sería para señalarlo todavía más culpable.

Balma se levanta airada, como cuando metes el pie en la bañera de agua caliente. Se gira, ha rumiado sus últimas palabras:

—¡Pues ojalá hayas tirado a la mierda trece años de tu vida y mi padre sea inocente! ¡Porque lo es!

Verdugo pasará el resto de la mañana intentando nadar, controlar su cuerpo desmadejado, esperar a que Alonso Gracia llegue, escuchar a Balma dar portazos.

A principios de la tarde, a esa hora en la que todo el mundo duerme la siesta a la sombra, Balma baja con su móvil.

—Te ha enviado un mensaje, que le es imposible visitarte en persona, que probablemente le obliguen a dimitir mañana.

—Entiendo.

Como una mecha y el petardo, Balma estalla:

—¡Quiero que te vayas de mi casa!

Desaparece como una aparición descalza por la puerta de madera que sube a las habitaciones, con sus ventanas abiertas y sus sollozos.

La primera tormenta los coge por sorpresa, mientras Verdugo recorre la piscina a empujones torpes, comienza la lluvia gruesa sobre la alberca, el viento, tras el calor del día, al oscurecerse el cielo aparece un viento fresco, como encerrado y todas las ventanas empiezan a batir, los visillos a ondear como novias escapando por los balcones de la casa. El trueno los deja en silencio, luego vendrán más vientos, relámpagos, ruidos, el fragor de una batalla de agua contra la que Balma lucha cerrando las ventanas mientras Verdugo, desnudo en el agua bajo el aguacero, deja que las gotas le lloren en la cara.

Las luces se apagan tras un relámpago. Balma baja corriendo.

—Hay alguien entre los naranjos.

—¿Estás segura?

—No soy estúpida, tengo cámaras.

Le enseña las imágenes en directo en la pantalla de su teléfono. Verdugo las observa con atención, luego se echa a reír. Ante la cara de estupor de Balma, le explica:

—No te preocupes, son amigos.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como de que ya han entrado en la casa. —Verdugo entonces grita a sus espaldas—: ¡Buenas noches, mis queridos Pardos!

Por detrás de él aparecen dos cuerpos grandes vestidos con chubasqueros negros. Verdugo se gira, está muy feliz de verlos.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches, Pardos. Me alegra volver a veros. ¡Venid aquí, dadme un buen par de abrazos!

Los hermanos pierden el rigor inicial y se acercan a abrazar a su antiguo jefe como si lo hubieran desenterrado.

—Un honor volver a verle, señor.

—Un honor y un orgullo, señor.

—Yo también os he echado de menos, Pardos. ¿Qué tal Alonso? ¿Demasiado vigilado?

—Está al límite, señor. Quieren que dimita.

—Nosotros también les estamos dando, señor.

—Pero el jefe está jodido.

—Le ha sabido muy mal tener que mandarnos, señor.

—Lo sé, lo sé, Pardos. —Continúa tocándolos en sus enormes espaldas.

Verdugo acepta una toalla blanca que le ha bajado Balma, de mala gana, y se la coloca como falda para poder sentarse con los Pardos en el borde de la alberca.

—Tenéis una botella de blanco en la cocina. Yo me subo a mi cuarto.

—¡Balma! —Verdugo cambia su tono de voz—. Te pido disculpas por lo que te dije antes, muchas veces no es necesario decir toda la verdad a una persona herida. Siento haber sido tan brusco.

—Gracias. No me encuentro bien. Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Balma.

Abajo se oye abrir esa botella de vino, sin embargo, aunque alguna risa se escape, la conversación a través de la ventana abierta y las sábanas revueltas es seria, atenta, como de soldados preparándose para la guerra.

Al día siguiente, cuando Balma despierta, quizás queden hojas de la buganvilla flotando en el agua, charcos en el suelo de cemento y piedras, una botella vacía y una mochila abierta en la silla de mimbre. Verdugo sigue sentado en el borde de la alberca con la toalla anudada.

—¿Dónde están los Pardos?

—Se fueron al amanecer, tenían trabajo. —Verdugo anota algo en un cuaderno, parece concentrado.

—¿Qué te han traído?

—No puedo informarte.

—Te recuerdo que ya no eres guardia civil.

—Ni tú periodista.

Verdugo deja las hojas y se zambulle a bucear torpe, como un pez que burbujea envenenado. Quizás le quede mucho, semanas, de

nadar allí rehabilitándose de aquellos malditos trece años. Y le gusta imaginárselas con ella. Pero, cuando sale a respirar, tiene de frente el rostro de ojos rojos de Balma.

—Dime por qué aceptaste quedarte encerrado en tu casa todos estos años o vete inmediatamente de la mía.

—No puedo decírtelo.

—Dime qué sucedió de verdad la noche en que murió mi padre.

—Todavía no puedo.

—Dime que, si te dejo quedarte, me ayudarás a descubrir la verdad de lo que le pasó.

—Es lo que estoy haciendo.

Parece que le basta. Se levanta y se marcha.

Curiosamente, como un sabor de helado olvidado, Balma nota que, al levantarse ella, a él se le han perdido los ojos en el fondo de sus piernas.

Algo parecido a una sonrisa pequeña se dibuja en su cara cuando se gira.

ESCENA 40

«Siempre mirando hacia atrás,
añorando al que fui, y cuando fui, no supe»

La comandancia superior de la Guardia Civil de Valencia es un edificio contundente, sin apenas aceras, diseñado para no caber en su manzana, con las esquinas de sillería y el resto cubierto de adobe caravista. Su interior tiene algo de desorden, como esos pisos en los que han vivido muchos inquilinos, estos días más, con la incorporación de los agentes de refuerzo al equipo de búsqueda de Aitana y, ahora que ya es definitiva su identificación, también del propio Oriol. No caben todos, comparten mesas, vestuarios, baños, pero también miradas, gente nueva. Y entre todos ellos, alguien que parece que está siempre, que ya ha llegado cuando llegan y todavía no se ha ido cuando se van, Alonso Gracia, que parece que duerma en ese despacho.

—Jefe, ya hemos encontrado la manera en la que Sandokán sacaba dinero del depósito de vehículos.

—Un tío listo, jefe.

Alonso Gracia responde incómodo, como cuando te preguntan por la nota de un examen en el que copiaste. Su dimisión está en el aire que respiran.

—Perfecto. Os dije que no era la prioridad, pero bien. ¿Cómo está Bru? Ese sí que me interesa.

—Gritando en el calabozo, jefe. Amenaza, dice que nos va a demandar por todos los millones en contratos televisivos que le

estamos haciendo perder.

—Su propia abogada lo ha mandado a la mierda, jefe.

—Que se joda. ¿Qué tal la excursión de ayer?

—Estuvo muy bien.

—Se lo agradecemos, jefe.

Los tres hablan conscientes de que está con ellos el agente de la UCO.

—Ya les dije que les agradaría ese sitio. Me hubiera gustado poder ir. ¿Cómo estaba el río, bajaba con fuerza?

—Bajaba fuerte, jefe.

—Pero no como tuvo que estar hace unos años. Se notaba que había estado abandonado mucho tiempo. Pero era el mismo río de siempre.

—Y también vimos a una chica bañándose.

—Entiendo... ¡En fin! ¿Qué tenéis de Sandokán? ¿Cómo sacaba dinero del depósito? Ah, antes de que se me olvide, poned a todos los hombres que podáis a buscar algo para joder a Bru, ahora que nos hemos tirado el órdago, no podemos soltarlo o se nos comerá. Buscad algo porque se acabará el plazo y saldremos en los telediarios. ¿De acuerdo? Vale. Ahora contadme de Sandokán, rápido que tenemos que centrarnos en Bru. —Alonso Gracia se frota los ojos para escuchar a los Pardos, es posible que él tampoco haya dormido nada.

—Sandokán era programador para una de las empresas más importantes del sector, hasta que lo dejó para vigilar el depósito de coches, jefe.

—Cobraba diez mil euros al mes, jefe. Y se despidió.

—¿Diez mil euros? ¡Qué barbaridad! ¿Y cuándo lo dejó?

—¿A ver? Lo tenemos aquí... en 2009. Sandokán deja su empresa en 2009.

—El año de las niñas...

—Eso puede que no sea casualidad, jefe.

—Seguramente no, Pardo... en este oficio las casualidades suelen tener causa. Pero bueno, ¿cómo ha estado sacando dinero Sandokán del depósito para igualar semejante sueldo? ¿Vende las piezas? ¿Roba los coches?

—No.

—Más listo.

—¿Cómo, entonces? No estoy para adivinanzas. —Alonso Gracia se frota los ojos, no tiene buen aspecto, debería dormir o cortarse el pelo.

—Conecta las cámaras web del depósito a un servidor de pago.

—La gente de internet paga por ver cámaras IP de sitios raros, sobre todo si es un depósito de vehículos implicados en crímenes, en muertes, en delitos de sangre... Hay todo un mercado de raros a los que les dan morbo esas cosas.

—¿Y conectando las cámaras de vigilancia a internet gana tanto dinero?

—No, jefe —sonríe un Pardo.

—Conectando esas solo no —sonríe el otro Pardo.

—¿Entonces?

Los Pardos inician ahora la explicación de la que se sienten verdaderamente orgullosos:

—Resulta que entre los agentes que nos han incorporado a la investigación tenemos a Nacho, un informático.

—Y resulta que Nacho ha estado rastreando no sabemos qué y ha descubierto que Sandokán sube a internet las direcciones, usuarios y contraseñas para poder ver cualquier cámara de vigilancia IP a través de un servidor de pago.

—¿Cualquier cámara IP del mundo?

—Cualquiera, jefe.

—¿Y quién se podía interesar o podía pagar por ver cámaras web?

—La pregunta, jefe, es ¿quién no?

—Ladrones de gasolineras, pedófilos de parques, butroneros de polígonos, pajilleros de casas... Cámaras en gimnasios, en playas, en bancos...

—Entiendo. ¿Cuánto dinero podía sacarse Sandokán con eso? ¿Y qué necesidad tenía de seguir en el depósito si eso se hace a través de internet?

—Todo el dinero del mundo, jefe.

—¿Y ganando esa barbaridad de dinero aguantaba estar encerrado en ese depósito a tres turnos?

—Tenía que aguantar, jefe. Necesitaba estar en el depósito.

—¿Por qué?

—Porque, al ser una dependencia judicial, los servidores a los que se conectan las cámaras del depósito comparten intranet con los servidores del resto de Justicia, jefe.

—Es decir, su gitano matemático encontró una puerta de atrás para conectarse a todas las cámaras de seguridad del Ministerio de Justicia, de la Policía, de... todo, a través de un miserable depósito de coches en un descampado de Cheste.

—Lo podía ver todo en todas partes.

—Incluso a nosotros ahora.

—¿No nos dijo que creía mucho en Dios?

—Pues él igual.

—Ya veo... —se corrige Alonso con sueño—. Ya entiendo. Y seguramente haya cobrado además el IVA de todas esas cámaras. Perfecto. ¿Lo tenemos localizado? ¿Está ya detenido?

—No, jefe. Estamos a la espera de solicitar al juez que dicte orden de búsqueda y captura ya. Porque no aparece.

Alonso Gracia medita un momento y luego les da una orden totalmente incoherente:

—No la vamos a solicitar.

El agente de la UCO escribe en su cuaderno. Los Pardos, últimamente, se sorprenden con cada una de las decisiones de Alonso Gracia:

—¿Por qué, jefe?

—Eso, ¿por qué?

—No tenemos pruebas de que haya sido él. Todo lo que me han contado es una buena hipótesis, y seguramente se cumpla. Pero no podemos molestar al juez sin pruebas. ¿A él, a Sandokán, de verdad que no lo podéis localizar para volver a interrogarlo?

Un discurso un poco contradictorio comparado con el de ayer previo a la detención de Bru.

—Lo hemos intentado, jefe.

—Pero está ilocalizable, jefe. Seguramente esté escondido en las Casitas Rosas, allí sabe que no vamos a buscarlo por las malas.

—Porque nos recibirán con piedras y palos.

—Está bien. Seguid en ello, poned a este Nacho a trabajar, id vosotros a las Casitas Rosas de paisano, haced lo que sea, pero traed a Sandokán.

—De acuerdo, jefe.

El agente de la UCO vuelve a anotar.

—De todos modos, ¿por qué se metió Sandokán en todo este jaleo si estaba ganando tanto dinero? ¿Le obligaron sus compañeros como dijo?

—No creo, jefe. No eran tipos listos, sino de estos guarros. Uno se fue al Caribe, ya me entiende. Y el del barco, el poco tiempo que lo tuvo, solo lo usó de picadero para ponerse pedo.

—Navegar, navegar, no navegó mucho, jefe, pero cogorzas y putas...

—¡Pardo!

—Perdón, señor. Pero intoxicaciones etílicas y putas...

Los dos Pardos se alegran con su broma.

—¿Y en el chalé no han encontrado rastros de Sandokán?

—Ningún rastro, jefe.

—Y ahora ya tienen bastantes analizados.

—Hay restos biológicos de Oriol por todas partes, jefe.

Los tres se quedan callados un segundo. El agente de la UCO escribe en su cuaderno.

—Y de la periodista, jefe. Pero de ninguna chica más.

—Y tampoco huellas de todoterreno.

—Pero ahora viene lo más raro.

—¿Qué es lo más raro?

—Lo más raro es que no hay bombillas en la casa. Parece que Oriol vivía a oscuras.

—Eso no tiene sentido. ¿Para qué entonces todas esas placas solares? Preguntad a los vecinos si veían luces.

—Eso es lo que estamos haciendo.

—Además, jefe, hemos tenido que cortar la calle. Anoche la casa salió en la televisión, alguien filtró la información, dio la dirección e imágenes de la casa, la llaman «la casa de los horrores».

—Estamos desmontando las tuberías, pero pinta que tampoco vamos a encontrar nada de Aitana.

—Porque si no la han encontrado los perros...

—Es imposible, jefe. A la niña no la han llevado allí.

—El caso es que ahora está todo lleno de periodistas y curiosos.

—Lo he visto esta mañana en los telediarios. Aseguraos de que no entre nadie sin permiso, nadie innecesario. Me preocupa que alguien

se meta y nos la juegue. Tiene que haber algo en esa casa que no hemos encontrado.

—De acuerdo, jefe.

En ese momento los interrumpe llamando a la puerta una de las agentes nuevas, tiene un nombre curioso, pero sobre todo tiene una trenza rubia y unos ojos azules que hacen que los Pardos se queden quietos como conejos agazapados.

—Adelante, Olivia, ¿qué ocurre? —le habla Alonso Gracia.

—Señor, un hombre se ha presentado, dice tener información muy relevante sobre la casa donde se escondía Oriol.

Alonso Gracia se sorprende, por la noticia, por la belleza uniformada de Olivia y por su apellido en ese pecho izquierdo. Los Pardos están tan enamorados de ella como el resto de la comandancia. Sin embargo, Alonso se queda unos segundos analizando con su cerebro dormido qué implicaciones tendrá ese asombroso pecho izquierdo en su...

—Mi sargento —le despierta un Pardo.

Y Alonso Gracia vuelve:

—¿Le han tomado declaración?

—No. Dice que solo quiere hablar con alguien que mande —le explica Olivia con sus preciosos ojos azules.

Alonso Gracia se levanta, también para despejarse.

—De acuerdo, veremos si yo le parezco correcto. Hágalo pasar a la sala de visitas.

—Allí le espera, mi sargento —se cuadra Olivia con su boca perfecta.

Todos se mueven con el jefe, no hace falta que les diga que le sigan por los pasillos. Cuando abren la puerta de la aséptica sala de visitas, se encuentran a un señor mayor con camisa arremangada, alpargatas de esparto y cuero por piel.

—Buenos días, soy Alonso Gracia, responsable al cargo de la investigación.

—Buenos días, don Alonso. Me llamo José Gisbert y yo trabajé de albañil en ese chalé de la tele hace más de sesenta años. —Tiene una de esas voces infantiles. Aunque su mirada es firme bajo la marca de haber llevado siempre una gorra de faena que ahora estruja. Se dan la mano. Alonso le indica que se siente.

—¿Y recuerda el nombre del propietario?

—Me dijo que se llamaba Señor, y así lo llamé todos los días que lo vi, que no fueron muchos.

—¿Podría describirlo?

—Era un chaval de mi edad, como de veinte o veintitantos años. No recuerdo más. Pero tampoco creo que quede mucho de aquel mozo, ahora tendrá ochenta cortos.

—Entiendo. ¿Y le hizo alguna factura, le dio alguna dirección, un teléfono?

—Nada, en aquellos años todo se hacía en mano, los contratos se firmaban con las manos y los dineros se daban en mano.

—¿Y participó alguien más en las obras?

—No, nadie más, solo yo. Ese fue el trato.

—De acuerdo, ¿y en qué consistió la obra que usted realizó?

—Precisamente por eso he venido a verlos yo. Le hice un zulo.

—¿Un zulo?

—Le hice un zulo debajo de la fuente.

—¿Qué entiende usted por un zulo?

—Le hice un sótano de doce metros de largo por nueve de ancho y cinco de profundidad en medio del jardín, todo de hormigón hasta el techo con un retrete, una ducha y un lavabo, pero sin puerta de entrada. Luego me ordenó enterrarlo y hacerle una trampilla en el techo. Y encima de ella, me hizo construir una fuente de cemento.

—¿Está usted seguro de lo que nos está diciendo?

—Desde que he visto la casa por la tele, como de que estoy vivo y hablando con usted.

—De acuerdo, vamos a coger un par de coches patrulla y nos acercamos al chalé ahora mismo. Si a usted le parece bien, nos resultaría de vital importancia que nos acompañase.

Alonso Gracia tiene claro que, si no consigue un gran avance en la investigación, el maldito periodista que grita abajo en su calabozo le hará dimitir.

—No he venido a otra cosa —se levanta José Gisbert.

ESCENA 41

«¡Fueron largos y ardientes los veranos!
Estábamos desnudos junto al mar,
[...]
¡Qué extraña y breve fue la juventud!»

No hay sol, pero es tal el bochorno bajo el cielo gris que Balma suda mientras mantiene posturas de yoga frente a la alberca en la que flota Verdugo, intentando nadar hasta que vuelve a quedarse de espaldas. A ratos la observa, con ese sujetador deportivo enseñando ombligo y esas mallas negras. Descalza. Ella cierra los ojos y se concentra, encuentra su conexión con la tierra, con el universo, pero, al abrirlos, Verdugo sigue flotando desnudo, recuperando el aliento, mientras descansa, para volver a la pelea de dominar su cuerpo mojado. Le gustaría tocarlo. No aguanta más, se zambulle sin dar aviso, le estorba la ropa porque nunca se ha metido en esa alberca vestida, cruza nadando a su lado, se sienta en el escalón de piedra que le permite tener la cintura bajo el agua. Verdugo sigue peleando como un muñeco flotante.

—¿Cómo empezó el caso de las niñas del 2009? —Balma teme que no haya respuesta.

Pero Verdugo hoy está amable, aunque no deja de resoplar y girar sobre su cuerpo, pero se detiene para contestar a Balma de una manera cordial:

—Empezó con Mónica, la primera niña. Acabo de decir una obviedad. —Verdugo hace ver a Balma que se está esforzando por

ella, por darle un relato más... intelectual, y no esas frases cortas con las que suele explicarse él siempre—. Al principio pensaban que habría sido una fuga voluntaria con algún novio, pues tenía trece años, y le descubrieron páginas enteras de su diario escritas con el nombre de un chico... Christian. Sin embargo, enseguida vieron que no, que era solo un compañero de colegio del que estaba enamorada en secreto.

—Típico de esa edad.

—Supongo. Y el chico fue localizado en su casa esa misma tarde jugando a la consola. Se descartó esa hipótesis.

—¿Y luego?

—Pues es que no había testigos. Nadie había visto nada. Y eso que había sido en medio de su calle. Pero estaba desierta.

—Pero ¿dónde la secuestraron?

—Debajo de su casa. En Benicalap, un barrio de las afueras.

—¿Y no había nadie por la calle? ¿Ningún sitio abierto?

—Era 2009, estábamos en lo peor de la crisis, la mayoría de los negocios habían tenido que bajar la persiana. Muchas calles se quedaron desiertas.

—Pero, aun así, es muy difícil que en una calle de Valencia no haya nadie. ¿Adónde iba ella?

—Se la llevaron cuando bajó a hablar con una prima. La típica hora de la siesta de una tarde de invierno.

—¿Una prima? ¿Para qué? ¿Se llegaron a encontrar?

—Sí, una prima de su edad, no recuerdo ahora el nombre. Lo típico. Le había pedido que le bajara unas zapatillas de *ballet*. Pero la prima se retrasó unos minutos. Nada. Dijo que cinco. Pero ya no llegó a encontrar a Mónica. La esperó un poco. La llamó al móvil. Le salía apagado. Se acabó acercando a su casa. Llamó al timbre, y los padres, enseguida, asustados, a la policía.

—¿Bailaba? —pregunta Balma, recordando sus clases infantiles en la academia de danza.

—Sí, Mónica era la hija perfecta, era buena estudiante, sabía inglés, iba al conservatorio de danza... Quería hacer baile moderno, irse a Nueva York, bailar con Madonna..., pero alguien la metió en un coche en medio de su calle, debajo del portal de su casa y desapareció para siempre.

—Pero ¿en serio que nadie vio nada?

—Sí, al final sí. Al día siguiente. Se llamó puerta por puerta. Un anciano casi inválido al que dejaban todo el día mirando por la ventana dijo que había visto un todoterreno blanco en el que la niña se habría subido por la fuerza.

—Menos mal. Si no llega a ser por ese testigo... ¿Y los padres? ¿No salieron por la tele?

—No, los padres no supieron qué hacer. Eran gente muy humilde, un matrimonio que vivía de limpiar escaleras ella y de una pensión de invalidez él, porque iba en silla de ruedas. Gente sin estudios, sin contactos. Estaban destrozados. Desde el minuto uno, se pusieron en lo peor. Dieron a Mónica por perdida. Decidieron encerrarse, no hablar con la prensa. No fue justo.

—¿Acaso algo lo fue?

—No, me refiero a que toda la prensa se centró en la última niña, en Elena, porque su padre sí era un empresario importante que removió cielo y tierra para que hablaran todos los días de su hija. Y también porque Elena era la niña más guapa del mundo, todo el país se enamoró de ella; pero a Mónica nadie le hizo caso porque a ojos del público era de una familia pobre e inculta.

—Eso no es que sea injusto, es cruel solo de pensarlo —le espeta Balma, indignada.

—No lo pensé yo, lo dijo Bru muchas veces —se defiende Verdugo —. Yo solo la saqué rígida y fría de una acequia.

Se produce un silencio, como si los dos hubieran oído el lejano eco de un trueno de tormenta.

—Pero ese alguien. El que se llevó a Mónica. ¿Está claro que fue Oriol?

—El coche se identificó por la matrícula que recordaron varios testigos. Principalmente, el anciano y un taxista que creyó ver algo raro en un semáforo... Con esos datos se localizó al propietario, que era el padre de Oriol. Se personó la Guardia Civil en su domicilio y fue llevado al cuartel más próximo. Que era el mío. Pero el padre no sabía nada del coche. Dijo que siempre lo usaba su hijo, que él tenía otro, un Opel, creo. Además, tenía una coartada perfecta, había estado todo el domingo de procesión, bailes regionales, traca y comilona en la plaza, pues era un día grande de fiesta en el pueblo.

—¿Entonces?

—Entonces alguien le preguntó por su hijo. Habían hablado con los vecinos y enseguida todos destacaron que el padre era una bellísima persona, farmacéutico, pero que el hijo...

—¿Y cómo lo localizaron?

—No. El propio Oriol se entregó dos horas después en nuestro cuartel. Dijo que había estado solo por las montañas. Que no sabía nada.

—¿Y el coche?

—Oriol dijo que se lo habían robado, que no había puesto la denuncia porque no quería que se enteraran sus padres y que por eso andaba por las montañas. Que él no sabía nada de Mónica.

—¿Qué hacía Oriol en las montañas?

—Cazaba. Oriol pasaba las horas cazando, con escopeta, poniendo trampas, con arco, incluso a machete. Todo el mundo en las aldeas

sabía que Oriol mataba todos los animales que encontraba. De hecho, Oriol mató a mi perro, a Muerde, le pegó un tiro a bocajarro cuando éramos pequeños. —Verdugo calla esperando el impacto.

Balma casi se cae de espaldas:

—¡Tú conocías a Oriol!

Verdugo asiente.

—Yo conocía a Oriol. Vivíamos en las mismas montañas, nos reconocíamos las huellas, los rastros, pero nunca nos cruzábamos. —Aguarda un instante a que Balma asimile la noticia—. Yo corría con Muerde y Oriol cazaba. Todo bien. Hasta que un día nos cruzamos. Yo iba corriendo montaña arriba, mi perro me adelantó, Muerde siempre estaba olfateando animales, no le di más importancia, dejé que desapareciera por unos instantes delante de mí. —Verdugo sonríe al recordarlo... pero al seguir su rostro se endurece—. A los pocos segundos oí el disparo y su gemido. Cuando llegué, olía a pólvora y Muerde estaba reventado de un disparo de escopeta, agonizó en mis brazos. Eché a correr, oí que alguien huía más arriba y corrí más todavía, estaba ciego, lo atrapé en cien pasos, lo tiré al suelo. Fue la primera vez que miré a los ojos a Oriol y vi claramente que estaba loco, asustado en esos momentos, pero ido.

—¿Qué le hiciste?

—Le di la paliza de su vida. No me siento orgulloso, no debí hacerlo. Pero así fue, lo dejé tan maltrecho que tardó dos días en regresar arrastrándose a casa de sus padres. Nadie en los pueblos salió a buscarlo, a ayudarle, hasta la gente de las aldeas sabía que Oriol era el responsable de los gatos que vagaban por las calles sin ojos, de los perros ahorcados en las señales de la carretera.

—¿Entonces fuiste tú quien le hizo lo de las cejas?

—No, yo no. —Verdugo niega enérgicamente con la cabeza—. Eso fue después, se lo hizo un pastor al que también le degolló el perro

y algunas ovejas. Lo esperó escondido detrás de una fuente, lo ató con una cuerda y le arrancó las cejas con una hoceta. Y no lo mató porque Oriol se le escapó corriendo con toda la cara ensangrentada.

—¿Y no volvisteis a coincidir nunca?

Verdugo repasa un instante en su cabeza embotada de drogas. Niega.

—Hasta ese día en que lo detuvieron, no. Nos oíamos por las montañas... Nos reconocíamos con odio las huellas... Yo rompía sus trampas, él a veces me ponía cables en los senderos..., pero no volvimos a vernos hasta esa noche en que se presentó voluntariamente en el cuartel.

—¿Te reconoció?

—Sí. Pero apenas nos vimos. Yo entonces no estaba asignado a la investigación. Era un simple agente del SEPRONA que terminaba su turno, pasaba por ahí y lo vi en un despacho. Tampoco sabía nada. Me enteré después, en los vestuarios. Pero sí, aquella noche de domingo nos vimos en el cuartel.

—¿Y qué pensaste? ¿Pensaste que había sido él? ¿Que se había llevado a Mónica?

—Por supuesto. Y se lo dije a los mandos. Seguía teniendo la misma mirada de loco. Aunque Oriol insistía en que no sabía dónde estaba su Patrol blanco, que se lo habían robado hacía unos días, que no sabía nada de bajar a la ciudad, de haber secuestrado a una niña. Entonces vino su padre, yo lo reconocí, lo había tratado porque eran los farmacéuticos del único pueblo con farmacia de las montañas. Eran ya mayores, casi parecían sus abuelos. Tenían una farmacia importante en el centro de Valencia, pero cuando empezaron a tener problemas con Oriol lo vendieron todo y se instalaron en las montañas, supongo que para que su hijo hiciera

menos daño en un lugar con menos gente. No los culpo, eran buenas personas.

—Qué curioso... —piensa Balma en voz alta.

—El caso es que Oriol pasó esa primera noche en el calabozo. Y a primera hora de la mañana, el padre llamó para informar de que iba a venir el abogado de su hijo. Cuando entró en el cuartel, yo, sinceramente, no entendí el revuelo. No sabía quién era, me lo tuvo que explicar un veterano, me dijo que ese farmacéutico no podía ser un don nadie, porque había traído al mejor abogado de Valencia y nosotros teníamos un problema porque ese —Verdugo imita el gesto de señalar con la barbilla— nunca perdía un juicio.

—Era don Braulio, ¿no? —adivina Balma con orgullo.

—Exacto, el padre de Oriol se había movido, había preguntado por el mejor abogado y le habría pagado lo que fuera para que defendiera a su hijo. No lo culpo, incluso aunque en el fondo de su conciencia el padre sospechara que su hijo era culpable de haberse llevado a Mónica, era lícito que le buscara el mejor abogado, un hijo siempre es un hijo —sentencia Verdugo.

—Y un padre siempre es un padre —añade Balma.

—Correcto. Y el padre de Oriol hizo todo lo posible para que su hijo no fuera a la cárcel.

Balma busca una postura más cómoda, pues se le ha dormido un brazo.

—¿Qué hizo don Braulio para sacar a Oriol? —le pregunta moviendo los dedos.

—Braulio Bou no hizo nada en realidad, nos puso firmes a todos, nos advirtió de los derechos de Oriol, pero poco más. Me incluyo porque esa mañana nos ordenaron a todos los guardias de la zona la incorporación inmediata al operativo de búsqueda de Mónica. Entonces ya me sentí implicado en ese discurso que nos soltó. Acto

seguido, Braulio Bou tuvo su entrevista en privado con su cliente y luego le dijo al padre que sentía dejarle, pero tenía que irse a su despacho a preparar el asunto con su equipo. Nada más, se fue con prisa y dejó a Oriol en el calabozo.

—¿Y luego...?

—Y luego pasó lo que todo el mundo vio en las noticias. Doce horas después, a las ocho de la noche, estando todavía Oriol custodiado, Mónica apareció muerta en una acequia, su cuerpo se había atascado en un sifón y tuve que bucear hasta el fondo para sacarla.

Balma se impresiona al mirar al protagonista de aquellas imágenes.

—Lo recuerdo, eso lo vimos todos por la tele.

—Y el problema fue que la autopsia de Mónica dictaminó que había muerto en un plazo no superior a tres horas anteriores al hallazgo de su cuerpo.

—¿Lo cual significaba que Oriol no había podido ser el asesino?

Verdugo aprieta los labios para que Balma entienda la rabia que sintió en ese momento porque él sí conocía a Oriol, porque él sabía por experiencia propia de lo que era capaz ese loco y, sobre todo, porque él había abrazado el cuerpo inerte de una niña. Pero después, respira y contesta a Balma:

—Exacto. Lo cual significaba que Oriol solamente era un pobre chico sin antecedentes al que le habían robado el coche la noche antes. No había pruebas, no había huellas, el cuerpo había pasado tanto tiempo corriendo por el agua de las acequias que prácticamente había sido lavado y lacerado. Afortunadamente para el asesino, fuera de las lesiones evidentes de tortura, pues la habían mutilado, el cuerpo de Mónica era un difícil objeto de estudio.

—Pero, aparte, ¿la autopsia fue un desastre? Eso también salió en la tele. Raúl Bru comenzó su teoría con eso, diciendo que había más gente detrás del crimen, sus famosos peces gordos, y que la prueba evidente de ello había sido esa primera autopsia en la que hasta se eliminaron pruebas por parte del equipo médico forense. ¿Eso lo recuerdas? —Balma insiste. Parece que se agarra a la posibilidad de que, si eso fuese así, si existieron esos errores adrede, esa famosa teoría de la conspiración, su padre habría sido víctima de alguna especie de complot, de una trampa orquestada por esos famosos y desconocidos peces gordos que tan alto y tantas veces denunció en su programa Raúl Bru.

Pero Verdugo lo ve todo de un modo más real:

—Sí, bueno, la autopsia de Mónica fue un desastre porque nadie se había enfrentado a algo así en su vida, nadie quería decirles a los padres que las heridas, las mutilaciones, todo lo que le hicieron en sus partes íntimas fue hecho en vida, que la niña estuvo consciente en todo momento hasta que la ahogaron. Nadie estaba preparado para una autopsia así, no se hizo bien por eso, supongo.

—Pero entonces, ¿Oriol quedó libre de ese primer crimen?

—Oriol quedó libre y casi hubo que pedirle disculpas públicas, ya que Braulio Bou convocó una rueda de prensa para darnos a todos una lección sobre el *habeas corpus*. Fue la peor sensación de nuestras vidas, la mirada de esos padres, el cuarto de esa niña lleno de trajes de danza, de peluches, de fotos de la comunión... Fue la peor sensación de nuestras vidas.

ESCENA 42

«La lengua suena en la sordera
de un silencio que nunca fue creado,
gira atónito el tacto
sin poder palpar sombras»

La calle de la exclusiva urbanización Santa Bárbara está cortada con vallas amarillas y dos coches patrulla. Los periodistas y curiosos hacen guardia apostados en las pocas sombras que los árboles dan a las estrechas aceras de cemento.

La casa, enorme, está como comida por los ratones, agujereada, rota; pero José Gisbert, el albañil de gorra y alpargatas que la reconoció en la tele, no tiene duda alguna, es esa, seguro, en la que él pasó un año bajo el suelo, construyendo aquel zulo de azulejos blancos, justo debajo de esa fuente. Es esa.

Sin embargo, la trampilla que él jura que existía bajo el agua para hacer de entrada secreta no aparece, y eso que está seca la fuente y puede meterse. Por ello no hacen todos otra cosa que dar vueltas alrededor, mirando el suelo, pisando fuerte, mientras José Gisbert se rasca la cabeza.

Uno de los Pardos le ofrece a Alonso Gracia un móvil que permanecía en el coche. Su jefe primero le pregunta quién es, silabeando, por si puede evitar contestar en esos momentos. Silabeando le contesta el Pardo:

—Es el ministro del Interior.

Y le entrega el teléfono. Alonso Gracia se aleja paseando hacia la otra punta del jardín de la casa. Los Pardos lo observan con discreción mientras dan pisotones al suelo, no pueden ser buenas noticias. Cinco minutos después, su jefe se despega el móvil de la oreja y vuelve hacia ellos, que se acercan raudos para evitar quedarse fuera de ese círculo de secretos oficiales.

—No les gusta cómo estamos llevando la investigación. Quieren mi dimisión o avances. Pero, sobre todo, les preocupa el tema de Raúl Bru, no podemos retenerlo más por lo de atentado a la autoridad, todos los periodistas lo están usando para defender la libertad de prensa, nos quieren llevar hasta el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, tenemos a la prensa en contra, nos ha estallado en la cara. Escuchadme: me da igual lo que saquemos de aquí, es posible que este hombre esté senil y estemos haciendo el tonto, pero llamad al resto del equipo e informadles de que nos han dado un ultimátum los de arriba. O encontramos algo contra Raúl Bru antes de que termine el plazo de su detención o yo tengo que dimitir y nos apartarán del caso. Así de claro. Que encuentren lo que sea. De hecho, idos vosotros a la comandancia ya.

—De acuerdo, jefe.

—Lo que sea, jefe.

Mientras los Pardos se alejan con las órdenes y los agentes de la barrera amarilla les empiezan a abrir paso al principio de la calle, José Gisbert sigue dando vueltas a la fuente, frustrado. Alonso Gracia tuvo un padre y unos tíos de pueblo, albañiles de albarcas y agricultores de gorra, sabe perfectamente con el tipo de persona que está tratando, en otro caso, ya se habrían ido de la casa hace tiempo.

—Le juro por mi vida que estaba aquí. Yo mismo falqué esa trampilla ahí —señala, palpando con su mano, el fondo seco de

cemento en el que se ha metido—. Pero la han quitado. Alguien la quitó después.

—José, no le estoy diciendo lo contrario, yo le creo. Pero después de tantos años, son probables dos cosas: o bien que cegaran ese sótano, o bien que usted, perdóneme, se esté confundiendo.

Con afán, José Gisbert se pone serio, trascendente para hablarle a Alonso Gracia desde su pequeña altura:

—¿Sabe usted cómo me llaman a mí?

—No, no lo sé.

—Me llaman Pepet el Francés. ¿Sabe usted por qué?

—No, evidentemente.

—Porque yo sabía que lo que estaba construyendo aquí estaba mal. Yo era muy joven, ¿sabe usted? No era ni mayor de edad cuando empecé, acepté yo porque no aceptó nadie. Y me pasé casi dos años aquí solo, todas las mañanas entrando por una puerta que había ahí, todas las tardes cerrando un candado que me habían dado con llave. Alguna vez veía al dueño, al Señor que le decía, venía a explicarme los planos y, si yo me atrevía a preguntarle para qué quería aquello, tan solo me decía que me ocupara de mis asuntos, y me daba las quinientas pesetas que me pagaba por semana. Aquello, hace sesenta años, era una fortuna.

—¿Nunca supo para qué lo estaba construyendo?

—Nunca me lo dijo, y que me cuidara de decir nada de lo que hacía, ni en el pueblo ni en mi casa. Yo ahí sabía que no era nada bueno. Pero en aquel entonces, como ahora, los ricos mandaban y los pobres agachábamos la cabeza. El caso es que acabé, que puse esa trampilla justo ahí, que llenamos la fuente de agua, que me dio cinco mil pesetas de entonces y me dijo que ya no hacía falta que volviera, que ese mismo día me llevara las herramientas y la pastera. Cinco mil pesetas. Yo estaba que no podía ni dormir en la cama.

—Era una pequeña fortuna, lo sé.

—La perdí, ese billete y todos los que había estado guardando bajo el colchón durante dos años. Pero eso fue lo que menos me importó perder. Esa noche se prendió fuego a la casa de mis padres y el único que se salvó fui yo. Salí negro de ella. Pero yo no soy tonto, óigame, yo había perdido a mis padres, pero sabía perfectamente lo que había pasado. No le di cuentas a nadie. Con lo puesto, me fui a la estación y esperé a que llegara un tren, como pude, pidiendo o robando, llegué a Francia y allí me puse a trabajar en la vendimia. Allí me quedé, no volví hasta que me jubilé hace unos años. Pero óigame, ni un solo día de mi vida he dejado de acordarme de esta casa, ni un solo día, y créame cuando le digo que aquí abajo hay un zulo como yo me llamo Pepet el Francés.

—De acuerdo, Pepet, le creo. Pero lo que es evidente es que la trampilla que usted construyó ya no está. Por tanto, debieron de cegarla y construyeron una entrada diferente. Vamos a buscar esa segunda entrada.

Alonso Gracia recuerda de adolescente haber ayudado a sus tíos en las casas que trabajaban, haberse sentido orgulloso cuando sacaban las aguas fuera y colocaban su bandera, haberse acostado con los brazos doloridos pero la boca alegre por el sabor del vino que el resto de los hombres habían compartido con él. Con los brazos en jarras, ahora, repasa con la mirada esa enorme casa y su jardín, buscando, con detalle, como antiguo albañil, algo que le llame la atención.

—¡La chimenea! —anuncia Alonso, contento.

—¿Qué le pasa a la chimenea? —le contesta José Gisbert con esa suspicacia de oficial experto que no ha visto nada extraño.

—No hay chimenea. No me refiero a esa, ya veo que fuera hay una chimenea, pero por dentro no la hay. Venga conmigo, José.

Alonso Gracia avanza entre sus hombres que andan por la casa como buscadores de setas.

—¿Lo ve? —señala una pared—. No hay chimenea.

—Hostia, tiene usted razón, la han quitado —le reconoce sorprendido José Gisbert.

—¡No la han quitado! —Alonso está emocionado con el hallazgo, casi eufórico para lo calmado que suele ser—. Salga usted y mire por fuera, la casa tiene un hueco de chimenea por fuera, pero aquí, por dentro, no lo hay.

Alonso Gracia, cada vez más acompañado por sus hombres, observa y palpa una pared donde debía haber una chimenea.

—El que enlució esta pared no sabía, mire usted, oficial, qué mal hecha está, parece que la enlucieron con una madera.

—Tiene razón, mal hecho está —le reconoce el viejo albañil.

—Tiene que haber algo detrás de este mueble de comedor. Ayúdenme a empujarlo. Utilicen guantes, por favor, puede que la Policía Científica deba volver a analizarlo con más detalle. ¡Empujen! ¡Ahora!

Tras el mueble, apartado en diagonal a un lado, aparece un hueco oscuro en la pared y un olor a humedad que se les mete por dentro. Están todos impresionados ante el hallazgo.

—Vamos, acompáñenme —ordena a esos nuevos hombres que no son sus Pardos, porque imagina que ellos ya estarían corriendo túnel abajo sin ver nada, pero dispuestos a todo.

Linternas en mano, que han tenido que esperar a traer de los coches, Alonso Gracia y tres hombres se adentran en esa oscura madriguera con guantes y mucho cuidado, hasta dar, en medio de un túnel por el que deben ir agachados, con una portezuela metálica. Empujan, la abren sin esfuerzo, aunque el metal está deformado por la humedad y el óxido de años, ahora el techo es un

poco más alto, algo parecido a moverse por un submarino. Hay un interruptor, un pulsador normal de uso doméstico, como el que cualquiera puede encontrar en su cocina, al accionarlo, aquellos agentes temen encontrarse la mazmorra de un asesino de niñas. Y a Aitana muerta.

Casi aciertan, salvo por lo de la niña, allí no queda nadie, pero es exactamente tan sórdido como habían imaginado. Y José Gisbert tenía toda la razón, junto a la luz blanca de un tubo fluorescente del techo, observan la trampilla sellada que él falcó, pero ni siquiera el pobre albañil le da importancia a eso porque enfrente tienen un cuarto, una habitación en la que vivir encerrado, una cama con un colchón manchado de todo y una caja de herramientas en el suelo, a sus hombres los impresiona ver cosas cotidianas que ellos mismos han podido comprar en el supermercado, como la escoba o esa marca de papel higiénico, pero a Alonso Gracia le impresiona más ver una silla de tela blanca, sin mancha, puesta ahí, a una cierta distancia, como la que usan los directores de cine.

Aunque allí no hay nadie, ni director ni actrices. Alonso Gracia maldice, se aguanta las ganas de vomitar, ese olor a muerte humana seca, a carnicería usada. Al menos allí no está la niña, no quería encontrar a Aitana, no quería encontrarla muerta, supone que allí solo mataron a Lola, lo desea con todas sus fuerzas mientras piensa también que la Científica va a tener aquí abajo trabajo extra. Sigue mirando. Uno de sus hombres nuevos pide permiso, azorado, tiene que salirse para respirar, vomitar o no morirse de asco. Los demás observan al oficial, impasible, licenciado en Matemáticas, mirar a su alrededor, ese desorden, la suciedad..., los cables.

—Se han dejado los cables —señala Alonso Gracia.

El resto de los agentes observan lo que su mando les indica por las paredes.

—¿Qué significa eso, señor? —se atreve a preguntar uno de ellos.

—Este zulo está hecho de hormigón armado. —José Gisbert asiente a la observación de Alonso Gracia—. De modo que los cables deben ir en superficie. Si se fijan, están ahí, pegados en las aristas de las paredes y el techo. Miren, son cables rojos y negros, de sonido, podrían ser para un equipo de música potente que impidiera escuchar cualquier grito, podrían ser..., pero también cables azules y marrones, de corriente eléctrica, y viejos cables blancos de tipo coaxial que se usaban antiguamente para sistemas de cámaras de circuito cerrado. Pero están también estos otros cables, los cables de internet que ven aquí arrancados por las cuatro esquinas. Esto significa seguramente que habían actualizado el sistema de cámaras hacía poco tiempo. Sin embargo, pese a que tuvieron tiempo de llevarse todo el equipo de grabación que debían guardar en este armario, si se fijan —Alonso señala las paredes con su bolígrafo—, están los cables arrancados, se lo llevaron todo sin desmontar.

—¿Qué significa eso, señor?

—Significa dos cosas. La primera es que querían ese sistema de cámaras, es decir, piensan seguir utilizándolo. Y la segunda es que no tuvieron tiempo de desmontarlas, sino que las arrancaron de cuajo, miren, de hecho, en esta se dejaron un trozo de plástico atornillado a la pared. De modo que sabían que veníamos, de ahí que se fueran con prisa y contratasen a esos chicos para que destrozasen todo, y además piensan seguir haciendo esto en otro lado.

—Señor, los Pardos tardaron casi veinticuatro horas en localizar este chalé, al día siguiente de la muerte de la periodista.

—Eso es cierto..., pero lo que usted no sabe es que, a las pocas horas de la desaparición de Lola, ya teníamos un vídeo que nos la mostraba espiando esta casa. Es posible que, en medio de esta

carnicería, incluso cuando Lola todavía estaba viva, alguien advirtiera a Oriol de que la periodista había enviado un vídeo de esta casa con su teléfono y que la Guardia Civil lo estaba analizando. Y por eso se fueron corriendo sin limpiar ni recoger eso. —Alonso señala a la caja de herramientas abierta.

—Es complicado pensar eso, señor. Si me lo permite.

Pero Alonso Gracia sigue sospechando que tiene un chivato.

—Viendo esto, viendo de lo que es capaz el ser humano, entendiendo que alguien imaginó, diseñó y ordenó construir este sótano sin otro fin que el que estamos viendo, infligir dolor, sufrimiento, muerte... Viendo esto es muy complicado pensar racionalmente. Pensar que, por desgracia, compartimos la misma especie.

Sus nuevos hombres permanecen callados ante el horrible hallazgo, ante la asquerosa realidad que están viendo. Hasta que Alonso reacciona de nuevo y los despabila:

—Venga, salgamos de aquí. Avisen al juez y a la Científica. Usted, acompañe a José Gisbert y... No, déjelo, yo mismo lo llevaré a casa. —Se da cuenta del estado de confusión en el que se encuentra el albañil, que parece haber envejecido años al salir de aquel zulo que él mismo construyó y sentirse, para el resto de la vida que le quede, miserablemente culpable. Le pasará un brazo por el hombro para ayudarle a salir, se lo mantendrá cuando crucen el jardín y José Gisbert mire cabizbajo a la fuente y a ese maldito suelo—. Avisen a los guardias de la barrera de que voy. Vamos, José, no lo piense más, salgamos de aquí. Hemos ganado unas horas.

ESCENA 43

«El cuarto, oscuro; y la ventana abierta
en la noche desnuda del estío»

Balma y Verdugo se ignoran en esa casa entre naranjos, ella domina las habitaciones que rodean el patio, con sus líneas de sol a través de las contraventanas, su suelo de azulejos viejos, y él permanece como un animal acuático, encerrado en la alberca interior, a veces, a mediodía, bajo el sol intenso de Dénia, oliendo a Mediterráneo, otras veces, al principio de la mañana, sumergido en la fresca sombra que le regala la buganvilla por los tejados. Se ignoran enfadados.

Sucedió algo de madrugada, entre las cosas que los Pardos le trajeron, papeles, también se encontraba una libreta pequeña, en ella, cuando está solo, Verdugo anota cosas, deprisa, a veces despacio, a veces recuerda, a veces se queda pensando, pero siempre cuando cree que nadie le está viendo.

Balma lo espiaba de madrugada, aunque es cierto que desnuda tras los visillos, pero lo veía escribir hasta que uno de los dos se rindió al sueño, fue él, después de todo el día nadando en la piscina como un perro. Balma se puso un camisón de raso y bajó con el teléfono en la mano, tuvo mucho cuidado al hacerlo, tomó una primera fotografía de la primera hoja de esa libreta, eran números, había tenido el cuidado de quitar el *flash* del teléfono, pasó otra página y de repente oyó su voz:

—¿Qué estás haciendo?

Verdugo estaba de pie tras ella, quizás no dormía en esa toalla sobre la que estaba tumbado. Fue la primera vez que lo vio alzado por sus propias piernas: era alto.

—¿Qué son estos números? —le preguntó Balma.

Pero Verdugo estaba enfadado.

—Borra esa fotografía, bórrala inmediatamente. Si alguien te la descubriera, estarías muerta. Bórrala ya, delante de mí, que lo vea. Y no vuelvas a hacer esto, no vuelvas a robarme. Créeme, te lo digo por tu bien, para que sigas viva, hazme caso, mira lo que le pasó a tu amiga. Olvídate de estos números. No vuelvas a preguntarme.

Balma se fue indignada hacia su cuarto cuando Verdugo la detuvo por el brazo, ella notó que también se estaba apoyando, que estaba agarrado a la silla.

—Escúchame, si alguna vez desaparezco, no le digas a nadie que viste esta libreta, a quien le menciones que yo estaba escribiendo números, sin saberlo, lo estarás condenando a muerte. ¡Escúchame! Ni siquiera a mis hombres, no le digas a nadie nunca lo que has visto. —Verdugo tuvo que derrumbarse de nuevo pues las piernas no le aguantaban mientras veía desde el suelo que Balma se marchaba tras dejarle el tacto de su piel en las yemas de los dedos.

Luego ninguno de los dos pudo dormirse, vieron amanecer, se quedaron amodorrados, uno con dos toallas blancas por sábanas. La otra, encogida en la que siempre fue su cama.

Ahora comen. Balma es hortelana, alrededor de la casa crecen tomates y pimientos a su antojo, restos de cultivos que se han ido asilvestrando cerca de la sombra y un charco de agua que siempre queda junto a la acequia, le acerca un plato a Verdugo sin interrumpirle mientras bucea.

—No vuelvas a gritarme en tu puta vida.

—No te grité.

—Pues no vuelvas a hacerlo en tu vida.

Verdugo no piensa con suficiente cuidado su respuesta:

—Si te pasara algo por mi culpa, no podría soportarlo otra vez.

—¿A qué te refieres con otra vez?

—No he querido decir eso.

—Pero lo has dicho. ¿A qué te referías?

—Todos tenemos fantasmas, yo dejo en paz los tuyos, tú deja los míos, Balma.

—Tú sabes todo sobre mi fantasma, porque es mi padre. Yo no sé nada sobre el tuyo.

Verdugo piensa unos segundos, se rinde, es su historia, se acerca torpe hasta el borde de la alberca.

—Yo no siempre fui así. —Verdugo habla acodado en el borde de la piscina mientras Balma le escucha acuclillada frente a él—. Crecí solo en una aldea, no había más niños, nos juntábamos como cinco o seis en la escuela del pueblo a la que llegábamos andando desde las aldeas por sendas o en los guardabarros de los tractores de nuestros padres sentados. Yo era libre, la única norma en mi casa era mi padre dándome una hostia y diciéndome que obedeciera, que obedeciera, siempre que obedeciera. Pero yo la mayoría de los días no llegaba al colegio, me perdía por esas sendas, me comía el bocadillo en el río, volvía tarde, tras ver atardecer desde la atalaya, perseguía animales, conocía sus escondrijos, sus costumbres, sus madrigueras... Tenía mi perro, Muerde, y éramos felices, hablábamos, él me entendía, me acariciaba así con la pata, se enfadaba al jugar conmigo, se iba, volvía corriendo, me rodeaba, me mordía de broma, me daba con la cola en la cara, nos bañábamos juntos en las pozas azules... Yo era feliz, creía que la libertad era la

única ley. Crecí así, solo, yendo algunos días al colegio y el resto corriendo por las montañas con mi perro. —Verdugo hace una pausa, mira a los ojos a Balma—. Hasta que llegó la adolescencia y todo cambió. Yo tendría como catorce años ese verano, cuando conocí a Miriam, ella había venido a veranear al pueblo, venía todos los años, pero esta vez había cambiado, estábamos todos los chavales de las aldeas locos por ella. Y ella me eligió a mí. Fue el mejor verano de mi vida, por primera vez no quería estar solo, quería estar con Miriam. La llamaba por las mañanas, le abría su ventana, se escapaba conmigo para ver amanecer, entrábamos en las casas vacías, explorábamos sus cocinas con las persianas bajadas, sus muebles tapados con sábanas, sus corrales llenos de hojas, me besó en una cama de matrimonio, me tiró de un empujón y me besó encima de mí, yo supe que la había estado buscando toda mi vida. Después de aquel primer beso llegaron más casas deshabitadas, éramos conscientes de que había su peligro, pero a Miriam le encantaba explorarlas, saber sus vidas, tocar sus cosas, desnudarse en medio de sus cocinas... Nos pasamos los días haciendo el amor en camas desconocidas, incluso algunas veces tuvimos que escapar desnudos por las tapias de los corrales, pues mientras lo estábamos haciendo habían abierto la puerta y era la familia entera con la abuela y el canario, que llegaba de vacaciones. Comprendí que era libre, que las leyes no me habían afectado mientras corría yo solo por las montañas y que las leyes no me iban a prohibir hacer nada ahora que solo quería estar con Miriam. Eran leyes, eran estúpidas, estaban hechas para proteger a los tontos, a los débiles, de los fuertes como yo, como nosotros éramos. No necesitábamos nada, Miriam y yo estábamos al margen de la ley. Éramos felices entrando a las casas ajenas y desnudándonos en sus camas. Así fue el mejor verano de mi vida. —Verdugo tiene tal brillo

de felicidad en los ojos que Balma se siente incluso celosa—. En una de las aldeas de arriba, los ricos se habían construido unos chalés de imitación con piedras y vigas de madera. Pero los ricos de ciudad nunca iban. Igual que nunca habían cazado esos ciervos cuyas cabezas colgaban como trofeos sobre las chimeneas. En una de esas casas encontramos la moto, era una Montesa H7, era una bestia. Yo al principio no sabía manejarla, fue Miriam quien me dijo cómo se hacía, ella fue la primera que la arrancó. A partir de la Montesa dejamos de andar, íbamos a todas partes con ella, todo el mundo sospechaba que la habíamos robado, pero era verano, éramos nosotros, ¿qué importaba? Si el dueño volvía, se le devolvería y a los críos les echarían un sermón. No pasaba nada, no éramos ladrones, simplemente éramos libres, las leyes no nos afectaban. Incluso si alguna vez a la Guardia Civil le daba por subir a las aldeas y nos veía y nos intentaba dar el alto, nosotros huíamos, nos reíamos de ellos, escapábamos por las sendas y acabábamos escondidos en alguna casa, o en un corral abandonado, dejándonos que nos picaran las pulgas mientras los oíamos alejarse. Fue lo mejor que me ha pasado. —Verdugo aguanta la respiración un momento, cierra los ojos—. Maté a Miriam derrapando contra una piedra. La llevé más de tres kilómetros en brazos por los caminos, la cabeza rota, su pelo rubio manchado de sangre que se fue quedando seca, estaba ya muerta. Cuando llegué a mi casa, cuando me vio mi padre con ella, me dio una hostia y me dijo: «Si hubieras obedecido...».

Balma acaricia la cabeza de Verdugo, que aprieta la mandíbula con fuerza:

—A partir de ese día decidí obedecer. Por eso no maté a Oriol poco después, cuando lo de mi perro. Porque decidí obedecer para que la ley no me proteja a mí, yo doy igual. Para que proteja a los que

quiero y yo no podré proteger en todo momento. Por eso he dicho otra vez. Por ti.

Balma se inclina, le coge la cabeza, lo besa, pero él no reacciona, como si todavía estuviera preso de su pasado. Ella se va a comer a la cocina.

ESCENA 44

«Dejo de ser mortal. Mas no soy inmortal.
Como si nada hubiera sido»

A las dos de la tarde hay viento de poniente, el aire se vuelve fuego, al bajar del interior fresco acondicionado de los coches, el contraste entre el civilizado frío y ese natural infierno es casi insoportable para los agentes que han venido de fuera y no están acostumbrados al clima de Valencia. Seguramente esta noche haya tormenta con granizo, deben darse prisa pues la enorme casa de Santa Bárbara parece una feria. No es para menos. Incluso vuela un helicóptero por encima de ellos. Semejante descubrimiento de un sótano de los horrores tiene a todas las televisiones del mundo revolucionadas, se hacen directos desde los aeropuertos volando a España, se entrevista a criminólogos de todo el mundo en todos los idiomas, se programan especiales informativos que durarán todo el día, los periodistas se agolpan a la entrada de la urbanización, los curiosos han bloqueado los accesos por carretera a las localidades limítrofes, los atascos son ya kilométricos en la circunvalación de Valencia.

Alonso Gracia camina solo en una zona alejada del jardín, protegido por la puerta del garaje y el cemento bajo un cedro, da vueltas sobre sus pasos sin dejar de hablar por teléfono ni de meterse en el jardín invadido por la Policía Científica; todos vestidos con sus monos blancos. Y cada uno de esos especialistas tiene claro que está investigando la peor escena del crimen que han visto

gracias a ese hombre de aspecto universitario que pasea en círculos solo.

De todos los datos que están extrayendo, el más impresionante son los años: más de sesenta, ese zulo se construyó hace más de sesenta años, ese zulo es posible que se haya estado usando desde los tiempos de Franco, cuando no estaban ni los reyes.

—Sí, Su Majestad, tendremos que remontar nuestras investigaciones a casos que incluso se produjeron durante la dictadura. Evidentemente, será una investigación que durará años, pienso yo. Disculpe, Su Majestad, me llaman por otra línea y debo atenderlo. Gracias a usted, Su Majestad.

Alonso Gracia cuelga un móvil y se coloca en la oreja el otro teléfono:

—A sus órdenes, señor ministro. No, señor ministro, sobre Raúl Bru todavía no tenemos nada. Pero, si me permite, señor, no sé si ha sido usted informado del enorme hallazgo que hemos realizado referente al caso, se trata de la casa en la... Claro, claro, señor ministro, ¿cómo no va a estar usted al tanto de la investigación? ¿Perdone? ¿Mi dimisión, señor? ¿Por qué motivo, señor? Pero ya le he informado de que la investigación avanza... No, señor ministro, no tengo nada sobre Bru. ¿Presiones, señor? Todos tenemos presiones, pero no se entendería que yo dimitiera cuando acabo de realizar personalmente uno de los hallazgos criminológicos más importantes. ¿Esta noche? ¿Y tengo derecho a réplica? Entiendo, señor. Que tenga usted también una buena tarde.

Acto seguido, Alonso Gracia ordena a uno de sus nuevos hombres que lo lleve a su domicilio. Atraviesan controles policiales, cercos de periodistas, más controles. Por fin sale a una larga avenida. Inmediatamente, comprueba que hay un vehículo que los sigue a cierta distancia. No le dirá nada a su hombre. Ni siquiera se

preocupará en exceso. Su tiempo se ha acabado. Ha hecho mucho más que lo posible. Lo siente por la niña. Lo siente por sus padres, Javier y Cristina. Por no poder ayudarlos. Ha hecho lo imposible. Pero siente que todos han perdido.

El agente aparcará frente a su edificio sin decir nada, consciente de que no debe molestar a ese mando. Alonso respirará, le dará las gracias y le ordenará regresar para colaborar con el operativo.

Se bajará de ese aire frío al sofocante calor del viento que lo quemará.

Resistirá bajo el sol a la espera de que el semáforo sin nadie en toda la calle se ponga en verde para peatones.

Verá aparcado el vehículo espía un poco más allá, reflejado en el cristal de su portal mientras abre la puerta.

Subirá las escaleras.

Se sacará la pistola del cinto y le quitará el seguro.

Entrará en su casa encañonando a todo, principalmente, a las maletas hechas de su mujer muerta.

Alonso se romperá, comprenderá que todos tenemos un límite en el infinito, que este era el suyo.

Necesitará hablar con Verdugo, explicarle que le van a echar del caso, que lo han machacado, que le van a obligar a dimitir, que nada sirve, que tiene en contra al juez, chivatos entre sus hombres, hasta el ministro del Interior quiere su destitución esa misma noche. Pero Alonso también sabrá que el teléfono de Balma estará pinchado, igual que el suyo, sabrá que si coge el coche lo estarán siguiendo, sabrá todo eso.

No le quedará más alternativa que ser creativo, llamará a la puerta del vecino, es un buen tipo con el que habló un par de veces cuando lo de Maica, le dijo que, si podía ayudarle en cualquier cosa, no dudase en llamarle.

De su garaje saldrá en breve un Opel negro conducido por un individuo no identificado, doblará la esquina y se bajará el conductor dejando el coche encendido, así llegará Alonso Gracia por fin a encontrarse con Verdugo, en un coche sin aire acondicionado y con dos móviles sonando sin cesar hasta desquiciarlo.

Al llegar a la casa de Dénia, Alonso Gracia será conducido por Balma hasta el patio con alberca donde le esperará Verdugo, ambos, el antiguo jefe y su hombre de confianza, se fundirán en un abrazo, ambos de pie, sorprendidos y emocionados por haber sobrevivido, pero Alonso a punto de derrumbarse y Verdugo todavía herido, apoyándose con una mano en la silla.

—Es un honor volver a verle, señor.

—El honor es mío, Alonso. Siento lo de Maica, lo siento mucho.

—Gracias. Se lo agradezco. Yo siento las circunstancias, señor, pero me tienen acorralado; desde el Ministerio del Interior al propio director de la Guardia Civil han pedido mi dimisión. No están disimulando, señor, por mucho que argumenten que he detenido a un periodista y vulnerado sus derechos, por mucho que nos hayan denunciado en el Tribunal Europeo, la realidad es que no quieren que yo siga en el caso.

—Nosotros, Alonso. No quieren que sigamos en el caso. —Verdugo le ordena a Alonso Gracia que se siente con él—. Ya no se andan con chiquitas.

—Tampoco se anduvieron hace trece años, señor. —Alonso Gracia le señala con un gesto de respeto.

—Tienes razón, Alonso, nunca han necesitado disimular. ¿Tenemos capacidad de reacción?

—Me han dado de plazo hasta esta noche. O encuentro algo que incrimine a Bru o tendré que dimitir antes de que me destituyan. No quieren que resolvamos el caso.

—Ambos sabemos lo que quieren, Alonso. Pero no pueden vencer.

—¿Y qué hacemos, señor?

—¿Tienes todavía a los Pardos?

—Por supuesto, señor. Están los Pardos y un equipo formidable de agentes.

—Vale, haz algo muy sencillo. Id al ayuntamiento, hablad con Movilidad y que os dejen mirar las cámaras más próximas a la casa de Bru durante la última semana, todo. Poned a todos los hombres que tengáis a revisar esas imágenes. Conozco a Bru, es un impaciente, algo habrá hecho, comprobad cada vez que haya salido de casa y seguid sus trayectos.

—Eso es un trabajo de chinos, señor.

—Tienes un equipo, ¿no? Todavía estás al mando, ¿no? Que vayan al ayuntamiento y ocupen la sala de Movilidad hasta que encuentren una maldita imagen de Bru saliendo de su casa, a partir de ese momento, que lo sigan hasta que demos con algo. Confía en lo que hacemos, Alonso, somos los buenos.

Y comienza una tarde de espera, una de esas tardes de verano en las que vuelves a mirar la hora del móvil que sostienes en la mano, en la que no te apetece nada, caminas, andas, aceptas algo y sabes que deberías hablar de mil cosas pendientes, pero no es el momento, como barcos encerrados, solo pueden esperar a que sople el viento.

Es a las ocho, quizás un poco antes, todavía de día en el mes de julio, cuando el teléfono de Alonso Gracia suena para darles la noticia de boca de los Pardos:

—¿Jefe?

—¿Señor?

—Os oímos.

—Tenemos algo.

—Decidnos, decidnos.

—Encontramos a Bru en una cámara, tenía usted razón, señor. El día que desapareció Lola, él salió de la comandancia en taxi, ¿recuerda? Localizamos de nuevo su taxi, ¿recuerda? El que nosotros íbamos siguiendo, pero tuvimos el accidente en la plaza del Parterre, y lo perdimos. Pues hemos encontrado el taxi, lo hemos seguido hasta la Estación del Norte, hemos esperado y al poco rato hemos visto que subió otro cliente. ¡Bru no estaba! ¡Había desaparecido! ¡Nos engañó! ¡Nos dio el cambiazo! ¡Cambió de taxi!

—Eso no es mucho, Pardos.

—No, señor.

—Pero lo importante no fue eso, señor. Lo importante fue que en una de esas grabaciones se ve que la moto que nos estorbó a nosotros es la misma que tenemos como perteneciente a la periodista Dolores Ledesma. ¿Me entiende, jefe? ¡La periodista también iba siguiendo a Bru!

—Vimos la moto y la investigamos para denunciarla por lo del accidente, ya sabe, matar dos pájaros de un tiro que se dice. ¡Lo que no nos imaginábamos era investigar la matrícula y dar con la periodista!

—¡Si no se llega a chocar con nosotros, no habríamos sabido nunca que seguía a Bru!

—¡Soy Balma! Por tanto, ¿Lola seguía a Bru cuando la asesinaron?

—No exactamente, señorita Dalmau. Lola siguió a Bru hasta la Estación del Norte, pero luego Bru desapareció y ella también, no hay más rastro de ninguno de los dos.

—¿Y no han podido seguir la moto?

—Es más complicado, jefe.

—Muy complicado, una moto en Valencia, justo en la zona de la Estación del Norte, se pierde enseguida. Necesitaríamos días para

localizarla.

—Si es que pudiéramos.

Verdugo entonces vuelve a ser jefe por unos segundos:

—Pero entonces, lo que tenemos es un indicio de que Lola seguía a Bru justo antes de que la asesinaran. No es mucho...

—No es mucho, señor.

—Lo sabemos, pero tampoco hemos tenido mucho tiempo.

Alonso Gracia interviene:

—De acuerdo, Pardos. Dadles las gracias a todos los miembros del equipo, habéis hecho un buen trabajo.

—Pero ¿le servirá, jefe?

—No creo, Pardos, no creo.

La derrota tiene un sabor malo, como a suelo y sudor ajeno, desaparecen las ganas de nada, se esfuma el tiempo, el mundo se aleja de ti y no puedes hacer nada sino esperar.

Se hacen las nueve, quizás un poco menos, cuando Alonso Gracia, que está redactando su discurso de dimisión para una inmediata rueda de prensa, recibe un vídeo en su teléfono. Se queda callado. Se levanta. Se está emocionando. Deja el discurso. Verdugo y Balma lo miran. Lo vuelve a ver. Nota que lo miran. Se comporta raro. Se emociona. Se acerca a ellos con el móvil en la mano y una enorme sonrisa:

—¡Señor!

—¿Qué ocurre, Alonso?

—¡Señor, tenemos el vídeo completo! ¡Bru se cambió de taxi, Lola siguió al taxi nuevo, fueron juntos, entraron seguidos en la urbanización, en Santa Bárbara! ¡Está todo grabado!

Verdugo sale de la piscina, comprende también la emoción de Alonso, la venganza que, por fin, después de trece años, implica ese enorme golpe de suerte. Comprenden los dos, mirándose y

sonriendo, que por fin tienen a ese hijo de puta. Sonríen. Se asustan. Balma está llorando, sola. Verdugo la abraza mientras le pregunta a Alonso Gracia:

—Dígame, Alonso, ¿quién les ha enviado ese vídeo?

—No lo saben, señor. Espere, me ha llegado a mí también un mensaje.

—¿Qué le dice?

—Esta vez no le cobraré el IVA —y Alonso Gracia se ríe a carcajadas sin que Verdugo lo entienda.

—¿Qué significa eso?

—Significa que nos han ayudado, significa que ese hombre era bueno como nos dijo desde el principio, significa que tengo que dar una rueda de prensa. —Alonso está eufórico por primera vez en muchísimo tiempo.

—¿Estás seguro, Alonso? ¿Quieres hacerlo así?

—Me han tirado encima a la prensa de toda Europa, tengo que meterles un gol a todos esos periodistas en su propio terreno. Si luego me descalifican, pues bueno, al final lo acabarán haciendo, pero cuanto más público vea lo que voy a hacer, menos protegido estará Bru.

—Ahí tienes razón.

Once y media de la noche, sala de prensa habilitada de la comandancia de la Guardia Civil en Valencia. Un atril vacío con el emblema del Instituto Armado y periodistas hasta la bandera. Allí no cabe nadie más, medios nacionales, internacionales, cámaras, directos, fotos, y por fin hace su aparición Alonso Gracia. Es un hombre joven, no ha cumplido todavía los cuarenta años, de aspecto pulcro y dientes blancos; tras él han encendido una televisión. Sus

tres teléfonos están sonando como locos al otro lado de la puerta por la que ha accedido a la sala.

—Buenas noches a todos y gracias por su asistencia a una convocatoria tan urgente. Sé que esperan de mí una respuesta a sus solicitudes de dimisión. Sé que han vertido sobre mi persona y mi equipo un cúmulo de acusaciones sobre vulneración de la ley y los derechos del ciudadano Raúl Bru. Lo sé. También soy consciente de que han ejercido presiones a los más altos niveles para forzar mi retirada como oficial al cargo de esta investigación. En definitiva, sé que están enfadados con mi proceder y el de mi equipo por la detención de su colega Raúl Bru en relación con el caso de Aitana Domingo. Pues bien, como todos ustedes también sabrán, hace unos días fue hallado con indicios de violencia el cadáver de su colega, y en algunos casos amiga, la periodista Dolores Ledesma Abril, precisamente cuando estaba cubriendo las diferentes informaciones que surgían y surgen en torno al citado caso de Aitana Domingo. A raíz de esa muerte, Raúl Bru fue detenido e interrogado. Pues bien, ahora estamos en disposición de informarlos no de mi dimisión, sino de la acusación formal de colaborador de asesinato hacia Raúl Bru gracias al siguiente vídeo que les voy a mostrar y en el que se puede apreciar que, instantes antes de desaparecer y de que se perdiera la señal de su teléfono, Dolores Ledesma estaba siguiendo en su moto a Raúl Bru, ocupante de ese taxi que lo llevó hasta la urbanización Santa Bárbara, donde supuestamente se produjo el asesinato de la joven.

Durante la emisión del vídeo, todavía se pudieron contener en una especie de silencio de teléfonos vibrando, pero cuando el vídeo se acabó, la avalancha de manos alzadas podría haber tumbado a Alonso Gracia hasta que, de entre todas las preguntas que se

hicieron y se pudieron responder, hubo un periodista de *El País* que preguntó:

—¿Y esta afirmación de que Raúl Bru participó de algún modo en el asesinato de Lola Ledesma la hace usted a título personal o como agente del Instituto Armado?

—No veo la diferencia.

—Quiero decir, en estos momentos, ¿está usted respaldado por la Guardia Civil o está usted solo quemando su último cartucho?

Alonso Gracia no sabe en realidad qué responder. Se queda callado. Alguien enorme alza la voz tras él:

—¡No! ¡No la hace él solo! ¡También la hago yo!

Ahí es cuando definitivamente se viene la sala abajo; cuando por esa puerta sale un hombre alto, de barba rala, pelo mal cortado pero bien peinado, fuerte pero torpe, que se atreve a dar tres pasos hasta recibir el brazo de su amigo y apoyarse en el atril. La suerte fue la pregunta de un joven periodista en prácticas, apenas un niño recién salido de la facultad, para *La Vanguardia*:

—¿Y quién es usted?

—Soy Modesto Verdugo.

ESCENA 45

«Tú repites mi vida, y no la reconozco»

Los gritos se oyen entre los grillos, como pájaros espantados por los naranjos. Portazos, peldaños, dolor. Mientras el resto de los habitantes de Dénia sufren el atasco de todos los veranos en la carretera de la playa, mientras el ruido de la feria en el puerto se va apagando, mientras los locales de ocio siguen sirviendo en sus terrazas de camareras morenas y camareros guapos..., mientras tanto, entre naranjos, Balma grita por toda la casa que ella misma reconstruyó mientras Verdugo anota números en su libreta.

—¿Cómo has podido? ¡Explícamelo porque no lo entiendo! ¡Cómo has podido hacerme eso!

—No podía dar otra respuesta.

—¡Has dado mil respuestas! ¡Te han preguntado de todo, por tu recuperación, por tu enfermedad, por tu encierro, por Oriol, por Bru, por las niñas, por todos! ¡Y solo un periodista te ha preguntado por mi padre! ¡Cómo has podido hacerme eso!

—Porque no podía dar otra respuesta.

—¡Podías dar mil respuestas! ¡Podías no haber dado ninguna respuesta! ¡Pero decir lo que has dicho! ¡Cómo has podido!

—¡Es que es la verdad! ¡Sigo pensando lo mismo! ¡La investigación indicó que tu padre fue el culpable! ¡Todas las pruebas lo señalaron! ¡Si no las quieres ver...!

—¡Eso es mentira y tú lo sabes! ¡No me trates como a una idiota! ¡Todo esto! ¡Todo esto que estás haciendo es porque sabes que el

asesino fue Oriol! ¡Tú sabes que Oriol mató a mi padre! ¡Tú sabes que Oriol lo ahorcó!

—¡Eso es lo que tú quieres oír! ¡Esa es tu teoría! ¡Pero eso no se pudo demostrar!

Balma hace ese gesto de agacharse para sacar la última pregunta que guarda su cuerpo tembloroso:

—¿Por qué no lo hicisteis?

—¡Claro que lo hicimos! ¡Claro que lo investigamos! ¡Lo investigamos todo! ¡Nosotros no declaramos culpable a tu padre! ¡No hubo juicio! ¡No hubo cuerpo del delito! ¡Nunca se encontró el cuerpo de Elena! ¡No hubo testigos! ¡Nunca encontramos a Oriol! ¡No fuimos nosotros los que condenamos a tu padre! ¡Fue la prensa! ¡Fue Raúl Bru quien salió en las televisiones diciendo que el asesino de todas las niñas había sido tu padre! ¡La gente lo creyó! ¡Todo el mundo quería un culpable! ¡Todos querían que se terminara esa pesadilla! ¡Y lo jodido es que se terminó! ¡Con la muerte de tu padre, terminaron las niñas desaparecidas!

—¡Con la muerte de mi padre o con la muerte de Oriol!

—¡Oriol no está muerto!

—¡Pero lo estaba entonces!

—¿Tú te estás oyendo?

Balma necesita que la abracen, que la recojan de ese dolor por dentro que la está encogiendo. Verdugo lo hace, la abraza por primera vez y la deja llorar contra su cuerpo.

—¡Claro que me estoy oyendo! ¡Mi padre era la mejor persona del mundo! ¡Mi padre no pudo matar a esas niñas!

Luego se calmó, acabó dormida de algún modo, rota, pero menos.

ESCENA 46

«Y a tu mujer la entierren de un bostezo»

Históricamente, El Cabañal nunca perteneció a Valencia, siempre fue un barrio de pescadores independientes. Mientras que la ciudad, situada río arriba, vivía de las huertas y el agua dulce del Turia, ellos vivían del mar, de la playa de la Malvarrosa retratada por Sorolla.

Posteriormente, después de que Blasco Ibáñez se construyera su famoso chalé al final de la playa, El Cabañal padeció su aislamiento respecto a una ciudad que crecía con la burguesía y el ensanche de las grandes vías, al contrario que el barrio de pescadores, que se iba empobreciendo.

En el siglo XX, con la llegada de la democracia, el Ayuntamiento intentó integrar el barrio, derribarlo para construir apartamentos de costa similares a los del resto de las ciudades con playa, pero la resistencia de los vecinos se enconó en una lucha que acabó marginalizando el barrio. Pero ni así consiguieron domarlos.

En el siglo XXI, El Cabañal ha sobrevivido a todo, a la delincuencia, a la especulación inmobiliaria, pero, sobre todo, ha sobrevivido a Valencia; de modo que los turistas pueden encontrarse una playa infinita con hoteles de lujo mientras que, dos calles hacia el interior, pueden ser atracados en uno de los suburbios más peligrosos de la ciudad, que apenas dos esquinas más allá tiene casas okupadas, infraviviendas, coches abandonados, hogueras en las calles, ventanillas de venta de droga y, al fondo, donde las luces y la

música, los clubs de playa por donde pasear descapotables y vestidos de lujo con copas enormes en la mano.

Serán más de las dos de la mañana, pero no importa, las noches de julio en la playa de la Malvarrosa son tumultuosas, personas por todas partes, familias con sillas y mesas en el paseo, jóvenes dando volteretas por la playa, grupos ocultos en la oscuridad de la arena haciendo botellón, parejas paseando, niños corriendo, tiendas abiertas..., pero Alonso Gracia no busca esa fachada, se baja del taxi con su gorra negra y se adentra en la trastienda, en las calles de atrás, donde aparcar suele terminar en un cristal roto. Todo el mundo las conoce como las Casitas Rosas, y es el lugar al que acudir cuando quieres mezclar la fiesta con cualquier tipo de droga.

Hay esquinas, en cada una de ellas hay grupos de gente, no te dicen nada, a veces sí, te asustan, te preguntan qué quieres..., pero normalmente saben que su negocio depende de esa mezcla de necesidad y miedo. Si les preguntas, salvo que sospechen y te digan que no saben nada, que te vayas, te indicarán con la cabeza que preguntes en esa ventana del bajo que tiene una reja, de la que ves que están yéndose tres jóvenes con pantalones cortos y zapatillas Nike.

—Hola, no, no busco nada. Quiero hablar con Sandokán.

—Aquí no conocemos a *naide*.

Siempre la misma respuesta. Malas caras, cigarro a la boca, gestos de que molesta.

Pero Alonso Gracia insiste, recorre la calle a lo largo, deteniéndose en las esquinas que lo ven llegar con desconfianza, agachando las miradas bajo las farolas. Está seguro de que se esconde ahí, está convencido de que todos lo conocen, de que cuando se da la vuelta sacan sus teléfonos y le dan el agua, el aviso, el toque de que lo andan buscando, espera eso, que Sandokán acceda y baje a verle.

Necesita saber por qué lo hizo, por qué les envió el vídeo donde se veía a Bru seguido de Lola. Pero también quiere ir más lejos, saber, ahora que entiende que Sandokán es bueno, qué sucedió de verdad con el Patrol, a quién se lo entregó, y sobre todo por qué. Ya que no le cuadra que ayudara a Oriol a robar el coche y a la Guardia Civil al mismo tiempo.

Parece que alguien ha salido de aquel bloque de pisos, tiene que ser él, con ese pelazo tiene que ser él, sí, ahora que pasa por debajo de la farola lo puede reconocer, qué bueno, lo ha encontrado. Alonso Gracia acelera el paso, lo sabía, ahora lo sabe todavía más, la clave era Sandokán, desde el principio del caso, siempre fue él, le preguntará, ahora que viene, le explicará la verdad, quién le encargó robar el Patrol, quién tiene a Aitana, dónde la tiene, incluso esa misma noche podrán... Qué extraño, Sandokán le hace gestos con las manos, le señala, echa a correr hacia él, que se gire...

El navajazo le pincha desde el riñón hasta el pulmón derecho, con un dolor intenso que le hace doblar las rodillas. La suerte es que puede verle la cara y reconocerlo antes de que se vaya corriendo, la mala es que le lanza otro navajazo para cortarle la garganta mientras cae al suelo, no con mucho acierto. Los únicos que pueden salvarle la vida a Alonso Gracia serán los gitanos llegando desde las esquinas para levantarlo, y lo cerca que está de esa calle el hospital de la Malvarrosa, al que lo llevarán en brazos, como en una procesión al santo.

ESCENA 47

> «Su milagrosa compañía me arrastra allí,
> en donde ser feliz era la natural razón de estar con la vida»

La segunda tormenta de verano llega como un diluvio en ese patio interior de cien años de soledad. Las contraventanas comienzan a batir, los cristales amenazan con romperse, la ropa tendida con salir volando, el agua con irrumpir en los cuartos. Verdugo sale de la alberca, esconde sus cosas, apoyándose en las paredes entra en la casa buscando ayudar a Balma, pero sus piernas tapadas con una toalla gotean sobre los azulejos antiguos que resbalan.

Y arriba, Balma siente que le estorba con su torpeza, ella corre, cierra ventanas que conoce, pone trapos donde sabe que seguirá entrando la lluvia, busca cubos para las goteras, despeinada, con ese camisón de raso mojado, no quiere verle, solo intenta defender su casa del caos que la está atacando.

Pero la tormenta tiene alma, carácter, como el mar contra un barco. Parece que quiere hundir la casa, arrecia el viento, vuelve a abrir las ventanas, golpean con fuerza las paredes, dejando entrar la lluvia como un riego roto. Los truenos se enfadan, tiembla la casa, se iluminan los naranjos y hasta el mar con los relámpagos que muestran un cielo cubierto de nubes negras como algodón de azúcar para los muertos.

—¡Cierra las ventanas, joder!

Balma grita como un capitán de barco tratando de evitar el naufragio, pero la tormenta se recordará durante años como un vendaval, un tornado que arrasó la comarca; aunque ellos no lo saben, Verdugo camina apoyándose en las paredes, torpe como un anciano, cierra ventanas, pero despacio; Balma va deprisa, resbalándose incluso, intentando que no vuelvan a abrirse, colocándoles sillas y muebles que va empujando.

De repente, un balcón que quiere abrirse, con un golpe de viento lo hace antes de que Balma llegue con sus manos a cerrarlo, el golpe le impacta en toda la cara, la derrumba al suelo, pierde la consciencia, se desmaya.

Cuando despierta, la tormenta se está yendo, todo se suaviza: las ventanas ya no crujen, el viento ha dejado de silbar, los relámpagos se pierden en el mar, se encuentra en su cama, Verdugo a su lado, de rodillas, le aplica alcohol con una toalla en esa brecha de la frente, por suerte, está viva, pero el susto le ha traído demasiados recuerdos.

—Lo que voy a decirte explica la media vida que he pasado encerrado.

Balma deja de respirar para escuchar mejor.

—Detrás de la muerte de las niñas hubo más gente.

—¿Qué gente?

—Todavía no lo sé. Pero siguen vivos.

—¿Y mi padre no fue uno de ellos?

Verdugo resopla, le ha costado trece años cambiar su respuesta:

—Es posible que no, es posible que le tendieran una trampa.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —le pregunta Balma con el corazón en la boca.

Verdugo traga saliva.

—Eres tan educada, tan honesta, tan firme en tus convicciones que es muy difícil creer que una mala persona te criara.

Balma coge la cabeza de ese hombre que la mira y lo besa, abriendo la boca, buscando su lengua, lo desea, lo besa tanto que le cuesta respirar, se asfixia, lo besa, lo aparta, lo mira y se vuelve loca de deseo... Ese increíble instante en el que un desconocido se convierte en alguien íntimo para siempre. Y le dice: «Mi padre era el hombre más honesto del mundo».

Verdugo la observa desconcertado, como un pastor alemán a los pies de su cama. Estaba esperando la orden que le dejase subir, resistiéndose a hacerlo sin obedecer. Y simplemente la mira, no la entiende, es demasiado insistente con ese tema, pero ahora no puede dejar de imaginarla desnuda bajo esa tela mínima que la cubre, inquieta, encendida, esperando la señal para tocar su cuerpo.

Sin embargo, Balma es inexperta, insegura, patológicamente miedosa, y está confusa, no sabe cómo comportarse para seguir siendo ella y que él no descubra que no sabe qué hacer. Lo mira a los ojos, quizás así la entienda, que con la excitación se vuelve tímida, se vence, se derrota a sí misma, se vuelve su contraria porque cree que es eso lo que Verdugo espera de ella, solamente acierta a retorcerse bajo la sábana y murmurar:

—No me hagas nada que él no les hiciera a sus amantes.

Y Verdugo todavía entiende menos, se queda quieto, de rodillas en el suelo, no hay orden ni coherencia en lo que ella le dice. Por un lado, se retuerce de deseo como esperando a que él se suba encima, y por el otro no deja de hablarle de su padre. No es normal. Quizás no sea honesto eso. Quizás Balma no esté preparada. Quizás... deba relajarse.

—Creo que no es el momento de esto, Balma —le sugiere cogiéndole la mano y retirándole un mechón de pelo de la frente

herida—. Creo que lo mejor será que duermas y mañana hablaremos con más calma.

Y esa última reacción, por inesperada, le cambia el gesto a Balma: sus ojos se humedecen con la misma suavidad con la que se relaja el cuerpo de Verdugo. Ahora es casi una niña haciendo pucheros.

—Es que no quiero ser mi madre —se atreve a confesarle ella.

—¿A qué te refieres? —él le acaricia la mejilla.

—Yo nunca oí a mis padres hacer el amor. Mi madre me dijo, cuando yo ya era adulta, que ella nunca sintió nada al hacer el amor, que le daba tanto asco que rezaba mientras lo hacía. —A Balma le tiembla la voz al confesarse—. Y yo no quiero ser como mi madre, Verdugo, yo quiero ser feliz, como las amantes de mi padre, yo quiero ser como las amantes que él tenía, lo contrario a mi madre.

—¿Y cómo crees que eran?

—Me las imaginé muchas veces, yo no las vi nunca, pero me las imaginé siempre tan guapas, tan jóvenes, elegantes... ¡Y siempre bien peinadas! Pero completamente desnudas en la cama de esos hoteles, atrevidas, impúdicas, placenteras, sintiendo el amor, el goce... Yo quiero ser como ellas, siempre he querido ser la amante, hacerte cosas tan indecentes que no te atrevas a preguntarme dónde las he aprendido.

—¿A mí?

—A ti. —Balma le acaricia el brazo como queriendo recuperar el deseo, aunque se avergüenza enseguida—. Pero lo único a lo que me he atrevido es a quedarme desnuda para ti tras las cortinas.

—¿En serio? No te vi —le miente Verdugo—. ¿Por qué?

—Porque yo te veía a ti desnudo, nadando en la piscina, como sin darte cuenta de que yo existía, de que yo te estaba mirando, como si yo no te importara. Y te quería hacer lo mismo, quería que tú sintieras lo que a mí...

—¿Lo que a ti?

—Lo que a mí no me dejaba dormir, este calor que me hace retorcerme.

Verdugo sonríe, agacha los ojos como un animal dócil.

—Claro que te vi, te vi tanto que subí las escaleras descalzo cuando apagaste la luz. Me quedé detrás de esa puerta, con la mano en el pomo para abrir.

—¿Te quedaste ahí? ¿Mucho rato?

—Hasta que terminaste.

—¿Me oíste? Qué vergüenza. ¿Y por qué no entraste?

—Pensé que no sería honesto.

—¿No entraste por eso?

—Sí.

—¿Y qué crees que hubiera pasado si hubieras abierto la puerta y me hubieras...?

—No lo sé.

—Me hubiera muerto de vergüenza.

—Supongo.

—Pues... me habría dado igual que me oyeras. Yo quiero ser una amante, que me descubras, que me veas. —Balma busca la sábana para quitársela, pero cambia de idea—. No, no puedes verme, no puedo, te juro que no puedo..., pero necesito que me..., que sepas que soy tu amante, pero no me veas, no me veas...

—Tranquila, no pasa nada, Balma.

—No, no, no... Te juro que necesito que...

—Balma.

—Cierra los ojos, Verdugo. Vamos a probar así...

—Balma...

—Calla. Ahora... ¿Me acaricias?

Para obedecer, para hacerlo con el más tímido cuidado y una tremenda erección, Verdugo se inclina sobre Balma, con los ojos cerrados y los dedos torpes, y le roza el cuello. Pero ella se echa hacia atrás.

—No, no puedo. Lo siento. Me da mucha vergüenza. No puedo verte.

De golpe, como si la luz obedeciese al deseo, el eco de la tormenta pasada los deja en la más completa oscuridad.

Balma da un grito, se asusta, instintivamente se abraza a Verdugo para sentirse a salvo, protegida, aunque pronto, de rodillas ella sobre la cama y él de pie, el contacto de sus cuerpos desata en Balma la locura del deseo por ser la amante de ese hombre honesto pero duro frente a ella, absolutamente inexperta, pero en completa oscuridad. Lo sorprende con su boca.

Y Balma por fin descubre a qué sabe Verdugo, mientras él intenta apartarla de su cuerpo sin mucha fuerza, primero quiere eso, lo lleva deseando desde que lo vio desnudo en la alberca: conocer su sabor. Al principio es tierna, entera como para darle un bocado, pero luego dura, durísima, con fuerza, ayudándose de la mano, insistir, pese a sus reticencias, notarla en sus labios apretados, seguir insistiendo con el placer de tenerlo dentro de su boca, de dominar aquel enorme cuerpo de músculos que se estremece, que le inunda el paladar y la garganta de su sabor, del placer de que sea suyo, sin que nada pierda su tensión, pues Verdugo lleva media vida esperando a volver a sentir la vida dentro.

La desnuda todavía mojada. Besa sus pechos, los toca, pero toda su curiosidad, su deseo, se encuentra en ese vello púbico que aparta con los dedos, que le vuelve loco, que le hace incorporarse hasta que su pene todavía empapado accede a la piel de esos labios, el contacto es agradable, intenso pero suave. Balma le aprieta los

brazos, es la primera vez que siente eso, que algo grande entra dentro, la conmueve, le llega hasta el mismísimo centro del cuerpo, la agita, la mueve con tanta intensidad que se corre sin saberlo, pero él sigue, vuelve y vuelve mientras la besa, mientras ella sigue encadenando un orgasmo tras otro, como espasmos entre el semen y él sigue empujando hasta que el mundo se detiene, ambos oliendo a sexo, al suyo y al ajeno, sus sabores en las bocas, en las sábanas, en su epitelio.

Descansan, se besan, siempre a oscuras, temiendo que la luz vuelva, se tocan las caras, se sonríen a los ojos sin verlos, se acarician los cuerpos que les acaban de entregar, se apartan, se palpan como objetos nuevos. Se sorprende.

—No se baja.

—No quiere.

—Sabes a mí.

—No sigas.

—¿Por qué? Me gusta. Me gusta esto. Me gusta mucho. Pídeme que haga cosas de amante.

—¿Cosas de amante? Para, ven. Sube encima de mí.

—No, eso no, que no sé. Pídeme otra cosa de amante.

—Pues... No sé. Espera, sí, no aguanto más. Ven.

—¿Qué haces? ¿Qué me vas a hacer? Verdugo.

—Tranquila. Tú déjate. Esto es lo que hacen todas las amantes.

—¿Estás seguro? ¡Estás seguro!

—¿Paro?

—¡No, no! Ahora no pares, Verdugo. Madre mía. ¡Madre mía! ¡Soy una amante!

—Eres la mejor amante del mundo, Balma. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! ¡No pares! ¡Me encanta! ¡Qué vergüenza! No salgas, Verdugo, entra, entra otra vez, hazme lo que quieras, pídeme

cualquier cosa. Ahora siento, ahora siento todo y no me puedes dejar así, ven, déjame a mí.

—¿Qué vas a hacer?

—Follar todo lo que la vida me debe.

Y Verdugo siente que ese cuerpo ardiente encima de él lo está utilizando, su torpeza, sus ganas contenidas durante años le sirven a Balma para someterle, exigirle, detenerse, restregarse, gemir, sudar, volver a exigirle, besarle, morderle, ordenarle y volver a someterle, como si el mundo se estuviera acabando.

Por fin, agotada, Balma cae encima de él, derrotada, le duelen las piernas, la boca, la piel, pero se siente como siempre imaginó que se sentirían ellas al salir de aquel hotel y sonreír cuando les abriera la puerta del coche.

—Ahora las entiendo.

—¿A quiénes?

—A las amantes.

Y ambos callan. Ensimismados. Intentando recordar e imaginar al mismo tiempo. La tormenta sigue, más débil, pero queda la lluvia que se oye en el tejado mientras ambos fingen dormir a oscuras.

Amanece con ese olor a tierra mojada tras la tormenta, con la ventana abierta y el sol entrando hasta la cama, duermen, tras toda la noche despiertos, duermen, hasta que Balma abre los ojos.

—Esto es lo mejor que me ha pasado en la vida —Balma sonríe y apoya su cabeza en el hombro de Verdugo, que también sonríe mirando al infinito.

—Y a mí —le responde—. Me duele pensar que he desperdiciado mi vida mientras el resto del mundo hacía esto.

—No lo pienses.

—Me da miedo que te pase algo, me da mucho miedo que te hayas convertido en la parte débil de mi cuerpo.

Balma se enfada.

—Yo no soy débil, Verdugo, yo he sobrevivido a una vida muy dura, pocas personas lo harían. Yo no soy débil.

—No quería decir débil, quería decir la parte más sensible de mí, la que más me duele si le hacen algo. Hasta ahora, yo era una coraza, nada me importaba porque no tenía nada, y menos me importaba yo, de hecho, me entregué a los demás por eso, por el corazón de perro que decía mi madre, pero también porque yo no existía, yo... Desde que me pasó lo de Miriam... he vivido como muerto, como no mereciéndolo, por eso seguí con la investigación todos estos años, porque en realidad yo había perdido mi vida, no tenía nada sensible en mi cuerpo, nada que sintiera. No podían hacerme daño, por eso decidí seguir encerrado todo este tiempo.

—No te entiendo.

—Todavía no puedo explicártelo del todo, olvídalo, te pondría en peligro.

Balma se indigna:

—No me trates como si fuera una princesa, por favor. No soy una parte sensible, no soy débil, no soy ese concepto retrógrado y machista de la mujer que tú todavía tienes. He sobrevivido a la muerte de mi padre, a todo lo que rodeó a su suicidio, a una madre que me ha llevado a rastras por medio mundo, a la muerte de mi amiga que me hacía tocarla por las noches porque la habían violado y le daban pánico los hombres, a... tantas cosas que no me merezco para nada que me llamen parte débil.

—Te entiendo, pero yo siento las cosas así, Balma. Siento que, si yo muero, no va a pasar nada, habré perdido la batalla, pero nadie me echará de menos.

—Eso es mentira y lo sabes. Estoy yo.

—Tú hasta hace unos días me odiabas.

—Es que tú condenaste a mi padre.

—No fui yo, ya te lo dije, fue la prensa, yo nunca llegué a redactar la conclusión de mi investigación porque me pegaron un tiro en la nuca.

—Pero la investigación estaba firmada por ti.

—Porque fui el oficial a cargo de ella.

—¡Pues entonces fuiste tú!

—¡Claro que fui yo!

Ambos respiran sofocados. Pero Balma ya no es aquella amante de la oscuridad, es la mujer con carácter de sus mañanas.

—Vete. ¡Que salgas! —le empuja fuera de la cama mientras se tapa los pechos que todavía tienen las marcas de sus besos.

Verdugo es tan bobo en el amor que mira un momento a la ventana, se le pasa por la cabeza cerrarla, correr las cortinas, atrancar la puerta para que no entre luz en esa habitación, volver a quedarse a oscuras con Balma de noche y no con esa Balma enfadada que lo mira como si fuese un extraño que no lleva su saliva por toda la piel. Piensa él que será eso, que todavía no es de noche. Pero Balma se levanta tapándose con la sábana y lo echa del cuarto.

—Vete, por favor, Verdugo, sal de mi cuarto. Espérame abajo, tenemos que hablar.

Así comienza el día más largo para Verdugo.

Media hora después, Balma aparece en el patio de la alberca, imaginándose que Verdugo estará nadando como todas las mañanas, pero no es así, no está nadando, sino sentado a una mesa, escribiendo en esa pequeña libreta que le trajeron los Pardos. Balma le habla de pie:

—¿Y ahora? ¿Me vas a explicar algo o piensas seguir dejándome al margen de todo con esa excusa de tenerme a salvo? —le pregunta ella sin apartar la vista de la libreta—. ¡Verdugo! —le grita ante la ausencia de respuesta—. Dime de una puta vez quién está detrás de todo esto. ¡Verdugo!

—¡No lo sé! ¡Todavía no lo sé! —estalla él como interrumpido en medio de un examen.

—¡Y qué sabes! ¿Qué es ese puto *todavía* que no quieres contarme? ¡Verdugo! —le insiste Balma sin mostrar recuerdo alguno de haberse pasado la noche teniendo sexo.

—¡Números de teléfono! ¡Solo sé números de teléfono! ¡Llevo trece años memorizando los números de teléfono que llamaban a Dobón! —le confiesa por fin él. Levantándose ante ella como el hombre que fue. Mirando por si alguien en esa casa vacía los ha podido oír.

Balma lo detiene cogiéndolo por el brazo, poniéndose frente a él.

—Pero, Verdugo, ¿te has pasado trece años encerrado por eso? ¿Por qué lo has hecho? —Balma se muestra tan incrédula como impresionada por esos pasos. Claro que quiere verla.

—Se lo prometí a los padres. Que me hicieran lo que me hicieran, no dejaría de buscar a sus hijas y a los asesinos.

—¿Por qué? ¿Por qué esa locura?

—Porque me tocó a mí, porque la vida me llevó hasta ellos, porque les fallé, por mi corazón de perro —le confiesa Verdugo apretando las manos sobre esa libreta que Balma codicia. Él huye de ella.

—Pero, Verdugo...

—Tú no lo entiendes. Yo encontré a Mónica. Yo estaba allí. Fui yo. Y me convirtieron en un héroe en una sola noche. A partir de ese momento, yo debía salvarlas a todas. Las imágenes que salieron por

la tele cuando me metí en ese canal de riego para sacar el cuerpo atascado de Mónica me condenaron a ser ese héroe que querían todos. La gente llamaba en masa a la Guardia Civil para pedir que me pusieran a mí al frente de la investigación.

—Lo recuerdo, eso lo recuerdo. Fue algo espectacular.

—Pero nadie me preguntó. No entendieron que yo hasta entonces no era nadie. Y un país entero pensaba de repente que yo era un héroe. Querían ascenderme, hacerme sargento por votación popular, y aunque eso era imposible, lo hicieron, sí, me ascendieron de manera honorífica a sargento y me dejaron elegir a un reducido grupo de hombres para que encontrara al asesino o, en el peor de los casos, a las víctimas. Pero yo no encontré a nadie más.

Balma por fin lo atrapa, es muy alto, alcanza a sujetarlo por las manos.

—Verdugo, ¿cómo puedes decir eso? Tú fuiste...

—Yo no era nadie, Balma. Y de repente me convirtieron en un héroe. Salía en las portadas de los periódicos, en los telediarios. No podía defraudarlos. No podía decirles que había fracasado. Por eso me quedé trece años encerrado con Dobón, porque cualquier humillación de ese sádico sería mejor que la mirada de todo un país diciéndome que los había defraudado, porque yo no atrapé a Oriol, porque yo no encontré al que me disparó por la espalda, porque yo no salvé a tu padre. Porque, en el fondo, fracasé en todo.

—No fracasaste, Verdugo.

—Claro que fracasé. —Vuelve a huir andando—. Ni siquiera encontré vivas a las otras niñas.

—Pero...

Verdugo se aparta, deja la libreta sobre la mesa, pero se la quita a Balma de las manos. Se aleja de ella, pasea cada vez con menos

cojera, intentando explicarle algo que ha sufrido durante más de una década:

—La cagué desde el principio. Ni siquiera pude evitar que dejaran libre a Oriol cuando me asignaron el caso y Braulio Bou me obligó a soltarlo. Yo no tenía ni idea de nada, era un simple seprona, un guardia forestal frente al mejor abogado de Valencia. Tuve que dejar que Oriol se fuera cuando todo el mundo sabía que había sido él.

—Fuiste legal, Verdugo. El crimen se había cometido estando Oriol detenido. Era imposible que él hubiera asesinado a Mónica. ¿No teníais otro sospechoso?

—¡Es que Oriol siempre fue el único sospechoso! Todos sabíamos que Oriol tenía un grado de participación, si no en la muerte de Mónica, sí al menos en su secuestro. Sin embargo, Braulio Bou consiguió que saliera exculpado, con el único delito de no haber denunciado a tiempo el robo de su Patrol. De hecho, al poco tiempo, cuando las muestras de ADN halladas en el cuerpo no coincidieron con las de Oriol, nos ordenaron devolverle el Patrol, cuando en realidad debería haber permanecido como prueba pericial hasta el final de sus días.

—¿Eso es cierto? —Balma se indigna, acercándose a él—. ¿Le devolvisteis el Patrol?

—Eso fue una bajada de pantalones, otra muestra más de que me habían puesto adrede para que hiciera las cosas mal.

—¿Perdona? ¿Qué quieres decir?

Verdugo respira, quizás sea su confesión más dura:

—Quiero decir que me usaron para que no resolviera nada.

—¿En serio crees eso?

—Piénsalo, ¿qué mejor oportunidad de éxito para los asesinos que colocar al frente del caso a un grupo de agentes novatos dirigidos por un guardia forestal? Es de tebeo.

—Es imposible que pienses eso, Verdugo.

—Después de tantos años, sí. Claro que lo pienso. Cualquier otro agente veterano, cualquier mando de la Guardia Civil habría resuelto el caso, por eso les vino bien que todos los telespectadores pidiesen que me encargase yo. Por eso les vino bien un héroe novato, para salir indemnes.

—Pero... no fue así.

—¿Cómo que no? ¡Claro que sí! A partir de que a mí me asignaran el caso, a partir de ese momento, todo empezó a hacerse mal: Oriol desapareció, secuestraron a la segunda niña, Raúl Bru comenzó a ridiculizarnos en su programa... Y yo lo único que hacía era llegar corriendo desde mi pueblo y seleccionar novatos para formar un equipo en lugar de estar ya analizando pruebas, interrogando testigos, visionando cámaras, analizando el terreno... Lo hice todo mal. Todo menos elegirlos a ellos.

—¿Y ellos eran...?

—Alonso Gracia primero y luego los Pardos. No teníamos ni idea, un forestal, un matemático y dos agentes gemelos recién aprobados. Pero tenían entusiasmo, de verdad pensaban que podíamos resolver el caso..., pero no estábamos preparados para lo que nos esperaba con la segunda niña.

—Para, Verdugo, para. Es demasiada información. Necesitas... Necesitamos respirar. Para. Vamos a hacer algo de desayuno y luego seguimos. Deja de andar.

Quizás sea mediodía, ahora Verdugo nada mejor, no parece un perro ahogándose, sino un adolescente torpe intentando disimular, aunque... sin descansar, sin dejar de trazar surcos en esa alberca tan pequeña que puede seguir su propia estela al girar. Balma sujeta un

carpesano de documentación con sus manos tras bajar de su cuarto, lo deja sobre la encimera de la cocina, busca su móvil bajo esos papeles que quiere comprobar uno a uno con Verdugo, pero se detiene al leer la pantalla del teléfono.

—Tengo un montón de llamadas perdidas de este número. ¿Te suena?

—Son los Pardos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Créeme, si de algo sé, es de memorizar números de teléfono. Llámalos, algo importante querrán. Dame, yo hablo con ellos.

Balma le acerca el teléfono a Verdugo mientras sale del agua:

—¿Pardos? Soy Verdugo. ¿Ocurre algo?

Para angustia de Balma, Verdugo queda en silencio durante unos instantes. Al final, acaba preguntando:

—¿En qué hospital está? ¡En qué hospital está!

Enojado, furioso, Verdugo le extiende el brazo con el móvil en la mano a Balma.

—Dicen que quieren hablar contigo, que me convenzas de que no salga de aquí.

—¿Sí? Entiendo, sí. Nos estarán esperando. Sí, él ya sabe lo que es un disparo por la espalda. Él lo sabe mejor que nadie. Exacto. Sabe que no podría evitarlo, no tiene ojos en la nuca. De todos modos... Lo sé, lo sé, pero le estoy viendo, ya no se puede volver más loco. ¿Me podéis decir a mí en qué hospital está? Sí, bajo mi responsabilidad. Sí. ¿En el de la Malvarrosa? De acuerdo. Ah, sí, esperad. —Balma le devuelve el teléfono—. Dicen que hay algo más.

—¿Cómo? ¡Cómo!

Verdugo cuelga.

—¿Qué te han dicho?

—Que el juez no ha aceptado como pruebas las grabaciones que entregamos de Raúl Bru, que lo van a poner en libertad en las próximas horas. ¡Todo a la mierda! Escúchame, Balma, escúchame muy atentamente, detrás de ese mueble de cocina, si sacas la nevera y te metes dentro, verás mi libreta en una funda de plástico. No la toques si no es que yo he muerto y te han enseñado mi cadáver. Pero si sucede, debes coger esa libreta y largarte de este país, huye, escóndete en el lugar más remoto que conozcas y permanece allí. Espera a que uno de mis hombres se ponga en contacto contigo y dale la libreta en mano. Si eso no es posible, busca a alguien de tu completa confianza, pero eso sí, escúchame, no te fíes nunca de alguien que te pida la libreta.

—Me estás asustando, ¿cuántos números de teléfono hay en esa libreta?

—Cientos, Balma, cientos. Una auténtica locura. Pero créeme, cuanto menos sepas, más a salvo estarás. Nunca la cojas. Vamos, Alonso está en el hospital de la Malvarrosa con un pulmón encharcado y la garganta cosida.

ESCENA 48

«Se me ha quemado el pecho, como un horno,
por el dolor de tus palabras
y también de las mías»

Balma conduce un antiguo Mercedes SL500 descapotable que su padre solía usar para llevarla de pequeña a la playa. Ese es uno de esos recuerdos perfectos: el olor del cuero de sus asientos, el sonido del verano con los ojos cerrados y la brisa del mar acariciándole la cara. Pero conducirlo es difícil porque hace ruido, no frena bien, el volante es muy ancho y el viento los despeina pese al pañuelo que le da un aspecto a lo Grace Kelly. A su lado, Verdugo con una gorra de béisbol y gafas de sol. No quieren salir a la autopista para llegar a Valencia. No son estúpidos, eso sería más peligroso, la carretera de la costa es de un solo carril y en verano está siempre atascada de turistas, si alguien quisiera seguirlos, haría el ridículo, no podría adelantar a nadie en esa cola de tráfico lento. A cambio, llegarán más tarde y solo pueden gritarse cuando aceleran y dejan de estar parados. Ahora están cruzando Oliva, la patria de Francisco Brines.

—Verdugo, deja de mortificarte, está vivo. Piensa en otra cosa, no vas a poder hacer nada por Alonso en este atasco. De verdad, háblame, cuéntame algo. Cuéntame lo que le pasó realmente a la segunda niña.

Pero Verdugo no contesta, su cuerpo está atado por el cinturón al asiento, pero su mente está lejos, imaginando sin cesar ese instante en el que han apuñalado a Alonso Gracia.

—¡Verdugo! Hazme caso. ¿Qué pasó con la segunda niña? ¿Por qué apareció el cuerpo en su casa, en una capilla ardiente? ¿Por qué la Guardia Civil no tuvo imágenes oficiales? ¿Eso también fue culpa vuestra?

Y por fin la mira, la escucha, pestañea, le contesta:

—No, no fue nuestra culpa. Se nos adelantó. Tampoco pudimos hacer nada. El único que obtuvo imágenes del alzamiento del cadáver de Sara fue Raúl Bru.

Balma se interesa mientras Verdugo le explica en voz baja, rodeados de coches:

—Fue Raúl Bru quien encontró el cuerpo de Sara, él nos avisó luego, cuando le dio la gana, para vernos llegar haciendo el ridículo y poniéndonos en riesgo. Ya la habían trasladado a la casa de los padres y estaban todas las gitanas llorando y los familiares maldiciendo.

—Menudo marrón. Es cierto, recuerdo esas imágenes. Todo el jaleo que se montó.

—¿Jaleo? Tuvimos que llamar al grupo de antidisturbios de la Policía Nacional para que vinieran y poder sacar nosotros el cuerpo de Sara para llevarlo al forense mientras los familiares nos apedreaban. Y todo eso con Raúl Bru grabándonos.

—¿En serio? ¿Y no lo considerasteis sospechoso?

—No, al principio no. Luego, por la información que manejaba, tuve claro que alguna relación tenía. Pero Bru no era un asesino, él solo quería la fama y, sobre todo, el dinero. Por eso lo hizo. Sara era una niña de etnia gitana, se la llevaron cuando iba a la escuela, no eran ni las nueve de la mañana y ella no tenía ni doce años. Para ir al colegio solo debía cruzar la calle. Algunos niños recordaban ver el coche en la acera de enfrente desde las ventanas del colegio, un todoterreno blanco con los cristales tintados de negro.

—Pero ¿qué tiene que ver Bru con todo eso?

—Enseguida quedó claro que era el mismo Patrol de Oriol, de eso no cabía duda. Los niños lo reconocieron en las fotos, indicaron incluso que estuvo aparcado hasta que se acabó el patio. Pero luego desapareció, cuando ya la madre fue a llevarle el almuerzo a Sara y descubrieron que no había llegado a entrar al colegio. Fue entonces cuando todo el mundo se puso histérico, sobre todo en esa barriada donde ella vivía. En ese momento fue cuando Raúl Bru apareció en el barrio y habló con ellos, con el patriarca. Y se pasó tres días grabándolos, entrevistándolos y monopolizando informativamente ese secuestro. Ningún otro medio ni periódico ni periodista pudo hablar con ellos esos días porque Raúl Bru tenía la exclusiva. Y los tenía convencidos de que haciendo eso, armando todo ese jaleo, el secuestrador se asustaría y no mataría a la niña, la devolvería con vida.

—Pero ¿Sara apareció muerta?

—Tres días después. Ahogada en una balsa de riego. Pero en lugar de encontrarla nosotros, tuvimos la mala suerte de que la encontró la familia. Y en lugar de realizar nosotros el alzamiento del cadáver con la juez de guardia y el médico forense, la sacaron ellos y la lavaron tanto que no dejaron muestra biológica alguna de cómo y quiénes se la habían llevado.

Balma pone cara de asco mientras acelera, se ponen en marcha y Verdugo tiene que levantar la voz:

—Bru había hablado con ellos. Los había convencido de que los agentes nuevos éramos unos inútiles y de que lo mejor para ellos era avisarle a él primero, publicarlo en su programa. Y los padres, los tíos, los familiares cometieron el gravísimo error de creerle. No quisieron avisarnos, decían que no se fiaban de nosotros, prefirieron denunciarnos a través de la televisión, que viniera el periodista

famoso y así dejarnos en evidencia: lo inútiles que habíamos sido, cómo habíamos dejado que se llevaran a la niña al lado de un colegio y cómo habían tenido que ser ellos los que la encontraron. Fue Bru quien les comió la cabeza, cierto que ellos estaban enfadados antes, pero fue Bru quien los convenció de darles la exclusiva, prometiéndoles que así encontrarían al asesino. Aunque le advirtieron, se lo dijeron cuando vieron que estaba grabando el cuerpo con una cámara de vídeo, se lo advirtieron muy seriamente, que lo que hacía fuese para la Guardia Civil, que nunca se vieran esas imágenes sacándola desnuda de la balsa por la tele.

Balma vuelve a detener el coche, baja la voz al preguntar:

—Pero ¿Raúl Bru no les hizo caso? Yo he visto ese vídeo, salió por la tele.

—Raúl Bru emitió esas imágenes. Grabó lo que ellos le prohibieron, grabó cómo sacaron el cuerpo de la balsa y se pusieron a llorarlo y maldecir al asesino. Lo grabó todo sabiendo que estaban cometiendo todos los delitos del mundo sobre alzamiento de cadáveres y que encima eso impediría toda investigación forense. Raúl Bru era consciente, de ahí puedes entender el odio que le tenemos. Pero también la familia.

—¿Y las que emitió eran todas las imágenes?

—Sí. Tampoco fueron tantas, apenas son cuatro o cinco minutos. Los que todo el mundo ha visto.

—Ah, pensaba que había más, pero que no se había atrevido a publicar el resto.

—No, eso era lo que afirmaba él para seguir viviendo de su programa. Anunciaba noche tras noche que iban a poder ver nuevas imágenes de Sara. Pero en realidad no le dejaron grabar más. Se rio de ellos en su cara.

—¿Y los familiares qué hicieron?

—Hicieron lo que les mandaba la ley gitana. Bru está condenado a muerte por el pueblo gitano, por eso vivió escoltado los cinco años que duró su programa y por eso se fue luego a Andorra.

—Pero ahora ha vuelto.

—Seguramente por dinero. Seguramente no, seguro. Bru estará intentando sacar de nuevo toda la pasta que pueda de la desaparición de Aitana y de la muerte de tu amiga Lola. Pero yo estoy seguro de que la amenaza de los gitanos sigue vigente. Debería andarse con cuidado.

—¿Tú crees que Aitana estará muerta?

—Nunca han dejado a ninguna viva.

—Pero ahora ya han localizado la casa, el sótano. No tienen un lugar donde matarlas. Además, están analizando las muestras de sangre...

—No encontrarán nada, ya verás. Es verdad que lo que hizo Alonso se merece una medalla, ese zulo es lo más parecido al infierno que ha existido en este país en las últimas décadas, y descubrirlo es un hito para la Guardia Civil, pero el problema no es el lugar, sino los monstruos que lo habitaban.

Balma acelera y pueden levantar la voz para oírse mejor:

—¿Y no sabéis quiénes son?

—No, sabemos que Oriol y Dobón trabajan para ellos, pero...

—¡Perdona! ¿Sabéis que Dobón trabaja para ellos? ¿Qué significa trabajar para ellos?

—Significa que Dobón me dejaba en ocasiones atado al grifo de la bañera durante días, suponemos que lo que hacía eran tareas de captación, por decirlo de algún modo.

—¡Tareas de captación! ¿Me estás hablando en serio? ¿Me estás diciendo que has estado durante años viendo cómo Dobón se iba a por niñas y no has hecho nada?

—No es tan sencillo.

—¡Cómo que no es tan sencillo! ¡Es una mierda de sencillo!

—Dobón y Oriol son solo instrumentos. Dobón seguro, con Oriol caben dudas de que actúe por su cuenta.

—Pero ¿tú te estás oyendo? ¿Instrumentos? ¡Que estamos hablando de niñas, Verdugo!

—¡A mí no me hables así! ¡Yo me he pasado trece años de mi vida encerrado recibiendo palizas para poder atraparlos!

—¡Ah, sí! ¡Y qué coño has hecho para evitar que se las llevaran!

—¡Nada! ¡Lo sé! ¡Pero fue la única manera de saber quiénes eran! ¡Si hubiéramos detenido a Dobón, no los habríamos podido identificar, y habrían encontrado un sustituto!

—¿Y entonces ellos por qué te dejaron a ti vivo si sabían que los estabas vigilando?

—Eso es mentira. No lo sabían. Ellos tenían un dictamen médico, yo he estado trece años de mi vida afectado por un disparo en la nuca, comportándome como un retrasado, dejando que se me cayera la baba para que Dobón les confirmara que me había quedado lelo.

De nuevo un atasco, tienen que susurrarse:

—¿Y por qué no te mataron?

—No podían, si me mataban, demostrarían que Oriol seguía vivo, que los malos no habían muerto, y la gente, la prensa, la Guardia Civil los seguiría persiguiendo. Mientras yo siguiera vivo, mientras no hubiera desapariciones tan escandalosas como las de Sara o Mónica o Elena, ellos podrían seguir actuando con discreción como antes.

—¿Por qué fueron tan escandalosas esas desapariciones?

—Por las imágenes, por lo que hizo la prensa, por el miedo, porque eran niñas buenas... Por muchas cosas. Y también porque aparecieron, porque los asesinos se divirtieron arrojando los cuerpos

a las acequias como un juego. Aquello dejaron de hacerlo tras esas niñas, de hecho, yo sospecho que Elena no apareció porque al contrario que con las otras, a ella la enterraron.

—Pero aquella noche, en la que murió mi padre, ¿ellos sí intentaron matarte?

—Sí, claro. No tenían alternativa, yo estaba engrilletando a Oriol y tenía viva a Elena en los asientos traseros del Patrol, o me mataban o...

Vuelven a acelerar. Balma levanta la voz:

—Pero ¿quién te disparó?

—No lo sé, pienso que Dobón, porque le tiene pánico a Oriol. Pienso que Dobón hizo algo esa noche, que traicionó a Oriol y que por eso le tiene miedo, tanto que tuvieron que convencerle de que estaba muerto.

—¿Cómo?

—Informaron a los meses de que habían encontrado restos de Oriol en una jaula de perros de caza de un coto cercano.

—Sé el coto que dices, pero no existe ese informe de restos. Yo misma convencí a mi periódico para solicitar una entrevista, escribir una crónica sobre el crimen de mi padre. Para el periódico fue un chollo, pero no me dejaron entrar al coto. Pedí la autorización, hablé con los encargados, investigué sobre los dueños, pero lo único que me quedó claro es que no permitieron la entrada de la Guardia Civil la noche en que murió mi padre y a ti te dispararon.

—¿Descubriste quiénes eran los dueños?

—Una sociedad con sede en Panamá.

—Ya, Alonso descubrió lo mismo. Él incluso pidió autorización al juez para obtener una copia del informe realizado sobre el hallazgo de esos restos y qué efectivos lo habían llevado a cabo y, por tanto, habían obtenido acceso al coto.

—¿Y le dieron esa copia?

—No. Lo justificaron diciéndole que él ya no estaba implicado en esa investigación. Y era cierto, pero de ese modo les vetaron para siempre a Alonso y los Pardos el acceso.

—Porque creo que ese informe nunca existió, Verdugo.

—¿Cómo? Claro que existió. Era un informe que decía que habían encontrado restos biológicos de Oriol que indicaban que podía haber sido devorado por una jauría al esconderse en la jaula donde los tenían encerrados en el coto de caza. Ese informe existió.

—No, eso solo fueron rumores, te mintieron —le contradice Balma como si hubiera estado esperando llegar a ese punto de la conversación—. Nadie ha visto ese informe. Aunque Raúl Bru pasó cientos de noches desmontando ese informe en su programa, lo cierto es que no existe. Raúl Bru y sus supuestos médicos consiguieron hacer real un informe de la Guardia Civil que no existía a base de intentar rebatirlo.

—Te equivocas, claro que existió. Decía que se encontraron restos biológicos de Oriol en las heces de esos perros.

—¿Tú lo llegaste a leer? No, ¿verdad? ¿Qué restos?

Verdugo se sorprende, pero está tan seguro que le da detalles:

—Cartílagos y falanges, seguramente orejas y dedos.

—¿En serio? Pues es la primera noticia que tengo —recela Balma.

—Pues ese informe se lo confirmaron a Dobón al cabo de unos meses, yo estaba delante cuando lo llamaron. Por aquel entonces a mí la Guardia Civil ya no me comunicaba nada porque estaba casi vegetal. Pero Dobón sí que se pasaba el día llamando y preguntando, asustado, si habían encontrado más restos que demostraran que Oriol había muerto.

Se detienen frenando tras el mismo coche. Balma baja la voz:

—Espera, pero quizás eso se lo decían a tu enfermero para que se lo creyera. Quiero decir, a lo mejor lo del informe se lo inventaron para convencerlo. ¿No crees?

—No sé.

—Pero entonces, ¿tú crees que eso le pasó a Oriol?

—Yo sí creo que huyó hacia el coto después del accidente y de que me dispararan a mí, porque sabía que todas las montañas estaban llenas de coches patrulla y perros. Imagino que, como buen cazador, debió de pensar que la mejor manera de eliminar su rastro para los sabuesos era meterse en el corral o la jaula donde estaban almacenados los perros de caza del coto. Yo eso lo veo factible, conociéndolo. Supongo que se vio desesperado y que no calculó el nivel de hambre y ferocidad que podían tener esos animales ahí encerrados. En ocasiones los dejaban sin comer durante semanas para que tuvieran más instinto de caza. Seguramente fue así, es posible que Oriol se escondiese ahí dentro sin calcular las posibilidades de que lo devoraran.

—¿Y si a Oriol se lo comieron los perros? ¿Qué pasó con Elena? ¿Quién se la llevó?

—Supongo que Dobón y que por eso traicionó a Oriol. Pero no consigo imaginar cómo consiguió escapar con ella de allí, era imposible. No sé cómo lo hizo pero sí estoy seguro de que la mató.

Balma pone expresión de asco y horror mientras acelera en el atasco y contesta:

—No puedo imaginarme lo que sufriría esa pobre chica en manos de Dobón, pero me resulta increíble saber que Oriol sobrevivió a esos perros.

—Sí, yo también pienso que Oriol salió vivo de aquella jaula y que ha sido él quien ha intentado matar a Alonso Gracia.

—¿Piensas que ha sido Oriol?

—Sí, es su método, siempre por la espalda.

—Pero ¿crees que Oriol se habría arriesgado a salir a la calle a cara descubierta?

—No lo sé. Pero entiendo que se estaba vengando por haber descubierto su escondite.

—Pero ¿en plena calle?

—Sí, sin problemas. Oriol puede ponerse unas gafas de sol, una gorra como yo y pasar bastante desapercibido por la noche. De hecho, imagino que es lo que habrá estado haciendo, que él no ha estado encerrado estos trece años.

—Pero entonces, ¿tú tienes claro que, de buenas a primeras, Oriol decidió hace unos días volver a secuestrar a una niña como hace trece años? ¿Con el mismo coche y en el mismo camping? ¿Por qué? No tiene sentido llamar así la atención.

—No, yo no creo que haya cometido él este nuevo secuestro. Oriol no es así. Él no habría querido llamar la atención después de tantos años escondido.

—Sin embargo, ¿tú piensas que Dobón y él han seguido captando niñas todo este tiempo?

—Sí, Dobón seguro. Y Oriol es imposible que se haya estado conteniendo. La prueba fue tu amiga.

—¿Tienes claro que fue él quien le hizo eso a Lola?

—Desgraciadamente, sí. Aunque te he de revelar que ha sido la primera vez que Oriol deja un resto biológico suyo en un cuerpo. Nunca cometió ese error, él siempre lavó los cuerpos a conciencia. Por eso tampoco pudimos acusarlo. Pero en el cuerpo de Lola encontraron un vello púbico de Oriol. De modo que, si lo atrapamos, esta vez no podrá escaparse. Conseguiremos que la muerte de tu amiga Lola sirva para que no asesinen a otras chicas.

Balma respira con la piel de gallina mientras intenta seguir conduciendo.

—¿Y cómo crees que acabará todo esto?

Verdugo la mira, tan preciosa como una noche de verano, piensa en esa parte sensible que le ha surgido a su lado, se vuelve humano de nuevo y sentencia:

—Supongo que alguien acabará muriendo.

ESCENA 49

«Y es el último engaño de su vida»

El hospital de la Malvarrosa es uno de los más bonitos que existen. Situado frente al mar, surgió del lugar donde había un chalé a principios del siglo XX. Alfonso XIII accedió a construir un sanatorio de tuberculosos que a la postre se convertiría en un precioso edificio de corte modernista. En la actualidad, sobrevive en un paseo marítimo urbano tan atestado de bañistas por el día como de alegres fiesteros por las noches, de modo que sus consultas están reducidas y sus hospitalizados son ya simbólicos frente a los nuevos y modernos hospitales de la ciudad. Por eso hay tan pocos pacientes. Cuando los aparcacoches que lo custodian ven llegar el antiguo Mercedes descapotable, rivalizan por indicarle su plaza disponible para aparcarlo. Balma y Verdugo se olvidan, ni miran atrás, entregan dinero en mano y entran casi corriendo al recibidor iluminado y fresco. Es muy probable que no vuelvan a ver nunca más ese coche.

—Buenas noches, somos familiares de Alonso Gracia, ¿nos...?

—Las visitas están prohibidas durante la noche. —La enfermera, atractiva hasta parecer actriz, no es la persona más simpática del mundo, casi se diría que padece un dolor de muelas.

—Pero es que, verá, somos policías y...

—¿Traen algún documento acreditativo que nos obligue a acceder a su solicitud fuera de horario? —Les habla como un robot, mirando con complicidad al feo guardia de seguridad que ya comienza a andar desde la puerta de entrada para ayudarla.

Por suerte, se oyen unos pasos gruesos bajando escalones al fondo de ese *hall* con eco:

—¡Señor! —Uno de los Pardos aparece por la escalera—. Suban. No hagan caso a la enfermera.

—Imbéciles... —dice en voz baja mientras se alejan.

—¿Ha visto las noticias, señor?

—No, en el coche no se puede ver la tele, Pardo. —Verdugo todavía no ha vivido el cambio tecnológico—. ¿Qué ha pasado?

—Van a dejar libre a Raúl Bru.

—Eso estará por ver —apuesta Verdugo mientras le sigue a su lado por ese pasillo dormido—. ¿Y tu hermano?

—Está arriba, en la habitación, vigilando. No podemos dejar solo al jefe. Bueno, al otro jefe... Usted ya me entiende...

Verdugo le acepta la confusión con una pequeña sonrisa y una caricia en la espalda mientras acaban de subir las escaleras:

—Hacéis bien, Pardos. ¿Qué habitación es?

—Esta, señor. Pase, señorita.

—Gracias, Pardo.

—Gracias.

Unidad de Cuidados Intensivos. Alonso Gracia está sedado, vestido de azul hospital e intubado; todavía no han conseguido controlar su respiración y les da miedo que se le vuelva a encharcar el pulmón o que se le abran los puntos de la garganta, por eso sigue en la UCI, aunque los médicos piensan que no morirá. Al menos, no todavía.

—¿Cómo se encuentra? —les pregunta Verdugo, observándolo.

—Vivo y sedado, señor.

—No podemos despertarlo, señor.

El aspecto de Alonso Gracia es duro, sobre todo por su garganta, rodeada de gasas.

—Si no llega a ser por Sandokán y los gitanos, que lo trajeron tan rápido, se desangra en la calle como un perro, señor.

—Entraron que parecía una procesión de Semana Santa, señor, nos lo dijo el médico.

—¿Pudo ver quién fue? —pregunta Verdugo, asumiendo que la respuesta será no.

—Fue Oriol, señor —le sorprende un Pardo.

—¿Cómo lo saben? —duda Verdugo.

—Mire el brazo.

—Mire.

Pero en lugar de señalarle el cuerpo a través del cristal que mantiene a su sargento protegido, los Pardos le enseñan en su iPad una foto del antebrazo izquierdo de Alonso Gracia, donde todavía puede leerse la sombra de la sangre con la que se escribió «Oriol», mientras lo ingresaban, con su propio dedo.

—Este hombre es un héroe —sentencia Verdugo con la vista fija en la cama.

—Lo es, señor —secunda un Pardo con un nudo en la garganta.

—Uno de los buenos, señor —con los pelos de punta.

Verdugo toca en el hombro a sus subordinados con la emoción de comprender el milagro de que Alonso siga vivo.

—¿Qué hacía aquí? ¿Lo saben? —Se apartan un poco del cristal, como para no molestarle.

—Buscaba a un gitano matemático —le explica un Pardo.

—Sandokán, lo llaman —continúa el otro.

Verdugo se sorprende con un movimiento de la cabeza.

—¿El que les envió las imágenes de las cámaras de Bru?

—Exacto, ese.

—¿Y lo encontró? —duda Verdugo.

—No lo sabemos a ciencia cierta, señor. Pero por la manera en que lo trataron, diría yo que sí —se atreve a conjeturar un Pardo.

—Por cierto, señor —interrumpe el otro—, ¿sabe usted que van a soltar a Bru en cualquier momento?

—Sí, sí. Me ha informado su hermano.

—Podemos verlo, si quiere. Van a retransmitirlo en directo.

En el iPad de uno de los Pardos pueden ver su comandancia de la Guardia Civil. Todos reconocen los exteriores de su lugar de trabajo, iluminado y rodeado de periodistas para los que Raúl Bru está leyendo un comunicado contra los focos de las cámaras.

—¿No les tiene miedo a los familiares de Sara? —cae en la cuenta Balma.

—Es cierto, señor. Muy claras debe de tener las cosas Bru para salir así en público.

—Bru no es tonto, algo sabrá que a nosotros se nos escapa. Ha debido de llegar a un acuerdo con los familiares de Sara o algo va a cambiar para que se esté atreviendo a hablar así, en medio de la calle. Déjenme escucharle...

Raúl Bru empieza su discurso:

—Me dirijo a todos los telespectadores para informarlos en exclusiva de una primicia que va a hacer temblar a todo este país. Desgraciadamente, lo que hemos temido durante estos últimos trece años va a ser confirmado por este humilde periodista. Y créanme cuando les digo que nada me gustaría más que no tener que darles esta exclusiva, pero es mi obligación hacerlo. Oriol sigue vivo, las últimas pruebas así lo corroboran, siento informarlos de ello. Así como siento tener que insistir en que yo ya lo dije, y por ello fui apartado de los medios. Pero ahora he vuelto, el deber me ha obligado a no consentir, por el dolor de esas familias, que la Guardia Civil siga ocultando el principal detalle de la investigación sobre esas

cuatro niñas: que el monstruo que se las llevó, perdón, que se las ha llevado, sigue vivo entre nosotros. Pero escúchenme, quizás la Guardia Civil no sea culpable de todas las negligencias cometidas en esta investigación, quizás... solamente son unos ineptos... o quizás, y esto es lo que más me preocupa, lo supieron todo y nos lo han estado ocultando. Pero no voy a ceder un paso ahora, no me silenciarán como hicieron entonces, me jugaré la vida y créanme que sé que lo estoy haciendo en este momento, cuando son las once y siete minutos de la noche, voy a mostrarles la primera prueba gráfica de esta exclusiva que les estoy dando. Sí, es cierto. ¡Aquí tienen la imagen de Oriol en la actualidad! ¡Vivo! ¡En 2022!

—¡Es una foto del vídeo! ¡Una captura del vídeo que Lola me mandó! —Balma lo identifica enseguida.

—¿Cómo la ha conseguido? —se sorprende Verdugo.

—No lo sé. Alonso me dijo que solo lo tendría él y...

—¿Y quién, Balma? —le insiste Verdugo.

—Y el juez instructor, señor —le informa un Pardo.

—Se lo enviamos al juez instructor en cuanto lo recibimos —le confirma el otro.

—Entiendo... —acepta Verdugo.

—Mire el revuelo que ha conseguido.

—Se lo van a comer los periodistas.

—Mire cómo lo fotografían.

—Está disfrutando —analiza Balma con mirada crítica.

Raúl Bru se deleita con el revuelo mientras bebe agua despacio y continúa sin prisas.

—De lo que no cabe duda alguna es de que no resolvieron este caso, de que Oriol sigue vivo, a tenor de esta fotografía, y lo que es todavía peor, de que ha vuelto a llevarse a una de nuestras niñas. Y lo ha hecho imitándose a sí mismo. ¡Trece años después! ¿Por qué?

Se preguntarán ustedes y me pregunto yo. ¿Por qué ha cometido semejante desfachatez? —Silencio—. Porque se lo han permitido. Esa es la cruda realidad de la respuesta. Si las fuerzas del orden de este país hubieran cumplido con su deber, ¡qué duda cabe!, Oriol llevaría años detenido, encerrado en una cárcel, sometido a la justicia, y Aitana, todos lo sabemos, seguiría viva. Y ahora quiero dirigirme a un colectivo muy especial para mí, implicado en este caso y víctima como yo, me refiero a...

—¡Es ahora, señor! ¡Es ahora! ¡Va a hablar de los gitanos!

—... aquellos que me acusaron de haberles robado las imágenes de Sara...

—¡Será hijo de puta! ¡Se va a reír de ellos!

—Callen.

—... Me persiguieron injustamente, deben saber, ahora lo puedo revelar, trece años después, trece años de condena, de exilio, de amenazas que he pagado poniendo en riesgo mi vida, deben saber, pues ha llegado el momento de revelar este secreto... Aquellos que me acusaron de haberles robado las imágenes de la pobre Sara, mi estimado pueblo gitano, deben saber que lo hice, sí, con todo el dolor de mi corazón, sí, pero lo hice porque me vi obligado a ello. Me obligaron a publicar esas imágenes de su cuerpo mancillado. ¡Me obligaron! ¡Y fue la propia Guardia Civil la que me obligó! ¡Me engañaron! ¡Me coaccionaron! Me pidieron esas imágenes para su análisis pericial y yo se las entregué, ávido de colaborar en el esclarecimiento de un crimen tan atroz. Pero luego, ¿qué hicieron los agentes de la ley? ¡Los supuestos defensores y garantes de la ley! Me coaccionaron con ellas, me aseguraron que esas imágenes me iban a costar años de cárcel, me amenazaron con consecuencias tan terribles para mi propia familia...

—¡Pero si Raúl Bru no tiene familia!

—¡Será mentiroso!

Se le nota que hace teatro por parecer que está a punto de derrumbarse.

—... Me obligaron a publicar esas imágenes pese a que yo les había jurado por mi honor y mi vida a ese pueblo tan querido que jamás las publicaría. ¡Me obligaron a publicarlas porque la propia Guardia Civil estaba tan perdida que pensaba que así Oriol volvería a matar! ¡Querían repercusión! ¡No tenían nada en esa investigación! ¡El equipo del famoso Verdugo estaba tan falto de pruebas que ideó, esa fue su horrible estratagema, seducir al asesino con la fama para que volviera a matar y así esperar... no un acierto por su parte como agentes de la ley, sino un error por parte de Oriol que les permitiera atraparle a costa de su torpeza y de la vida de otra niña! En este caso, de la que fue nuestra hermosa Elena.

—¡Hijo de la gran puta!

—¡Pardos!

—¡Señor, es un hijo de la gran putísima puta!

—¡Es un mentiroso, señor!

—Callen, por favor, todo eso ya lo sabíamos. Lo que sabemos ahora es que sigue teniendo miedo. Que no solo pretende volver a ganar dinero con la reaparición de Oriol, sino que incluso pretende que la familia de Sara lo perdone. Y lo que incluso puede ser peor...

—¿Qué puede ser peor? —se indigna un Pardo hasta cortarle la frase.

—Que nos culpen a nosotros —concluye Verdugo.

Bru continúa:

—Me han llegado noticias recientes, de última hora, que no puedo revelarles todavía por no entorpecer la investigación en curso. Pero son noticias tan impactantes como que uno de los responsables principales de esa investigación, no puedo decirles nombres, estaría

en estos momentos debatiéndose entre la vida y la muerte. Me refiero al sargento Alonso Gracia, que habría cometido la imprudencia de reunirse con un sospechoso en circunstancias nada claras, insisto, nada claras y que deberán ser investigadas. ¿Por qué un mando de la Guardia Civil se quería reunir de modo confidencial y oculto con un testigo principal de la investigación? Esa es la pregunta que debemos hacernos...

—¡Hijo de puta!

—¡Cómo que no puede decir nombres!

—¡Pardos!

—¡No, señor, este límite no!

—¡No nos lo pida, señor!

—¡Vamos a ir allí!

—¡Y le vamos a meter tal hostia...!

—¡Pardos! ¡Paren! Eso ya se hizo y no sirvió de nada. Deben contenerse.

—Ese sabe más que nosotros, señor.

—Cuando habla así y lo tiene todo tan claro y que nos va a denunciar y todo eso...

—Es porque sabe más que nosotros, señor.

—¿Sabéis algo del juez que lleva el caso y ha autorizado la liberación de Bru?

—Es un juez, señor. Nosotros de eso no entendemos.

—Es al único al que hemos informado de todo.

—Hasta de esto.

—Eso lo convierte en el principal sospechoso de topo —calcula Verdugo.

—¿Está seguro, señor?

—Es un juez.

—Sí, pero también puede ser un malo —insiste Verdugo.

—Pero dijo el sargento que en el fondo era justo, que tenía razón. Esas imágenes no se podían admitir a trámite así, señor, porque habían sido sustraídas de forma ilícita de los archivos de Tráfico.

—No podía admitir como prueba inculpatoria una prueba robada, señor. Por mucho favor que nos hiciera Sandokán, no han servido de nada.

—Lo sé, lo sé. En ese punto, el juez ha actuado con razón. Yo me refería a si lo habíais notado reacio al caso, incómodo, un poco como visteis que nos trataba el juez del 2009. ¿Recordáis que casi ni nos dejaba hablar?

—No, señor.

—Este es distinto.

—Aquel era un hijo de puta, señor.

—Gracias a Dios que se murió, señor.

—Le salió un cáncer, señor.

Los Pardos suelen santiguarse cuando hablan de enfermedades mortales. Eso lo aprendieron en el pueblo, de sus tías y su abuela. Luego miran a Verdugo, la rueda de prensa continúa con el turno de preguntas, no les interesan, por eso le bajan la voz y miran a Verdugo, como soldados a un capitán que no sabe ni quién es el enemigo:

—Todo el mundo parece saber más que nosotros, Pardos. —Verdugo se queda pensativo mientras Bru contesta. Pasa un tiempo indefinido—. ¿Todavía mantienen el equipo o ustedes ya han sido apartados de la investigación?

—Apartarnos no, pero tampoco hemos dejado clara nuestra situación, señor.

—¿A qué tipo de claridad se refieren?

—Que nos hemos ido corriendo, señor.

—En cuanto nos han llamado del hospital.

—De acuerdo, pero ustedes están de servicio, deben volver a la comandancia.

—Nosotros de aquí no nos vamos a mover.

—Por nada del mundo, señor.

—Hemos aprendido que, a los buenos en esta investigación, si nos descuidamos, nos atacan por la espalda. Ya no nos fiamos de nadie, señor.

—Mire lo que le ha pasado al sargento.

—Y lo que le pasó también a usted, señor.

—Eso está bien, Pardos. Pero si Alonso está fuera de juego, ustedes se han salido de la partida y yo ya ni siquiera soy guardia civil... no podemos hacer nada.

Los Pardos se cruzan de brazos:

—De aquí no nos va a mover, señor.

—Si acaso para ir a meterle una hostia a Raúl Bru por lo que ha dicho del sargento.

—Déjense de tonterías. Lo que diga Raúl Bru no debe afectar a la investigación. Debemos hacer oídos sordos.

—Nosotros de eso no tenemos, señor.

—Lo oímos todo, señor.

—¿Y tienen que quedarse los dos? —negocia Verdugo.

—Los dos, señor.

—Los dos.

—Pues... —Verdugo señala a la tele, a Raúl Bru—. ¿Está hablando de mí? ¡Subidle el volumen a este trasto! ¡Bru está hablando de mí!

Se oye esa voz a través del iPad en el hospital callado:

—... otrora tan famoso y querido Verdugo no hizo otra cosa que fingir una enfermedad psiquiátrica y física durante años por el miedo que tenía a dar la cara, a plantarse delante de los periodistas de verdad, como yo, y dar las explicaciones que en su momento le

exigimos sobre por qué se hicieron así de mal las cosas en 2009, por qué dejaron escapar entonces a un asesino como Oriol. ¡Te lo digo a ti, Modesto Verdugo: falso, cobarde, corrupto! ¿Qué sientes ahora al ver que el asesino al que tú dejaste escapar ha vuelto a matar a otras muchachas inocentes? ¿No sientes el dolor de la culpa en tu pecho al ver a esas familias llorando? ¡Corrupto! ¡Te lo puedo decir aquí! ¡Verdugo: fuiste y siempre serás un corrupto que dejó escapar a los asesinos y luego se escondió fingiendo su propia enfermedad! ¡Esos son los héroes que esta Guardia Civil nos vende! ¡Cobardes! ¡Corruptos!

Se oyen aplausos. Muchos aplausos. Tantos aplausos que los Pardos deben apagar el iPad.

—Señor...

Verdugo respira.

—Señor..., nadie le va a creer.

—Señor, es usted un héroe. Todos lo saben.

—Verdugo, son cuatro gatos. Nadie piensa eso.

—Lo sé, Pardos. Lo sé, Balma.

—¿Y por qué parece que sonríe, señor?

—Vengo de trece años encerrado con un sádico, pasé días enteros esposado a una bañera, meándome encima, comí durante todos esos más de ciento cincuenta meses potitos de niño con una cuchara sucia, noté atrofiarse mi cuerpo en una silla de ruedas cagada, sobreviví a todas las humillaciones por encontrar a los asesinos de esas niñas..., por no defraudar a toda esa gente que ahora aplaude mis golpes.

—¿Qué quieres decir, Verdugo? —Balma le coge el brazo, preocupada porque se hunda. Porque ella precisamente entiende que psicológicamente tiene que estar jodido, y de eso ella sabe

bastante. Le acaricia el brazo, intenta animarlo. Pero curiosamente lo ve... ¿contento? Con un brillo en los ojos. ¿Se alegra?

—¿Estás bien, Verdugo?

—Sí, estoy mejor que hace mucho. Ya te dije que tengo corazón de perro, no importa lo que me hagan, los seguiré defendiendo. Y no solo yo, sino también tú, y vosotros, incluso él —señala a Alonso Gracia—, que casi lo degüellan. ¿Sabéis por qué? —sonríe Verdugo —. Porque Raúl Bru nos ha resuelto el caso.

—¿Por qué, señor? ¿Qué ha dicho?

—Ha dicho los asesinos, en plural, no solo Oriol sino más. Bru nos ha explicado delante de todo el mundo que yo dejé escapar a los asesinos, no ha dicho que un asesino se ahorcó en la casa y otro escapó, sino que escaparon los asesinos.

—Ha podido haberse equivocado, Verdugo.

—No, no lo ha hecho, ha dicho la verdad por primera vez en su vida. Estoy seguro, segurísimo, entre tanta mentira, Bru por fin ha confesado.

—¿Confesar qué, señor?

—Confesar quién más estuvo allí esa noche. ¿Cómo no lo he visto? Era el único que lo sabía...

—Verdugo, dínoslo. ¿Quién mató a mi padre? ¿Quién te disparó? ¿Quién se llevó a Elena?

—No puedo, primero tengo que recuperar mi libreta y entender cómo lo hizo.

—¡Verdugo!

—No, de verdad, es solo una conjetura, pero ahora más que nunca necesito esa libreta para poder acusarlo o nada de esto habrá servido. Balma, ahora sí te puedo decir que tu padre no se suicidó, que lo asesinaron, pero no me pidas más, por favor, no hasta que

tenga la libreta y pueda demostrarlo. Vamos, debemos volver a Dénia. Pardos, resistid aquí.

ESCENA 50

«Ese guardián tan fiel de la casa olvidada,
ese perro sin dueño, tan extraño»

Volver a casa en coche por la noche tiene algo de recuerdo infantil de domingo. La carretera de El Saler hasta Cullera transcurre plácida entre coches que van o vuelven de fiesta. A veces unas luces de frente demasiado cerca asustan, luego vuelven a su carril, a veces huele a mar, a veces a la Albufera que queda a la derecha, pero sobre todo son los pinos del bosque los que huelen, los que la luna llena de julio ilumina mientras van recorriendo curvas y atisban el faro de Cullera, la montaña, y adivinan que luego las curvas se volverán rectas, rotondas, casas de mar construidas como campos de cultivo a los que fueron añadiendo piscinas y coches aparcados. Valencia tiene una costa recta de arena a la que le han sobrado pequeños edificios feos y urbanizaciones residenciales que impiden ver el mar por toda la carretera de Dénia.

Al llegar, al reconocer ya el camino que lleva al interior de la finca, a la casa iluminada por pequeños faroles, Balma rompe el silencio con la pregunta que lleva rumiando desde Oliva:

—¿Quién está detrás de todo esto?

—Los mismos que me intentaron comprar. —Verdugo ha viajado con la mandíbula apretada. Casi tiene que acordarse de hablar de nuevo.

—¿En serio? ¿Cómo? ¿Quién? —Se sorprende tanto que suelta el embrague sin querer y el coche se cala.

—Después de lo de Sara, cuando ya salía mi nombre en todos los telediarios. Cuando ya me habían nombrado. Me buscaron y me lo propusieron en mi propio despacho, que podían hacerme muy rico o que podía irme muy mal.

—Y no aceptaste, claro.

—No, evidentemente.

—¿Y quién fue?

—Fue Raúl Bru.

—¡En serio!

—Claro, desde ese día de 2009 lo supimos. Fue él. Estaba de mierda hasta las cejas.

—¿Por eso la noche en que vino a verte le dijiste a Alonso Gracia que lo detuviera en cuanto pudiera? ¿Que hiciera lo que fuera necesario? —Balma sonríe, pícara—. Es que os oí un poco desde mi cuarto.

Verdugo asiente y extiende la orden:

—Sí, le dije que fuera a por Bru hasta perder su puesto de trabajo y lo que hiciera falta; aunque no esperaba que hiciera falta tanto. Alonso enseguida coincidió conmigo, había que detenerle cuanto antes porque era muy probable que Bru aprovechase cualquier viaje al extranjero para no volver a España y desaparecer, de ahí lo del pasaporte.

—¿Por si huía ahora?

—Claro, si Alonso hubiera dejado que Bru saliese del país, ya no habría vuelto.

—¿Por qué? No entiendo. Bru podía haber huido cualquiera de estos años sin llamar la atención.

Verdugo niega con la cabeza antes de contestar:

—No podía, tenía el juicio con Hacienda, lo hubieran detenido. Se habría emitido una orden internacional.

—¿Y tan necesario es detenerlo?

—Es el único testigo que tengo. Y eso él lo sabe. Por eso, ahora que tiene de nuevo dinero y su juicio ha terminado, no hay nada que lo ate aquí. Y tiene miedo, con esta nueva niña, él también ha comprendido que esto no acabará nunca y que él, su privilegio del que tanto presumió, en realidad lo convierte en el único testigo. Por eso tiene tanta prisa por irse, con la excusa de que va a grabar un programa en México o cualquier otro país, cogerá un avión y no volverá a España. Por eso Alonso se empeñó tanto.

—¿Y qué hizo Bru cuando le dijiste que no al soborno? Porque entonces él, ya, digamos, se había descubierto, ¿no? —pregunta Balma mientras arranca y vuelve a ponerse en marcha con ese volante tan ancho.

—Claro que se había descubierto, con todas las cartas. Pero Bru era listo, lo es, me dijo que no, que había sido una trampa, un teatro. Me enseñó una grabadora, que había intentado tenderme una trampa para su programa, que le entendiera, que él no quería, pero tenía que hacer esas mierdas por la audiencia. Yo le obligué a que me diera la cinta y le advertí de que cuando acabara el caso de esas niñas, todavía no había desaparecido Elena, el siguiente sería él. Se lo advertí muy seriamente. Y él supo que yo cumpliría mi advertencia.

Verdugo respira mientras se detienen y añade al bajar del coche, sin que Balma lo oiga:

—Aunque me ha costado trece años... Ahora solo tengo que coger esa libreta y explicarle a un juez esas llamadas.

Balma va delante, abre la puerta de la casa con su llave mientras sigue buscando el móvil en el bolso cuando nota un calambre, se asusta.

—¡Verdugo! —susurra aterrada—, ¡hay alguien en la casa!

Al entrar al patio interior, al ver la luna reflejando su luz en el agua de la alberca, observan claramente una sombra humana que los espera. Se les ponen los pelos de punta al oír esa voz. Verdugo oculta a Balma tras él:

—¡Buenas noches, Verdugo! ¡No te pongas nervioso!

—¿Dobón? ¿Eres Dobón? ¡Nadie más me llama de tú! —Verdugo aprieta los ojos en la oscuridad.

—¡Exacto, Verdugo! ¡Soy yo! —Percibe una sonrisa en esa voz, como si se alegrara de haberlo encontrado.

—Quédate detrás de mí, Balma —le susurra protegiéndola con el brazo.

—¡Pero no te preocupes, Verdugo! ¡Vengo en son de paz! ¡Vengo a entregarme!

—¡Tú! ¡Aquí! ¿Por qué? —le pregunta Verdugo mientras busca a su alrededor algún tipo de arma con la que plantar batalla.

—¡Porque me quieren matar! —Aguanta un segundo hasta recuperar el aliento—. ¡Oriol!

Se oye una risa extraña, como de enfermo tosiendo:

—¡Y tú eres el único que puede defenderme! ¿No tiene gracia, Verdugo?

—¡No te creo, Dobón!

—¡Enciende las luces, hombre!

Al hacerlo, pese a que teme cualquier trampa miserable e incluso verle con un arma en la mano apuntándolos, comprueban que Dobón está mal sentado en una mecedora junto a la piscina, que ha dejado un rastro de gotas en el suelo, muy seguidas, casi como un pequeño reguero, y que tiene las manos y la ropa manchadas de sangre.

—Oriol ha salido de caza, Verdugo.

ESCENA 51

«Vivamos lo que la vida miente.
¿Necesito llamar al fantasma de ayer?
El teléfono suena, y nadie me contesta. No hay pasado en la vida»

Sandra Saura no puede dormir pese a haber puesto dos alarmas en la casa y haberse ido unos días a Benidorm con su hija, al antiguo apartamento de sus padres, un piso último de uno de los bloques más altos, un decimosexto desde el que ve la ciudad encendida, las avenidas de colores, los rascacielos iluminados como un bosque futurista frente a un mar antiguo.

Hay una pequeña tormenta, tímidos relámpagos de verano que se encienden a lo lejos en el mar. También hay alguien asomado en el balcón de al lado, con una sudadera con capucha negra. Sandra mira de soslayo, quizás no se haya dado cuenta de que tiene una vecina insomne. Un tímido relámpago las ilumina, la chica se da cuenta y entra y cierra deprisa. Pero Sandra Saura se ha quedado con la duda, le suena mucho esa cara de adolescente... Juraría que es ella, Aitana.

No puede llamar a la puerta de al lado a esas horas. Tampoco está segura, pero menos le sirve no hacer nada. Vuelve a asomarse, pero ya no hay nadie. Y encima está sola, Cristina no podía venirse si venía su hija. Eso tendrán que hablarlo las tres, las cosas van a tener que cambiar.

Si no tenía bastante para su insomnio con la reunión de mañana, ahora esta locura de que la niña secuestrada esté escondida en el apartamento de al lado. Le llamó Carles esta mañana, el conseller, quería verla a solas, pero no en su despacho, quería una reunión discreta. Cuando ella le dijo que estaba en un apartamento en Benidorm con su hija, al conseller le pareció perfecto, que le diera la dirección y él se acercaría. Pero Sandra lo pensó mejor, le dijo que no, que prefería acudir ella. Entonces el conseller insistió, pero tras otra negativa, acabó aceptando y le dijo que podían quedar en su piso de Alicante, le dictó la dirección, se verían mañana.

No le costaría nada a ella acercarse.

Sandra tiene claro que va a dimitir antes de que él se lo pida, no solo por no darle el gusto a ese retrasado de despedirla, sino porque el miedo la ha vencido. Ella no quiere eso, se pasó de aceleración con esa fantasía de tía dura que vendía. No está en una película, está asustada, alguien entró a su casa, es una madre con una hija, lo que quiere es dormir tranquila. No necesita a ese personaje que se había inventado, no necesita esa guerra; necesita saber que su niña estará bien, que puede bajar a la calle sin el miedo que se le metió en el cuerpo la otra noche. No vale la pena el dinero, no vale la pena el poder, todo eso son cuentos; lo único que vale la pena es vivir en paz. Por eso lo mejor será no hacer nada con lo de esa niña que ha visto, habrá sido su imaginación, pero...

Si al menos se lo pudiera comentar a alguien... No denunciarlo, ni siquiera informar, ni tan siquiera contarlo, solamente comentárselo... Por si acaso, simplemente por si acaso, comentárselo, decirle: Mira, es que te parecerá una locura, pero acabo de ver a la niña secuestrada aquí al lado, asomada al balcón de mi edificio en Benidorm, que no será ella, seguro, pero te mando la dirección por si... No sé, por si te interesa, que luego vendrás y no se parecerá

nada y te reirás de mí, pero me da igual, estoy en un momento en mi vida en el que creo que debo contarlo todo, no sé, por lo que pueda pasar, ya te explicaré si un día quieres, nada, eso, un beso, te mando la dirección, un beso... Y acaba de hacerlo, acaba de enviar su última nota de voz.

ESCENA 52

«No vivo con quien quiero. Tú no estás.
¿En dónde te has quedado?»

Hay gotas de sangre cayendo en el agua de la alberca, diluyéndose mientras la luz de la luna llena ilumina todo como si fueran de plata. Se fueron las tormentas de verano, queda el olor de la lluvia en las tejas húmedas, de los naranjos mojados, del miedo que tienen ahí quietos, mirándolo.

Verdugo se acerca como un perro a un cepo. Indica a Balma que se quede cerca de la puerta, con las llaves del coche en la mano:

—¿Qué te ha pasado?

—Oriol ha salido de caza, le han soltado la correa y el bozal. Primero fue a por tu ayudante, le cortó el cuello. Luego a por mí. —Dobón calla un segundo para tomar aire—. Y sabes que el siguiente serás tú, Verdugo.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada que no mate, una puñalada en la espalda. Pude echar a correr.

Del brazo manchado, de la camiseta empapada, caen negras gotas de sangre al agua.

—¿Quieres que te cure?

Dobón ríe:

—Y un besito, Verdugo, y un besito... ¿Serías capaz después de todo lo que te hice? Me parece increíble hasta que te ofrezcas. ¡Cómo me engañaste! ¡Trece años pensando que te habías quedado

tonto de aquel balazo! ¡Trece años aguantando cuando te podías haber ido por tu propio pie en cualquier momento! ¡Trece años! ¡Cuando te vi levantarte, te confieso que se me encogieron los huevos! ¿Por qué lo hiciste, Verdugo? ¿Por qué aguantaste mi infierno? ¿Tú sabes que te di todo lo que pude para envenenarte y no pude?

—Lo sé, lo escupía...

—¡Cuando te dejaba...! —Dobón lo señala como indicándole que lo sabía.

—Otras veces no, es cierto, pasé ratos malos en los que creía que me moría. ¿Por qué lo hiciste tú, Dobón?

—Yo he preguntado primero.

—No te voy a contestar —le responde mientras se acerca a él muy despacio.

Dobón se deja cercar, ya sin fuerzas.

—Creo que me han matado por lo que hacías, Verdugo.

Balma da unos pasos hacia atrás, pronto los dos hombres entrarán en contacto, se gira buscando la línea recta hacia el coche y la puerta.

—Nadie te ha matado todavía, Dobón.

—Yo ya estoy muerto, Verdugo. ¿No los conoces? Será dentro de un rato o será mañana o será pasado, pero ya lo han decidido y estás hablando con un cadáver. Ellos me dijeron que tú me espiabas, que yo fui tonto, un descuidado, que por eso aguantaste todo lo que te hice esos trece años.

—¿Por qué lo hiciste, Dobón?

El agonizante enfermero duda, como si se tratase de su última confesión. Pero al tener tan cerca a Verdugo, puede dejar de esforzarse por gritar y hablar con un hilo de voz:

—Porque me lo pidieron, porque no tenía otro sitio adonde ir, porque me he pasado la vida obedeciendo. ¡Te vas a sorprender! ¡Porque tenía miedo! ¡Le tenía tanto miedo a Oriol que me sentía seguro si estaba contigo! ¡Imagínate! ¡Pero si tú estabas tonto y lisiado! ¡Cómo me habrías protegido!

—¿Por qué le tienes tanto miedo a Oriol? ¿Qué le hiciste?

—Todo el mundo le tiene miedo a Oriol. Hasta los que nos mandan. Yo le robé, eso es verdad, él siempre me estaba enseñando su agujero del dinero, tenía billetes en bolsas de basura en un agujero, también tenía restos de algunas niñas, pelos, dientes, juguetes, bragas y fotos y vídeos. Lo tenía todo en un agujero escondido en el suelo de la casa. Ese no lo habéis descubierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabemos. No pongas esa cara, Verdugo, lo sabemos todo, hasta lo que hacen tu Alonso Gracia y tus Pardos en el hospital de la Malvarrosa. Si hubierais encontrado ese agujero, estaríais saliendo en todos los telediarios.

Se hace un silencio incómodo. Luego Dobón sigue hablando, cada vez más tumbado que sentado en esa mecedora, cada vez Verdugo más cerca porque le va costando oírlo.

—Yo le robé esa bolsa de basura con billetes. La misma noche que a ti te dispararon. En cuanto me enteré, en cuanto se dijo que Oriol también había desaparecido, yo estaba en el chalé, abrí el agujero y me llevé esa bolsa de basura con dinero.

—Entonces, ¿tú no me disparaste por la espalda?

—¿Yo? ¿Cómo? ¿A distancia? Yo estaba esperando en el chalé, esa era mi función, yo solo era el que limpiaba.

—¿El que limpiaba ese chalé o...?

—El que limpiaba todo, Verdugo, el que limpiaba todo. Por eso Oriol hablaba conmigo, me consideraba poco más que una fregona,

me enseñaba su tesoro... Me describía lo que le acababan de hacer a esa niña... Me explicaba cómo cogerlas de la calle...

—¿Y cuando Oriol despareció? ¿De qué te encargaste tú? ¿De sustituirlo?

—Claro, cuando te encadenaba al grifo de la bañera y volvía al cabo de los días, yo me iba a eso. A mí lo que me dijeron fue que, como Oriol había muerto esa noche... tenía que ser yo el que se encargara de cogerlas a partir de entonces.

—¿Cada vez que te ibas era una niña?

—Normalmente sí, a veces dos —presume.

—No me lo creo, Dobón, es imposible. Habríais salido de nuevo en todos los telediarios.

—No, hombre. Ahora las enterrábamos, además no solo eran niñas, Verdugo, tú eso no lo entiendes. Hacía de todo. Hay un mundo de gente por encima de ti que necesita cosas, Verdugo, desde una paliza al novio que no quieren para su hija hasta romperle a martillazos la mano a un moroso. Todo eso era divertido. Pero en el fondo a mí me alegraban el día cuando pedían niñas.

—Me estás mintiendo, Dobón. Te conozco. Habrías salido en los telediarios.

—Te equivocas, Verdugo. Aprendimos que, si te llevas a una niña guapa de una familia bien, por la mañana estarás en todas las portadas de los periódicos, más si es verano, cuando no hay noticias. Pero mira en la página de SOS Desaparecidos, Verdugo. Cada semana desaparece una menor y no sale en los periódicos. Hemos aprendido a no llamar la atención, buscamos familias desestructuradas, como en la que me crie yo, en las que los padres tampoco paren mucho por casa, que sean pobres, siempre barriadas marginales, con antecedentes de violencia, con malos rollos... No es complicado.

—Claro que es complicado, Dobón. Tú no podrías hacer eso, necesitarías ser psicólogo para reconocer esos perfiles idóneos.

—¿De verdad piensas que era yo solo en una furgoneta blanca dando vueltas por los parques? ¡Qué equivocado estás, Verdugo! ¡No tienes ni idea de la infraestructura y del poder que han alcanzado! Tienen cuentas falsas en redes sociales, menores ilegales que los ayudan, miembros de bandas latinas que les venden, repetidores a las puertas de los colegios, policías, jueces... Todos acaban participando en el negocio, o por dinero o por miedo. El único que se negó fuiste tú y tu puto corazón de perro.

—Sigues mintiendo y no contestándome, ¿por qué aceptaste pasarte trece años encerrado en mi casa?

—¡Ya te lo he dicho, joder! Primero porque me cansé de ser la chica de la limpieza en el chalé, segundo porque me lo dijeron...

Verdugo ya necesita acercarse tanto a Dobón que puede olerlo, mal, se le va a morir ahí mismo.

—Y tercero..., por lo mismo que he venido, Verdugo, me siento protegido contigo. —Se miran a los ojos por primera vez en sus vidas—. ¿Dónde iba a ir después de trece años? Te sonará raro, Verdugo. Pero tú has sido lo más parecido a un amigo que he tenido.

Se produce el silencio más incómodo del mundo.

—¡Dobón, despierta! ¡Contéstame! ¡Mírame! ¿Entonces Oriol no sabía que tú estabas encerrado en mi casa?

—Sí, Oriol lo sabía, claro que lo sabía, el que estaba engañado era yo. Le prohibieron hacerme daño. A Oriol le daba igual el dinero, ni siquiera lo hubiera echado en falta. Oriol se cabreó cuando vio que yo también me había llevado una bolsa con recuerdos.

—¿En serio? ¿Por qué lo hiciste?

—¡Pensé que era dinero! ¡No me di cuenta!

—¿Y qué era?

—¡Lo que te he dicho! ¡Eran fotos, recortes de periódico, pelos, bragas...!

—¿Y qué hiciste con ello?

—Lo tiré a la basura, ¡qué iba a hacer!

—¿Y Oriol nunca te intentó matar por eso?

—Claro que sí, pero a Oriol lo calmaron ellos, le dijeron lo mismo que contigo, que, si nos mataba, como yo era tu enfermero, volverían a llamar la atención. Que ya tendría tiempo...

Cada vez le cuesta más escuchar a Dobón, su voz se va atenuando. Verdugo se tiene que acercar para entender lo que le cuenta, para que él le escuche sin que cierre los ojos del todo.

—¡Dobón! ¡Mírame! ¡Yo eso creo que lo oí! ¡Ahora lo recuerdo! Que no me rematasteis por eso. Esa primera mañana, cuando llamaste por teléfono, me habías dado algo para dormir, pero yo te escuché una conversación en la que te lo explicaba alguien en la cocina, que tú le decías que por qué no me mataban y él te decía que, si yo moría, se demostraría que los asesinos de las niñas seguían vivos y que entonces lo de Arturo Dalmau no habría funcionado. ¡Ahora lo recuerdo! ¿Lo recuerdas tú, Dobón? ¿Fue así?

—¡Qué fue lo de Arturo Dalmau! —Balma interviene con urgencia adelantando a Verdugo y poniéndose delante de la cara de Dobón—. ¡Qué fue lo de Arturo Dalmau! ¡Qué le hicisteis a mi padre!

Dobón sonríe como si en sus últimos segundos de miserable vida se estuviera acordando de cuando tuvo a esa preciosa mujer de espaldas contra la mesa de su comedor, levantado el vestido y apartadas las bragas para poder verle...

—¡Contesta!

Pero Dobón ya no tiene sangre en las venas y del zarandeo su cuerpo resbala de la silla hasta el fondo de la alberca, donde queda

hundido en infinitos hilos de sangre muerta.

Verdugo tiene que sujetar a Balma para que no se tire al agua a sacarlo.

—¡Balma, cálmate! Ya está, no puede decirte nada más, cálmate, lo resolveremos, te lo prometo. Pero ahora tenemos que irnos de aquí.

—¿Por qué?

Verdugo la sujeta por los brazos, la mira a los ojos llenos de lágrimas.

—Porque Dobón no era el alumno más listo de Oriol. Estoy seguro de que lo habrá seguido, tenemos que irnos. Y la verdad es que no sé de qué manera salir de aquí para evitar que nos peguen otro tiro por la espalda.

Balma se recompone limpiándose la cara con el antebrazo.

—Espera. Me ha llegado un mensaje. —Balma escucha mientras Verdugo mueve la nevera y recupera su libreta—. ¡Hostias!

—¿Qué pasa?

—Es una directora de Sanitat, Sandra Saura, me dice que cree que en el apartamento de al lado... ¡está Aitana!

—¿Y te dice dónde está?

—¡En Benidorm! Sí, mira, en otro mensaje... ¡me manda la dirección!

Verdugo mira a su alrededor. Todo son ruidos y un muerto.

—Tenemos que irnos ya, Balma, tenemos que salir de aquí ya. Estamos en peligro nosotros y, si es verdad lo que dice esa mujer, también lo está ella. ¡Balma! Vamos al coche, ponte detrás de mí.

Por la carretera de Les Marines, paralela al mar, de doble sentido, hacia Dénia, el Mercedes antiguo descapotable va saltándose

semáforos y límites de velocidad a su antojo. Ven otras luces, es cierto, pero pueden ser de cualquier coche a esas horas. No tienen por qué asustarse. Sin embargo, llegando al puerto, al disminuir la velocidad, en lugar de ponerse a su lado y mostrarles el rostro amable de un conductor llegando tarde, sucede algo inesperado.

Las luces se acercan, Verdugo sujeta a Balma con el brazo derecho mientras tensa el izquierdo contra el salpicadero.

—¡Qué haces! —le da apenas tiempo a gritar a ella.

Las luces se acercan cada vez más rápido, aceleran, es un coche enorme que los golpea sin frenar, los empotra contra jardineras..., papeleras, el salpicadero..., otros coches aparcados... Una de las atracciones de la feria y... todo lo que pueda hacer ruido a las cinco de la mañana de ese último día de julio.

Por desgracia, cuando los primeros pescadores del puerto, que regresaban, llegan corriendo al Mercedes descapotable y al SUV que los ha empotrado por detrás, no encuentran a nadie... Aunque quizás un hombre así con la cara rara se esté escondiendo entre los coches del aparcamiento... y se lo digan a la Policía Local, que está en camino.

Pero nadie se percatará de que dos personas han entrado a hurtadillas a la dársena deportiva, han subido al velero más sucio y abandonado de todo el puerto y se han quedado quietos.

—Tranquila, no nos ha visto. Se ha ido hacia allá.

Ambos se cuelan en el interior del barco.

—Yo pasé mis mejores veranos en este barco. —Balma se emociona al tocarlo todo a oscuras, es increíble que hayan salido casi ilesos de semejante colisión. Aunque Verdugo siente un dolor que le entumece los brazos—. Mi padre me enseñó a navegar en él. Desde el tejado de mi casa se veía, tenía una bandera que yo había pintado de pequeña. Este es mi barco, se llama Balma.

—¿Y crees que podremos sacarlo de aquí?

—Sí, pero todavía no. Hay policías por todo el puerto. Tenemos que esperar a que lleguen los pescadores que traen la gamba roja, entonces podremos pasar desapercibidos entre el jaleo de barcos. Pero ahora tenemos que escondernos. Ven, vamos más adentro. Ven. Cuidado con la cabeza. Aunque suban al barco, ellos no pueden entrar a la bodega sin permiso. Tenemos que esperar. ¿Estás bien?

—Más o menos. Me duelen los brazos y alguna costilla puede que me haya roto. —Verdugo se palpa con dolor—. ¿Y tú?

—Yo estoy bien, cuando lo he visto, me he agarrado al volante y he soltado el freno. El que se ha comido el golpe has sido tú al sujetarme.

Balma besa a Verdugo.

—No pasa nada. —Verdugo la acaricia.

—Pero ¿era Oriol el que nos ha golpeado, no? —Balma tiene las manos entumecidas por el golpe y la boca seca por el miedo.

—Por supuesto. —Verdugo busca una posición cómoda para sus costillas. Pero enseguida se altera—. ¿Qué es ese ruido?

—Son los motores de los pescadores de la gamba roja, ya están volviendo. En cuanto amanezca del todo y veamos por los ojos de buey que van saliendo otros veleros, podremos salir nosotros.

—¿Estás segura?

—¿Estás seguro tú de lo que le has dicho a Dobón sobre mi padre?

—Sí, sí, ahora recuerdo perfectamente esa primera llamada. A tu padre le tendieron una trampa.

Balma se tumba a su lado, en esa posición cariñosa que sirve tanto para dormir como para hacer el amor.

—¿Quién hizo esa primera llamada, Verdugo?

—Todavía no te lo puedo decir, necesito enseñarle esta libreta al juez, necesito que los Pardos comprueben el primer número de teléfono con las llamadas de aquella noche, necesito que Bru permanezca aquí en España porque será el único testigo. Pero nada de eso valdrá si no conseguimos llegar a Benidorm a tiempo para encontrar a Aitana.

—¿De verdad piensas que puede ser ella?

—Pienso que tuvieron que huir corriendo del chalé, que habrán tenido que improvisar, que todo es posible, pero sobre todo pienso que en este mundo las peores casualidades existen. Intenta descansar, Balma, yo te avisaré cuando amanezca.

ESCENA 53

«Perdí la eternidad, y tú la vida»

El edificio denominado La Colmena en Alicante, uno de los más reconocibles de la ciudad, inspirado en los diseños de Le Corbusier, pretendió ser un prototipo de modernidad urbanística para una ciudad que crecía alejándose de El Carmen, su casco antiguo, y del puerto deportivo. Conjugando urbanismo vertical y tejido social. Aunque los habitantes y el barrio que la fueron poblando no estaban, como suele suceder con el ser humano, tan bien diseñados.

Quizás por eso Sandra Saura tiene un mal presentimiento mientras aparca su utilitario de lujo en ese hueco que le indica un mendigo. Vuelve a llamar a Carles; a ese teléfono personal que le dio: que sí, que esté tranquila, que fue un edificio cooperativa, pero que las vistas al mar, hasta la isla de Tabarca, merecen la pena, que le está esperando arriba.

«Para dimitir no necesito toda esta mierda. Con ir a su despacho el lunes, tengo bastante», piensa, duda, tiene un mal presentimiento, se da la vuelta. Pero al final entra al edificio y sube a ese ascensor renqueante hasta el undécimo.

Al entrar al piso, le abre la puerta Alejandro Díaz, en cuanto la cierra, le pega una hostia y la tira al suelo. Entre el conseller y él, le tapan la boca y la arrastran de los pelos hasta una silla fea. Sandra no entiende qué hace ese crío ahí. ¿Qué le pasa en la mirada? ¿Qué es ese piso de mierda? ¿La van a violar? ¿Qué hace ese gato en un trasportín encima de la mesa?

Le atan los pies y las manos con bridas a la silla, le hacen daño, no le circula la sangre, esa no es buena señal de lo que está pasando, se vuelve loca, pero la silla está atornillada al suelo de gres. En medio del comedor hay una nevera vieja y enorme, abierta, con una carretilla de mano amarilla al lado.

—Tápale bien la boca. —El conseller sonríe, parece entender que, dentro de la orden, también hay una broma.

—Señor, no tengo muy claro esto —se atreve a protestar Alejandro Díaz al ver el cariz que están tomando las cosas y cómo está de asustada Sandra Saura.

—Pero bueno, cuando me llamaste el otro día, cuando me dijiste que te estaban amenazando, que el padre de la niña te había amenazado, cuando me dijiste que necesitabas ayuda, cuando te ofreciste a hacer cualquier cosa a cambio de que no le pasara nada a tu gato, ¿qué te dije? Te dije que me parecía bien, que me alegraba oírte, que me hubieras llamado, que te mandaba a alguien a recogerte, pero que ibas a tener que hacer todo lo que yo te dijera. ¿Te dije eso o no? Pues ahora no me jodas, Alejandro. ¡Ahora no me jodas!

Sin pensarlo, el conseller, que tiene una pistola eléctrica al lado, saca al gato del trasportín y le ata una brida de plástico al cuello. El animal protesta, araña, intenta quitársela con las patas.

—Si quieres, le aprieto la brida y ves cómo agoniza. Lo que tú decidas.

—¡Quítesela, por favor! ¡Quítesela!

La negociación termina con unas tijeras recién compradas en el chino de abajo. Y el gato de nuevo en su trasportín.

—Ten. —Carles se las entrega a Alejandro—. Córtale la ropa. ¿Te la quieres follar tú?

—No, señor, no hace falta, gracias.

—¡Pues yo quiero verle el coño a esta zorra! Venga, córtale la ropa.

Alejandro Díaz, voluntario de la Cruz Roja en Cartagena, obedece en ese delito grave de pasarle las tijeras por las piernas, por el pecho, por el estómago a esa mujer que llora e intenta mirarle a los ojos para que su antiguo subordinado empatice con su miedo.

En esa posición humillante para ella, mientras el conseller se aparta la erección para sentarse frente a ella, Alejandro Díaz comprende que lo que está haciendo no tiene vuelta atrás, no tiene remedio. El conseller saca un papel de su chaqueta y, tras volverse a colocar la erección sentado, lee esa nota que tanto ha pensado frente a Sandra Saura:

—Vas a morir, Sandra, pero lo que más te debe asustar de tu muerte no es el dolor que sentirás al notar que te ahogas con una brida oprimiéndote la garganta. —El conseller duda y se dirige a Alejandro—. ¿Se dice así, oprimiéndote? Me suena mal.

—Sí, señor. Está bien dicho.

—Pues eso —sigue leyendo—. Incluso más dolor que al arrepentirte de haber ido de lista, de gilipollas por la vida; cuando, si hubieras sido como tu padre, nada de esto te habría pasado. En resumen, lo que más te va a doler de morirte no es lo que te hagamos a ti, sino lo que haremos después, ¿me entiendes? Adónde iremos después de aquí. ¿Sabes a quién me refiero? Sí, claro que lo sabes. Tan preciosa...

El conseller levanta la cabeza para comprobar que la emisaria de la carta ha recibido el mensaje. Comprobado. Sandra está histérica, llorando como si le dieran descargas eléctricas atada a la silla.

—¡Ponle la brida!

Mientras Alejandro lo hace, el conseller saca un mechero para quemar la carta, pero lo intenta hacer por las esquinas de arriba, y

el papel no llega a arder del todo, ante los ojos atónitos de Sandra, a la que Alejandro ya le aprieta la brida negra en la garganta.

—Pruebe al revés, señor.

—¿Al revés cómo?

—Queme una esquina de abajo, señor.

—Ah, es verdad, tienes razón, ¡qué tonto! —bromea el conseller mientras Sandra Saura, con la ropa cortada frente a él, agoniza sin aire.

ESCENA 54

«Pero la vida es la que ahora llega
en las palabras que me escribes,
la vida ya vivida»

La costa desde Dénia hasta Benidorm es irregular, dominada por el peñón de Ifach, por los acantilados de Moraira, por las playas amplias y las pequeñas calas de piedras blancas, por urbanizaciones escalonadas de blanco entre los pinos; ciudades iguales de apartamentos puestos en fila y la preciosa Altea como un trocito de Grecia. Navegar por ella en un velero que llevaba veinte años parado es complicado, sobre todo porque tuvieron que apagar el motor nada más salir del puerto ya que no funcionaba el indicador del combustible y era posible que en cualquier momento se quedaran tirados.

Avanzan a vela, dejando que empuje la mayor, porque el viento es favorable y Balma se va haciendo a los recuerdos de navegar junto a su padre. El mar es de un azul casi irreal, el sol amaneciendo para ellos, las montañas ahí al lado, como queriendo entrar al agua, caerles encima, los pinos por la orilla, las villas colgadas de los peñascos, blancas, con sus puertos deportivos abajo, las urbanizaciones privadas: el lujo del verano en el corazón del Mediterráneo.

Verdugo vomita bilis, poco más hace que ponerse malo. Intenta aguantar de pie, agarrado a algo, junto al timón de Balma, quizás hacerle caso cuando le pide que lo sujete mientras ella va a apretar

algún cabo o a soltarlo. La ve moverse, danzando entre cuerdas y velas, y se marea.

Es un hombre sólido, de montañas quietas, de tierra firme; el líquido mar es un suplicio para él y llegar a Benidorm se le hace eterno.

—¿Puedes hablar un poco? —Balma le habla con pena.

—Si miro al frente y no das más bandazos... —Verdugo se sujeta con ambas manos al barco mientras parece que su cuerpo busca una verbena—, puede que sí.

—¿Qué pasó la noche en que murió mi padre? —Al pronunciarlo asida al timón, casi lo siente tras ella, alto, protegiéndola del mar, enseñándole a sentir los cambios del viento en la cara, cerca, vivo, volver a ser su pequeña Balma. Es lo más vivo que ha estado su padre en esos trece años.

—¿Desde el principio? —Verdugo pregunta como suplicando porque para él va a ser una tortura contar toda la historia.

—Desde el principio, por favor.

—Elena llevaba dos semanas desaparecida. Había manifestaciones en la calle pidiendo que la devolvieran. Fue una locura lo que sucedió con aquella niña. Me escribían cartas, miles de cartas a la comandancia, suplicándome que la encontrara. Yo no dormía. La noche que la encontré, yo estaba vigilando la carretera que llevaba a mi aldea.

—Pero ¿por qué estabas allí?

—Vigilaba el paso de algún coche que pudiera llevar escondida a Elena.

—¿Por qué, si las dos niñas anteriores habían aparecido casi en la costa, entre naranjos, lejos de esas montañas?

Verdugo sonríe de orgullo entre el mareo.

—Alonso lo calculó.

—¿Qué calculó Alonso?

—La circulación de los canales de riego y las acequias. —Al decirlo, Verdugo hace un gesto de laberinto con la mano.

—No entiendo.

—Los canales de riego y las acequias en Valencia tienen horarios muy estrictos de circulación, incluso crearon el Tribunal de las Aguas, es el más antiguo del mundo, para gestionar esos circuitos y horarios del agua. Nadie lo había pensado cuando, en realidad, era obvio lo que hacían, pero Alonso sí. Alonso estudió los horarios y los diferentes itinerarios del agua por los canales dependiendo de las horas, los días y los caudales, luego le aplicó algoritmos, variables, fórmulas matemáticas de la velocidad del agua y llegó a una increíble conclusión.

—¿Qué conclusión?

Continúa tras tragar bilis:

—Aunque hubieran aparecido en lugares diferentes, las dos niñas podían haber sido arrojadas al sistema de acequias desde el mismo punto del canal principal, que comienza en el pantano cerca de mi aldea. Exactamente. Si querían que acabase en tal balsa, debían haberla tirado desde el canal que empieza en el pantano de mi aldea un lunes a tal hora, y coincidía. Si querían que el otro cuerpo acabase en un sifón de tal acequia, debían haberlo arrojado al canal del pantano, tal día a tal hora. Y coincidía. Por tanto, las tiraban desde esa zona, a kilómetros de distancia. Mientras la Guardia Civil vigilaba las acequias allá abajo, cerca de la costa, nadie pensó que los cuerpos pasaban horas recorriendo esas acequias desde que los arrojaban al canal principal en las montañas. Y la única carretera que llevaba a las aldeas desde Valencia era la que yo estaba vigilando.

—¿Eso lo calculó Alonso Gracia por su cuenta? —Balma recuerda al sargento con la garganta rebanada en el hospital de la Malvarrosa.

—¡Claro! Alonso es un prodigio de las matemáticas. Pero no quisimos compartirlo con el resto de los compañeros porque temíamos que se filtrara ese punto de descarga de los cuerpos al canal de riego. Hacía poco que habíamos tenido problemas con mis primeros agentes y los habíamos tenido que cambiar por los Pardos. Por no hablar de los constantes enfrentamientos con el juez instructor. En definitiva, que Alonso y yo no nos fiábamos de nadie. Por eso vigilaba yo solo esa carretera, por precaución y porque los dos estábamos convencidos de que tiraban los cuerpos desde el canal de mi aldea y así llegaban durante kilómetros a la huerta de Valencia, donde se acababan atascando en sifones o flotando en balsas de riego.

—¿Y lo hacían para que no pudierais seguir un rastro?

—Exacto. Y también para lavarlos y eliminar, con la abrasión y los golpes, los microrrastros biológicos que todavía pudieran quedar en los cuerpos. Por eso nunca pudimos identificar ADN de Oriol hasta que asesinaron con tanta prisa a tu amiga Lola.

—¿Y por qué estabas solo? ¿Por qué no te acompañó alguno de los Pardos o Alonso para ayudarte? —Más bien suena a crítica de Balma que a duda. A pensamiento en voz alta de que, si no hubiera estado solo, su padre tal vez seguiría vivo.

Pero Verdugo niega con la cabeza.

—Hacíamos turnos. Ellos estaban en la comandancia atendiendo a la información que nos llegaba de las mil llamadas telefónicas que recibíamos nosotros, la Policía Nacional, la Local, el 112... Fueron dos semanas de locos. Cada hora con Elena desaparecida fue una locura. Bru en la televisión, su padre en las radios, periodistas por

todas partes, manifestaciones, declaraciones de políticos... Nadie podía parar de buscarla.

—Entonces, ¿aquellas niñas no fueron asesinadas en la casa donde murió mi amiga Lola?

—En aquel momento no sabíamos que existía el chalé de Santa Bárbara. Pensamos que todas habían sido asesinadas en la casa del pueblo.

—¿En la que ahorcaron a mi padre?

Verdugo se sorprende por la pregunta.

—En la que encontré ahorcado a tu padre.

—Entonces afirmasteis que se había ahorcado —se pone nerviosa Balma, como si estuviera defendiendo a su padre en ese barco, de cuerpo presente.

—Informamos de lo que vimos —se sorprende Verdugo por esa reacción—. El delegado del Gobierno se había ahorcado.

—Pues para mí ese fue el error más grave que cometisteis o cometieron, afirmar desde el principio que el delegado del Gobierno se había suicidado, sin dar pie a la posibilidad de que él también hubiera sido una víctima como ahora estás viendo. Si sabíais que existía esa casa, la debías haber vigilado desde el principio y así evitarlo todo.

—Pero ¿qué dices? Estás equivocada. Esa casa no la descubrimos hasta esa misma noche.

—Ah, pensaba que ya la conocíais de antes. Pero bueno, quiero decir, que tampoco informasteis después de ella. No dijisteis en los informes posteriores lo que tú me acabas de contar, que se cometieron en esa casa todos los crímenes de las niñas.

Verdugo sigue sorprendiéndose.

—Sí que lo hicimos. Lo hicieron. Claro que lo hicieron. Yo no, porque a mí me habían disparado, pero...

—Pues siento decirte que esa información no llegó a la prensa. Y que seguramente sería una información... Bueno, seguramente no: sin duda lo más relevante de la investigación sea quiénes eran los propietarios del lugar del crimen de mi padre. ¿A quién pertenecía esa casa?

—A tu madre. —Verdugo la mira a la cara mientras espera a que asimile la respuesta.

Balma se pone tensa como una vela a la que golpea el aire.

—¿A mi madre? ¿Estás diciendo que mi madre tenía una casa en ese pueblo? Estás totalmente equivocado. Eso es mentira, mi madre nació en Valencia, no...

—Pero tus abuelos eran de pueblo —Verdugo le habla como quien acaricia a un perro gruñendo.

—Mis abuelos eran de Valencia —Balma contesta y niega con la cabeza.

—Tu madre vivió hasta los siete años en ese pueblo. Luego es cierto que se fueron a Valencia. Te lo puedo confirmar. —Como quien consigue ponerle el bozal.

—No te creo. ¿Y por qué nunca me dijeron nada?

—No lo sé, supongo que no le dieron importancia, o quizás les daba vergüenza. Una vez tu madre se casó con tu padre, que era rico, mucho, que pertenecía a la burguesía valenciana, todo lo que oliera a pueblo le debió de avergonzar.

—¿Estás seguro de que esa casa pertenecía a mi madre?

—Absolutamente. Bueno —Balma lo mira como cuando agitas delante un hueso—, aunque seguía estando a nombre de tu abuela.

—¿Y fue en esa casa donde encontraron a mi padre? —continúa ella con cierta desilusión, preguntando algo que ya sabe de sobra.

—Exacto.

Balma tiene ese tono de voz enfadado que la volvía impertinente de adolescente:

—¿Y por qué eso no se dijo en la investigación?

—¡Claro que se dijo! Se informó de ello, se indicó el nombre de la propietaria de la vivienda. No una vez, sino veinte. Todo el mundo sabía que tu padre se ahorcó en una casa propiedad de tu familia.

—No, eso no puede ser. Te lo digo yo. Yo me he leído mil veces esos informes y no decían nada de que fuera una casa de mi madre ni de mi abuela ni de nadie.

—Balma, de verdad, te aseguro que lo pone. Es algo que todo el mundo conocía. Han hablado mil veces sobre esa propiedad. Te lo juro.

—Que no, Verdugo. Es que me da la risa nerviosa porque me estás contando una mentira.

—Yo no miento, Balma.

—¡Que no puede ser que yo no viera ese dato en trece años leyéndome esa puta documentación todas las noches!

—A lo mejor no quisiste leerlo.

—¡No digas más tonterías, Verdugo! Reconoce simplemente que no indicasteis nunca que era una casa de mi familia.

—Lo indicamos mil veces, Balma. Te lo juro, está en todos los papeles, lo sabe todo el mundo. Menos tú.

—¿Menos yo? ¿Cómo es posible eso?

—Lo bloqueaste, Balma. Es la única explicación que encuentro. Leíste ese dato y lo bloqueaste porque aceptarlo significaba para ti reconocer que tu padre era culpable.

—No es posible bloquear algo así.

—Bloqueaste ese dato, no lo veías cuando lo leías porque lo demás podían ser conjeturas: que alguien le hubiera hecho las fotos a tu padre, que lo hubieran drogado, que lo hubieran ahorcado...

Todos esos datos podían ser interpretables. Pero que tu padre estaba en su casa, ese era el único dato incontestable en la investigación. Y Bru lo repitió mil veces en su programa, Balma.

—¿Me estás hablando en serio?

—Te lo juro. Es un dato absolutamente público.

Balma pasa unos minutos en silencio, guiando el timón sobre las olas, levantando la cabeza hacia las velas, mirando al infinito como si su padre se hubiera ido de ese barco sin despedirse.

Verdugo hace amago de vomitar de nuevo. Balma lo deja respirar un poco mientras ordena sus bloqueos y sus recuerdos:

—Yo estuve años yendo al psiquiatra, contándole mi vida porque él me decía que yo tergiversaba la realidad, y tenía razón, lo hice... Pero él no me ayudó, él quería enseñarme documentos, fotografías para enfrentarme a la realidad pero yo siempre me negaba porque quería creer que mi padre era inocente, de hecho, es verdad, yo nunca he podido imaginarme lo que sucedió aquella noche. Nunca he podido. Y entonces él me daba pastillas como caramelos... es verdad, eso fue lo primero que me preguntó cuando volví del entierro de mi padre, era una cría en mi primera sesión, me preguntó qué recordaba de aquella noche, si recordaba a mi padre haciendo algo malo, pero yo estaba bloqueada, no quería recordar nada, eso era algo en lo que él siempre insistió durante años, si yo recordaba algo de aquella noche...

—¿Y no recuerdas nada?

—No, la tengo bloqueada. No, espera, recuerdo algo, recuerdo llevarle a mi padre el teléfono porque alguien le había llamado.

—¿Alguien? ¿Quién?

—No lo recuerdo. No puedo.

Ambos se quedan un tiempo callados. Pero Balma reacciona.

—Verdugo, sigue. Has dicho que tú estabas, sigamos. Has dicho que tú estabas vigilando la carretera porque teníais la teoría de que tiraban los cuerpos de las niñas por el canal de riego que comenzaba en el pantano de las aldeas, ¿es así? ¿Y pasó algún coche mientras tú estabas vigilando?

—No. No pasó ningún coche. Cero. Aquello era un desierto a oscuras. Pero estando allí, aburrido, me informaron los Pardos por la radio de que el abogado de Oriol, Braulio Bou, había llamado a la comandancia para informarnos de que Arturo Dalmau, íntimo amigo suyo y delegado del Gobierno, le había confesado por teléfono ser el autor de los crímenes de las niñas. Justo en ese momento fue cuando vi venir las luces de un coche a toda velocidad.

—¿El Porsche de mi padre?

—Exacto, bueno, yo no podía ver a esa distancia qué coche era, pero sí que era uno muy veloz. Apenas tuve unos segundos. Hice lo que pude en tan poco tiempo y estando solo: arranqué el mío y lo intenté cruzar en la vía para que se detuviera, metiendo primera y girando rápido. Pero ni lo logré del todo ni tu padre quiso esquivarlo, ¡me golpeó! ¡Me dio un golpetazo enorme! Pero no se detuvo. Ni pude detenerle. El coche comenzó a derraparle, pero tu padre lo controló sin salirse. Ahí lo hizo muy bien. Y eso que estábamos en lo alto del puerto de montaña, si se llega a salir de la carretera, se mata. Pero mi coche sí que lo lanzó contra el otro lado de la calzada y el pobre acabó cayéndose por la ladera de la montaña hasta el fondo de un barranco. Me dio el tiempo justo para bajarme, tirarme al suelo y rodar por el asfalto mientras lo oía caer entre los pinos y olía a goma quemada.

—Es decir, que te quedaste solo y sin poder perseguir a mi padre ni poder informar a nadie de que tú sí sabías dónde estaba el supuesto asesino de las niñas, ¿no?

Verdugo se sienta y mete su cabeza entre las piernas, ya no sabe cómo ponerse para no marearse.

—Exacto.

—Y entonces fue cuando decidiste echar a correr campo a través para intentar llegar antes de que ocurriera alguna desgracia. ¿Correcto? —Balma interroga más que pregunta, pues parece que todo lo ponga en duda, con ese sabor de antipatía que dejan sus preguntas.

—Correcto. —Verdugo tiene toda la paciencia.

—Pero ¿tú no sabías cuál era la casa de mi... abuela? —Balma sigue poniéndolo en duda.

Verdugo puede defenderse porque se ha pasado trece años sentado, recordando todos los segundos de aquella noche:

—No, yo no lo sabía, yo sabía que podía llegar corriendo al pueblo, pero que tardaría más de una hora. No sabía más, ni adónde ir ni qué me iba a encontrar allí. Ni tampoco podía informar a ningún compañero porque la radio y mi teléfono móvil se habían caído con mi coche hasta el fondo del barranco. Tardé casi una hora, algo menos. —Verdugo no puede evitar presumir de algo que nadie más ha hecho—. Cuando llegué al pueblo era noche cerrada, poca luna o ninguna y mucho viento. Pero tuve suerte, el Porsche de tu padre estaba parado en medio de una calle, me indicó muy fácilmente en qué casa debía de estar él. Y era la única que tenía luz. Así lo supe.

Este es el punto en el que Balma se pone nerviosa y ya no está claro si interroga o acusa:

—Espera un momento. Tú, todo esto, ¿nunca lo has contado en investigación oficial? Porque, teóricamente, te quedaste mal del disparo y no podías casi hablar ni entender, ¿no? —La pregunta le ha quedado excesivamente antipática.

—Exacto, yo esto nunca lo he contado. Salvo hace unas noches, cuando por fin pude hablar con los Pardos y me informaron de todos los datos finales. Todo se dedujo de las pruebas que obtuvieron el resto de los guardias civiles y fuerzas de seguridad que acudieron inmediatamente tras Alonso Gracia y los Pardos. Fueron ellos, mis hombres, los que avisaron al resto. Pero sí, todos los movimientos de Oriol y de tu padre, todos se dedujeron porque tampoco yo pude declarar. Me había quedado prácticamente en estado vegetativo. O eso decía ese informe médico que me hizo el cirujano que me atendió. Ahí sí que tienes razón, yo nunca hasta ahora pude dar mi versión de los hechos que sucedieron aquella noche.

—Entiendo. Vale. Pues dámela ahora. ¿Qué hiciste cuando llegaste?

—Creo que no me esperaban, creo que no tan pronto, creo que ellos pensaban avisar del hallazgo a sus contactos en el cuerpo y que yo me adelanté media hora a sus planes. —Verdugo sabe que así le está confirmando a Balma que todo fue una trampa. Quizás también él lo empiece a pensar.

—¿Por qué lo crees?

—Porque salieron corriendo cuando grité mi presencia, los oí cerrar puertas por detrás, porque cuando entré a patadas en la casa, el cuerpo de tu padre todavía se estaba balanceando, porque los oí escapar en el coche de Oriol reventando las puertas de ese corral en el que estaba escondido. No me estaban esperando, pero lo estaban preparando todo.

Se produce un silencio mientras el mar se deja cortar por el velero y atraviesan la montaña del Parque Natural de la Serra Gelada, ya cerca de Benidorm, el sol les calienta la espalda. Balma traga saliva y se recupera.

—¿Tú viste las fotos, viste a mi padre y a la niña? ¿Viste todo ese teatro?

—No, yo a la niña no la vi, vi a tu padre desnudo, colgando del techo, y vi las fotos por todos lados.

—¿Y entonces?

—Entonces escuché el motor de un coche y vi por la ventana que era el Patrol de Oriol reventando las puertas de madera del corral trasero, salí corriendo y comprendí que no podía alcanzarlo persiguiéndolo, pero que, si me tiraba por la cuneta carretera abajo, cortando las curvas, podría atraparlo. Así salí corriendo de la casa. Yo a tu padre ni lo toqué. Me tiré a lo loco por la ladera y es verdad, tuve suerte y, rodando por el terraplén hasta abajo, pude darle el alto. Oriol, claro, al contrario, lo que hizo fue intentar atropellarme, pero en esas curvas, si aceleras un poco más de lo debido, luego ya no te da tiempo a frenar, hay que conocérselas. Oriol no pudo reaccionar: giró, frenó, volcó y cayó terraplén abajo hasta la siguiente curva, adonde yo bajé y lo atrapé, lo cogí, lo agarré, lo saqué del coche que estaba volcado. —Verdugo mueve las manos con esos gestos que recuerdan lo que hizo—. Lo engrilleté sin que opusiera resistencia, porque había dado varias vueltas y recibido golpes por todos lados. Metí la cabeza dentro del vehículo para ver que la niña seguía viva, la toqué, estaba inconsciente, pero respiraba... ¡Me alegré tanto! ¡Tú no puedes saber la felicidad que sentí cuando la vi viva! ¡Era ella! ¡La había encontrado! ¡La había salvado! Y al arrastrarme hacia atrás para salir... me dispararon en la nuca. ¡Pam! Sin darme cuenta. Y me dejaron por muerto en esa cuneta.

—¿No viste quién te disparó?

—No. Para nada. De hecho, yo siempre pensé, por descarte, que fue Dobón. Pero desde que él nos dijo que no fue... No lo sé. Yo

estaba seguro de que había sido él...

Balma avanza con el barco, ya ven los primeros rascacielos de Benidorm, parece una postal desde el mar. Conforme entiende que se le acaba el tiempo, se pone más antipática, cualquier otro la habría mandado a la mierda.

—También estabas seguro de que mi padre era el culpable de lo que le pasó a esa niña. Quiero decir, ¿no te sonó raro, en esa hora que estuviste corriendo por la montaña para llegar a cogerlo, no te sonó raro que una persona que era delegado del Gobierno, que era querida por todo el mundo, que jamás había tenido ni el más mínimo roce con la ley, no te sonó raro que, de una, pasase a ser el más asqueroso de los asesinos? —le escupe Balma buscando su mirada.

Pero Verdugo tiene ese corazón de perro que le impide morder a quien lo quiere, aunque le peguen.

—¡No! ¡En absoluto! Y te digo por qué. No me mires con esa cara. Yo tenía claro, todos teníamos claro que detrás de esas desapariciones y de otras que habíamos pasado por alto estaba gente importante, gente con contactos. Sabíamos que era gente rica, influyente y poderosa, lo sabíamos. Tu padre encajaba perfectamente en el perfil.

—¡Pero no teníais pruebas! ¡No había ADN de mi padre en ningún cadáver! ¡Esa era solo vuestra teoría! ¡No lo sabíais! ¡No teníais pruebas!

—¡Porque los cadáveres se lavaban al pasar tantos kilómetros dando tumbos por las acequias! ¡Te lo he dicho! ¡Y porque el cuerpo de Elena nunca apareció! ¡Pero tampoco te engañes, Balma, tu padre estaba en el escenario del crimen rodeado de fotos de Elena!

—¡Fue una trampa! ¡No te diste cuenta de lo preparado que estaba! ¡No comprendes que alguien que se va a suicidar no se

dedica a hacerse fotos con su víctima!

—¡No lo vi! ¡No lo entendí entonces! ¡Me habían dicho que era el sospechoso! ¡Todo el mundo, no solo Bru sino mis superiores me decían que los responsables debían de ser unos peces gordos! ¡Y tu padre estaba ahí! ¡Yo solo era un puto novato y todos esperaban que fuera un héroe! ¡Quién podía imaginar otra cosa!

—¡Claro que podías haberlo imaginado! ¡Claro que podías haber hablado antes con mi padre, haberle interrogado y comprobado que era la mejor persona del mundo! ¡Haberle advertido de que le consideraban sospechoso! ¡Así habrías impedido que se fuera de mi casa aquella noche, que lo ahorcaran! ¡Tú pudiste salvar a mi padre!

—¡No me hables así! ¡Deja de pegarme como a un perro! ¡No tienes ni idea de lo que he pasado ni por qué lo he hecho!

—¡Sé por qué lo has hecho! ¡Tú me lo dijiste! ¡Por memorizar esos teléfonos que llamaban a Dobón! ¡Lo sé!

—¡Tú no sabes lo que significó eso!

—¡¿Qué significó?!

Verdugo se levanta, se sienta, da vueltas, pasan entre Benidorm y su isla inclinada, se cruzan con otro barco, no quiere hablar de ello, no quiere contárselo, no quiere ponerla en peligro, pero es imposible escondérselo durante más tiempo porque el dolor la está consumiendo por dentro como un fuego.

—Significó que yo, al principio, solo pensaba hacerme el enfermo un tiempo, poco, el necesario para que los malos cogieran confianza, se relajaran y se descuidaran. Quizás vinieran a por mí para rematarme. Pero no fue así, lo que sucedió fue todavía mejor, Dobón ocupó el lugar de Oriol a la hora de captar niñas, o eso le decían a él. El caso es que Dobón nunca fue el guardián más inteligente y pronto aprendí el código de desbloqueo de su teléfono, de sus teléfonos, pues han pasado años. Todas las semanas lo llamaban, se

iba a la cocina a hablar, pero luego él se olvidaba el teléfono por la casa, o cuando volvía lo dejaba cargando, se iba al baño, bajaba a comprar algo, se dormía... Es decir, me permitía cogerle el móvil y mirar sus llamadas, no sus contactos porque no tenía, parece ser que así se lo habían explicado, pero sí sus números marcados, sus llamadas entrantes y salientes, en resumen, los teléfonos de todos los malos. Así fui, durante esos días, comprendiendo que esa era una oportunidad única que solo yo iba a tener, que debía hacer el sacrificio más grande de mi vida, que atrapar solo a Oriol y a Dobón no serviría de nada porque enseguida los sustituirían, que era la única ocasión que tendría de saber la identidad de todos esos poderosos que le llamaban. Pero no de uno o dos, eso no sería suficiente para destruir la corrupción, porque entre ellos se salvarían, sino a todos, esperar durante años y memorizar esos teléfonos hasta tener más de doscientos en mi cabeza.

—¡Memorizaste doscientos números de teléfono durante estos trece años y no los has olvidado!

—Debería impresionarte más comprender que hay unos doscientos hombres que llamaron a Dobón en esos trece años que el hecho de que yo haya podido memorizarlos.

—Lo sé, lo sé. Pero... me parece increíble que hayas estado callado trece años memorizando esos números. ¿Cómo lo hiciste?

—Los memoricé, simplemente lo hice, les puse letras a los números y aprendí canciones con ellos, tenía trece años para memorizarlos, memorizarlos. Sin embargo, una vez los escribí en la libreta, los olvidé todos, se mezclaron en mi cabeza y desaparecieron, por eso la necesitaba tanto.

—Me parece increíble, te lo repito. Y siento haber sido tan cruel contigo antes. Perdóname. Lo que hiciste, memorizar esos números me parece imposible.

—Pues para mí solo ha sido lo segundo más difícil que he hecho en mi vida.

—¿Lo segundo? ¿Qué ha sido lo primero? —Balma imagina que le va a decir quedarse encerrado esos trece años... Pero Verdugo busca ya una tregua.

—Encontrarte.

Balma habla para que no se le note el nudo en la garganta y las piernas temblorosas:

—Siento haberte gritado. Perdóname. He sido una imbécil. Lo que has hecho es increíble, incuestionable, imposible, tú solo has... —Habla por hablar, por no abrazarlo y metérselo dentro del cuerpo.

Verdugo se levanta del mareo, le acaricia el pelo desordenado, la besa, la mira a los ojos y le explica su vida:

—Gracias, pero tú también has luchado como nadie que yo haya conocido durante estos años. A mí me encerraron con un demonio, pero tú te encerraste con los tuyos. Y ambos hemos sobrevivido no por nosotros sino por otras personas. Me equivoqué contigo, no eres mi parte más sensible sino la más fuerte.

ESCENA 55

«Por las sordas paredes de este cuarto»

Oriol nunca había estado en Benidorm: demasiada gente, ni le gusta ni le conviene. Tiene la dirección del apartamento en la mano, simplemente espera a que alguien salga del portal 15. Es un anciano con un perro pequeño y una bolsa de basura, le aguanta la puerta sin quitarse la capucha pese a ser el primer día de agosto en Benidorm. Es evidente, no quiere que lo reconozcan.

El piso es el decimosexto, está alto, aunque el ascensor va rápido. Hay una cámara, evita mirarla. Cuando sale al rellano, se encuentra en un pasillo al aire libre, duda entre ambos lados. Es aquel, lo distingue. Le han dado las llaves a cambio de ayudarlos a bajar la nevera llena con la carretilla amarilla. Abre con cuidado, pero enseguida una dulce voz femenina le habla desde el cuarto de baño abierto:

—¿Mami? ¿Cómo ha ido? ¿Te han despedido?

A Oriol le da asco la expresión de la gente cuando ven su cara, le irrita, le enerva, le pone furioso. Por eso le tapa la boca en cuanto lo descubre, ella, todavía sentada en la taza del váter con el pijama de verano en los tobillos y el móvil en las manos conforme estaba. Tal que así la coge en brazos, le tapa la boca y la tira encima de la mesa, le obtura la garganta con la bayeta de cocina amarilla y la ata con un rollo de cinta americana que lleva, tal cual, en posición fetal, la precinta encima de la mesa, como una bandeja de carne del supermercado.

ESCENA 56

> «Se reconocen las miradas, y puede haber piedad»

Soler nunca fue Joan Soler, ese era su padre, él siempre fue simplemente Soler. Luego, por desgracia, el padre de la tercera niña, de Elena. Elena Soler. No existe nombre para la pérdida de una hija, es inefable. Soler nunca leyó, le gustaban el taller y las máquinas, ahora lee a Brines constantemente. La desaparición de su hija mayor le afectó a su matrimonio, tanto que se acabaron divorciando, quedándose juntos por la pequeña, bastante tenía la pobre, preguntando por su hermana, pero tan lejos como podían. Soler lo fue perdiendo todo, primero el taller, luego la nave, luego el chalé y al final se declaró en concurso de acreedores a la espera del desahucio.

En sus buenos tiempos, el año en que se llevaron a las niñas a Disneyland, Soler volvía cada noche con bolsas de El Corte Inglés en el maletero del coche. Hasta un perro, un golden retriever en una caja de regalo... Pensar que mataron a su niña es tan doloroso que vive drogado, se toma las pastillas como quien se fuma un cigarro. Su niña... tan pequeñita... lo graciosa que era con el orinal rosa cuando estaba aprendiendo a ir al baño... O cuando debía dormir con ella porque tenía pesadillas y le pedía que le dejara la luz encendida..., que tenía miedo, y él le decía: «Papá está aquí...». Pero papá no estuvo, se la llevaron del camping, las dejaban solas porque era seguro, porque iban de parcela en parcela recogiendo a

las amigas y luego se iban a la playa. Era una buena pandilla, chicos y chicas, ahora la mayoría ya estarán casados o incluso embarazada alguna. Y su hija muerta. Ni siquiera sabe dónde.

Soler sabe que su Elena murió, y reza para que fuera rápido, ese es su único consuelo. Lo que ha hecho, todo lo que ha hecho, solo tiene una explicación, necesita saberlo, la certeza, que termine la investigación y le confirmen que su niña está enterrada, que esos huesos son los de ella. Todo lo demás, como diría Brines, son solo recuerdos de cuando le habitó la vida.

Se oye un portazo y un grito de chiquilla en el apartamento de al lado. Soler le dice a Aitana que calle, se lo indica con ese gesto del índice en la nariz, pega la oreja a la pared, en esos pisos de papel se puede oír todo, son como golpes. Le indica a Aitana que se quede en ese rincón escondida, que él va a salir a ver qué pasa.

La puerta del apartamento de al lado está mal cerrada. Al entrar, ni pregunta, la reconoce, es su pesadilla, la de cada noche, la de siempre, la de una niña llorando ¡y un monstruo a punto de atacarla! ¡Cómo es posible! ¡Qué maldito Dios permite primero que le hagan a su hija lo que le hicieron y luego se entretiene poniéndole al asesino delante repitiéndolo! ¡Dios no puede existir! ¡O no se entera de esto! ¡Le falta pasillo para correr! ¡Le pega con todo, no le da derecho a réplica, no le responde, no le deja, le pega, le pega, le pega! Cuando se cansa, lo ata con las cuerdas del tendedero que ha cortado con las tijeras del pescado que había encima de la mesa, junto a la niña.

Mientras Soler corta la cinta americana y pisa el cuerpo apaleado de Oriol, oye a alguien detrás, es Aitana:

—¡Que no te vea! —le ordena Soler a ella—. ¡No la mires! —le ordena a él dándole una patada en la cabeza.

Huele a miedo.

—Ayúdame a despegarla.

La hija de Sandra Saura, al ver a Aitana, mira de otra manera, sigue aterrada, pero mira a otra de su especie que la ayuda a liberarse.

Las dos niñas huyen a casa aterradas, descalzas, como sombras blancas; mientras que Soler arrastra el cuerpo atado de oruga mal hecha que es Oriol ahora... hasta el pasillo... hasta la entrada de la casa... hasta su apartamento...

—¡Que no os vea! —les insiste—. ¡Quedaos en el cuarto de baño! —Mientras todavía lo arrastra para poder cerrar la puerta.

En ese momento se abren las del ascensor. ¡Pies! ¡Caras! ¡Sorpresa! ¡Las caras de Verdugo y Balma se acercan con velocidad a Soler! Que se ha quedado bloqueado, no entiende, piensa que le han tendido una trampa o que le han hecho un regalo, pero él sigue insistiendo en meter el cuerpo de Oriol en su casa, como un perro que se trae del parque una alimaña muerta.

—¡¿Qué hace, Soler?! —pregunta primero Verdugo, sin mirarle a la cara, mirando a la de Oriol, cubierta de golpes y sangre.

—¿Qué hacéis vosotros aquí? ¿Viene alguien más?

—¡Quieto! —Verdugo tampoco tiene claro lo que debe decir—. No viene nadie, buscábamos a Sandra Saura, pero no aquí, en el piso de al lado. ¿Qué ha pasado, Soler?

—¡Pasad! La niña está bien. Yo he llegado a tiempo. ¡Ayudadme! ¡Dejadme que cierre la puerta y os lo explico!

Unos minutos después, Oriol está atado a un pilar de la casa con su propia cinta americana, le han tapado hasta los ojos y lo que le queda de las orejas para que no los oiga ni los vea. No parece humano.

—¿Cómo está la hija de Sandra? —Verdugo busca con la mirada. Pero siguen encerradas sin querer salir.

Soler respira como tirando veneno por la nariz.

—Está bien, he llegado en el último momento, no la ha tocado, pero estaba a punto. Está con Aitana en el cuarto de baño.

Verdugo le busca los ojos a Soler al hablarle, que recuerde quién fue para él, las horas en coche que pasaron buscando a su hija cuando ambos todavía esperaban que Elena estuviera viva.

—¿Y qué haces tú aquí, Soler?

—¿Qué haces tú aquí, Verdugo?

—Lo que te prometí. Sigo buscando a tu hija.

—Yo también, Verdugo, yo también.

Verdugo mira a su alrededor, la ropa amontonada, las bolsas de la compra, la basura acumulada, los restos de una huida frente a la tele... y comprende todo.

—¿Tú secuestraste a Aitana, compraste el Patrol y enviaste las bragas a nombre de Bru para que...?

—Para que no os olvidarais de mi Elena, para que siguierais investigando. Lo soñé, te diría que se me ocurrió estando borracho, que... Cualquier cosa. Pero sería mentira, lo fui pensando durante años, simplemente así, lo pensé, deseé que Oriol secuestrara a la hija de alguien importante, del mismísimo presidente del Gobierno, del más rico. Entonces sí. Claro. Si Oriol hubiese secuestrado a alguna hija de un político, entonces sí... —Soler traga saliva como tragos de veneno—. La sociedad es así, Verdugo, el secuestro de mi hija fue un espectáculo. Tú no sabes el dinero que me llegaron a ofrecer por hacer una película, o por grabar una serie, no me acuerdo. ¿Tú sabes, Verdugo, lo que se siente cuando te llaman y te dicen que quieren grabar una serie sobre lo que le sucedió a tu hija? Y te lo justifican diciendo que el público actual está muy interesado en saber lo que realmente le pasó. *Realmente,* Verdugo, se me quedó esa palabra... ¿Qué significa *realmente*? Significa que para ellos mi hija no fue real, fue como una actriz, una fotografía que

salió por televisión. No se lo creyeron, lo que me sucedió, lo que le sucedió a mi pobre Elena fue tan aberrante... Tan aberrante que nadie en este país pudo aceptarlo como real, tuvieron que ponerse las gafas de ir al cine, tuvieron que imaginarlo como una película de terror para poder olvidarla y dormir. Y por eso la gente se olvidó de mi hija, Verdugo, porque no estrenaron la segunda parte de su película. —Soler traga saliva—. Eso es, en resumen, lo que yo he hecho aquí. El tráiler de la segunda parte de la muerte de mi hija.

Verdugo se levanta, abraza torpe a Soler, que le acepta el gesto sin atreverse a devolvérselo, se aparta de él, da una vuelta por ese minúsculo salón en el que... ¡Es imposible no tropezar con algo para poder pensar! ¡Joder!

Es Balma quien tiene más conocimiento de ese comportamiento humano ante el dolor, y se levanta. Le ha traído un vaso de agua y una de las pastillas que ella misma porta. Mientras se la entrega, le intenta hablar con dulzura:

—Fuiste tú, en todo momento fuiste tú quien copió el secuestro de tu hija... —Aunque suena casi como admiración.

Soler bebe el agua y traga la pastilla. Le habla a Balma:

—No podía hacer otra cosa. No podía quedarme en casa leyendo periódicos, respondiendo comentarios en Facebook, escribiendo correos a programas y periódicos. Nada de eso funcionaba. O hacía algo o moriría sin saber dónde está mi hija.

—Pero ¿cómo convenciste a Aitana?

Soler mira hacia el pasillo donde se han encerrado las dos adolescentes asustadas. Quizás esté dudando, quizás incluso arrepentido.

—Vamos al mismo psiquiatra, coincidíamos a la entrada o la salida. Nos fuimos saludando, nos preguntábamos, nos fuimos cogiendo cariño, nos apoyábamos... Hasta que la idea fue surgiendo poco a

poco, casi como un plan fantasioso, esas elucubraciones de las que siempre hablas en condicional, hipotéticas, futuras, imposibles por la locura..., pero lo hicimos.

—¿Y sus padres? —interviene Verdugo—. ¿No has sentido pena por sus padres? ¿Por hacerles pasar lo mismo que a ti te hicieron?

Soler agacha la cabeza.

—Por supuesto, cada segundo.

Balma intenta volver a la dulzura con sus preguntas:

—¿Y ella, Aitana, no ha visto las imágenes en las que salían sus padres destrozados?

—Aitana es especial, lo hablamos mucho los dos, ella tiene una relación complicada con sus padres. De ahí la consulta del psiquiatra, habían llegado a un punto límite, le quitaron el móvil, le borraron las redes... Pero sí, por supuesto, ella también se ha sentido culpable a cada momento. Ella también.

Verdugo retoma con fuerza el dominio de la escena, se coloca frente a esa especie de ser humano que tienen encintado al pilar de la cocina.

—Pero ahora explícame, Soler, ¿qué ha pasado aquí? ¿Qué hacía Oriol con esa chica en el piso de al lado y por qué estáis vosotros en este?

—No te lo puedo responder, Verdugo. —Soler ha comenzado una respuesta rápida, pero luego se detiene, puede que lo piense por primera vez—. Creo que ha sido una casualidad.

Verdugo se echa las manos a la cabeza:

—¡No me tomes el pelo, Soler! ¡Tú sabes cuántos rascacielos hay en Benidorm! ¡Cuántos apartamentos tienen todos esos rascacielos! ¡Tú sabes la probabilidad...!

—¡Lo sé, lo sé, Verdugo! —Soler se defiende por primera vez—. ¿Tú sabes cuántas niñas había en Valencia el día en que mi Elena

cruzó ese paso de cebra? ¿Tú sabes cuántos segundos tiene el día para que coincidiera exactamente con este hijo de puta en ese momento? ¡No me hables de probabilidades, no me hables a mí de probabilidades! ¡La vida es una puta casualidad!

Verdugo respira, asimila esa bofetada de realidad mientras Balma calma a ese padre desesperado. Verdugo insiste, aunque más suave:

—¿Y qué has pensado hacer ahora, Soler? ¿Vas a entregarme a Oriol y a dar una rueda de prensa explicando lo que habéis hecho esa niña y tú? ¿Vas a...? —El propio Verdugo entiende al pronunciarlo lo grave que es todo eso, él mismo se espanta, se detiene y se calla para exclamarlo—: Pero ¿tú sabes lo que has hecho? ¿Sabes que todo lo que has hecho, desde el robo del coche hasta fingir el secuestro...?

—¡Yo no robé el coche!

—Ah, no. ¿Quién lo hizo?

De repente Verdugo piensa y se echa un poco atrás.

—Soler, no me digas que tú mataste al vigilante del barco. ¿Pagaste a los tres vigilantes y luego tuviste que matar al del barco porque te pidió más?

Soler se revuelve para hablarle a la cara:

—¡No! ¡Te lo juro! No fue así. Fue todo distinto. Yo sí que fui hace años al depósito, fui con un forense especializado que conocí, pero no nos dejaron acceder al coche sin autorización. Al cabo de unos días, bastantes, quizás fueron semanas, alguien me llamó a mi teléfono particular, no al que ponía en los carteles. Me dijo que él podía dejarme acceder al coche. Así de simple. Localicé al forense, le pedí el favor de nuevo y, una mañana, como si tuviéramos todos los permisos, uno de los vigilantes nos dejó a solas con el vehículo durante más de dos horas. Todas las muestras que allí encontramos y los análisis de ADN y tejidos que aquel hombre realizó como un

favor personal me demostraron que la investigación sobre mi hija había sido una farsa. Sí, no hace falta que me preguntes, Verdugo. Esos análisis y esas pruebas están escondidos a la espera de que aparezca el cuerpo de mi hija. Entonces hablaremos con los que intentaron dar el caso por cerrado.

—Sabes que yo no —se defiende Verdugo.

—Lo sé, lo sé. —Soler bebe agua—. Pero la cosa no quedó así. Aquel vigilante era una persona diferente. Lo llamé, le devolví la llamada esa misma noche para darle las gracias, pues lo que había hecho era tan importante para mí como mi propia vida. Más. Y aquel vigilante me habló, conectamos, me hizo ver que en el mundo hay malas y buenas personas. Yo tuve la desgracia de cruzarme con una de las peores. Pero también hay buenas personas, Verdugo. Tú eres una de ellas. Tú me prometiste que encontrarías a mi hija y mírate, nadie habría sido capaz del sacrificio que tú has hecho. No tengo que convencerte a ti de que existen buenas personas. —Soler vuelve a beber—. Sandokán, ese vigilante se llamaba Sandokán, si lo ves algún día seguro que lo entiendes. Con Sandokán pasé yo noches enteras hablando del ser humano, del dolor, de Dios, de la bondad y la maldad, de lo que somos y dejamos de ser cuando nos hacen daño... Es así de simple, encontré a alguien bueno. La desaparición de mi hija a manos del peor ser humano me hizo conocer a dos de los mejores: a ti, Verdugo, nunca te agradeceré suficiente todo lo que has hecho; y a Sandokán, que me ayudó a llevarme el coche. Pero ojo, él no tuvo la idea. El del plan fui yo. Yo le dije que lo quería, que después de tantos años y tantos análisis periciales ya nada quedaba en ese montón de chatarra que pudiera ser investigado. Le dije que les ofreciera a los compañeros dinero, que yo se lo daría con gusto, pero él me advirtió. Me dijo que no eran iguales. En palabras suyas, me dijo que eran unos hijos de puta.

Que no lo hiciera. Pero al final no le hice caso, ya lo sabéis..., porque cuando se te mete una idea en la cabeza... Vosotros lo entendéis, somos así, tienes que hacerla. Los llamé, los seguí y les hice una propuesta económica sin implicar a Sandokán, sin decirle nada a él. Cuando se enteró, evidentemente, me dijo que ya la había fastidiado, que me iban a sacar hasta los hígados. Pero no, fue fácil, el del turno de día más o menos llevaba la voz cantante y se encargó de todo. Sandokán, cuando ya vio que habían conseguido arrancarlo y que iban a quedar conmigo una noche para dármelo, se hizo el inocente, como si no me conociera. Por eso lo trataron así: le quitaron el móvil y lo implicaron llevándolo hasta el barco. Sandokán simplemente se hizo el tonto para asegurarse de que la operación que a mí me iba a arruinar al menos saliera bien. —Soler se acaba el agua—. Y salió, es cierto, a las pruebas me remito, me entregaron el Patrol y lo usé para recoger a Aitana en el camping, luego fuimos al pantano, lo hundimos dejándolo en marcha hacia el agua y nos vinimos aquí. Esos son todos los delitos que yo he cometido, te los acabo de confesar todos. —Soler intenta beber, pero no le queda agua—. Ah, bueno, es cierto, Ignacio Sales, el vigilante del barco, me llamó para amenazarme y pedirme más dinero cuando salió en televisión para explicar para qué había usado el Patrol. Eso fue duro porque me pilló fuera de juego. Sandokán ya me había advertido de que eran unos hijos de puta, pero entre que uno se había muerto de cáncer y que el otro ya no me había dicho nada, pensé que me había salido bien todo. Pero no —niega Soler con la cabeza—, claro, lo del muerto en el barco. Cuando pasaron los meses y yo usé el coche, estando aquí ya Aitana y yo escondidos, me llamó ese Ignacio Sales para amenazarme con contarlo todo si no le daba más dinero. Yo, evidentemente, no podía dárselo, porque no me queda nada ni tampoco podía moverme de aquí para convencerlo. De

manera que le pedí tiempo y poco más, al día siguiente, por suerte, el hijo de puta apareció muerto. Te lo digo así. Os lo digo, fue la mejor noticia. Pero yo no he matado a nadie en mi vida, Verdugo. Os lo juro. Yo no maté a ese vigilante. Yo no he matado en mi vida a nadie. Bueno, no hasta ahora. —Soler mira a Oriol atado al pilar.

En ese momento se oye la puerta del baño y salen las dos niñas sujetándose en ese mar de lágrimas que son.

—¡Tengo que hablar con él! Antes de que lo matéis, tengo que hablar con él. ¿Dónde está mi madre? ¡Hijo de puta! ¡Contesta! ¡Dónde está mi madre! ¡Que me lo digas!

Balma y Aitana sujetan a la hija de Sandra Saura mientras golpea a Oriol. Nadie sabe qué decirle, ni Soler ni Verdugo tienen ese tipo de alma para el dolor ajeno.

—¡Para! ¡Sandra! Te llamas Sandra también, ¿no? Cálmate. No sabemos dónde está tu madre, no nos coge el teléfono. Pero seguro que estará bien, ya verás. Ven, ven con nosotras, vamos a volver a llamarla —le miente Balma mientras se va con ellas a la habitación de matrimonio.

Soler y Verdugo se miran frente a frente, se recuerdan de los años perdidos, de las noches en vela que pasaron juntos haciendo batidas por los campos aledaños a aquel camping, buscando una prenda de ropa, una zapatilla, algo que les dijera que la niña estaba, que seguía viva.

—Tengo que interrogarle, Soler.

—Este es el mayor hijo de puta conocido, no te va a decir nada.

—Pero tengo que hacerlo.

—Adelante, ¿qué le corto, la cinta de las orejas y la boca, o también la de los ojos?

—Todas, quiero que me vea.

—¿No gritará?

—Si grita, si viene la policía, el peor parado de todos nosotros, con diferencia, será él. Lo conozco, no lo hará. Además, esto es Benidorm, aquí nadie se extraña de nada. Mucho menos de que alguien grite.

Soler le corta la cinta americana suficiente como para que Oriol pueda oírlos, hablarles y verlos. Al hacerlo..., el monstruo les sonríe. Mala señal para un principio.

—¿Dónde está Sandra Saura, Oriol?

—En una nevera.

La hija de Sandra, que ha oído la pregunta, ha salido disparada al pasillo justo a tiempo para oír la respuesta. Grita y se derrumba contra una pared, la sujetan, la llevan de vuelta a la habitación como un trozo de tela muerta.

—¿Has sido tú?

Pero Oriol no contesta.

—¿Quién te dio la dirección del apartamento de al lado? ¿Quién te dijo que estaba la hija? —Verdugo se agacha.

—La dirección y las llaves —añade Soler.

Oriol no contesta. Sonríe como diciéndoles que no tienen ni puta idea.

—No vas a contestar a nada, ¿verdad, Oriol? —Verdugo le sujeta la cabeza para que lo mire.

Oriol sonríe con su cara mordida por perros, sus cicatrices y sus ojos sin cejas.

—¡Tenemos todo el tiempo del mundo, hijo de puta! —interviene Soler dándole otra patada—. ¡Te vas a morir de hambre atado a ese pilar!

Oriol sonríe. Verdugo le habla con calma, como quien esconde una buena carta:

—Oriol, cuando desapareciste, cuando te llevaste a Sara con el Patrol a la puerta de su colegio y desapareciste, ¿lo recuerdas? Nos propusieron mil cosas para encontrarte: vino una médium a decirnos que la tenías en un sitio con agua, seguimos pistas telefónicas que nos decían que os habían visto en Chile, en Ordesa o en un autobús en Barcelona... Revisamos todas las cámaras de tráfico hasta ese colegio, rastreamos con perros todos los caminos de ese municipio..., pero nada. ¿Y sabes qué nos propusieron también? Que te hiciéramos un perfil psicológico entrevistando a la gente que te había conocido.

Oriol ni se inmuta.

—Entrevistamos a tus padres, Oriol, entrevistamos a tus profesoras, entrevistamos a los cazadores que te enseñaron a desollar animales, incluso entrevistamos a los viejos del bar que te veían llegar las mañanas de invierno... ¿Y sabes cuál fue el resultado del perfil psicológico? Que eras un psicópata, que no sentías nada al ver el dolor ajeno. Ya ves tú qué novedad, ¿eh? Pero espera, cuando entrevisté a esos vecinos del pueblo que te veían las mañanas de invierno... ¿Los recuerdas? Ellos sí que me contaron algo muy interesante sobre ti. Digamos que tu punto débil.

Verdugo sonríe para darle más dramatismo, sujetándole la cabeza y que así le mantenga la mirada.

—¿Sabes lo que nos contaron? Que no querías beber nunca, que, si bebías un poco de alcohol, te ponías a hacer tonterías delante de todos como el más borracho de ellos.

Verdugo se aparta para ver su expresión. Por lo menos ya no sonríe.

—¿Sabes lo que vamos a hacerte, Oriol? ¿A que lo sabes? —Verdugo se dirige de nuevo a Soler—. ¡Tápale la boca otra vez! ¿Tienes algo de alcohol?

—Creo que hay una botella de ginebra que se dejaron unos guiris. —Soler le indica con la cabeza mientras usa las manos para volver a taparle la boca a Oriol con cinta americana.

—Me sirve —se alegra Verdugo cuando encuentra la ginebra en ese armario con libros en inglés, juegos de mesa, recuerdos de Benidorm y copas de cristal.

—Pero la escupirá, no querrá tragarlo —duda Soler.

Verdugo niega con la cabeza:

—No por donde se lo vamos a meter. —Verdugo mira una bicicleta de paseo que hay colgada en el balcón—. Trae el hinchador que hay junto a la bici.

—¿Qué vas a hacer? —duda Soler.

Verdugo mira a Oriol y se acuerda de su perro, de aquellas niñas... De Dobón haciéndole daño.

—Me he pasado la mitad de estos años sondado —le indica Verdugo a Soler señalándose la garganta—, te aseguro que sé cómo hacerlo mal. Dame solo la goma del hinchador, quítale la punta, se la metemos por la nariz hasta el estómago, la llenamos de ginebra, la conectamos otra vez al hinchador y lo hincharemos, pero de alcohol.

Todas esas instrucciones precisas le son dichas a la cara de Oriol. Que ya no sonríe.

—¡Sujétalo! ¡Sujeta el tubo, Soler! ¡Ahora tú, Balma, conéctalo al hinchador y dale! ¡No, así no! ¡Otra vez! ¡Ahora, ahora! ¡Más fuerte! ¡Otra vez! ¡No tengas miedo! ¡Dale!

Y funciona, con la boca tapada y a punto de ahogarse, le han metido a Oriol media botella de ginebra barata en el estómago. Balma sale de la habitación de las niñas, cansada de verlas llorar abrazadas. Quiere ver eso. Lleva media vida queriendo ver eso. Se cruza de brazos frente a Oriol. Le sacan la sonda y esperan unos minutos sentados, oyendo a las niñas. Su rostro empieza a cambiar,

se relaja, sus ojos miran a lo lejos, cambian de ángulo, brillan raro... Verdugo le arranca la cinta americana de la boca.

—¿Quién te dio la dirección y las llaves de este piso?

Oriol mira sin ver, quizás se hayan pasado. Lo que está claro es que está distinto, que quizás...

Verdugo le da una hostia:

—¡Contesta!

—Un político. —La voz de Oriol es pastosa, arrastra las palabras, no puede mantener la mirada. Se aguanta una arcada para vomitar —. Uno que tiene cara de tonto. El que atropelló a un niño.

—¿Qué dices? ¿Cómo se llama?

—Carles algo, algo de Sanitat.

—Sí, Carles Roig —le confirma Soler—. El conseller de Sanitat se llama Carles Roig. Pero no ha atropellado a ningún niño.

—Eso es lo que creéis vosotros. —Oriol esboza una media sonrisa. Pero enseguida la cabeza se le va cayendo de lado.

Hasta que Verdugo le da una hostia a mano abierta para despabilarlo.

—¿Dónde has estado estos trece años? ¿Dónde te escondiste?

—Yo no me he escondido, capullo. Yo he estado en mi casa, viviendo como un rey. También subía al pueblo, me iba al coto a cazar. Yo no me he escondido. Tú sí, capullo, has estado todos estos años dejando que Dobón te diera por el culo. —Oriol ríe, Verdugo le da otra hostia.

—¿Quién es el dueño de la casa del sótano? ¿Quiénes son los jefes que Dobón decía?

—¿Dónde está mi hija? —interviene Soler—. ¡Que dónde está mi hija! —repite sacudiendo a Oriol.

—Enterrada donde las demás.

Soler lo suelta, se aparta de él, como si acabara de oler a su hija cubierta de tierra. Se sienta en el sofá, se va quedando quieto, mirando al suelo, como sin pilas.

Verdugo insiste:

—¿Qué pasó aquella noche? ¿Adónde te la llevaste?

—Yo no me la llevé a ningún lado, yo salí corriendo en cuanto caíste al suelo y él te disparó.

—¿Quién me disparó? —le abre los ojos Verdugo para que no se desmaye.

Pero Oriol parece que ha abierto un recuerdo complicado, y que ahora no puede cerrarlo:

—Salí corriendo porque me lo dijo él, que me fuera al coto. Vi que ya venían las luces de los patrulla. Me dolía todo. Yo me escondí en el coto. Salté la valla y solté a una de las jaurías de perros para que ladraran, para que estorbaran a los perros policía que me seguían el rastro. Pero me encerré en el corral de la otra jauría. —¡Oriol está llorando al recordarlo!—. ¡Se me comieron! ¡Yo estaba cubierto de mierdas de perro! ¡Esos putos bichos llevaban semanas sin comer! ¡Se habían comido a otros perros! ¡Estaban por el suelo! ¡Me mordían las manos! ¡Me arrinconé mientras se veían las luces en la entrada de la valla del coto! ¡Hablaban por la megafonía, pero allí no les contestaba nadie! ¡Yo no podía salir! ¡Pero los perros estaban como locos, joder! ¡Los de fuera ladrándoles a los agentes y los de dentro oliendo mi sangre, me estaban comiendo, joder! ¡Notaba cómo me arrancaban trozos de carne, cómo me rompían los dedos y hacían así para tragárselos! ¡Aquello fue horrible! ¡Me hacían daño! ¡Yo no podía soportarlo! ¡Me dolía tanto que me quería morir!

Soler salta como un resorte y le pega un puñetazo con todas sus fuerzas a Oriol, que provoca que su cabeza dé un golpe contra el pilar.

—¡Y qué crees que sentían las niñas, hijo de puta! —Soler está a punto de matarlo, mira a su alrededor buscando algo que le sirva de arma mortal.

—Yo no soy el peor. Yo estoy enfermo, se aprovechan de mí, de que no siento nada. Se lo dijo el psiquiatra a mis padres. Que estoy enfermo. —Oriol llora con mocos—. Los peores son ellos, yo los he visto, a ellos dos juntos, ellos les preguntan, les hablan, quieren saber a quién matan. Yo no siento nada porque no quiero saber sus nombres, no quiero saber sus vidas ni cómo se llaman sus padres ni si tienen mascotas. Pero ellos sí, ellos se sientan y les preguntan, les sonríen, les gusta saber el nombre de sus hermanos, de su abuelita, lo que les dice la mamá cuando las acuesta y luego, mientras lloran de dolor, les sonríen y les hablan de sus papás y sus mamás, les hacen llamar a sus abuelitas, llama, llama a la abuelita Amparo, mientras le atraviesan la cara con una aguja de coser. ¡Ellos son los malos, yo solo estoy enfermo! ¡A mí me han utilizado! ¡Y tú no eres mejor que yo, Verdugo! ¡Tú te reíste de mí cuando éramos pequeños!

Verdugo empuja a Oriol cogiéndolo del cuello:

—¡Qué dices, imbécil, tú mataste a bocajarro a mi perro, hijo de puta!

Pero Oriol se le revuelve como un animal atado intentando morderle.

—¡Tú te follaste a Miriam en mi cama!

Verdugo queda en silencio un instante. Luego reacciona:

—¿Qué dices?

—¡Tú sabías que me gustaba, lo sabías! ¡Yo fui a su casa y se lo dije! Y ella me dijo que gracias. Me dijo «gracias». Y luego vosotros os colasteis en mi casa y te la follaste en mi cama. Yo tuve que

dormir con la cama mojada porque tú te la habías follado ahí mismo, donde yo estaba durmiendo, ¡donde tú te habías corrido!

—¡Por eso mataste a mi perro, hijo de puta!

—¡Claro que sí! ¡Y a quien quería matar era a ti! ¡No iba de caza! ¡Te estaba buscando! ¡Te habría matado a ti, pero ese perro me miró como una persona!

Verdugo golpea tres veces seguidas la cara de Oriol con todas sus fuerzas. Cuando él deja de escupir sangre, le sonríe.

—¿Lo ves? Le estás pegando a alguien atado. No eres mejor que yo, Verdugo. Y tampoco me preguntes quién llenó de gravilla aquella curva del camino, ¿sabes la que te digo? —Oriol mira a los ojos a Verdugo.

Verdugo respira, aguanta, lo que le está diciendo es demasiado.

—Sabía que siempre pasabais por ahí con la moto, os veía desde mi casa, me llevé una escoba de mi madre, con ella ensucié de gravilla la misma curva que tomabais siempre. Pero toda mi vida he tenido mala suerte, tenías que darte tú en la cabeza contra esa piedra, no ella. Cuando lo vi, cuando salí de mi escondite y vi la sangre en su cabeza, comprendí que yo nunca iba a tener suerte, que tenía que aceptarme como era.

Verdugo no tiene respuestas, le mira a los ojos como atravesándole, pero ya no tiene aire en los pulmones. Todo huele a ginebra. Es demasiado dolor en muy poco espacio. Soler le toma el relevo, le da otro puñetazo.

—¿Por qué mi hija?

Oriol niega con la cabeza.

—Esas cosas pasan, Soler. No tienen explicación. Cruzó por el paso de cebra.

Balma aparece por el pasillo, se coloca frente a Oriol:

—¿Tú viste lo que le pasó a mi padre?

—Lo mismo que le pasó a su hija.

¡Soler agarra las tijeras de cortar el pescado y se las clava abiertas en la clavícula! Por primera vez, Oriol chilla de dolor. Le tapan la boca con la cinta americana manchada de sangre mientras el suelo de azulejos blancos se ensucia con sus propias huellas rojas. Aquello se está yendo de madre.

Todos se miran como pidiendo que alguien detenga esa carnicería. Balma intenta calmarlos, tocarles en el hombro, guiarlos hasta una silla, abrir la ventana, darles aire, relajar la tensión. Pero Oriol ha conseguido escupir el arrugado trozo de cinta americana manchada de sangre y le habla directamente a Balma, que evita mirarlo:

—¡Tú eres su puta obra maestra! ¡Tú eres intocable! ¡Por eso se acojonó tanto Dobón cuando supo quién eras y que casi se te folla delante de este! —Oriol sonríe.

—¿Qué estás diciendo? ¡Qué pinto yo! ¡Quién es él!

—El malo... Tu padre...

Oriol se ríe como recuperando la serenidad tras la borrachera, pero no es cierto, está cayendo en esa fase del alcohol en que se va quedando dormido y habla sin filtros.

—Esto es una locura, ese hombre es un saco lleno de odio y dolor. No vamos a sacar nada bueno de todo esto. —Verdugo parece comprender que han caído en un sinsentido.

—¿Y qué quieres que hagamos?

—Yo necesito quedarme a solas con él —les anuncia Balma de pie, con los brazos cruzados.

Se produce un silencio.

—Creo que todos necesitamos quedarnos a solas con él, creo que los tres necesitamos cerrar por fin estos trece años —confirma Verdugo levantándose del sofá y ayudando a Soler.

Lo hicieron, se fueron yendo a la habitación de matrimonio con las niñas y lo hicieron, dejaron a solas a cada uno de los tres con Oriol. Apenas unos diez minutos, unos instantes que les cambiaron las vidas de nuevo. Sin gritos, sin resúmenes, sin golpes. Cuando terminaron, seguían callados dentro de sí mismos, comprobando que siempre habían tenido un muerto a su lado.

Quizás todos debamos encontrar un motivo para perdonar, sea la enfermedad, la mala suerte, la culpa, la casualidad o... simplemente, no poder salir adelante sin hacerlo. Así terminaron aquella tarde en el purgatorio.

Silencio.

ESCENA 57

«Seréis desvalijados; y sólo la memoria
de aquel error vivido
hará que nunca se acabe
la duración del mundo tan amado»

La tercera tormenta comienza al anochecer, cuando el toldo del apartamento alquilado por Soler para secuestrar amablemente a una niña de quince años llamada Aitana empieza a dar golpes, y un portazo en la habitación donde las dos adolescentes permanecen solas les avisa de que hay corriente. El viento ha llegado.

De repente se dan cuenta de que se ha hecho de noche, de que Oriol se ha vomitado encima y ahora está dormido con la boca tapada y la nariz chorreando mocos de ginebra. Se sienten sucios todos. Sienten que despiertan de una pesadilla..., pero se ven, se frotan los ojos y comprenden que siguen en ella.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Verdugo? —pregunta Soler poniéndose en pie como en un velatorio.

—¿Con lo que sabemos o con lo que hemos hecho?

Todos vuelven a ensimismarse en sus secretos durante un silencio. Todavía los están asimilando.

—Con él.

—Antes son ellas. —Verdugo señala con la cabeza a la habitación que se ha cerrado—. Tengo que informar a mis hombres de Sandra Saura, de que es posible que haya sido asesinada y de que deben detener al conseller de Sanitat.

—Quizás te haya mentido —le sugiere Balma a Verdugo.

—Lo he pensado, pero es complicado entender que una madre le dé las llaves y la dirección del piso de su hija a un asesino.

—Es verdad —contesta Balma mirando al pasillo con su puerta cerrada—. Pero los Pardos no irán, te dijeron que no se iban a despegar de Alonso Gracia.

—Lo sé, lo sé. Déjame que los llame... —Verdugo intenta andar mientras escucha tonos, pero no hay espacio en ese apartamento, se queda pegado al ventanal como una vieja mirando entre cortinas —. ¿Pardos? Soy Verdugo. Hemos detenido a Oriol. No, no voy a hacer eso. Escúchenme, nos ha dado la información de que el conseller de Sanitat Carles Roig podría estar implicado en el asesinato de Sandra Saura. No, no sé qué cara tiene. No, en Valencia no. En Alicante, dirección... Balma, puedes preguntarle a la hija si sabía la dirección a la que iba su madre. Gracias. ¿Cómo está Alonso, Pardos? ¿Consciente? Bien. ¿No le estarán informando de nada para no molestarle? ¡De todo! ¡Quiten el manos libres! Pero si Alonso no puede hablar, Pardos. Dejen de molestarle. Me da igual que él quiera. Quiten el manos libres. ¿Lo han quitado? Ah, gracias, Balma. Es en el edificio llamado La Colmena, en el último piso, puerta 34, ¿lo han anotado? Es urgente que vayan. ¿Cómo que no se van a mover de ahí? Pues tendrán que mandar a alguien a Alicante. ¿No se fían de nadie? ¿De nadie de todo el equipo que les pusieron? ¿De nadie? ¿Cómo que Alonso quiere decir algo? Pero ¿no les he dicho que no lo molesten y que quiten el manos libres? ¿Una agente? ¿Cómo se llama? ¿Olivia? ¿De esa sí que pueden fiarse? ¿Por qué? ¿Cómo que porque lo dice Alonso? ¿Qué criterio es ese? ¿De verdad están bromeando? Ya sé que están contentos, pero aquí tenemos una situación muy complicada y no es el momento para... ¡Pardos, firmes, cojones! ¡Tienen o no tienen equipo para mandar a

Alicante! ¿Cómo que cómo? ¿Qué dice? ¿El helicóptero? ¿Lo tienen autorizado? ¿Cuánto tardarían? ¿Treinta minutos desde Valencia? Perfecto. Esperen, no. No pueden mandar a una sola agente a detener a un presunto asesino de mujeres, ¿entienden? De acuerdo, hagan lo que quieran, si solo se fían de ella y Alonso está de acuerdo, hagan lo que quieran, pero manden el helicóptero cuanto antes.

ESCENA 58

«[...] en los pozos sombríos de los huertos»

Antiguamente, las mujeres dejaban las puertas de las casas abiertas mientras fregaban el suelo, esperando así que se secara, sobre todo en las ciudades como Alicante, con tanta humedad. Fue una costumbre traída de los pequeños pueblos del interior, resecos, pardos, abandonados en los años sesenta para emigrar a las ciudades costeras, buscando trabajo en las nuevas fábricas, en el turismo recién traído, pero ya no podían dejar la llave puesta en la puerta como hacían antes, tranquilamente. Ni siquiera la puerta de la calle todo el día entornada tras la cortina en verano, dejando que pasara un poco el aire, pero no las cansinas moscas.

El conseller de Sanitat Carles Roig pasó muchos veranos de su infancia en un pequeño pueblo del interior de Alicante, a cargo de su abuela Carmen, su recuerdo más feliz, que lo llamaba desde la cocina para comer arroz con costra.

Han llamado a la puerta de ese último piso en La Colmena, o eso le ha parecido, porque se la ha dejado entornada con la alfombrilla puesta para que corra un poco el aire y se seque el suelo antes, como hacía su abuela Carmen, pero a él le gustaba jugar con la cortina, hacerle trenzas, colgarse cuando no lo veían, y luego su abuelo Eladio se pasaba la tarde matando moscas con una palmeta, sentado en camiseta de tirantes en su silla de madera, mirando la tele.

La agente Olivia ha tocado suavemente a la puerta entreabierta de ese último piso del enorme y laberíntico edificio que es La Colmena, está nerviosa, lo reconoce, se le ha hecho largo el traslado en helicóptero desde el Hospital General de Valencia hasta el de Alicante, los dos helipuertos más cercanos; aunque apenas ha sido media hora, pero se lo ha pasado mirándose las botas y rezando mentalmente, como le decía su tío que hacía hasta que lo corneó una vaquilla en los encierros y lo dejó en silla de ruedas el mismo año en que murió su prima Mónica.

Olivia empuja suavemente la puerta entreabierta, el suelo está recién fregado y huele todo el piso a lejía. Camina despacio, en la primera habitación hay una cama y un traje caro de hombre estirado, incluidos la camisa y los zapatos, como si el habitante se lo hubiese dejado listo para cambiarse e irse.

En la segunda habitación, con la ventana abierta para que el suelo se seque, hay una bolsa de plástico del supermercado con lo que parece ropa negra arrugada de mujer sobre un escritorio juvenil en el que todavía permanece ordenada la colección completa de *Los Cinco*.

En la tercera habitación, la más amplia, el comedor, se han apartado los muebles contra las paredes y huele a lejía y pintura, en el centro de la estancia hay una silla de plástico blanco recién fregada. A Olivia se le ponen los pelos de punta por la ventana abierta y la persiana bajada.

En la cuarta habitación, el aseo de azulejos verde claro, se encuentra de espaldas, arrodillado en la bañera, el conseller de Sanitat Carles Roig, con un bañador que le viene grande y una cadena de oro en el cuello, está fregando la sangre de unas tijeras de jardín, un cuchillo, varios trapos, cinta americana y la propia

fregona que ha estado usando para el resto del piso, es evidente por el tono rojizo del agua que va llenando la bañera blanca.

—Guardia Civil, dese muy despacio la vuelta. ¡Suelte el cuchillo! —le ordena la agente Olivia cuando ve que asoma una punta del agua roja, con ese tono de voz que indica que te están apuntando con un arma de fuego cargada.

Pero el conseller Carles Roig, con su cara de tonto, se gira y la ve sola. Le quiere sonreír. Le pregunta:

—¿Qué ocurre, señorita? —Parece desorientado o tonto.

—¡Suelte el cuchillo!

—Pero no entiendo, ¿qué hace usted aquí? ¿Qué...?

—¡Que suelte el puto cuchillo! ¡Ya!

—Bien, bien. Ya está.

—¡Ahora saque las manos del agua y póngaselas en la espalda! —le ordena sin dejar de encañonarle.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—¡Que ponga las manos en la puta espalda!

—No puedo. Lo siento.

A Olivia le late el corazón a toda máquina, da un paso hacia el conseller dentro de ese cuarto de baño y nota cómo ese hombre con las manos metidas en agua roja y que huele a lejía de rodillas en una bañera, le sonríe.

—¡Ahora! —le grita como respuesta a esa sonrisa que la mira de abajo arriba como la han mirado tantos hombres.

—¿Y va a hacer esto usted sola? —le pregunta mientras inicia el deslizamiento de su mano izquierda hacia la bañera donde reposa el cuchillo de cocina.

Olivia silba fuerte como quien llama a su perro que está ya al final del parque. Al instante, como si hubieran estado tras ella en el

pasillo, aparecen diez agentes de la Guardia Civil armados, uno de ellos de la UCO, con un teléfono en la mano.

—No.

—¿Qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Suelte el cuchillo o le pego un tiro.

—Qué tonterías dices, chica. ¿Aquí? ¿Delante de todos? Tú has visto muchas películas —la reta Carles Roig mientras ya roza el arma con los dedos dentro del agua roja corriendo en la bañera—. ¿Quién te crees que eres?

—Mira mi apellido en la identificación que llevo cosida en mi uniforme —le indica Olivia acercándose a él con la pistola por delante.

El conseller se extraña, pero alcanza a leer mientras agarra el cuchillo con la mano dispuesta a girarse porque en su cabeza solo aparece la pesadilla que sería una cárcel para él, lo que le harían, lo que le obligarían a hacer, se suicidaría, antes de eso, de que le hagan daño, se cortaría las venas con ese cuchillo.

—Senent. ¿Qué le pasa a tu apellido?

—¿No te suena de nada?

—No. De qué quieres que me suene. —Coge el cuchillo y cambia la postura para poder girarse, porque tal vez pueda defenderse, acuchillar a esa rubia y atrincherarse en el cuarto de baño con ella, que se tengan que ir los otros agentes, llamar a alguien, salir vivo de ahí, sin el cuerpo de Sandra Saura quizás no lo detengan, podría decir que fue el otro, el...

En ese momento se intenta levantar contra la agente Olivia con el cuchillo en la mano, pero no puede, no le quedan fuerzas y le está entrando un frío terrible allí de rodillas, siente que se está desmayando.

—De mi prima Mónica —le explica Olivia mientras lo encañona con la pistola en la cabeza—. ¡Estoy bien! ¡Tranquilos! ¡Todo controlado!

Les sonríe a sus compañeros mientras se acuerda de su prima y ella viendo dibujos animados en la tele de sus padres y merendando madalenas con chocolate unos días antes de que un todoterreno blanco se la llevara cuando estaba bajando a dejarle unas zapatillas de *ballet* en la calle desierta. Solo había un todoterreno blanco, que se fue alejando. Toda la vida, esos trece años seguidos, odiándose a sí misma mientras opositaba para guardia civil, pensando cada noche que cerraba los libros en que se llevaron a Mónica por esos cinco minutos que ella llegó tarde, por presumida, por mirarse en el espejo demasiado tiempo. O peor: si hubiera bajado ella antes, de las dos primas, ahora sería Olivia la que estaría muerta, la que se hubieran llevado aquel día. Por eso se hizo guardia civil Olivia Senent, por ese momento de pegarle un tiro a...

—Ah, es verdad. Eres aquella prima de la primera niña, la que entrevistaron llorando —la observa Carles Roig—. Pero tú eres mucho más guapa.

Y Carles Roig la mira con su cara de bobo, esa cara de tonto que ha tenido toda la vida, por la que se reían de él en las fotos, por la que se burlaban de él las chicas, por la que tanto ha padecido, y comprende que su vida a partir de ahora será un infierno, que se acabaron los coches a la puerta de su casa, los plenos de gobierno, los elogios, las miradas de respeto, el poder. Porque teme ir a la cárcel, teme que le hagan daño.

Olivia Senent observa cómo le está cambiando la cara a ese hombre, cómo se está quedando pálido. La mira, con esa mirada de pena, mientras agarra el cuchillo del agua roja con sus dedos. La mira, le habla como suplicando de rodillas, cada vez más pálido.

—Yo los conocí en 2010 porque atropellé a un niño. Una tarde de invierno, había ido a comer con un constructor, Ortiz, cerca del hospital que íbamos a construir, y me llevó al mejor restaurante de Dénia, uno con una estrella Michelin, y me regaló un Infiniti G37, el coche de mis sueños. «Para ti», me dijo, y yo atropellé a un niño que salía del colegio, le pasé por encima, lo noté como un bache, y él me dijo que acelerase, que estaba muerto, conforme gritaba la madre a la salida de ese colegio, que saliésemos de allí, que él conocía a alguien que podía resolverlo todo... Qué mala suerte tuve con ese niño... Tú, tú nunca has pensado en la mala suerte que tuvo aquella tarde el que se llevó a tu prima...

—¿Qué mala suerte tuvo? La mala suerte la tuvo ella.

—La tuvo el del coche... —Y la mira con deseo.

El conseller se desvanece. Es entonces cuando Olivia Senent y el resto del operativo se dan cuenta de que no estaba solo fregando el cuchillo, las tijeras de jardín y la fregona en esa agua roja de la bañera, sino que los había oído entrar desde el principio, ya entonces, con las manos metidas bajo el agua, el conseller había decidido cortarse las venas.

ESCENA 59

«Pero la vida es la que ahora llega
en las palabras que me escribes [...]»

Verdugo lo piensa mejor y le coge el móvil a Balma mientras en la calle suenan canciones de verbena.

—Déjame, Balma. Esto lo tengo que hacer yo.

Javier Domingo y Cristina Peris cenan sopa de sobre de doce verduras con la tele apagada y los móviles encendidos encima de la mesa de la cocina, con ese olor a puerro y ese sabor a cartulina mojada. No hablan. Peor. No se hablan. Permanecen callados para verse sufrir el uno al otro, como en un pulso a aguantarse las ganas de llorar. Cristina Peris ha hecho un altar con la foto de su hija Aitana en la boda de su tía, y una vela roja que siempre permanece encendida. Si se gasta, por la mañana la cambia por otra que tiene preparada en el cajón de los cubiertos. Por si el dolor se alarga. Pero la llama le da un poco de vida a su foto en la nevera. Se oyen tragar, el sonido de sus gargantas tragando las cucharadas de sopa, bebiendo tragos de agua del grifo, que está mala, pero ahora les da lo mismo. Es la tortura de no poder hacer nada, de pensar que en ese preciso instante a su niña le estarán haciendo daño, o estará muerta. Solo pueden sufrir, intentar sufrir más para llegar a un límite, llegar a algo diferente de ese dolor cotidiano, constante, para que algo cambie, para bien o para mal, pero que algo suceda y los salve o los mate, pero que no se acostumbren a comprar velas. En

ese momento les sobresalta el teléfono. Se abalanzan. Javier Domingo es más rápido.

—¿Sí? Dígame.

—Javier, soy Modesto Verdugo.

—¡Dígame, dígame!

—Javier, hemos encontrado a su hija Aitana.

—¿Está bien? ¿Está...?

—Está bien, está a salvo. No le ha pasado nada.

Se oyen llantos en la cocina.

—Señor Verdugo, señor, soy Cristina. Soy la madre de Aitana. ¿Me la puede pasar, por favor? ¿Me la puede pasar?

—Aquí la tienen.

—Mamá, papá...

—Aitana... Mi vida...

—Aitana... ¿Estás bien?

Se oyen llantos con eco de manos libres:

—Estoy bien, mamá.

—¿Seguro?

—Sí, mamá. Estoy bien, te lo prometo.

—¿Dónde estás? Que va el papá a buscarte.

—Cristina, disculpe, soy Modesto Verdugo. Hemos localizado a su hija en Benidorm.

—¿En Benidorm?

—Sí, ahora no hay tiempo de explicarlo, pero ya está a salvo y vamos a dar aviso a los compañeros para que vengan a por ella y puedan llevarla a Valencia en helicóptero lo antes posible.

—Pero ¿qué le ha pasado? ¿Dónde estaba? ¿Qué hace allí? ¿Quién se le ha llevado?

—Todas esas preguntas se las podrá responder ella en cuanto vuelva a encender su teléfono y los llame. Por nuestra parte, reciban

un afectuoso abrazo de alegría.

—Muchísimas gracias, Verdugo. Yo sabía que usted la encontraría, me lo dijo un hombre, el padre de aquella niña...

—Lo sé, lo sé, Javier. Me alegro de que todo haya salido bien. Un saludo.

—Muchísimas gracias, Verdugo. Un saludo. Un saludo también mío. Mira, Javi, ya me está llamando la niña. ¿Aitana? Aitana, mi vida...

—Mamá, perdóname, por favor, perdonadme...

Verdugo cuelga, le devuelve el teléfono a Balma y mira a Soler.

—Tengo que dar aviso a los compañeros que están en Alicante para que vengan a por las niñas y las lleven a Valencia, deben hacerles una revisión médica y...

—La hija de Sandra Saura está dormida, Verdugo —le avisa Balma —. Con lo que se ha tomado y el *shock* que ha sufrido, quizás no sea recomendable que la trasladen en helicóptero. Mejor una ambulancia y que llamen a su familia.

—De acuerdo —acepta la corrección Verdugo—. Ahora les informo. —Vuelve a mirar a ese hombre de pelo blanco rapado—. Soler, escúchame, ¿qué vas a hacer ahora?

El padre de aquella niña que no apareció nunca tiene la mirada perdida en el cielo de la ciudad, como viendo un pasado proyectado en sus ojos, lejos de allí, trece años atrás, hablando con alguien, discutiendo a gritos y portazos en su nave de rectificados.

—Tengo un asunto pendiente con un antiguo cliente. —Mira a Verdugo con la fuerza de todo su odio en los ojos—. Luego ya, nada.

—Soler...

—No, Verdugo, no me preguntes nombres ni detalles porque no voy a hacer las cosas bien. Todo lo que te dijera te implicaría en algo que no te concierne ya. —Soler gesticula despacio—. Tan solo hazme

un último favor, diles a tus agentes que las niñas están en el apartamento de al lado, el de la madre de Sandra. Yo me quedaré en este cuando vengan. —Levanta la mano como jurando sobre una biblia—. Solo te pido eso, que me dejes esconderme de ellos, que no me detengan todavía.

—Pero, Soler... Lo que has hecho... Todo este montaje... Has cometido delitos muy...

—Te lo pido como padre, Verdugo. Te lo pido como...

—Verdugo... —Nota la mano de Balma intercediendo.

—Está bien, daré aviso de que están en el apartamento de al lado y tú podrás salir de este piso cuando los efectivos que las atiendan se hayan ido. Supongo que nadie imaginará que estás aquí. Y mientras, podrás asegurarte de que ellas están bien.

—Gracias, Verdugo.

—No me las des, Soler.

Sin embargo, todavía les queda un asunto pendiente, amordazado a ese pilar, que deben resolver.

—Ahora dime lo que piensas hacer tú con Oriol.

Verdugo mira a ese intento de ser humano que tienen atado al pilar con la cabeza rodeada de cinta americana para que ni grite, ni los vea ni los oiga, pero sí pueda respirar. Y lo malo es que ahora lo ve distinto:

—Oriol es complicado, Soler. No puedo entregarlo. —Verdugo los sorprende a ambos.

—¿Cómo dices? —se escandaliza Balma.

—¿Cómo? —se indigna Soler. Ahora por fin lo sabe, tiene la certeza de que esas manos atadas, ese cuerpo encintado torturó a su niña en un zulo oscuro durante días. Se indigna.

—Todavía no puedo explicároslo, pero aún no es el momento de entregarlo. —Verdugo comprueba con disgusto que para nada los

está convenciendo—. Si lo hiciera, si lo entregara, es muy probable que acabase muerto en su propia celda y sin esclarecer todos los crímenes.

Soler lo mira con asco.

—Quizás no sea una mala solución. —Soler observa de soslayo la cocina, busca algún objeto punzante con el que apuñalarlo.

Mientras, Balma intenta convencerlo con vehemencia:

—Verdugo, no puedes estar hablando en serio. Este tío mató a su hija, mató a mi padre y a más gente que no sabemos todavía. No puedes, no tienes ningún derecho... Después de todo lo que hemos pasado, no puedes estar pensando eso. No tengo ni idea de lo que Oriol te ha contado, pero es imposible que haya sido más fuerte que lo que me ha contado sobre mí y mi padre.

Soler asiente al lado de ella con la mirada fija en un destornillador en la cocina.

—Los tres tenemos ahora nuestros secretos descubiertos, Verdugo. No puedes pretender que el tuyo lo cambie todo porque...

Verdugo se gira hacia la ventana, hacia ese mar frente a ellos. Respira.

—Oriol es de mi familia.

—¡Cómo! —Balma se indigna con sincero asco—. ¿Me estás hablando en serio?

—No puede ser. —Soler se mueve hacia el destornillador.

—Por eso nos criamos en la misma aldea, por eso se suicidó mi madre. Porque mi padre tenía otra mujer en la ciudad, una querida con la que tuvo otro hijo, una sirvienta del pueblo, una primera novia que se fue a servir a casa de unos señoritos de Valencia, unos que tenían farmacias en cada barrio. Mi padre la siguió, la encontró y la dejó embarazada. Cuando se enteró, no quiso volver a verla. A los pocos años, cuando pensaba que todo estaba olvidado, ella

volvió al pueblo, casada con el viejo farmacéutico viudo, y con un hijo más malo que un demonio.

—No puede ser, Verdugo. Te ha contado un cuento.

—¿Os lo ha contado a vosotros? —pregunta, interrogándolos con los ojos.

—No. Lo mío sé que es cierto —le devuelve Balma la mirada.

—Y lo mío, seguro —asiente Soler cerca ya de la cocina.

—Entonces también lo debe de ser mi secreto.

—Pero es imposible, Verdugo.

Pero él ya le está negando con la cabeza.

—No, en realidad, te lo dije, me pasé mi vida con Oriol por las montañas, siguiéndonos los rastros.

—Eso no es ninguna prueba —niega Balma.

—Mi madre se suicidó bebiendo lejía al poco de abrir la farmacia. ¿Te vale esa prueba? —insiste Verdugo.

—Sinceramente, no —responde tajante.

Oriol los ignora atado en el suelo a un pilar, cegado, sordo y mudo por la cinta americana que lo envuelve para que no sepa nada después de haberles dicho a cada uno su secreto. Verdugo se agacha hasta él y le quita las cintas sin mucho mimo. Oriol se encuentra mal, mareado por el alcohol e intentando quedarse dormido. Verdugo lo despabila con un par de suaves sopapos.

—Oriol. Oriol.

—¿Qué quieres? —pregunta somnoliento.

—Diles lo que te decía mi padre cuando iba a verte a la ciudad y eras pequeño.

—Verdugo, no insistas, eso no son pruebas —le interrumpe Balma.

Con los ojos cerrados de sueño:

—Me decía que lo hacía todo mal, que era retrasado. Se lo decía a mi madre en el salón; yo los oía porque me dejaban encerrado en mi

cuarto, que la culpa era de ella, que cuando estaba preñada tuvo que hacer algo raro, porque a él su otro hijo le había salido perfecto, todo el pueblo quería a Modesto, era listo y guapo, no como ese engendro —Oriol habla con la boca pastosa, cuesta entenderle.

—Y ese eras tú, ¿no?

—Ese era yo. El engendro. Y tú eras el perfecto. —Lo mira con odio y sueño—. Y luego los oía, oía a mi madre gimiendo en el cuarto de al lado, oía la cama, sin importarle que yo estuviera encerrado, y oía a tu padre jurando y dando golpes en la pared. Y yo sabía que ese era también mi padre, el que se iba y me odiaba y me dejaba a oscuras en mi cuarto para follarse a mi madre.

—Verdugo, te está mintiendo —se indigna Balma.

—Yo también lo pienso —opta por hablar calmado Soler. Como el anciano que es junto a un destornillador que ya puede coger—. Lo está haciendo para que no lo entregues a la policía.

—Llama a mi madre —le sugiere Oriol.

Verdugo acerca su cabeza.

—¿Cómo has dicho?

—Da igual la hora. Aunque sea de noche. Hoy es martes. La farmacia está de guardia. ¿No te sabes el teléfono? —Oriol le mira sin orejas ni cejas.

Verdugo se siente ofendido.

—Había cuatro teléfonos en ese pueblo. Me los sé todos.

—Pues entonces llama a la farmacia, seguro que se pondrá mi madre.

Verdugo le pide el móvil a Balma y marca un número sabido desde niño porque era lo más parecido a un médico en las aldeas. Suenan varios tonos, se hacen largos, eternos, todos esperan.

—¿Sí? ¿Quién es? —le contesta una voz de mujer dormida que él reconoce enseguida de haberle dispensado la crema para las

articulaciones de su padre: mercromina para él y unas pastillas que le recetaron a su madre pero que jamás se acabó porque al poco tiempo decidió suicidarse.

—Paquita. Soy Verdugo.

Se produce un silencio de mano tapándose la boca. Después, habla:

—Lo has encontrado, ¿no?

—Sí.

—¿Está contigo?

—Sí.

—¿Está vivo?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer?

—No lo sé.

Paquita, en su farmacia, cierra los ojos para hablar mientras sostiene ese teléfono fijo color marfil:

—Escúchame, Verdugo. Es posible que yo sea la única persona en este mundo que ha querido a Oriol. Y lo quiero. —Duda un instante —. ¿Me está oyendo?

—No —le miente Verdugo sabiendo que todos intentan escuchar.

—Escúchame, hazme el favor. Él te quería muchísimo, te lo juro, se pasaba los días buscándote, te seguía siempre, te admiraba, él solo quería estar contigo. ¿Lo entiendes?

—Paquita...

—Él volvía a casa y solo hacía que hablar de ti, de que te había visto corriendo por el pico del Águila, que se había cruzado contigo en el camino del aljibe, que casi habíais coincidido bebiendo en la fuente Alta... ¿Lo entiendes, Verdugo? Tú eras su hermano mayor, él solo quería imitarte.

—Paquita, no siga. ¿Usted sabe todo lo que ha hecho Oriol?

—Está enfermo, Verdugo. Seguro que eso sí que te lo dijo tu padre. Todo el mundo lo sabía, Oriol está enfermo. Lo llevamos a los mejores especialistas y todos nos dijeron lo mismo, que tenía algo en el cerebro, como una mancha oscura aquí en la frente que le hacía comportarse así, le hacía eso a los animales, se portaba mal con la gente...

—Paquita... ¿Qué quiere que haga con Oriol?

—Yo esto lo he pensado mucho, Verdugo. Yo sabía que este momento, tarde o temprano, llegaría. Yo no puedo decirte lo que tienes que hacer. Pero sí te pido que mires dentro de ti y entiendas que él no tiene la culpa de todo lo que le ha pasado. Ni de su mancha en la cabeza ni de cómo lo trató tu padre de niño, ni de muchas cosas de esas que le obligaron a hacer.

—Paquita, ¿usted sabía todo lo que hacía Oriol?

Se produce un silencio.

—Paquita...

—Yo soy su madre, Verdugo. Y una madre no puede dejar de querer a su hijo. Pero tú ahora sabes que eres su hermano. Si tan fácil ves juzgarme a mí, hazlo contigo, pero hazlo con ese corazón que decía la tuya que tenías. Tengo que dejaros, baja mi marido.

—¡Adiós, mamá! —grita Oriol, aunque solo ha oído la conversación en voz baja.

—Adiós, mi vida.

Se oyen las sirenas de los coches patrulla y las ambulancias acercándose por la avenida. Verdugo vuelve a tapar a Oriol con la cinta americana. Todo parece indicar que ha tomado una decisión.

—No puedo entregarlo, Balma.

—No puedes hacerme esto, Verdugo —le increpa Soler con el destornillador—. Él mató a mi hija. Mató a Elena con esas manos. Y matarla es lo que puedo decirte.

—Lo siento, Soler. Lo haré, te juro que lo entregaré —intenta calmarlo Verdugo mostrándole las palmas de las manos—, pero ahora no puedo. —Se gira—. Balma, nos lo tenemos que llevar nosotros.

—Verdugo, no me pidas eso. —Balma niega con la cabeza, apretando los dientes de rabia.

—Te lo estoy pidiendo porque es la única manera. Solo quiero que llegue vivo a la comandancia de Valencia.

—¡Pues acompáñalo tú en el coche patrulla! —estalla Balma pensando en lo que Oriol le hizo a su padre. La rabia le quema ahora que lo sabe a ciencia cierta—. ¡Llévalo tú si tanto lo quieres!

Da igual lo que Verdugo razone.

—¡Yo ya no soy guardia civil! ¡En cuanto lo entregue, no me dejarán acercarme! ¿No lo entiendes? Ninguno de nosotros tres somos agentes. Lo que hemos perpetrado aquí es una detención ilegal. En su caso —señala a Soler—, un secuestro. Legalmente, igual que lo detendrán a él nos detendrán a nosotros y nos añadirán como mínimo cargos por vejaciones o incluso por tortura.

—¡Pero tú te estás oyendo! —grita Balma sin quitarse a su padre ahorcado de la cabeza.

Pero Verdugo insiste:

—¡Sé que lo matarán, Balma! ¡Los tres lo sabemos! ¡No le dejarán declarar y toda la investigación, todo por lo que permanecí encerrado trece años no habrá servido de nada! ¡Necesito que lo custodien! ¡Y eso solo lo pueden hacer los Pardos! ¡Necesito llevarlo a Valencia y entregárselo a ellos!

—¡Pero tú te estás oyendo! ¿Cómo quieres llevarlo? ¡Es Oriol! ¡En cuanto encuentren a las niñas van a cortar todas las carreteras, todas las salidas, para encontrar el coche en el que te lo lleves!

—No me lo quiero llevar a Valencia en un coche, sino en tu barco.

—¡Tú estás loco! ¡Ni muerta te dejo que hagas eso! —Balma grita hasta la afonía.

Verdugo la nota quedarse sin voz. Intenta calmarla:

—Si Oriol muere, desaparecerá el único testigo de la muerte de tu padre. No habrá juicio. Y si lo hay, nunca quedará totalmente esclarecida su inocencia. En realidad, tú eres la persona más interesada de esta habitación en que Oriol siga vivo.

Balma se queda callada. No porque la haya convencido, sino porque está pensando otra cosa, una cosa que le ha puesto los pelos de punta, pero que ahora no puede quitarse de la cabeza.

Mientras, es Soler quien los interrumpe:

—Verdugo, ¿Oriol ha matado a más niñas? —Aprieta con fuerza el destornillador ese pobre padre que se ha convertido en un anciano por el duelo.

—Soler, quiero decir que lo han estado utilizando durante años para cometer todo tipo de crímenes. Él me lo ha contado, que lo usaban para resolver problemas sucios, que se encargaba de todo: extorsión a socios, amenazas a clientes, secuestros a deudores... De todo se encargaba Oriol. Por ejemplo, si necesitaban que uno vendiera un terreno que no quería vender, enviaban a Oriol encapuchado una noche a su chalé y le daba una paliza a su mujer con él mirando. Al día siguiente, el terreno en litigio estaba vendido. ¿Es así, Oriol?

—No te oye. Lo has vuelto a encintar.

—Vale, da igual, él me lo ha dicho. Que cometió todo tipo de delitos con tal de que alguien que pagaba a sus jefes saliese beneficiado en negocios que no se podían ganar de manera legal. Me ha dicho que una vez un político había permitido construir una granja de cerdos junto a la casa de campo de un empresario, que le rogó que no lo hiciera, que le sobornó incluso, pero que el político se

rio de él y no le hizo caso, al final el empresario se enfadó y pagó para que Oriol le quemase un pie a su hijo. Ya no se construyó la granja. O que otra vez, dos hermanos peleaban por la herencia de una casa en primera línea de playa y que uno de ellos pidió que le dieran tal paliza al otro hermano que Oriol lo dejó retrasado a golpes. Y otra vez que...

—¡Para ya, Verdugo! ¡Para! ¡Ya es suficiente! —Se oyen las sirenas abajo—. Si quieres que nos lo llevemos, para, tiene que ser ahora. Pero... ¿cómo? —acepta Balma con un pensamiento nuevo en la cabeza, una idea práctica de cómo tiene que ser la justicia. Pero no se la comunica, solo acepta que lo llevará en su barco, como cediendo a la intención de Verdugo, pero sin contarle en realidad esa cosa que se le ha metido en la cabeza.

—Lo meteremos en esa bolsa de deporte grande y lo bajaremos en el carrito de supermercado que había al final del pasillo —planifica Verdugo.

—Verdugo, júrame que no lo dejarás libre —le exige Soler apretando el destornillador en su mano.

—Te lo juro, Soler. Te lo juro. —Se gira—. Balma, tenemos que irnos. —Se gira—. Soler, diles a ellas que se vayan al otro piso. ¡Rápido!

Cuando salen al aparcamiento con la bolsa de deporte cargada en el carro se dan cuenta de que hace un viento terrible, de que hay tormenta de verano.

—Balma, ¿podrás llevar el barco así hasta Valencia?

Suenan sirenas de policía por todas partes mientras cargan el bulto en el maletero del viejo Mercedes de Soler aparcado en la parte trasera del edificio.

Balma mira al cielo, levanta la barbilla, calcula, piensa:

—Se está yendo, para cuando lleguemos al puerto, solo será lluvia.

¡Pero no acierta una mierda! ¡Llueve a raudales! Y se empapan en el puerto de Benidorm para sacar a Oriol del maletero dentro de una mochila gigante de cañas de pesca deportiva. Podrían llamar la atención cualquier otra noche, una noche sin lluvia y sin tormenta, pero precisamente esa noche... Empapados bajo los relámpagos cargando ese fardo humano..., parecen sacados de una película de terror.

El ayudante del comodoro del puerto deportivo de Benidorm los ha informado por la megafonía, y ahora baja con la linterna y el chubasquero, de que no pueden salir con esa mar. Les pregunta qué llevan en ese fardo y si están locos.

Verdugo le sorprende con una pistola falsa cogida del coche de Soler. Sigue lloviendo a mares, les cae el agua como una ducha. Le comunica que le da igual todo, que ese barco va a salir de ahí y que él se quedará quieto, mirando desde el puerto. Le grita si le ha quedado claro. Pero Verdugo cambia de opinión, no puede verlo temblar de miedo.

—¡Vete! —le ordena Verdugo al pobre ayudante de comodoro—. ¡Vete!

Y este sale corriendo.

Balma sube al barco, ajena a esa negociación. Hace por arrancar el motor del velero con todas las velas arriadas. No le da miedo la lluvia, ni quedarse sin combustible, ni siquiera los vientos que van y vienen zarandeando los mástiles. Le da miedo, como a todos, el fardo humano que llevan en cubierta.

—¡Suelta el cabo del amarre, Verdugo! —le grita cuando por fin el motor arranca.

Acelera el pequeño motor. Es complicado con el viento. Piensa en la locura que sería izar el foque con esa velocidad, cosas de marineros sin regatas, enciende una linterna para hacer la lectura, pero ni se fija, demasiada lluvia, demasiados barcos encajados. Bastante sería salir del puerto cuando las olas se levanten en la bocana. ¡Y lo hace! Para asombro del ayudante del comodoro y de los habitantes que la están viendo con prismáticos desde sus apartamentos. ¡Ha sacado el barco del puerto!

—¡Iza la mayor en cuanto vire a estribor! —grita Balma—. ¡¿Me entiendes?!

Verdugo le hace un gesto con el pulgar de la mano, algo ha aprendido durante el último trayecto, pero es cierto que es de locos lo que están haciendo porque la vela quiere arrancarse del mástil conforme la sube, los empuja, se hincha, da golpes, se tensa. ¡El barco está empezando a saltar olas!

Verdugo se mueve con dificultad por la cubierta, no quiere resbalar, pero teme que la bolsa que lleva a Oriol se rompa por el torpe nudo provisional que la sujeta al barco y se caiga también por la borda. Se agarra, abre para verle la maldita cara y comprobar que sigue vivo pese a parecer un fiambre envuelto en cinta americana y sangre.

—¡Te voy a atar mejor para que no te caigas! —entiende Balma que le estará diciendo por cómo le señala la cuerda que desata.

Balma levanta la cabeza para ver cómo pasan entre la lluvia por delante del Rincón de Loix, cómo se alejan de las luces de Benidorm empujados por el huracán y se internan en la alta oscuridad de los acantilados de la Serra Gelada con el riesgo de que la tormenta los arroje contra las rocas. Ve a Verdugo bajo la lluvia atando a Oriol a un asidero de cubierta.... Se suelta un cabo. La botavara oscila de lado a lado. El barco da bandazos. Les pasan las olas por la cubierta.

—¡Sujeta la botavara, Verdugo!

Y Verdugo aparece a su lado, obedeciéndola bajo la lluvia.

—¡No! ¡Lo estás haciendo mal! ¡Ven! ¡No es así! ¡Ven! ¡Sujeta tú el timón!

Verdugo obedece, se coloca a su lado y pone sus manos mojadas donde estaban las manos mojadas de Balma, sin darse cuenta de que el timón está bloqueado, de que no le hacen falta las manos para saltar en línea recta contra esas olas. Se da la vuelta. A tiempo para observar que Balma no está en la botavara, sino que se está acercando hacia el fardo humano con un cuchillo en la mano y la clara intención de cortar la cuerda que él acaba de atar. Esa era la cosa que Balma tenía en la cabeza, su idea de justicia.

—¡Balma! ¡No lo hagas! —le grita Verdugo mientras se lanza a por ella para impedírselo, porque Balma ya sujeta ese cabo mejor atado para cortarlo. Pero ella se gira cuando lo tiene cerca, se revuelve como una fiera y le amenaza con el propio cuchillo marítimo.

—¡Ni te acerques! ¡No trates de impedírmelo o te juro por mi padre...!

—¡Balma! ¡No puedes hacerlo! ¡Escúchame! ¡Esto es mucho más grande que nosotros! ¡Hay cientos de teléfonos que yo he memorizado! ¡Y Oriol es el único testigo que tenemos! ¡Piénsalo! ¡Piensa en todos los teléfonos que yo he memorizado estos trece años! ¡Piensa en cuántos criminales podemos detener si él testifica también!

—¡Te engañaron, Verdugo! ¡No eran teléfonos! ¡Era solo uno! ¡Todo el tiempo lo supieron! ¡Solo era una persona la que llamaba a Dobón, pero siempre cambiaba de número!

La cara de Verdugo se desencaja, se queda en pausa durante unos segundos.

—¡¿Me lo estás diciendo en serio?!

—¡Te lo juro, Verdugo! ¡Me lo ha contado él!

—¡No te creo!

—¡Te lo juro, Verdugo! ¡Te lo juro por todo lo que te quiero!

—¡Entonces para qué he estado...! ¡Para qué he pasado trece años! ¡Para qué...!

Verdugo se queda unos instantes en Babia bajo la lluvia, segundos que aprovecha Balma para acabar de cortar la cuerda que ata ese fardo humano al barco, la bolsa de deporte se desliza por la cubierta como en un tobogán blanco. Por desgracia, reacciona a tiempo. Verdugo se estira y la sujeta con una mano.

—¡No! ¡Suéltalo, Verdugo! ¡Caerás al agua!

—¡No puedo dejarlo, Balma! ¡No puedo!

—¡Verdugo!

—¡No me deja mi corazón de...!

Pero las palabras se acaban, el fardo humano y Verdugo sujetándolo caen al agua con un terrible bandazo del barco que los arrastra.

Y al abrir los ojos tras el agua en la cara, al volver a mirar adonde estaban, ahí no hay nada. De repente, como una madre que pierde a su hijo al darse la vuelta, esa angustia en el pecho, bajo la tormenta, un barco vacío. Ni la bolsa de Oriol ni la silueta de Verdugo. Balma estalla de miedo:

—¡Verdugo!

La cubierta está desierta, el barco escora al perder el rumbo y las olas le pasan por encima.

—¡Verdugo! —grita mirando al mar oscuro.

Unas luces la iluminan, la iluminan aferrada a algo en cubierta, iluminan el agua que la rodea. Le confirman que no están flotando.

—¡Verdugo! —se desgañita hasta quedarse afónica.

Se aproxima la patrullera de la Guardia Civil. Le avisan por megafonía. La amenazan. No están para tonterías. Pero a Balma no le importa nada. Es ella quien les grita, les señala el mar, con toda su alma empapada:

—¡Hombre al agua! ¡Ha caído un hombre al agua! ¡Hombre al agua!

ESCENA 60

«Soy yo quien ha vivido
la desventura de tu muerte. Eso que nadie,
ni tan siquiera tú, sospecha que ha ocurrido»

El hospital de la Malvarrosa en verano ofrece la ventaja de salir a la terraza que da al mar, sentarse a la sombra de un toldo blanco y observar a las turistas de la playa desde un edificio privilegiado, como un coche antiguo aparcado en doble fila. Uno de esos pacientes, con la garganta cosida, se siente extraño al sol, con los ojos entornados, con ganas de reír llorando, pues entró muerto y saldrá vivo. Mira a los médicos que almuerzan en las mesas a su lado y piensa, agradecido, que en el mundo también hay gente tan buena como ellos y ellas, piensa en todo lo que hicieron por su mujer, lo que han hecho por él. En que solemos degradar a oficio el milagro de salvarnos la vida, en que no estamos solos contra los malos, y que seguir luchando, por su parte, valdrá la pena con una nueva cicatriz.

Los Pardos, que se han pedido otras dos cervezas mientras cuidan de su jefe, no miran a las erasmus o a las turistas italianas que vienen en los cruceros con sus pantaloncitos cortos, quizás no todo el rato. Miran la televisión con mucha atención, el telediario del mediodía:

—Raúl Bru, conocido periodista de sucesos español, fue secuestrado en Panamá apenas tocó tierra su avión. Las primeras averiguaciones que se están realizando señalan la posibilidad de un

ajuste de cuentas por narcotráfico, ya que la conexión Caracas-Madrid suele ser una vía de entrada de cocaína hacia España y es muy probable que el periodista, que hacía unos días había declarado lo desesperada de su situación económica, se hubiera puesto en contacto con narcotraficantes y hubiera cometido algún error en los pagos. Su cuerpo fue encontrado acuchillado en el interior de un taxi abandonado junto a la carretera del aeródromo. Las autoridades indican que habían escrito, con rotulador permanente en la frente del periodista, el porcentaje «21 %», como un claro indicativo, interpretan fuentes oficiales, de un ajuste de cuentas entre narcotraficantes.

Los Pardos miran a su jefe, que les choca su vaso sin levantarlo, con disimulo, ellos brindan también con los suyos. Quizás no se dan cuenta de que los están vigilando, hayan bajado la guardia...

—Por los buenos, Pardos.

—Por los buenos, jefe.

Pero un hombre con aspecto de cantante de los setenta los mira desde un balcón de los edificios colindantes, aunque no los oiga, pero él sabe perfectamente por qué han brindado y ve cómo les llega un mensaje a sus móviles sobre la mesa de las cervezas. Los ve, pero no puede oírlos. Decide volver a ver el vídeo él también, al mismo tiempo que ellos.

Es Raúl Bru grabado desde el retrovisor interior en el asiento trasero de un coche con el típico sombrero panameño y su camisa tropical:

—Oiga, ¿qué hace? No es por aquí. ¿Por qué se detiene?

Se ve entrar a una mujer atractiva de unos cuarenta años.

—¡No jodas! ¡Putas no, ahora no, y menos una vieja y fea! ¡Eso luego! ¡Señorita, que se aparte, bájese, joder! ¿Por qué has parado? ¡Se me ha tenido que colar la puta más fea de todo Caracas, joder!

¡Y encima mellada, joder! ¿No has visto que le falta un diente? ¡Joder, pero qué cojones, pero si tiene nuez, si es un travelo, joder!

A Raúl Bru le da la risa, la debe de estar compartiendo con el conductor del taxi, que también se está descojonando mientras conduce.

—¡Quita! ¡Que no me des besos, joder! —Raúl Bru se mea de la risa, la aparta con toda la mano en la cara contra su lado del asiento —. Anda, tú, para y que se baje en el siguiente semáforo. Me puedo follar lo que sea, pero este es mi límite, joder. Acabo de encontrar mi límite de lo follable. Toda la puta vida viendo de todo. Tú, escúchame, si verte lo fea que eres cuando te duches te parece raro, tendrías que ver lo que he visto yo. Yo he visto cosas... Vamos, yo he visto follarse a todo lo que hay, ¿me entiendes? ¡Tú qué coño me vas a entender, fea! Vosotros no tenéis ni puta idea de quién soy yo, yo en mi país soy el puto amo, yo he visto tantas cosas que valgo más por lo que callo que por todo lo que he dicho. ¿Me entiendes, idiota? A mí, ver a este... ¡Mira! Se saca la polla. A ver si te crees... Lo que yo he visto... ¿qué haces? ¡Se te está poniendo dura, cabrona! ¡Joder, qué fea eres con ese diente mellado y la polla fuera! Anda, tú, para ya que la echo a patadas, que ya me está dando asco con ese pollón.

En ese momento se ve al segundo pasajero del asiento de atrás, vestido con unos pantaloncitos cortos vaqueros y una blusa anudada sin sujetador, con el pene, un gran pene erecto, pues es conocido dentro del mundo de la prostitución ilegal en Venezuela por su asombroso tamaño de miembro, cómo le invita a Raúl Bru a que... mientras que Raúl Bru se ríe a carcajadas hasta que el taxi para bajo una sombra de árboles junto a la autopista, el conductor se gira y amenaza a Bru con una pistola rusa vieja, Bru intenta sacarles dinero de sus bolsillos, enseñarles las palmas de las manos, pero el

taxista le mete la pistola en la boca sin mucha paciencia y le grita, se le oye gritar perfectamente, mientras le golpean, le pegan, lo patean, sin ni siquiera guardarse el pene gigante, que aparece y desaparece del plano, lo machacan hasta atarlo con las manos a la espalda, con el cuello atado por detrás a las manos, con los pantalones bajados, le hacen mirar a cámara, con su cara asustada, llorando de miedo, Raúl Bru justo antes de que le introduzcan esa enorme polla en la boca a golpes, así un rato incómodo, muy incómodo, mirando para otro lado para no verlo hasta que todo empeora y le dan la vuelta atado, con los pantalones bajados y diciéndole que sonría, que mire a la cámara del retrovisor, que lo están grabando para toda España, en ese momento le introducen a Bru el enorme miembro por el recto.

—Yo no puedo seguir viendo esto. —La cara de Alonso Gracia es de un asco extremo cuando tira el móvil encima de la mesa.

—¡Pero, jefe! Déjenos que lo veamos nosotros.

—A ver si al final se casan. —Los Pardos tienen un humor muy especial para la muerte.

ESCENA 61

«La vida es violenta; y el espacio,
imposible. El tiempo abrió mis ojos [...]»

El empresario de la construcción y promotor inmobiliario José Ortiz vive con sus cinco pomerania y su hombre de confianza, amigo de toda la vida de Letur, en uno de los mejores chalés de Bétera: antiguo, urbano, con una enorme pinada y un muro que lo aísla de las miradas, gris y blanco, de principios del siglo XX. Por desgracia, esta noche está solo en semejante mansión. Antonio lleva unos días en el pueblo, cuidando de su padre, que se está muriendo de viejo, postrado en una habitación oscura con luz de bombilla amarilla, encendida por un botón que cuelga en la almohada.

José Ortiz soporta el bochorno que no le dejará dormir en calzoncillos. Odia el calor, con su barriga de preñado y sus brazos peludos. También ve la tele, sentado en el sofá, mientras seca el móvil con el secador de los pomerania porque se le ha caído al *jacuzzi* de afuera cuando lo estaba mirando. Así de tonto ha sido: se le ha resbalado entre los dedos cuando estaba pasando noticias, vídeos, comentarios, fotos, artículos y reportajes varios sobre esa última niña, Aitana, encontrada viva hace dos días en Benidorm. Sorprendente hallazgo. ¿Quién lo habría dicho? Y ahora no enciende.

Mientras prueba por enésima vez a apretar el botón y reza para que salga la manzanita, piensa en que no debería haberse quitado el teléfono fijo, el de toda la vida, como el que tenían sus padres en casa, encima del televisor Radiola. Al principio lo piensa con

nostalgia, mientras sigue probando con el secador de nuevo, por Antonio, porque estará intentando llamar desde Letur y le saldrá apagado. Pero cuando los pomerania se muestran inquietos, se levantan y van hacia la puerta, lo piensa con miedo y reza de verdad.

José Ortiz se pone en pie, embarazado, apenas tiene encendidas las luces del pasillo porque a Antonio le molesta que las encienda todas. Dice que gastan, que dan calor. Se asoma por una ventana, apartando un poco la cortina con el dedo... ¡Mierda! ¡Joder! ¡Hostia! Los pomerania tenían razón. Hay alguien en la puerta de afuera. Ha debido de saltar el muro desde la calle, pero... ¡Joder! No le ha sonado la alarma porque todavía no son las once. Habrá cruzado agazapado entre los pinos, amortiguados sus pasos por la pinocha. Habrá subido de puntillas las escaleras de mármol. Habrá oteado el interior de la casa por alguna ventana y ahora... ¡Está intentando entrar!

Los pomerania ladran alterados.

Ortiz mira con desesperación la manivela moviéndose y su móvil apagado. Y reza, reza a Dios para que se encienda, para que salga esa manzana blanca, para que pueda llamar a la Policía Local, al 112, a la Guardia Civil. A quien sea, pero que vengan a ayudarle, porque está solo, incomunicado, sin civilización que le ayude, ni gritar le iba a servir de ayuda porque nadie le oiría en semejante mansión vacía. En peligro por una puta chorrada del móvil que se le ha resbalado. Ya ves... Qué pequeña tontería te puede cambiar la vida... Va corriendo de puntillas hacia la puerta y la bloquea, a tiempo, le pasa un pestillo manual, la bloquea. Se queda callado, esperando, respirando con esfuerzo. Pero no sucede nada.

Es entonces cuando los pomerania salen corriendo en tropel hacia la cocina. «¡La puerta de atrás!», piensa Ortiz, la de cristal que da al

patio de la cochera, los cubos de basura para reciclar, las bolsas verdes del jardín, aquel cristal roto que nunca tiran, la leña y la manguera, estará abierta, la puerta de atrás. Y echa a correr hacia ella como un corredor descalzo por el pasillo color roble, repleto de cuadros auténticos como cromos caros bajo apliques de luces encendidas, detrás de la jauría de pomerania que corren con sus patitas cortas y sus culos redondos hasta una cocina en la que entra el fresco de la noche de finales de verano: ese olor a pinos internándose, porque la puerta de atrás está abierta de par en par y los perritos ladrando.

Cuando se detiene en medio de la cocina, cuando se gira, Ortiz recibe un sartenazo de acero inoxidable en la cara.

Cuando se despabila, los perros ya no ladran. Ortiz está pegado al sofá con cinta americana, parece que Soler ha aprendido. Pero tarda más de un minuto en hablarle, dejando que mire a su alrededor, que compruebe, que se pregunte lo que le va a pasar. Es entonces cuando Soler le dirige la palabra:

—Les dijiste que me jodieran la vida por trescientos euros. —El padre de Elena lleva masticando esta frase desde hace días, desde que Oriol se lo describió con aquellos detalles.

—¿Qué dices? ¿De qué estás hablando? ¿Qué coño estás haciendo, Soler? —Ortiz intenta moverse y hacerse el indignado para ver si así consigue salir vivo de aquello—. Antonio está a punto de llegar, creo que lo estoy oyendo aparcar, suéltame. ¿Se te ha ido la pinza o qué?

—Estás solo, Ortiz. —Soler se muestra lento, tranquilo, sin dejar de apretarse los dedos, como si quisiera estrangulárselos.

—¿Qué quieres?

—¿Estabas viendo la tele?

—Sí, ¿qué quieres? ¿Dónde están mis perros? ¿Por qué no los oigo?

Soler se queda unos instantes pensando, callados ambos, sudando. Soler intenta sonreír.

—¿A que asusta ese silencio, el no saber qué habrá pasado? —Luego, ante la falta de respuesta, pues Ortiz todavía piensa que saldrá vivo de allí haciéndose el indignado, respira por la nariz como cogiendo fuerzas para cambiar de tema—. ¿Estabas viendo las noticias?

—Sí.

—Vamos a verlas juntos. —Soler se sienta a su lado—. Mira, empieza *Informe Semanal*, vamos a verlo, creo que hablan de nosotros. —Soler sube la voz de la enorme pantalla plana a la que se enfrentan.

> Estas últimas semanas hemos asistido a la reaparición de Oriol, el asesino de las niñas de Valencia. Oriol, a quien se dio por fallecido hace más de una década. Volvió a fallecer esta misma semana, tras hacerse público el hallazgo por parte de buzos especializados de la Guardia Civil de un cuerpo sin vida dentro de una bolsa de deporte en el mar, a unos cincuenta metros de profundidad, frente a las costas de Benidorm. Tras su recuperación y las pertinentes pruebas de ADN, pudo confirmarse en el día de ayer que el cuerpo pertenecía, efectivamente, a Oriol N. P., el principal cómplice de Arturo Dalmau en los secuestros de las niñas Mónica Senent, Sara Cortés y Elena Soler hace más de trece años. Y principal sospechoso en la actualidad de la desaparición de Aitana Domingo, también en Valencia.
>
> Este nuevo secuestro hace unos días devolvió a la actualidad el caso de las tres primeras, por las similitudes entre la desaparición de Aitana y la de la última de aquellas niñas, Elena Soler, la única que jamás fue encontrada.
>
> Las investigaciones las retomaron los guardias civiles encargados hace más de una década, incluido su sargento, Modesto Verdugo, que había permanecido enfermo en su domicilio durante todo este tiempo.
>
> Sin embargo, fuentes policiales consultadas informan de que dicho confinamiento podría haberse tratado en realidad de una estrategia de investigación planeada a largo plazo con el fin de desmantelar la verdadera trama que realmente orquestó aquellos secuestros de niñas hace años.

En esta nueva investigación, Verdugo, como así era conocido, no solo resolvió el secuestro de esta nueva niña, Aitana, localizándola en un apartamento de Benidorm adonde la había llevado Joan Soler, el padre de aquella última, que había urdido un secuestro idéntico a fin de reactivar la búsqueda de su hija, sino que también localizó al mismo tiempo a Oriol en un extraño enredo de coincidencias que las autoridades todavía no han conseguido desenmarañar.

Capturado el principal sospechoso, fue embarcado por Verdugo y Balma Dalmau, la hija del que fuera delegado del Gobierno, Arturo Dalmau, y hasta ahora único acusado de aquellos crímenes, en un velero con destino desconocido. Desafortunadamente y en circunstancias que todavía están por esclarecer, cuando el barco se encontraba frente a los acantilados de Benidorm, dos de los tripulantes, Verdugo y Oriol, cayeron al agua en medio de una tormenta y desaparecieron en el mar. Por el momento, solo ha sido localizado el cadáver de Oriol, mientras que los buzos especializados siguen buscando el cuerpo de Verdugo en el fondo del mar. Esta es la crónica de unos crímenes que han tenido en vilo a todo un país durante más de una década. Les dejamos con un reportaje firmado por...

Soler apaga el televisor. La cara de ambos ha cambiado, como si el relato dicho por la televisión fuese una verdad indiscutible.

—Te juro que llevo arrepintiéndome toda la vida. —Ortiz suplica atado—. Me arrepentí desde el mismo momento. Te lo juro, Soler. Fue un calentón, tú entonces eras un chulo, te reíste de mí, era una puta ventana, trescientos euros, yo fui a buenas, te los pedí, pero tú me echaste de tu despacho, me dijiste que no ibas a pagar un euro por esa chapuza, te reíste de mí, yo estaba empezando, tú eras uno de los grandes, pero yo estaba empezando, yo era un pequeño albañil de Albacete y no te portaste bien conmigo. Pero me arrepentí desde el minuto uno que salí de tu taller y fui a verlos.

—¿Por qué fuiste a verlos?

—Casualidad, te lo juro. Me llamaron ellos, querían tapiar una pared y hacer un túnel. Algo turbio, yo lo sabía.

—¿Y aceptaste?

—Yo en aquella época aceptaba cualquier cosa. Y más de esa gente.

—Pero ¿cómo los conociste?

—Es que todo fue casualidad, Soler. Te lo juro. Nos dimos un golpe con el coche. Bueno, me lo dieron ellos. Una tontería, hablamos, les dije que era albañil, que acababa de llegar a Valencia. Me cagué en mi mala suerte, la furgoneta rota la primera semana, hablamos y al final me dijeron eso, que ellos podían tener un trabajo para mí, que les sabía mal, que podían ayudarme.

—¿Y te llamaron nada más salir de mi taller?

—Justo después de discutir contigo, ya te lo he dicho, casualidad. Yo estaba caliente, ellos me estaban hablando de hacerles eso tan extraño. Entendí que eran raros, que no eran trigo limpio. Pero ellos me dijeron que estaban preocupados, que qué me pasaba, que si quería un café, yo les dije que en mi primera semana no me habían pagado mi primer trabajo. Una puta ventana, que se me había estropeado la furgoneta con su accidente y que ellos eran el único trabajo decente que me había salido. ¿Y sabes lo que me contestó uno? Me dijo: «Este no va a ser un trabajo decente, Ortiz. Pero, si lo haces y guardas silencio, no te faltará trabajo nunca con nosotros, es más, acabarás siendo uno de los constructores más importantes de la ciudad. Eso te lo prometo».

—¿Y les dijiste que sí?

—Es que a esas cosas no se les puede decir que no, Soler. ¿O acaso crees que me hubieran dejado irme tan tranquilo de ese chalé? Claro que les dije que sí, claro que me hicieron rico, porque a cada negocio que les salía me lo asignaban a mí. Y les salía uno cada día.

—Y lo primero que les dijiste fue que me jodieran a mí la vida.

—Sí, no, te lo juro, Soler. Yo estaba muy quemado, tú te reíste de mí, ellos me acababan de ofrecer todo, digamos, había firmado un puto pacto con el diablo, y ellos, esos diablos me preguntaron que

por qué estaba tan enfadado, que, si podían ayudarme en algo, les pidiera lo que fuera y ellos lo harían para que yo viera que podía confiar en ellos, como un pacto entre caballeros. Y yo se lo dije, les dije que te habías reído de mí, que te merecías un escarmiento. Ellos se rieron cuando les conté lo de la ventana y los trescientos euros, se ofrecieron a dármelos, pero no, yo estaba muy enfadado, tú habías sido un chulo, les dije que no, que quería que no te olvidaras nunca, que te hicieran daño.

—¿Y te dijeron que sí?

—No, ellos primero me dijeron que me calmara, que esas cosas no se hacían por trescientos euros, pero yo les dije que sí, que eso no se iba a quedar así, que te jodieran la vida. Ahí me arrepentí, ahí se quedaron ellos como pensando, como esperando a que les dijera algo, una idea de lo que podían hacerte a cambio de mi deuda, deberles yo lo que me pidieran pero que te jodieran; así funcionan, te pillan desesperado y aceptas cualquier cosa, ahí me arrepentí, cuando les saqué el móvil y les enseñé la foto de tu hija vestida de fallera. Ahí les cambió la cara a los dos. Ahí me arrepentí. Te lo juro que cuando les vi las caras me arrepentí, Soler. Te lo juro que me arrepentí, que llevo arrepintiéndome toda la vida. Pero no me mates.

—No existe nombre para lo que me hiciste, Ortiz. Mírame. Y eso me lo hiciste tú por trescientos euros, por una ventana de mierda que siempre tiene goteras. Mi hija está muerta, no te voy a decir lo que le hicieron por no vomitarte la alfombra. Ahora lo sé, lo escuché del propio Oriol. Eso ya no tiene remedio, Ortiz. Por mucho que te mate. Escúchame, si hubiera una mínima posibilidad de que mi hija volviera a vivir matándote a ti mil millones de veces, ahora mismo te estaría acuchillando la cara sin parar. Pero eso no va a suceder, ¿sabes por qué? Porque matarte a ti solamente me convertirá a mí en un asesino. Entonces no solo seré el padre de una niña muerta,

algo sin nombre, sino también un asesino. Y yo no voy a ser eso por ti. No solo porque nunca he podido matar ni un ratón de los que se colaban por el taller, sino porque tengo otra hija, Esther, y una nieta, Laia, que nacerá pronto. Y se lo debo a ellas. Y a mi mujer, que me aguantó hasta que no pudo más y se fue, también a ella se lo debo. No he venido a matarte, Ortiz. Soy un hombre cotidiano que lee poesía y se hace la cama, no sé matar, eso es cosa de las películas. Solo quería mirarte a los ojos y desearte todo el dolor del mundo. Porque te voy a denunciar, voy a gastarme el dinero que me queda en denunciarte hasta que acabes en la cárcel y allí te den tu merecido. He venido a eso, a que sepas que siempre habrá alguien deseándote todo el dolor del mundo, gastando todo su dinero y empeño en que sufras el resto de tu vida en una celda.

Cansado, el padre de la niña Elena Soler, ya anciano, se levanta dispuesto a irse, a dejar a ese ser horrible atado a un sofá, piensa que ese será un buen castigo. Tan bueno es Soler que hasta son buenos sus castigos. Pero cuando el constructor atado lo ve partir, le suplica desde lo más alto de su barriga.

—Soler... No me dejes así. Por favor, ya te lo he dicho, llevo toda la vida arrepentido de lo que hice. Eso te tiene que valer algo, ¿no? Por favor, no te vayas y me dejes así. ¿Y si me pasa algo?

—¡Cállate! —se harta el viejo padre, encintándole la boca al gordo constructor mientras se contiene la impotencia, las ganas de llorar por no poder ahogar con sus propias manos a ese fardo de mierda —. ¡Mira, mira lo que hago! —Le coge el móvil en un arrebato de crueldad, piensa él—. ¡Te vas a quedar solo aquí, ni siquiera vas a poder llamar a nadie! ¡Solo! ¡Como se quedó mi hija con esos! ¡Solo!

Tiene que irse, no aguanta más. Lo dejará allí atado a su suerte. Si Dios lo quiere muerto, que lo mate Él. Soler irá mañana a

denunciarlo, no puede ser mala persona, no lo ha sido nunca, nunca ha sabido hacer daño a nadie.

Curiosamente, Soler se queda parado, es cierto, ni siquiera tiene corazón para eso, se pasaría la noche padeciendo, se aprieta las manos como queriendo romperse los dedos de rabia. Se saca del bolsillo el teléfono que le ha robado, temiendo que pueda llamar enseguida a alguien, intenta encenderlo, pero comprueba que está apagado, «No tendrá batería», piensa. Y pese a todo el dolor, Soler es bueno. Nadie, nadie sería tan bueno como él, por eso lo querían tanto sus niñas, por eso eran tan felices cuando se desvivía por ellas, ni siquiera podía regañarlas, se lo repetía su mujer, que era demasiado bueno con ellas, pero Soler era así.

—No puedo, ni siquiera esto puedo. Ten. —Y le devuelve el móvil, es tan bueno que ni siquiera puede...—. ¡Me cago en...! —exclama con rabia, porque es tan bueno que ni siquiera puede devolvérselo sabiendo que está descargado. Soler le deja el móvil cargando, no puede evitarlo, como hacía con sus hijas cuando se levantaba a las seis de la mañana y las miraba dormidas en sus cuartos, sin haber recogido la ropa y lo hacía él, se agachaba prenda a prenda y se las llevaba a la lavadora en un abrazo. No podía... No puede evitarlo.

Soler se va, deja a ese fardo humano atado a un sofá blanco, sin alma para matarlo, con el móvil cargando al lado para que pueda pedir ayuda cuando se desate y consiga llamar a alguien. Cruza la pinada hasta la puerta, ahora sí que puede romperse a llorar, arrepentirse de aquella maldita discusión que ganó por chulo hace trece años. Pensar en eso, en ese miserable dinero, en ese orgullo que le hará sentirse culpable el resto de sus días ahora que conoce que fue ese, exactamente ese, el injusto detonante de la muerte de su hija.

Lo que Soler todavía no sabe es que un móvil mojado nunca debe conectarse con el cable a un cargador porque la batería corre un riesgo importante de incendiarse. Lo pone en todas las instrucciones. Esas que nadie lee. Y Ortiz lo descubre mientras el bueno de Soler conduce su coche de noche por una carretera entre bosques. Se cruza con los bomberos, van a toda prisa, pero cuando lleguen, solo encontrarán a cinco perros vivos.

Porque a veces Dios mueve la mano.

ESCENA 62

«Pude nacer solo por esto»

Los días de agosto se escapan. Balma Dalmau conduce por la autopista un coche alquilado hacia Valencia. Tiene prisa, todos. Ha estado la mañana entera en su casa de Dénia, recogiendo cosas propias y ajenas, organizándola como quien deja comida a un animal de cemento y tejas, nada más, se ha despedido cerrando puertas y ventanas. Oliendo los naranjos que plantó su padre. Sabiendo que la estará viendo. Ha esperado al atardecer, cuando ya refresca con ese viento suave que hace salir a la calle. Respira. Quizás pronto deje de tomarse esas pastillas. La siguen llamando por teléfono, esta vez ya puede cogerlo.

—Balma, hija mía, soy mamá. ¿Estás bien?

—Estoy bien, mamá. Estoy yendo a Valencia.

—Te vi en los periódicos, ¿has visto lo de ese periodista, el que acusó a tu padre de todo, que lo han matado en Venezuela?

—Sí, mamá. Lo he visto. Se lo merecía.

—Y claro que se lo merecía. Tu padre, que en paz descanse...

—Mamá, papá no descansa en paz, todavía.

—Ay, hija mía, no hables así. Pero ¿tú estás bien, de verdad? ¿Te dijo algo la Guardia Civil por lo del barco? ¿Ha aparecido el cadáver de tu amigo?

—No, mamá. No, mamá. No, mamá.

—Balma, mi vida, no me asustes. Te noto rara. Y mira si yo te conozco... ¿Qué vas a hacer? Que te conozco. No vayas sola a

ningún sitio.

—Tengo que hacerlo, mamá.

—Pero no vayas sola.

—No voy a estar sola, mamá. Te lo prometo.

Silencio. Coches adelantando. Autopistas. Rotondas. Carreteras secundarias. Comienza la montaña. Un monasterio en silencio, medieval, donde se escribió la primera Biblia, si Dios se esconde en algún lugar, debe de ser tras esos muros. Comienza el camino. El sol se quiere ir poniendo. Sombras largas. Cuestas. Curvas. Pinos. Una valla de cipreses. El olor a huerto por la tarde en verano.

Aparece en la puerta don Braulio, que se aparta sonriendo para que Balma meta el coche. Lo aparca a la sombra bajo la parra. Al salir, le sorprende la canícula, sigue la ola de calor.

Don Braulio abraza a Balma con todas sus fuerzas, le retira el pelo de la cara, la besa con cariño de padre. De saber que ha salido viva, está feliz. La lleva al otro lado de la casa, andando por el borde de la balsa de agua donde saltan las ranas, al huerto dominado por la higuera, donde huelen los tomates y están ordenadas las lechugas, en el suelo de barro recién regado.

—Pasa, por aquí, hija mía. Siéntate en este banco. ¿Recuerdas cuánto les gustaba a tus padres pasar las noches aquí con nosotros, cómo te quedabas dormida en este balancín de tu higuera? ¿Cómo la llamabas? *Higuerula*, tú la llamabas *higuerula*. Eras la única niña, para todos eras la única niña aquí.

—He traído la libreta de Verdugo, don Braulio.

Balma abre su bandolera y comienza a sacarla.

—¡La has encontrado! ¡Eso es magnífico, hija mía, magnífico! ¡Dame! Todos esos nombres, todos esos teléfonos, los años que pasó ese hombre encerrado... Sería un desastre si se hubiera perdido. ¿Me la dejas?

—Tenga. Pero hay algo que no recordé ayer cuando hablamos por teléfono.

—¡Dame! ¡Qué cantidad de memoria debió gastar este hombre! Una lástima que haya fallecido. Y tú lo tuviste que presenciar. Qué angustia, hija mía, qué angustia debiste de sufrir. ¿Qué cosa, hija mía? —Don Braulio ya hojea esa libreta con sumo interés.

—Una cosa que me dijo Verdugo sobre esta libreta.

—¿Qué cosa?

—Verdugo me dijo que desconfiara de quien quisiera quedársela.

Braulio Bou se extraña un instante:

—Por supuesto, claro, te dijo bien. No debes fiarte de nadie.

—¿Y de usted, don Braulio?

—¿De mí, qué?

—¿Debo fiarme de usted?

—¿Cómo no te vas a fiar de mí, hija? Somos prácticamente la única familia que te queda.

—Ustedes han sido siempre mi familia, mi padre me hablaba de usted como un hermano, mi madre se crio de pequeña con Angelita como si lo fueran, yo venía aquí como una hija única de ustedes cuatro.

—Y lo eras. Siempre te hemos tratado como a una hija. Es más, cuando tu padre faltó, tú lo sabes, nosotros hemos perdido dinero, no te lo tendría que decir, pero hemos perdido mucho dinero ayudando a tu madre y ayudándote a ti. Pero eso lo hemos hecho por...

—Eso es cierto, siempre confié en ustedes porque eso era cierto, perdían dinero con nosotras. Nadie piensa mal de quien pierde. Pero también es cierto que ustedes se han quedado con todo el patrimonio que heredó mi padre, con la villa de Benicàssim, con los

pisos de Valencia, con el chalé de Náquera... Ahora los ricos no serían ellos, sino ustedes.

Don Braulio se enfada y golpea la libreta, que no suelta.

—¡No te consiento que me hables así, Balma! ¡Nosotros nos hemos visto obligados a darle a tu madre todo lo que nos ha pedido para que siga manteniendo su tren de vida! ¡Es ella la que ha dilapidado la fortuna de...!

—Usted le ha ido comprando a mi madre el patrimonio de mi padre con el dinero que le robó a él. Jamás ha perdido. Usted nos ha pagado con el dinero oculto que mi padre le confió. Pero ha conseguido lo que siempre quiso: arruinarlo. Siempre le tuvo envidia, desde el instituto, siempre le pudo esa envidia de pobre, por eso estudiaba, por eso lo imitaba, quería ser rico, quería ser como mi padre... No, usted quería ser mi padre.

—¡Eso es mentira! ¡Es indignante que tú me trates así, es indignante que tú...!

—Usted me llama la Intocable.

Braulio Bou se tensa como una serpiente vieja ante una antorcha.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pasé la peor media hora de mi vida hablando con Oriol de usted.

—¿Y qué te dijo? —Don Braulio ha comenzado a oler mal, a sudor.

—Me lo dijo todo.

—Todo lo que te haya dicho ese enfermo es mentira. —Pero le tiembla la cara.

—Usted conoció a Oriol porque sus padres, los farmacéuticos, le llamaron, le pidieron que fuera su abogado, y usted aceptó como un caso más, sin saber que ese era el resorte que usted había estado temiendo y esperando toda su vida.

—Mentiras.

—Hasta entonces, usted era un simple observador de su perversión, se conocía perfectamente, era tan consciente de que dentro de usted había algo perverso esperando salir que se construyó ese búnker en Santa Bárbara. Un por si acaso que le duró años. Es cierto, ocultó ese chalé desde su adquisición porque sabía que algún día sucedería algo, una casualidad de la vida, y usted no podría contener más su perversión. Por eso se casó con la lunática de Angelita, porque estaba tan loca que sabía que le seguiría.

—¡No te consiento que hables así de ella!

—Y ese día llegó cuando Oriol le confesó en la sala de interrogatorios que la niña, Mónica, seguía viva. Esa noticia fue el resorte que usted había estado temiendo y deseando, porque Oriol se había llevado a la primera niña por un impulso, sin pensarlo, pero luego no supo qué hacer con ella, digamos que todavía quedaba en su cabeza algo de conciencia que le impedía ejecutarla. Pero en la suya no.

—¡Protesto!

—Oriol incluso le reveló dónde estaba escondida, en una de las casas cerradas del pueblo, porque él se las conocía igual que Verdugo, sabía que allí ya nunca subía nadie. Eso fue lo que le confesó a usted en la primera entrevista que tuvieron, que él pensaba que la niña aún podía estar viva en una casa que a usted le iba decir dónde estaba.

—¡Son todo mentiras!

—Ese fue su descenso a los infiernos, usted podía haber salvado la vida de esa niña y la suya propia, don Braulio. Pero eligió no informar a las autoridades, sino ir solo a por ella, encontrarla todavía respirando, esa fue Mónica Senent. Luego, que apareciese flotando en el canal de riego fue el primero de sus muchos aciertos: ganó

tiempo y el cadáver se limpió hasta que se atascó en el sifón donde la encontró Verdugo.

—¡Ya basta! ¡Basta!

—Pero es que todo le salió bien, como si el mundo le estuviera dando la razón. Por suerte para Oriol, la autopsia demostró que él no había podido matar a la niña, puesto que apenas llevaba unas horas allí y él las había pasado en la cárcel. Usted había generado en Oriol una deuda impagable.

—¡Calla de una vez!

—O sí, sí que se la podía pagar, con una segunda niña.

—¡Calla!

—Oriol le ofreció a Sara como un pago por su deuda, pero usted lo pensó bien, necesitaba que Oriol estuviera en igualdad de condiciones con usted, que cometiera el delito más grave y, en caso de discusión entre ambos, tuviera más que perder. De modo que fue generoso, se contuvo, usted supo manipularlo, juntos se protegerían, solo tenía que hacerle caso ahora que estaban iguales. Por eso usted no participó en el crimen de Sara.

—¡No participé en ninguno!

—Pero entonces llegó la hija de Soler, Elena, casi por casualidad. Un socio, Ortiz, le habló de ella, enfadado, le enseñó una foto. Y usted volvió a pensar que el mundo le daba suerte, que todos le invitaban a esa droga. Y además estaba el poder, el estar en cualquier lugar, haciendo cualquier cosa, en una reunión, en un juicio y no dejar de pensar esas cosas, en lo insignificante que era el resto del mundo al lado de lo que usted hacía, había hecho, acababa de hacer o haría en cuanto se fuera.

—¡Todo son mentiras! ¡Nada de lo que estás diciendo tiene un ápice de verdad! ¡Te arrepentirás! ¡No tienes pruebas! ¡Te hundiré en la cárcel más...!

Y Balma le da una bofetada.

—Tanto necesitaba esa droga que quiso garantizarse un suministro de por vida. Era cierto que habían llamado demasiado la atención con el maldito Patrol blanco, iban a tener que parar un tiempo y encontrar a un culpable. Y entonces tuvo la genial idea de unir esa nueva obsesión que había descubierto con su vieja envidia por mi padre.

»Era así de sencillo, el mundo le daba la razón, solo tenía que inculpar a mi padre y el caso se cerraría. Las autoridades estarían encantadas y usted usaría a Raúl Bru para tirar mierda en televisión durante años, siempre desviando el foco de atención de su chalé en Santa Bárbara y de su herido Oriol, su esbirro, que haría cualquier cosa por usted a cambio de que lo siguiera ocultando.

—¡Tu padre fue un...!

Y Balma le da otra bofetada.

—Mi padre era la mejor persona del mundo y usted era su amigo, esa fue su desgracia. Usted le tendió una trampa, usted ahorcó a mi padre para inculparlo, para difamarlo tras su muerte, porque usted le tenía una envidia enfermiza. Lo ahorcaron, le dijeron que, si no accedía a hacerse esas fotos, matarían delante de él a la niña, que metiera la cabeza, que lo hiciera o la matarían. Y entonces Oriol tiró de esa cuerda, usted lo vio, lo observó mientras mi padre se quedaba tenso y, entonces, ahora lo sé, usted le dio la patada a esa silla que lo descolgó en el aire. Usted mató a mi padre.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Estás enferma, obsesionada con tu padre! ¡Por qué iba a hacer yo eso!

—Por envidia, don Braulio, y lo sabe. Por la envidia patológica que siempre le tuvo. Mi padre era guapo, rico, exitoso, tenía amantes, una hija... Todo lo que ni usted ni Angelita tenían. Y, sobre todo, mi padre era honesto. Por eso murió, porque la noche que usted lo

llamó, él estaba jugando conmigo en la cama, lo recuerdo, me estaba hablando de un viaje que haríamos a Australia, cuando le sonó el teléfono y le cambió la cara. Le respondió, ahora lo recuerdo, le respondió «dime», no «dígame»; le dijo «dime» y su cara le cambió, se marchó de la habitación, ni siquiera se despidió de mí, esa sería la última vez que yo lo vería vivo. Ahora sé, me ha costado trece años averiguarlo, ahora sé que era usted quien le hablaba, que le estaba diciendo que tenía a la niña, a Elena, que era usted al que buscaba la Guardia Civil, que estaba arrepentido, que la niña estaba viva, pero que no sabía cuánto podría resistir. Que le llamaba a él porque era la única persona que podía ayudarle, que si se sentía en peligro, que si estaba muy nervioso, que si oía las sirenas, seguro que no podría controlarse y acabaría matando a la niña. Que viniera, que entre los dos podrían salvarla. Y mi padre era la mejor persona del mundo. Ese fue su gran error. Por eso mi padre salió volando con el Porsche hasta el pueblo de Oriol, porque usted le engañó, le dijo que estaba en la casa de mi abuela, esa casa que usted le había comprado a mi padre hacía unas semanas: sin firma, como amigos, otra trampa. Luego, cuando estuvo allí, encontró a Elena, eso es cierto, estaba en la misma habitación que usted ya había usado, pero fue una trampa, entre Oriol y usted, a punta de pistola, le obligaron a hacerse esas fotografías. O colaboraba o a mí me harían lo mismo que a esa niña, luego le ordenó que metiera la cabeza y usted mismo le dio la patada a la silla en la que lo habían subido. —Balma siente que necesita una boca llena de pastillas para tragar eso.

Curiosamente, tras terminar, es Balma la que tiembla y don Braulio quien ha recuperado la compostura al verla desmadejada, deshecha.

—¿Ya está? ¿Ya has soltado todo el veneno que tenías? Pues bien, querida, déjame decirte que todo eso que has dicho es mentira, una

tras otra, todo mentira.

Don Braulio mantiene esa mirada bondadosa, esa postura casi de santo con la que hasta le hace dudar de su relato; de que ese hombre que la ha cuidado desde niña sea el mismo monstruo del que le ha hablado. Aunque huele a sudor. Pero de repente ve algo detrás de Balma que le hace cambiar su expresión.

—¡Qué haces! ¡No! —grita.

—¡Bastarda del demonio! —Balma se gira sin tiempo para ver cómo Angelita le revienta la cara con una tabla de palé.

Don Braulio se agacha para atender el cuerpo inerte de Balma.

—¿Qué has hecho? La tenía ya convencida, loca.

—¡A mí no me llames loca! ¡Esta hija de puta nos iba a arruinar la vida!

—Angelita, esta hija de puta era mi obra maestra. ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Qué hacemos ahora, Angelita?

—¡Llama al chico, llámalo y que venga, que se la lleve!

—Ya no puedo llamarlo, Angelita, el chico está muerto, ¿no lo recuerdas? Lo vimos por la tele. Lo tiraron de un barco. Estamos solos.

Pero Angelita pone su cara de loca, esa que tuvo desde niña cuando se mordía el pelo en la escuela:

—No, Braulio, nosotros no. La que está sola es ella.

Cuando Balma despierta, está en una habitación desconocida de esa casa de campo, de todas las demás, durante tantas tardes de verano con sus padres, aquella solo fue una puerta cerrada más, sin importancia, ahora mira alucinada a todos lados mientras se nota atada a la cama.

Entra Angelita con un vaso de leche y una madalena. Ya es de noche, pero hace calor, no corre el aire, demasiado asfixiante.

—¿Qué me habéis hecho? ¿Por qué huelo así?

—Te hemos dado un baño. Estabas sucia de estar todo el día jugando por la huerta.

—Angelita, la policía va a venir enseguida. Soltadme antes de que lleguen.

—Ahora te tienes que tomar el vaso de leche.

—Angelita, yo no soy tu hija. Yo soy la hija de Carmen. Tú no tienes hijas, Angelita.

—No seas mala, mi niña. No le digas cosas feas a mamá.

—Angelita, que tú no has tenido hijas nunca, que me lo dijo mi madre, que tú eras estéril. Que le dabas pena a todas las amigas.

—No seas mala... No digas cosas feas a mamá...

—¡Angelita, estás loca, tú no has tenido hija nunca!

—¡Hija de puta de mierda! —Angelita le golpea la cabeza a Balma con el vaso de leche hasta que llega don Braulio.

—¡Para, Angelita, para! —Le sujeta la mano. Se sienta a su lado.

—Nos ha salido mala, Braulio, esta también nos ha salido mala... —Ahora Angelita llora en su hombro—. ¿Has llamado para que vengan a llevársela?

—Vienen enseguida, Angelita, no llores, mi vida.

—No nos sale ninguna buena, Braulio, todas son unas lloronas: protestan, me gritan, me faltan al respeto, hasta me arañan o me levantan la mano. Braulio, tú lo has visto, las tengo que atar porque hasta me levantan la mano... —Angelita llora en su hombro mientras Balma sigue con la cara y el pelo llenos de leche.

—No llores, mi vida.

—Es que al final siempre acabo siendo la mala, Braulio. Para que la niña sea buena, para educarla, al final me tendré que poner seria

y, si les pongo la mano encima, luego soy yo la que se siente mal cuando lloran.

—Tú eres la más buena, Angelita.

—Pero es que ellas al final me hacen creer que soy yo la mala, aunque sean crías, pero son muy listas y le dan la vuelta a todo y al final la mala soy yo. ¡Y lo único que quería era que se tomara la leche! ¡Y ahora, mira, la ha tirado toda! ¡Mañana me tocará cambiar todas las sábanas otra vez, no gano para lavadoras! ¡Braulio, me paso la vida limpiando! ¡Y luego ellas me dicen que yo soy la mala! ¡Braulio, qué mala es la adolescencia! ¡Deberíamos tener hijas más pequeñas! La próxima que tengamos, prométemelo, Braulio, dime que será más pequeñita, así, como una muñeca.

—Lo que tú digas, mi amor.

—Ay, gracias, mira, ya estoy más contenta, ya me has alegrado. ¿Qué iba a hacer yo sin ti? —Se besan con cariño—. ¡Uy, qué tarde se ha hecho! ¡Venga, que es la hora de dormir! ¿Se acuesta un poquito papá contigo? ¿Así, que yo os vea?

En ese momento llaman a la puerta. Angelita y Braulio se miran con la comunicación que da una vida de convivencia. Serán ellos, que vendrán a llevársela. Que salga ella y le deje un ratito con la niña, que los entretenga un poco, que ahora saldrá él.

Angelita está contenta, la promesa de una hija más joven le ha hecho mucho bien en su viejo corazón estéril, sonríe al abrir la puerta a esos hombres enormes.

La hostia en la cara que le pega uno de los Pardos la tira al suelo:

—¡Balma! ¡Dónde estás!

Huele a colonia de bebé que apesta por ese pasillo. Cuando llegan a la habitación, don Braulio los mira espantado, se arrincona contra un armario con el vaso de vidrio en la mano, lo rompe contra la pared. Se corta las venas delante de ellos.

—No llaméis a una ambulancia, no llaméis a una ambulancia.

Los Pardos se miran, miran a Balma, miran al viejo. Se entienden con esa comunicación que solo tienen los gemelos, casi sonríen.

—Te vas a cagar de frío, viejo de mierda.

—Te has cortado las venas mal, idiota.

—Vas a morir más despacio que nadie.

Don Braulio los mira espantado.

—El dolor que vas a notar cuando te vayas quedando sin sangre y te mueras de frío va a ser insoportable.

Don Braulio niega mientras la sangre se extiende por el suelo.

—En la granja, cuando un cerdo se desangraba así de despacio por la noche, muchas veces lo encontrábamos por la mañana con la cabeza reventada de darse contra la pared porque el frío los volvía locos.

—Quite el vaso, no se vaya a cortar más. —Un Pardo aleja el vaso con el pie.

Los Pardos se miran mientras el viejo se muere de frío.

—¿Vamos a llevarnos a Balma?

—Vamos.

—Por desgracia, no creo que lleguemos a tiempo de salvar a este hombre.

—Qué lástima.

—Por cierto, su misterio. Ya lo sabemos todos.

Los Pardos se agachan para susurrarle:

—Usted fue quien disparó a Verdugo, se lo contó Oriol.

—Usted se llevó a la última niña, a Elena.

—Y la trajo aquí.

—Y sabemos su secreto.

—Sabemos que se dejó caer con ella por el terraplén hasta llegar al canal de riego.

—Así se saltó usted el cerco policial.

—Así la sacó de las montañas y luego se la trajo aquí.

—Porque su abuelo trabajó en los canales y las acequias de este pantano.

—Eso lo hemos averiguado nosotros.

—A usted, de pequeño, su padre lo llevaba a recorrer todos los canales de riego de la confederación, por eso se los sabía.

—Le pegó el tiro a Verdugo.

—Y luego se tiró por el terraplén con la niña.

—Y dejó a Verdugo desangrándose ahí con un tiro en la nuca.

—Muriéndose de frío...

—Con lo que tiene que doler eso...

Los hermanos Pardo se sonríen mientras don Braulio tirita, morado, y sacan a Balma en brazos de aquella habitación enferma.

ESCENA 63

«Ensayo de una despedida»

La excavadora ya se aproxima en un camión grúa por el camino, levanta tanto polvo que se les ha podido ver lentamente desde el otro lado de las montañas, cuando empezaron a subir la cuesta de tierra del monasterio cartujo de Porta Coeli. Los periodistas no pueden acercarse más al chalé, observan apostados desde el control policial establecido en el cruce de caminos.

Mientras la están descargando, el operario observa y entiende que los que controlan la situación son esos dos agentes grandes que no se despegan del juez y de una mujer guapa con gafas de sol, y también el otro, el del cuello vendado que los vigila sin salir de un coche de la Guardia Civil conducido por una agente rubia. Le suenan las caras de todos, de verlos por la tele.

Los saluda. Les da la mano. Les pregunta dónde es. El juez señala con su bolígrafo.

—Aquí debajo, todo este huerto.

Luego, mientras la excavadora arranca todas las tomateras, lechugas, calabazas, habas y hortalizas crecidas sobre ese cementerio de niñas... Balma se gira hacia el coche patrulla y mira con compasión a Soler, el padre de Elena, que llora esposado desde una ventanilla de ese coche patrulla en el que lo han traído. Así termina su despedida.

ESCENA 64

«Y después de acabar, volver al mundo
tras una corta eternidad [...]»

Balma regresa a casa, a Dénia, a su querida alberca. Abre las ventanas, cierra la puerta. Se baña desnuda en la penumbra nocturna de unos cuantos farolillos encendidos como luciérnagas. Sin casi notarlos, nota unos pasos descalzos aproximarse, apenas las pequeñas velas iluminan la escena, pero ella no se gira, no tiene miedo, ni siquiera cuando siente que se queda de pie en el borde.

—¿Todavía estás enfadado? —le habla de espaldas, como si lo hubiera visto llegar entre los naranjos.

—Te vi hacer algo horrible, te vi distinta, otra persona. No he estado enfadado, sino pensando en si me habrías engañado, si solo me utilizaste para vengarte de los que mataron a tu padre.

Pero Balma no lo interrumpe, pero tampoco se lo niega:

—¿Por qué has vuelto entonces? ¿A despedirte?

—¿Cómo sabes que estuve aquí? —se sorprende la voz en la oscuridad.

—Este era el único lugar al que volverías si seguías vivo.

—¿Intuición? —duda la voz.

—Y cámaras de vigilancia —le aclara ella con cierta sonrisa.

—Vine a despedirme —se pone serio él, comprendiendo que vio todo lo que hizo—. Te dejé una carta en esa mesita.

Balma se gira en el agua. Observa a Verdugo señalar en la sombra y hace pie.

—¿Qué me decías en la carta?

Verdugo toma aire como antes de un examen y dicta de memoria:

—Que llegué al fondo del mar, que alcancé a coger la mochila donde se ahogaba Oriol, que tiré con todas mis fuerzas hacia la superficie, pero no eran suficientes porque tú estabas ahí arriba. Y no quise subir. Y te odié por lo que acababas de hacer. Y me hundí. Me dejé caer. Rocé mi cuerpo con el fondo del mar. Y entonces, solo entonces, entendí que no soy un héroe, solo alguien que no sabe rendirse, así de simple. Entonces mi corazón de perro volvió a latir, buceé tanto que el aire estalló en mis pulmones, pero conseguí respirar de nuevo, salir a la superficie de noche. Te oí gritarme, vi las luces moviéndose alrededor, y decidí nadar, irme, alejarme hacia una isla tan pequeña que era de mi tamaño. Allí me quedé sujeto. Por la mañana, cuando salió el sol, crucé nadando el mar azul hasta el acantilado, lo escalé con mis uñas y mis pies, pensando en ti, rodeado de gaviotas que volaban en mi espalda porque allí estaban sus nidos. Pero lo conseguí, trepé hasta el borde y me puse a salvo. Dormí escondido en unas matas, me desperté a oscuras. Recorrí senderos de noche, huyendo del mundo, pensando en ti. No —titubea—, al contrario, pensando en el mundo, huyendo de ti.

—Ajá... —acepta Balma.

—No quería verte, no quería ver a nadie, porque tenía vergüenza, porque en realidad no resolví nada. Fuisteis vosotros, todos juntos los que averiguasteis, descubristeis y resolvisteis este caso, yo solo os observé.

—Eso es mentira, Verdugo, y lo sabes —le interrumpe Balma—. Tú nos encontraste, tú nos uniste, tú nos mantuviste vivos.

—Eso da igual. Yo vine aquí a dejarte una carta de despedida. No quería verte más porque había visto lo peor de ti, tu peor cara, te

había visto matar. Me da igual que fuese Oriol, el hecho es que te vi matar. Eras mala, tu lado malo era tan malo que no te vi más lados.

Balma no se aguanta. Vuelve a interrumpirle:

—Empujé al mar al asesino que ahorcó a mi padre. Tú me puedes ver como quieras, pero yo sé que hice justicia o, si quieres, les preguntas a las niñas. Ah, no, que están todas muertas.

—Balma, ¿recuerdas la cara de decepción que pusiste cuando me viste arrastrarme por el suelo de mi casa porque ni siquiera podía levantarme?

—Verdugo, déjalo ya. Lo he entendido.

—Pues esa misma cara de decepción fue la mía cuando te vi empujar a Oriol al mar.

—Lo sé, lo he entendido, Verdugo, sé lo que me estás queriendo decir. Ya está, ¿me oyes? Mi padre va a ser exonerado de toda culpa. Alonso y los Pardos abrirán una investigación que haga público todo y mi padre será inocente. Para cómo me ha tratado la vida, con eso me basta.

—Ese es tu problema, que no lo entiendes, que con eso no basta, Balma.

—Pues a mí sí. No somos tan diferentes, Verdugo, tú pasaste trece años inválido comiendo papilla por culpa de esto, yo los pasé huyendo y llamando a mi padre. No somos tan diferentes.

—Déjame terminar. Por favor.

—Termina.

—Da igual —se rinde Verdugo—, lo que queda de esa carta son solo palabras. Cuando ya estaba decidido a irme, cuando ya te había dejado esa carta de despedida, en ese preciso instante, alguien me dio un motivo para volver, para quedarme.

Balma calla porque sabe quién fue, estuvo viendo las cámaras de seguridad, intentando leer en los labios lo que se dijeron esos dos,

para que Verdugo acabase llevándose aquella noche esa maldita carta de encima de la mesita.

—Escuché un ruido a mi espalda, no tuve miedo porque pensé que eras tú. No ese tipo de miedo. No el de pelear o morir, sino el miedo a ti, a tus ojos, sí tuve ese miedo. Pero me di la vuelta y apareció un anciano de pelo blanco que me habló con acento extranjero. Recuerdo su diálogo, palabra por palabra como recuerdo aquellos números de teléfono que no han servido de nada. «Me llamo Stephan —me dijo—, y sé que tú eres Verdugo. Soy un amigo de Balma, le estoy cuidando la casa, aunque ella no lo sabe todavía». Le pregunté qué hacía allí y él comprendió que yo estaba nervioso, pues me lo acababa de decir. «Siéntate, me gustaría contarte dos historias extraordinarias que yo viví. Creo que te podrán ayudar». Nos sentamos aquí, en esas mismas sillas, la otra noche, mientras tú no estabas. Y me contó una historia tan terrible que me cambió la vida. «Hace trece años yo vine a España, aquí concretamente, a Valencia, era más joven y quizás no sabía lo suficiente sobre la vida, por eso tomé mis primeras vacaciones en años, me compré una mochila y vine a España para vivir aventuras. Viajé en autostop, en tren, caminé y hasta me llevaron en una moto, pero al final terminé aquí, en Valencia, pregunté a alguien por la playa y me señalaron hacia el este, todo el mundo sabe dónde está el mar en Valencia. Cuando llegué, respiré, me quité las botas y estuve horas andando descalzo sobre la arena, bajo los pinos, cruzándome con gente que encendía hogueras y bailaba, saltaba olas en la oscuridad porque decían que era la noche más mágica del año, yo me senté con ellos, bebí, salté, bailé y sentí que había llegado al paraíso, que una vida nueva me esperaba en un país donde vivían de fiesta, donde todo el mundo era amable. Por la mañana me desperté en la arena, tenía un camping a dos pasos de

mí, entré, monté mi tienda, me di una ducha y supe que ese era mi sitio, que allí era feliz, entre esa gente amable que me saludaba en bañador como nunca había visto en mi país, salí del camping a comprarme algo de comida, crucé la carretera. Bueno, nunca llegué a cruzarla, en ese momento, un todoterreno blanco se detuvo bruscamente a mi lado porque una muchacha había abierto la puerta y había salido corriendo con él en marcha, yo la detuve, la abracé, todo lo amable que pude, sonriéndole, aunque ella estaba asustada. No entendí nada, del coche bajó un chico, yo pensé que era su hermano, no lo sé, no lo sé. Me dio las gracias y la volvió a meter en el coche, así lo hice, no sé por qué, pensé que debía ser amable, pero entonces vi la cara aterrada de aquella muchacha preciosa mirándome en la ventanilla con tanto miedo en sus ojos que comprendí todo. Reaccioné, intenté correr para abrir de nuevo la puerta del coche, sacarla de allí, pero no pude. Se alejó, nunca más lo volví a ver, solo en mis pesadillas». «¿Tú ayudaste a Oriol cuando Elena Soler se le escapó del coche en el paso de cebra del camping donde la secuestró?». «Sí —me contestó—. Pero eso no lo sabe nadie, yo volví a mi tienda de campaña, me encerré allí con mi atrocidad, sin entender nada, como si hubiera roto el paraíso, como si me hubieran tendido una trampa, no sé cuánto tiempo pasé allí. Vino la Guardia Civil, me preguntó, pero yo no sabía hablar, no supe decirles nada, se lo quise decir, quizás se lo dije y ellos nunca me entendieron, el caso es que pasó aquel verano, llegó el otoño, el invierno, cerraron el camping, yo ya no era la persona de antes, yo vivía en ese momento constante, con los ojos de esa niña, con la cara de ese hombre, me dijo "gracias", la niña preciosa en la ventanilla, me quedé sentado en una parada de autobús. Y allí pasé trece años. ¿Cómo se dice en español? Mi purgatorio, ahí pasé mi purgatorio». Y se quedó callado. Yo entonces le respondí que le

había entendido, que me estaba explicando que él también lo había pasado mal como yo estos trece años.

—Como todos —le apunta Balma a Verdugo.

—Sí, como todos, lo sé. Pero yo le contesté que le entendía, que era una de las historias más terribles que había oído. Y le intenté decir que no debía sentirse culpable o que al menos debía perdonarse, pero él me interrumpió. «Ahora viene la segunda historia, una todavía más extraordinaria, aunque forma parte de la misma. Como te iba diciendo, pasé trece años arrepintiéndome de mi descuido, de mi error, torturándome con los remordimientos sobre lo que podía haber hecho y sobre lo que le sucedió a aquella pobre niña tan preciosa... ¿Sabes cuántas personas pasaron a mi lado mientras me iba convirtiendo en un mendigo indigno? Miles, decenas de miles, cientos de miles en todos aquellos días y años... Y nadie me ayudó, incluso una noche desperté porque había líquido en mi espalda, me habían arrojado alcohol y prendido fuego, no supe quién. Di vueltas sobre mí mismo, pero seguía ardiendo como si todavía estuvieran añadiendo más alcohol sobre mí. Por fin, escuché una sirena y me salvaron, sobreviví. Pero cada día peor. Te vuelvo a hacer esa pregunta. ¿Sabes cuánta gente me ayudó...? Nadie. Alguna limosna, algunas sobras, pero nadie me trató como a un ser humano, solo como a un perro. Hasta que un mediodía, una mujer joven y guapa me habló en mi lengua, me cogió de la mano sin conocerme de nada y me llevó a su casa, me lavó en su bañera, me vistió con la ropa de su padre y me dejó dormido en su domicilio sin preguntarme quién era. Nadie haría eso. Nadie. Solo una mujer entre un millón. ¿Sabes quién fue esa mujer tan buena entre un millón?». Y yo le contesté... «Balma». Y el anciano asintió así con la cabeza. Me dijo: «No sé lo que te habrá hecho para que le escribas

esa carta, no lo sé, solo te puedo enseñar con mis historias que todos cometemos errores, todos, pero Balma es...».

—¿Qué soy, Verdugo?

—No lo sé, Balma. Es cierto que retiré aquella carta de despedida y me fui.

—También es cierto que has vuelto.

—A despedirme en persona, me voy, Balma.

—¿Por qué?

—Porque vi lo peor de ti.

—¿Viste algo bueno también?

—Todo lo demás.

—¿Y todo eso no te vale la pena?

—No lo sé, claro que sí. En realidad, quizás pensé que ahora que ya ibas a ser feliz no me ibas a necesitar. Que nada de lo que hice sirvió de nada.

—Verdugo, lo que hiciste no salvó a esas niñas. Eso es cierto.

—Lo sé.

—Pero lo que hiciste nos salvó a todos los demás.

—Pero siento que ahora soy innecesario. Solo quería despedirme, adiós, Balma, siento que...

—Verdugo... —Balma está decidida a soltarle un discurso emotivo sobre la bondad de ese corazón de perro que la ha conquistado, que le ha demostrado que son almas gemelas, que jamás podría encontrar a un hombre tan bueno, tan honesto, tan justo como él, pero se da cuenta de un detalle—. Verdugo, ¿estás con los ojos cerrados?

—No.

—¿Seguro? Verdugo, abre los ojos.

—No.

—Verdugo...

—No quiero.

Balma sonríe. Sale del agua. Se acerca a él. Lo besa y le susurra al oído con su cuerpo mojado.

—Ahora que soy feliz es cuando más te necesito.

Agradecimientos

A la familia de Francisco Brines, por su generosidad.
A Hilde, que creyó en mí.
A Lola, que creyó en esta novela.

Notas

ESCENA 15

1. ¡Que Verdugo no podría ni encontrarse la picha! ¡El muy hijo de puta se ha reído de mí! ¡Pero Verdugo ni se ha inmutado! ¡Me habéis engañado! ¡Este hombre ni se mueve! ¡Ni se mueve!
2. ¿Podría darme un cigarro?
3. Muchas gracias.

ESCENA 21

1. ¿Me oyes? Hijo de puta, ¿me oyes?

ESCENA 24

1. Prefiero hablar mi lengua materna. A ustedes los conozco, los recuerdo, hablamos el otro día, pero no me entendieron.
2. ¿Quién es tu padre?
3. Mi padre fue acusado de haber asesinado a aquellas niñas hace trece años, él murió, se suicidó.

ESCENA 26

1. ¿Franz? Buenos días, soy Stephan, tu hermano. Sí, estoy vivo. En España. Hace trece años hice algo horrible.
2. —Te he hecho una sopa, por favor, siéntate.

—No tengo hambre, Stephan, solo tengo ganas de llorar.

—De eso precisamente quiero hablarte, del dolor. Deja que te cuente una historia.

Corazón de perro
Álvaro García Hernández

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La pro-piedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosis-tema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyen-do a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de au-toras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Vanessa Skotnitsky / Arcangel

Para las citas de Francisco Brines, extraídas de Ensayo de una despedida. Poesía completa: © Francisco Brines, 1997. Por cortesía de la Fundación Francisco Brines y Tusquets Edito-res, S.A., Barcelona

© Álvaro García Hernández (2026), en colaboración con Agencia Literaria Antonia Kerri-gan

© Editorial Planeta S.A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2026

ISBN: 978-84-10140-43-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

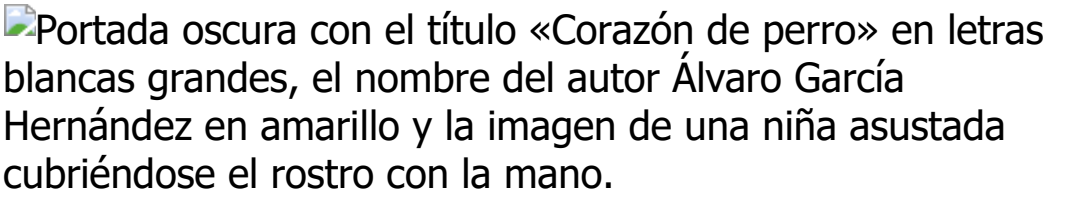

Portada oscura con el título «Corazón de perro» en letras blancas grandes, el nombre del autor Álvaro García Hernández en amarillo y la imagen de una niña asustada cubriéndose el rostro con la mano.

Table of Contents

Portadilla
Dedicatoria
ESCENA 1
ESCENA 2
ESCENA 3
ESCENA 4
ESCENA 5
ESCENA 6
ESCENA 7
ESCENA 8
ESCENA 9
ESCENA 10
ESCENA 11
ESCENA 12
ESCENA 13
ESCENA 14
ESCENA 15
ESCENA 16
ESCENA 17
ESCENA 18
ESCENA 19
ESCENA 20
ESCENA 21
ESCENA 22
ESCENA 23
ESCENA 24
ESCENA 25
ESCENA 26
ESCENA 27
ESCENA 28
ESCENA 29
ESCENA 30

ESCENA 31
ESCENA 32
ESCENA 33
ESCENA 34
ESCENA 35
ESCENA 36
ESCENA 37
ESCENA 38
ESCENA 39
ESCENA 40
ESCENA 41
ESCENA 42
ESCENA 43
ESCENA 44
ESCENA 45
ESCENA 46
ESCENA 47
ESCENA 48
ESCENA 49
ESCENA 50
ESCENA 51
ESCENA 52
ESCENA 53
ESCENA 54
ESCENA 55
ESCENA 56
ESCENA 57
ESCENA 58
ESCENA 59
ESCENA 60
ESCENA 61
ESCENA 62
ESCENA 63
ESCENA 64
Agradecimientos
Notas

Créditos